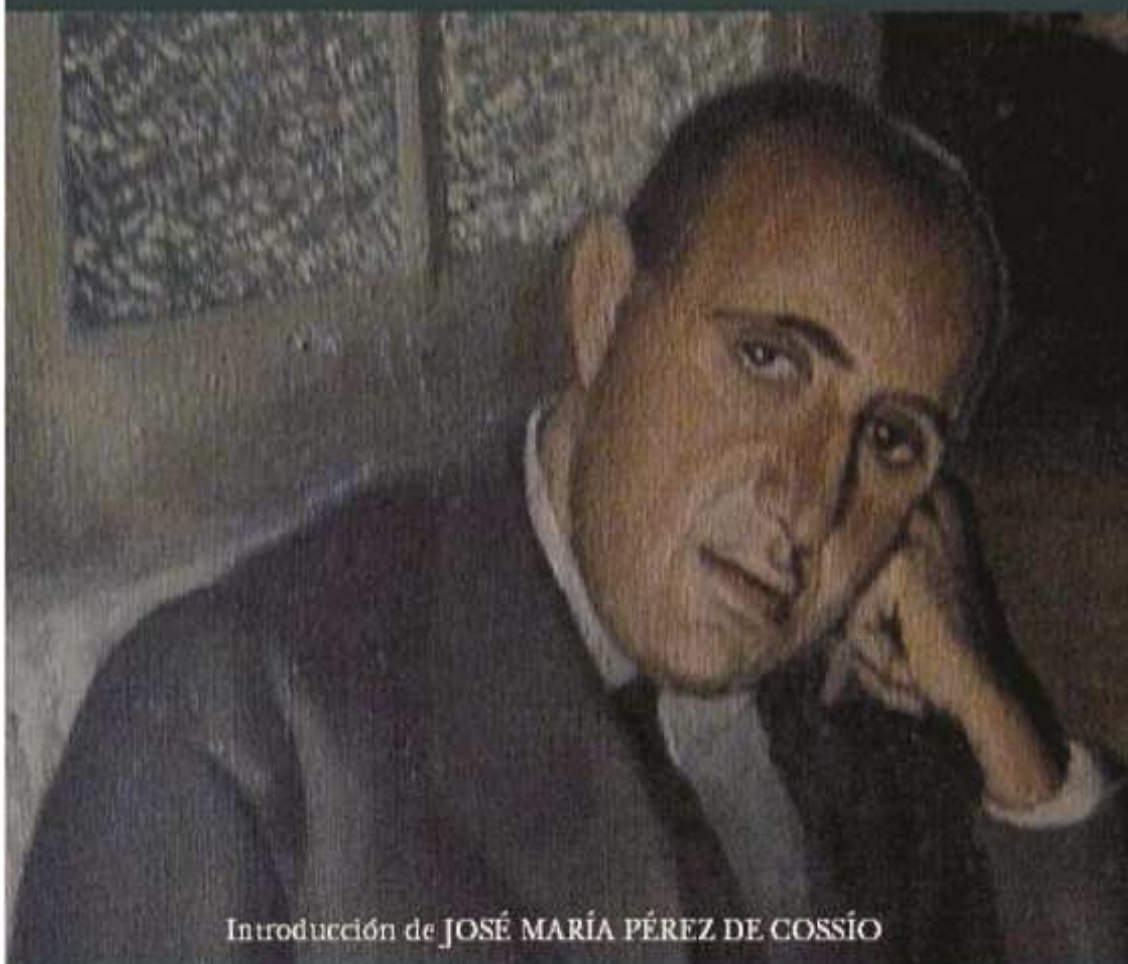


FRANCISCO DE COSSÍO

# CONFESIONES

*Mi familia, mis amigos y mi época*



Introducción de JOSÉ MARÍA PÉREZ DE COSSÍO

# Geometría

Principios perfectos  
entre el cristal b  
Línea recta a l  
en el plano in  
Esfera de la Ta  
del horizonte ci  
Elipse en lejan  
que de la luz d  
Paralelos de re

to de verdures,  
rescando en destinos.  
lo largo del camino,  
fin de la llanura.  
rta, curva pura,  
viento divino.  
ia, perfil fino  
replandor espeso.  
rco, sin encuentros.



# CONFESIONES

*Mi familia, mis amigos y mi época*

FRANCISCO DE COSSÍO

EDICIÓN DIGITAL OBSEQUIO DE  
LA CRÍTICA A SUS LECTORES

IV CENTENARIO DE LA MUERTE DE CERVANTES  
DÍA DEL LIBRO DE 2016  
(22 Y 23 DE ABRIL)

© Ediciones El Criticón, Madrid (España)  
2016

AKRÓN

2008



© *Confesiones*, Herederos de Francisco de Cossío y Martínez-Fortún, 2008

© Editorial Akrón, S.L.U., 2008

Apartado de Correos N° 134

24700 Astorga, León

(España)

[www.editorialakron.es](http://www.editorialakron.es)

[info@editorialakron.es](mailto:info@editorialakron.es)

Primera edición: Junio 2008

ISBN 978-84-936505-1-3

Depósito Legal: S. 952-2008

Impreso en España

Diseño de la cubierta:

*Departamento de Diseño de Editorial Akrón*

Ilustración: *Francisco de Cossío*, óleo de Christopher Hall, gentileza de Maribel de Cossío

Queda prohibida la reproducción parcial o total de la presente obra sin permiso previo escrito del editor. Todos los derechos reservados.



EA0020

# CONFESIONES

*Mi familia, mis amigos y mi época*

FRANCISCO DE COSSÍO

LA CRÍTICA

## Geometría

Triángulo perfecto de verdura,  
entre el erial buscando su destino.  
Línea recta a lo largo del camino,  
en el plano sin fin de la llanura.

Esfera de la tarde, curva pura,  
del horizonte círculo divino.  
Elipse en lejanía, perfil fino,  
que de la luz el resplandor apura.

Paralelas de surcos, sin encuentro.  
Tablero geométrico que sueña  
del sol, la lumbre, y de la nieve, el frío.

De lo cóncavo y llano soy el centro.  
Ángulo agudo, el galgo y la cigüeña.  
Ángulo recto, el álamo y el río.

Francisco de Cossío



## ÍNDICE

INTRODUCCIÓN (7)  
*José María Pérez de Cossío*

CONFESIONES (17)  
*Francisco de Cossío*

ÍNDICE ONOMÁSTICO (371)



## INTRODUCCIÓN

*José María Pérez de Cossío*

*Confesiones*. Así fue como Francisco de Cossío quiso intitular la obra con la que rubricar lo que él estimaba había sido su vida. Quizás, más que estimar lo que había sido su vida, sería mejor decir lo que él había contemplado como su vida.

Cossío siempre estuvo atento a cualquier espectáculo de cuantos su existencia le vino ofreciendo, y fue la perspectiva de todos aquellos recuerdos que, en su declinar, se le humanizaron, la que desencadenó el que dejase navegar su pluma sobre las cuartillas que, como cartas náuticas en blanco, siempre conservó a su lado para evitar rumbos equivocados o falsas derivas.

*Confesiones* es, en cierto modo, ese diario de a bordo que los capitanes de barco redactan para dar fe de la travesía que afrontaron y de las maniobras a las que se vieron compelidos. Pero Francisco de Cossío era navegante de tierra adentro. Por ello, como geometría básica, tuvo que recurrir a la horizontalidad de los galgos y a la verticalidad de los álamos, para encontrar el aplo-me de la Castilla Vieja que lo engendró.

Como hombre de teatro, a la hora de concebir *Confesiones* diseñó un programa de mano con el que se pudieran seguir los actos de la representación sin tener que preguntar al espectador de la butaca de al lado. En ese programa, que es el que solían repartir los acomodadores cuando la propina era generosa, figuraban, y no por orden alfabético: Su *Familia*, sus *Amigos* y su *Época*. En cada una de estas partes irían apareciendo todos los personajes y los decorados que la función requería, evitando el que los

grandes formatos colmasen el escenario. Dramaturgo como fue, Cossío conocía la importancia del saber medir el calibre de los gestos y el volumen de la escenografía.

Consideraba que los hechos que nos parecieron minúsculos cuando se produjeron, vistos a través de los años, se van fijando en nuestra memoria como sucesos decisivos, y así podemos afirmar que lo que nos pareció no tener importancia, es lo que, a la postre, define el carácter de un hombre y una época. Lo que un día nos pareciera una simple sombra al borde del camino o una breve ráfaga de luz acariciando el tronco de un árbol al atardecer, —vislumbres humildes comparados con las panorámicas solemnes que cualquier paisaje reserva para su contemplación—, transcurridos los años, se configuran en nuestro recuerdo como regalos decisivos que salieron a nuestro encuentro para que al cuadro final de la vida no le falten esas pinceladas que son las que acaban conmoviendo al espectador.

Francisco de Cossío fue, antes que nada y después de todo, un espectador. Este oficio, el de espectador, es uno de los más difíciles de aprender y de ejercitar. Se necesita, desde muy niño, haberse educado en tensar ciertos resortes del alma, dejando relajar, al mismo tiempo, la musculatura del espíritu. Los acróbatas de circo, apenas dejan de gatear sobre el serrín de la pista, descoyuntan sus miembros en escorzos inverosímiles, con el fin de que los aplausos del público no lleguen a producirles luxaciones.

Como espectador, Cossío debió comenzar su entrenamiento contemplando, desde muy temprana edad y desde la balconada de la casa de Sepúlveda en la que nació, el bullir de las gentes en la Plaza de la Villa. Desde lo alto de ese mirador, se le ofrecía el trasiego de un pueblo en el que la historia se resistía a cambiar su caligrafía. Dudaban, aquellos descendientes de los repobladores de Castilla, de si el trueque, cambiando la redacción de sus vidas, podría merecerles la pena. El tiempo, caminando a paso de buey, les permitía seguir mascullando lindes y medianerías sin tener que tragar con demasiada premura la saliva.

En los mercados que en la plaza del pueblo se celebraban, los aldeanos calibraban y regateaban sus productos, mientras las viejas piedras construían un caserío asomado al vacío, conforman-

do un coro que esperase a que el río Duratón, desde sus hoces, le diera el tono con que vocalizar la música que los siglos, tomando como partitura los blasones y los recovecos del pasado, habían venido componiendo.

Como desde una atalaya, a aquel niño se le ofrecía una doble meditación. Por un lado, la visión de la Plaza principal, a una distancia en la que los ajetreos de los hombres y sus comentarios llegaban tamizados y en sordina. Por el otro, la espectacular panorámica que, utilizando las huertas regadas por el Caslilla como peana, se desbordaba trocando la carretera de llegada al pueblo en unos brazos que, en cada curva, se abrazaban a ellos mismos.

Todo lo que de niño acontece a nuestro alrededor, puede suscitar dos sesgos. El de que nos encaramemos en el escenario de la vida para declamar los libretos que la importancia que nos adjudiquemos nos impela redactar, o por el contrario, estimar que el espectáculo, contemplado desde la prudente distancia que nuestras dioptrías aconsejen, puede llegar a ser más apasionante que el recibir las ovaciones del público. Cossío optó por esto último. La vida no quiso defraudarle, y en vez de regalarle unas manos que aplaudían, le concedió, cuando apenas su infancia se despedezaba, unas manos blancas, las de su madre, orladas por unos encajes que acentuaban su fragilidad. Manos que, después de prodigarse en caricias, se refugiaban en la quietud de la oración. Cossío las recordó toda su vida suspendidas entre los aromas de cedro que el altar del oratorio despedía. Una tarde, cuando el rezo había finalizado y atravesaban la estancia contigua, una ráfaga de viento apagó la vela. El grito de su madre al verse sorprendida por la oscuridad, hizo que el terror irrumpiese por primera vez en la vida de aquel niño. Se le dio a conocer entonces esa parte de nuestra sombra que siempre queremos ignorar, pero que, obstinadamente, acecha para mostrarnos los rincones más inhóspitos de nuestra conciencia.

Aquel grito y aquella oscuridad, quizás fueran el prólogo de la tragedia que, poco tiempo después, iba a desencadenarse en aquella casa: La muerte casi simultánea e imprevista de sus padres.

Tal infortunio quebró la cotidianidad de aquel hogar que, hasta aquel entonces, había sido un claro ejemplo de lo que los mayorazgos ilustrados suponían en una Castilla amodorrada entre sus tópicos y sus carencias.

Con la última vuelta de llave que rubricaba la orfandad de aquella familia, todo se sumió en el silencio. En las estanterías de la biblioteca quedaron, atónitos, todos aquellos libros, algunos de singular rareza, curiosos ejemplares de historia y de literatura, con los que se había pretendido, a través de generaciones siempre atentas al conocimiento y al progreso, que, entre aquellas paredes, jamás se pudiera vivir de espaldas a cuanto pudiera engrandecer el espíritu... Los relojes, sin interlocutores con los que comentar el deje de los minutos, dejaron consumir sus horas en la penumbra que los balcones, precipitadamente cerrados, custodiaban. Ni un solo objeto se movió de su sitio, ni participó en el éxodo que se desencadenó. Sólo acompañó aquel viaje el silencio impuesto por la abuela, para que éste se encargara de borrar todo cuanto había sucedido. Los cuatro hermanos, —Francisco era el mayor—, recalaron en Valladolid, en la casa que su bisabuelo, don Manuel de la Cuesta, comprara siendo rector de la Universidad.

Aquel desarraigo Cossío lo describe en forma tal cual si se tratase de un ejercicio preparatorio para encarar otros que, con el paso de los años, acabarían por llegar.

Reconozco que es en la infancia y en Sepúlveda en donde me he dejado remansar al releer las *Confesiones* del abuelo (me parece oportuno clarificar, llegado aquí, el grado de parentesco que me une con Francisco de Cossío). Es en la evocación de aquella infancia, donde la prosa, rayando el virtuosismo, adquiere un ritmo como el que por aquel entonces debía de regir la vida en aquel pueblo. Las horas se hacían perezosas en su caminar por las cuestas y las callejuelas, para que las prisas no olvidasen perfilar el contorno de cada sombra. Las campanadas del reloj del Ayuntamiento roban rayos al sol, procurando que el oro de las torres de las iglesias no se marchitase prematuramente. Parsimonia en la luz y en el tiempo. Casi la misma parsimonia con la que Cossío rememora aquellos años.

No más precipitadamente, Cossío recuenta su familia hasta donde los archivos de la misma le permiten. Y no por vanidad, la más pueril de todas las vanidades, sino porque al ser los hombres hijos de sus obras, el análisis de los cimientos heredados es el que aparejará adecuadamente el andamiaje que requerirán éstas para sustentarse con solidez. Para un liberal, la familia, aparte de las connotaciones jurídicas y biológicas desde la que pueda ser contemplada, es una coordenada que, junto a la del tiempo y el espacio, modela nuestro contorno para engarzarlo en una dimensión más amplia que la de la simple singularidad. Se es hijo de algo y de alguien, y ese algo y ese alguien, son los que depositaron en nuestro equipaje los enseres que quizás algún día necesitaremos para reconfortar nuestro viaje.

Como pintor reconozco en los bocetos todas las claves y pautas que éstos proporcionan para la total comprensión de la obra última. Regreso, pues, y con este ánimo, a la infancia de Cossío, para dejarme seducir por dos sucesos que él describe como si fueran los protagonistas de alguna de aquellas charlas en las que gustaba prodigarse para deleite de quienes le escuchaban... Una niñera le dijo que, pegada a la muralla (la casa se encontraba adosada a ella) estaba la cárcel, y que, por las noches, se oía el ruido de las cadenas y los lamentos de los presos. En una cárcel de la entidad que podría tener la de Sepúlveda por aquel entonces, era poco probable que tales hechos aconteciesen. No obstante lo cual, el abuelo tuvo que acunar su miedo durante muchos insomnios. Seguramente aquello le dejó el poso de una filosofía que jamás abandonaría... La historia no es lo que los voluminosos tratados que enumeran batallas y acontecimientos contienen, sino esa parte de lo experimentado que hemos aceptado como cierta aunque no lo haya sido. La física cuántica va poniendo orden a este estado de cosas.

Napoleón, artífice de la batalla de Waterloo, según lo refiere Stendhal, tuvo que preguntar, en su retirada, a un soldado fugitivo qué es lo que había pasado. Este soldado, con la visión de unos cuantos metros en torno suyo, dio una lección de historia al emperador. Con menos datos quizás que los que exigiría un



pormenorizado estudio sobre tan magno acontecimiento, pero suficientes para que este hombre relatase a quien quisiera escucharle, una realidad que, sin necesidad de notas a pie de página, se le impuso como la más veraz historia posible. Todo suceso que no pueda ser contado en una noche de invierno, al calor de la lumbre, sin necesidad de tener que amplificar la voz, y no teniendo que recurrir al criterio de los demás, solamente es una verdad con las lindes entreveradas.

De cualquier manera, todas las reflexiones que yo ahora pueda hacer sobre la existencia humana, todos los dibujos que esboce sobre el esqueleto de la verdad o la musculatura de la mentira, serían sacos de mi cosecha. Lo justo y necesario es dejar que Cossío, en sus *Confesiones*, nos permita saborear lo que un espectador en estado puro, como él lo era, nos ofrece. Ésa es la riqueza que proporcionan los años cuando se han sabido ir arrancando las hojas del calendario una a una y a su debido tiempo.

Aunque pueda interpretarse como una obsesión, no me resisto a regresar de nuevo a la parte del libro en la que Cossío recala en su infancia. Lo hago, para conocer de una tarde en la que describe el cómo le fue dado contemplar unas fiestas desde la casa del capellán de la Virgen de La Peña, patrona de Sepúlveda. Tras una gran reja, vio una corrida de vacas enmaromadas. El capellán, entre otros muchos objetos piadosos que tenía, le enseñó un rosario cuyas cuentas eran de azúcar. El abuelo, furtivamente pasó su lengua por ellas y comprobó que, efectivamente, eran dulces. En ese instante, sin que él, por sus años, supiera darse cuenta de ello, fue cuando tomó contacto con el laberinto de la fe. Discretamente, para no humillar al cura, en el caso de que su aserto no fuera cierto, el abuelo constató, en vivo y en directo, que si no la lengua, al menos, sí, el sentido común hay que pasarlo siempre por encima de las proclamas, las mieles y las hieles.

En aquel festejo, nació el periodista que llegó a ser y que se exigió, a lo largo de toda su profesión, contrastar el sabor, el olor y hasta el tacto de la noticia. La casa del capellán y la reja desde donde contemplar la fiesta de los novillos enmaromados, fueron el catón con el que comenzó a deletrear el lenguaje de estas tie-

rras que ahora se proclaman tan diversas, pero que a lo largo de muchos siglos compartieron banda y música.

Por estos andurriales, a poco que la lluvia lo permita, nunca falta la bulla y la jarana. El gentío, antes de que se entone la última sílaba del *ite misa est*, ya comienza a porfiar con trompicones, si al caso llega, por hacerse con alguna de las andas del Santo Patrón. Entre vítores y jaculatorias, el paseíllo de la procesión por las principales calles del pueblo se convierte en un plebiscito de mil pelajes y conveniencias. Acabada la función religiosa, y agotada el agua bendita, el personal recurre a enfriar la sangría con pasodobles y pasacalles en los que las distorsiones del bombo suelen emborronar la letra de la partitura.

Aquel rosario que Cossío, de niño, saboreó, es de suponer que tendría como remate una cruz, probablemente no de azúcar. Las cruces, en estos vericuetos, se diseñan a gusto de quien la piensa esgrimir, y siempre con la idea de que, según la altura en la que se entronice, pueda servir lo mismo para un bautizo que para un entierro.

En unas *Confesiones* como las que escribió Cossío, destiladas sin necesidad de confesionario alguno, y sin esperar absolución por parte de nadie, no podían quedar en el olvido los amigos. Esos amigos que, a lo largo de la vida, fueron apuntalando sus afectos, a sabiendas de que, con lealtades, el tiempo se deja acariciar sin necesidad de tener que cambiar el sentido en las manecillas del reloj.

Cossío fue hombre de fidelidades, porque supo tomar en consideración lo que, desde las otras localidades, por muy alejadas que estuvieran de la suya, los otros asistentes a la representación percibían e interpretaban. A ellos, a sus amigos, dedica una buena parte de su libro, y se nota, cuando su pluma se desliza sobre las cuartillas, cómo medita las interrogaciones, las admiraciones y los puntos y aparte, para que sólo aflore la frase que mejor dé la talla de cada uno de aquéllos con quien compartió avatares, alegrías, duelos y conmemoraciones.

Delibes, refiriéndose en una ocasión a la forma de escribir de un consumado articulista, decía que se notaba cuándo encendía

el cigarrillo. En Cossío sólo se notaba el cómo navegaba con su pipa, dejando que el humo dibujase los encabezamientos de cada párrafo a la manera en como los monjes medievales iluminaban las mayúsculas de los códices, para mayor gloria de Dios. Cossío, sin tener que glorificar más que a la propia gloria de haber vivido sin otras pretensiones que el serle permitido ser espectador de la época que le tocó en suerte, echa mano de todo cuanto aconteció a su alrededor, para remachar esa filosofía que los castellanos heredaban en los caminos y las posadas donde al pan se le llamaba pan y al vino no se le echaba agua.

Ningún lugar del mundo le resultó lejano, ninguna idea ajena a su sentir llegó a perturbarle, y ni la adversidad ni el halago le hicieron entonar un suspiro más fuerte que otro. Fumaba, ya lo he dicho, en pipa, algo tan difícil de practicar como el aprender un idioma. En los idiomas hay sonidos que se aspiran y otros que se expelen; si no se llegan a dominar estos malabarismos de la respiración, el humo acaba siempre agonizando sobre los rescollos de lo que podía haber sido una paz pasada de mano en mano con armonía.

Y hablando de respiración y, a punto de abrir la puerta de despedida de este escrito: Cuenta Francisco de Cossío, cómo en una de las visitas que solía rendir a la Casona de Tudanca, que era donde su hermano José María se había impuesto el convertirla en un santuario de la cultura y el recuerdo, se encontraba hospedado don Miguel de Unamuno. Estimaron conveniente una buena mañana, hacer una excursión y escalar unos riscos desde donde se presumía la visión, de la que se podría disfrutar, sería magnífica. Parte del grupo ascendió en caballerías, pero don Miguel se empeñó en hacerlo a pie. El abuelo, para no hacerle un desaire, se prestó a acompañarle en esas mismas condiciones. Don Miguel, pasado el primer entusiasmo, comenzó a jadear, y cada vez se le hacía más penosa la remontada. Quisieron convencerle de que lo más prudente sería el recurrir a las cabalgaduras que, aparte de conocedoras del terreno, podrían aliviar tanto esfuerzo. Don Miguel, congestionado, apasionado, y no renunciando a ninguno de los principios que alumbraron su vida, exclamaba: ¡Hay que llegar a lo alto!... Que eso fue lo que estuvo persiguiendo to-

da su vida a base de sonetos crucificados y disecciones poliédrico metafísicas. En España siempre se asciende y se desciende jadeando. Son los pulmones de los genes que nos alumbran y deslumbran los que así vienen configurados de fábrica. Este diseño es el que permite el que se puedan gestar orfeones de una sola voz, y procurando que no se oiga la del de al lado, al que se le supone escolano de ínfimo rango.

Cossío nunca quiso que, cuando en el declinar de sus años, los recuerdos se le hacían más humanos, el libro que surgiera fuera, ni unas memorias ni una autobiografía. Una confesión es lo que deseó. La confesión es el acto más íntimo y sincero al que el hombre puede abandonarse. Sin necesidad de absoluciones, uno se cuenta su vida como él ha creído vivirla; camino éste el más transitable para llegar a la certeza de las cosas. Los hechos y los hombres no son sino como uno los ha percibido. Para ello se necesita esa serenidad de espíritu que el que ha sabido ser espectador atento y desinteresado, llega a adquirir. En un banquete, los comensales discuten y se acaloran. El camarero, quizás fuera el único que, con la perspectiva suficiente, pudiera intervenir en la controversia con mejor juicio, pero se limita a observar para algún día poder dar fe de quién fue el que se comió la tajada más apetitosa, hurtándosela al que por su prudencia le debería de haber correspondido.

Para finalizar. No me sentiría del todo satisfecho, si no celebrase con emoción la reedición de este libro. *Confesiones*, aparte de una familia y unos amigos, describe una época que muchos han querido, peor que relegar al olvido, adulterar. Han dejado que los lugareños, desde el mojón que mejor apañase el surco que siempre sobra, cantasen y contasen las coplas que, en las fiestas de su pueblo, mejor sirvieron para meter mano a las mozas. Así, saliendo el sol por donde tenía que ponerse y bajando el pan con más miga que corteza, cualquier necedad se convierte en dogma. Cossío fue un grandísimo escritor, digno de mejor recuerdo. Fue un liberal ecuánime y generoso, que tuvo que contemplar y padecer todos los saraos que en España, para que la juerga de siempre no decaiga, se montan sin necesidad de santo ni de romería.

Contó su vida sin hurtar luces ni sombras y yo, su nieto, ahora que tanto se estila este tipo de parentesco, no oso añadir ni quitar un solo punto o una coma a cuanto quedó dicho cuando tuvo que decirse.

*José María Pérez de Cossío*

Segovia, en un mes de Mayo, afortunadamente lluvioso y que se hace llamar dos mil ocho.

LA CRÍTICA

# CONFESIONES

Mi familia, mis amigos y mi época

*Francisco de Cossío*

LA CRÍTICA



Cuando declinamos en la vida, todos nuestros recuerdos se humanizan. Lo que juzgamos un día muy importante, visto a través del tiempo, advertimos que su carácter sensacional se ha ido disipando y que, al convertirse en un hecho histórico que pasará a monografías y manuales, ha perdido todo su interés vivo. Por esta causa, quizá, la historia, cuando no es inventada, no suele ser divertida. Hay en ella demasiadas batallas y profusión de documentos que, a fuerza de ser auténticos, pueden no ser verdaderos. El Cid del poema es la verdadera historia del Cid, y Don Quijote, a fuerza de ser humano, se ha convertido en un héroe histórico. Tucídides se propuso hacer una historia para siempre, y cuando lo consiguió fue en virtud de su propia creación. Si aquello no era puntualmente la verdad, está muy bien contado. Esto no quiere decir que no deban estar en una biblioteca que se estime las *Historias* escritas por César Cantú y Modesto Lafuente. No sé si ahora lee alguien estos libros, pero rindamos nuestro homenaje al esfuerzo de quienes los compusieron. Para mí, quien dedica su vida a una de estas obras, si no lo hace por vanidad, es un hombre benemérito, digno de todas las honras oficiales, que para esto se han hecho. Ahora bien: si queremos saber lo que ocurrió en el siglo XIII, no acudamos a ellas, porque no nos enteraremos de nada.

Los hechos, en cambio, que nos parecieron minúsculos cuando se produjeron, vistos a través de los años se van fijando en nuestra memoria como sucesos decisivos, y así podemos afir-



mar que lo que nos pareció no tener importancia es lo que define el carácter de una época. Lo sensacional está siempre en primer plano, mas no deja en nuestro espíritu sino la huella del paso leve sobre los senderos de un jardín abandonado. Así quiero yo evocar recuerdos de medio siglo, y, frente a ellos, no aspiro a ser actor, porque a mí apenas me ha pasado nada que merezca la pena de contarse, sino espectador de un tiempo en el que infinidad de sucesos intrascendentes fueron creando costumbres, modos y modas, palabras y conceptos, esa pequeña historia que es la única que puede justificar, por el contraste, la gran historia. Es también la que fija una idea de continuidad, ya que lo heroico y lo genial interrumpe el proceso de lo cotidiano. El reloj no se ha inventado para fijar la hora de un hecho trascendente. Si así fuese, el reloj se pararía en aquel instante para no andar nunca más. Los humildes minutos pasan inexorablemente sobre lo grande y lo pequeño, y el hombre vive esclavizado a esta sucesión del tiempo, y la mayor parte de los minutos, en la adversidad y en la buena fortuna, para nosotros no serían nada si no llevasen dentro un grano de mostaza.

Hay quien gusta de escribir un diario para sí mismo, para no olvidarse de nada de lo que le ha ocurrido en la vida, con una puntualidad de contable. Hay otros que, en un momento culminante, se lanzan a escribir sus memorias. Para esto, para ser primer actor de una vida, se necesita una gran categoría. Yo no anoté nunca en un cuaderno lo que me pasó día a día, en el curso de una vida. No tengo tampoco esa memoria que suelen tener los grandes hombres para recordar, de viejos, cuanto les ocurrió en su existencia. Confieso que me he olvidado de muchas cosas, así como en un viaje, a la llegada, apenas recordamos los accidentes del camino. Aparte de que un hecho presenciado por diversas personas, al relatarlo, cada una nos lo cuenta de un modo diferente. Una mancha en la pared de nuestro cuarto, empezamos pensando que hay que quitarla; por pereza no lo hacemos, y acabamos por no verla. Y es que lo que llamamos realidad es un juego de equívocos, y el pasado, lo que fue realidad y ya no existe, un juego de espectros. Todo lo objetivo, si es que ha sido realmente alguna vez, llega a convertirse en obra de ficción. Nuestra

propia casa donde vivimos de niños, si volvemos a ella de viejos, de tanto como nos ha hecho pensar en la ausencia, nos parece que es una fantasía o un sueño.

Nuestra aparición en el mundo, así como nuestra marcha de él, es un enigma. En este enigma se halla confinada la memoria, que se pierde muchas veces aun en los hechos que más pudieron influir en nuestra vida. Nada hay tan difícil como evocar y que de la evocación surjan las imágenes del pasado completas. La memoria de los hombres tiene sus especialidades. Hay quien recuerda por el olfato y por el gusto y por el tacto; por el oído nos vienen también muchas emociones lejanas, que no tienen nada que ver con la música; mas con todos estos efectos que refuerzan, en virtud de una nemotecnia, nuestra evocación del pasado, hay en él lagunas que interrumpen nuestra vida, zonas muertas en las que parece que no hemos existido. En cambio, lo insignificante y lejano sale a nuestro paso inopinadamente, y aun recordamos el día y la hora en que esto ocurrió. Es muy discutible lo tantas veces repetido de que cualquier tiempo pasado fue mejor, ya que recordar es prepararse a morir, y no puede ser mejor ningún movimiento nuestro que nos acorte la vida. Los viejos más ágiles y fuertes que he conocido son aquellos incapaces de convertirse, como el personaje femenino, símbolo de la curiosidad de la familia bíblica, que volvió la vista atrás, en estatua de sal. El secreto de la fuerza de la vida se halla en proyectar todas nuestras energías hacia el porvenir, como si naciósemos cada mañana. Así esos viejos monjes que han hecho tabla rasa con el pasado para no pensar sino en la vida eterna, que es el porvenir más porvenir, ya que la eternidad no puede tener relojes ni calendarios, y para gozar de ella hay que perder totalmente la memoria. La beatitud se halla en poseer un presente que no se interrumpe nunca.

Creo que todos los hombres, desde los tiempos más remotos, han pensado que su época ha sido, en el proceso del tiempo, la mejor de todas. Que los hombres, en cualquier generación, han pronunciado esa frase que seguimos pronunciando: “¡Si mi abuelo levantara la cabeza...!” En efecto, si los abuelos que han existido levantasen la cabeza, quedarían asombrados de lo que

habían realizado sus nietos, no se sabe si para bien o para mal, para ser más felices o más desgraciados. En orden a la violencia, por ejemplo, hemos avanzado mucho; mas no creo que a los hombres de hoy les produzca más admiración la bomba H, que produjo a los hombres antiguos el invento de la catapulta. Y aun decimos de una persona poco inteligente que no ha inventado la pólvora.

Yo no tengo la vanidad de creer que he nacido en un momento culminante de la civilización y la cultura, siquiera sea evidente que en las postrimerías del siglo XIX y la primera mitad del XX hemos alcanzado una época de transición muy rápida, en la que las invenciones de la física y de la química y el perfeccionamiento de la técnica han sido tan veloces que apenas nos han dado tiempo de pensar sobre lo que estaba ocurriendo en torno a nosotros. Nuestro poeta costumbrista Bretón de los Herreros llamó al siglo XIX el siglo del vapor y del buen tono. Posiblemente esto del buen tono lo escribió por la fuerza del consonante, mas sí podemos decir que en nuestros días el vapor ya perfeccionado es una antigualla, y que el buen tono ha desaparecido por completo. Quizá todos los avances de la civilización se hacen a expensas de la cultura. Si hoy ya se habla de un cerebro electrónico, quiere decirse que el hombre, de tanto haber pensado en los siglos pretéritos, echa de menos una máquina que se ocupe de pensar por él. ¿Llegará un día en que exista una máquina que nos descubra el enigma de la vida y de la muerte? Más bien pienso que se repita el mito de Pigmalión, y que las máquinas se rebelen contra la inteligencia que las creó y el hombre sea una víctima de su propio ingenio.

Lo cierto es que los hombres de mi generación hemos vivido con anhelo de velocidad. Conocimos el vapor incipiente, la electricidad incipiente, los motores de explosión incipientes, los balbuceos de la navegación aérea, la comunicación por las ondas, la música y las imágenes en conserva, el salto de la homeopatía a los antibióticos, la vacuna, la asepsia y la anestesia, la existencia de los microbios y del átomo..., y, junto a esto, las dos guerras más cruentas que ha padecido el mundo, la revolución más sensacional que registra la Historia, la falta de respeto más evi-

dente a la persona humana, el derrumbamiento de los valores tradicionales, de lo que es buen ejemplo la república en China... En suma, grandes sucesos que, de una parte, nos alargan la vida, si es que no nos la acortan a fuerza de hacérsola vivir más apriisa, y, de otra, pueden aniquilárnosla en un instante. Así vamos viviendo a gran velocidad una existencia confortable, en esa angustia que produce, de una parte, la frivolidad, y, de otra, el terror. Yo quisiera limpiar estas páginas de cualquier sombra de nostalgia. Temo mucho a los viejos que gustan de evocar su tiempo con mengua de lo presente. Está bien recordar, pero sin lágrimas en los ojos. Hoy, muchos jóvenes se dedican a reírse de sus padres y sus abuelos, ridiculizando modas y costumbres, sin duda pensando que las actuales son mucho más serias. El pasado próximo, para estos jóvenes, es grotesco, o, al menos, sobre un álbum familiar de viejas fotografías tratan de reducirlo al ridículo. Por el contrario, algunos viejos, con la frase de “mis tiempos”, se obstinan en demostrarnos que aquello era lo bueno y que ahora no hay ni belleza, ni moral, ni arte, ni casas para vivir, ni buena cocina, ni teatro...; en suma, que ahora cualquier cosa es peor y más cara. Razonablemente pensado, llegamos a la conclusión de que todo es uno y lo mismo. Es una fórmula de consuelo decir que lo de ayer era mejor, y sirve también de alivio decir que lo de hoy es lo mejor que ha existido. En unas épocas los hombres se han afeitado y se han puesto peluca blanca, y en otras se han dejado la barba y han lucido orgullosamente la cabeza calva, de piel brillante y sonrosada. Las mujeres, a su vez, en unos tiempos querían ser gordas, y se martirizaban con corsés para embutir su obesidad, y en otros aspiraban a ser escuálidas, ojerosas y pálidas. Unos y otros hacían esto para agradar a sus contemporáneos. Pues bien: cuando hemos tenido bigote y barba y nos los hemos quitado; cuando la mujer ha sido gruesa y después se ha puesto a plan para adelgazar, no se han realizado sino actos superficiales, siguiendo los dictados de la moda. En lo esencial, todo ha seguido lo mismo. Don Juan Valera escribía que, en punto a refinamientos para pecar, Cleopatra sabía dónde le apretaba el zapato.

Lo que importa es decir que nuestro tiempo, el que escuchamos a nuestros padres y abuelos, el que hemos vivido —aun sin recordar nuestros orígenes, sabemos de nuestra vida por lo que nos contaron de ella— y el que estamos viviendo, es mucho más interesante que nosotros. Cada cual, en su tiempo, no es sino un puro accidente humano, y tan sólo una vanidad excesiva puede justificar unas memorias autobiográficas. Aun en los grandes hombres sus biografías son más sugestivas cuando las hacen los demás que cuando las escriben ellos. El mismo Napoleón, creador y responsable de la batalla de Waterloo, según nos refiere Stendhal, tuvo que preguntar en su retirada a un soldado fugitivo qué es lo que había pasado en la batalla. El soldado tampoco lo sabía, pero sabía al menos lo que había pasado en torno suyo en unos cuantos metros cuadrados, y este fragmento de batalla, para él y para contarla después, a través de los años, en una noche de invierno, al calor de la lumbre, era toda la batalla. El ajedrecista no sabe nunca por qué se ha distraído en una jugada funesta: es el mirón quien lo advierte. De ahí que el mejor oficio que podemos tener en el mundo es el de espectador.

Precisamente por ser en mi vida un espectador he huído de la expectación. El espectador es el agente pasivo de los acontecimientos; la expectación, en tanto, constituye una actitud activa, es lo que esperamos ver, no lo que estamos viendo. Hay expectación por lo que se nos anticipa que va a ocurrir. En este tiempo, entre lo que esperamos que va a pasar hasta que el hecho que se nos anuncia se produce, no somos espectadores, sino simples aspirantes a serlo.

Por lo general, la expectación nos defrauda. Los hechos ocurren no como esperábamos que ocurriesen, sino de otro modo. En cambio, siendo simples espectadores, la realidad de la vida va pasando por nuestro lado, dándonos en cada instante una sorpresa. Cuando por un momento nos evadimos de estas sorpresas, hacemos poesía.

En el mundo hay acontecimientos sensacionales, mas, si no los presenciamos, lo sensacional para nosotros puede ser lo más humilde e intrascendente, por el hecho de girar y pasar en torno nuestro. Y en esto se halla la virtud del espectador, en no desa-

provechar las sensaciones del momento que perciben nuestros sentidos. Solamente así aprovechamos la esencia de la actualidad. Una nube que transcurre por el cielo, y que vemos desde nuestra ventana, es una actualidad flotante, que va cambiando de forma y de color, porque esta nube que vemos unos instantes y que en muy poco tiempo se disipa, existe en tanto que la vemos, y ya no la volveremos a ver nunca. No hay nada en torno nuestro que se repita, y éste es el secreto de la Historia, un proceso de hechos, una corriente ininterrumpida que no es actual sino un momento, porque unas ondas suceden a otras.

El ejemplo más perfecto del espectador nos lo da el criado que sirve en el banquete. Los comensales hablan, ríen, discuten, crean el espectáculo, en tanto que el criado no puede hacer otra cosa sino servir. A veces, en una discusión, el criado tendría el razonamiento clave que pondría fin al antagonismo entre dos comensales, pero su función se reduce a servir, y no debe utilizar en aquellos momentos ni su sabiduría ni su dialéctica. Así quisiera ser yo ante los acontecimientos que, día a día, he ido presenciando, como el criado que sirve en el banquete.

Esta función es la más humilde que podemos ejercer, porque en la vida o somos actores o espectadores. El actor suele ser vanidoso —no hay vanidad tan refinada como la de un cómico—, y el espectador, modesto, siempre que no se convierta en crítico del espectáculo. La mejor parte, por esto, la lleva el espectador, porque el espectáculo se crea para él, toda la vida, la suya y la de los otros, se ha creado para él, este mundo se creó para él, y hasta tal punto que sin espectador el Universo no existiría; y así, en el Génesis, cuando todo estuvo creado, y el Supremo Hacedor se sintió satisfecho de su obra, tuvo que crear al hombre para que existiese un ser que la contemplase, pues sin espectador nada por sí mismo tendría razón de existir.

En esta actitud quiero yo asomarme a estas páginas, para dar una razón de lo que ha ocurrido en torno mío, entregándome a las veleidades del tiempo y captando la sorpresa en cualquier lugar donde me encuentre. Todo, en torno nuestro, es un puro milagro. Pues bien: de este milagro de mi vida quiero ofrecer a

quienes me lean impresiones ligeras y efímeras, que constituyan como una pequeña historia de mi tiempo.

¿Puedo escribir esto, como he escrito tantas páginas, miles de páginas dedicadas a las hojas de los periódicos, en el tráfico de la ciudad? Teniendo en cuenta que de lo que voy a escribir es, no de lo que está pasando, sino de lo que ha pasado, será mejor que me refugie en el campo, ya que el campo es un escenario que no cambia, en el que el tiempo, para interpretar su drama, no exige otra mutación de decoraciones sino la que hacen los meses del año con la luz y con los meteoros. Así mis recuerdos pueden sedimentarse en unos límites inmutables. No quiere esto decir que a mí no me guste el campo, entre otras razones porque no sienta bien a mi salud. Siempre que he descrito un paisaje, y lo he hecho muchas veces, ha sido inventado la naturaleza por puros recuerdos, confinado en cualquier ámbito de ciudad, a ser posible con mucho humo de tabaco, y mejor de noche que de día. Los pintores impresionistas no me son simpáticos por esa afición que tienen de echarse al campo con sus bártulos de pintar, como si fuesen cazadores: para el caso, tanto da un pincel como una escopeta. ¡Con los buenos paisajes que han inventado los pintores antiguos poniéndose a resguardo de los rigores del aire libre!

Pero aquí no se trata de copiar el campo, sino de refugiarme en un retiro donde nadie me importune para recordar. Y entiéndase bien, recordar y no revivir, pues quien intenta revivir es que tiene muy cerca de él la sombra de la muerte.

Para sentir el pasado como algo sustancial que haga que nuestro presente sea como es, nada tan propicio como un recinto inmutable, en el que todas las imágenes estén donde estaban en nuestra infancia. Muchos seres vivos desaparecieron, pero las cosas, más resistentes al tiempo, están en su sitio, sin haber apenas variado de calidad ni de color. En esta casa vieja, cimentada en el fondo de un valle, mas con altura suficiente para otear los grandes escalones de maíz, los caminos con lastras bordeados de avellanos y zarzamora, el río que ya apenas suena y es un camino más de cantos rodados, pues sus aguas han ido a incrementar las reservas de un pantano, y para mirar hacia arriba las praderías, y los bosques impenetrables, y las rocas inaccesibles, y las cumbres

altísimas que rasgan, hasta convertir en jirones, la niebla, para dejarse ver, hay una gran biblioteca, acrecentada sobre los fondos familiares de varias generaciones aficionadas a leer por mi hermano José María. Toda la planta baja de esta casa, salvando el zaguán y la capilla, está llena de libros, y los libros son la mejor compañía para la evocación. Hay una gran estancia que en tiempos fue cuadra, y que, transformada para el estudio, aún conserva una buena tradición para rumiar. Los ventanales rasgados a lo largo del muro se abren sobre una huerta descuidada, y penetra por ellos un tono verde de árboles frutales que derrama sobre el papel donde escribo una luz misteriosa, un poco difusa, sujeta a las veleidades del tiempo y a los rigores de la hora. El silencio es penetrante, y cuando surge un sonido nos llega a nosotros amable, con cierta aspiración poética, para avisarnos de que algo en torno nuestro vive.

He aquí un buen refugio para desgranar recuerdos.





Mi abuelo paterno, don Francisco de Cossío y Salinas, que llevaba asimismo el apellido de González de Sepúlveda, fue el último mayorazgo de esta dilatada familia, que desde el siglo XV vivió en el castillo de esta villa, castillo romano, cuyas piedras aún perduran en dos de sus grandes cubos y a lo largo de la barbacana. Digo desde el siglo XV, porque hasta la aparición de don Luis González de Sepúlveda no se puede reconstruir una genealogía que nos lleve al conde Fernán González, conquistador de esta fortaleza, en la que dejó de alcaide a un hijo suyo. Lo cierto es que en tiempos de don Juan II reciben los González de Sepúlveda el señorío del Barrio de San Miguel de Neguera, un territorio de ochocientas hectáreas, que aún son propiedad de nuestra familia, y en el que construyeron una casa de campo, cuya estructura gótica todavía se conserva intacta en la fachada principal.

Esta familia debió de tener gran predicamento en estos años, y así, los González de Sepúlveda tienen enterramiento propio en una cripta románica de San Justo, y hay un don Diego que, como se lee en su sepulcro, fue embajador de los Reyes Católicos en Inglaterra, y, antes de la coronación de la reina Isabel, maestre-sala del infante don Alonso. Después, todos los mayorazgos, en la sucesión del tiempo, habitan el castillo y son regidores perpetuos de la villa. Allí, en esta mansión, nací yo en el año 1887, y, a pesar de tantos avatares históricos y económicos, aún este recinto, mitad guerrero, mitad civil, nos pertenece.

Creo ineludibles estos antecedentes familiares, y otros que iré dando, fiándome en la memoria y no en los documentos de nuestro archivo, muy copioso y bien ordenado, no por vanidad de

familia, la más pueril de todas las vanidades, ya que pensé siempre que el hombre es hijo de sus obras, sino por centrar mis recuerdos en un ambiente y en el curso de una vida familiar que creara una tradición que no puede ser ajena a mis ideas, a las impresiones que tengo de mi tiempo y a los recuerdos que, un poco confusamente, han ido quedando en mi memoria, y que han sido en el curso de mi vida compañeros inseparables de mis venturas, aventuras y desventuras.

Mi padre, don Mariano de Cossío y Cuesta, ya fue medio mayorazgo, y a su muerte, siendo yo el mayor de mis cuatro hermanos, no fui mayorazgo, correspondiéndome una cuarta parte de las propiedades que podemos llamar históricas, de esta antigua familia en la que, en el curso de cinco siglos, se entrecruzan muy ilustres apellidos de Castilla, de Andalucía, de Navarra, de las Asturias de Santillana y de la Montaña de Santander. Sí he de hacer notar que mi abuelo Cossío, que era un gran terrateniente en el que recaían vinculaciones, censos y propiedades afectas a sus apellidos González de Sepúlveda, Salinas y Cossío, cuando sobrevino la desamortización de Mendizábal, fiel a una tradición noble que sostuvo hasta su muerte, no aprovechó aquel acuerdo que incitaba fácilmente a la rapiña para ninguna especulación, como lo hicieron, indiferentes a las sanciones canónicas que dictaba la Iglesia, tantos aprovechados que en aquel trance iniciaron la dinastía que más tarde se ha calificado con el apelativo de nuevos ricos. Los descendientes de aquellos asaltantes de los bienes eclesiásticos, a cuyos propietarios los progresistas llamaban manos muertas, y de los que podemos decir que tuvieron, para su plantarlos, manos demasiado vivas, en el curso de los años crearon una aristocracia de rastacueros, y olvidándose de la torpe improvisación de su fortuna, recibieron la absolución de la Santa Sede, y aun se erigieron en defensores de la verdad católica, sin renunciar, por supuesto, a los bienes terrenales tan abusivamente adquiridos por sus abuelos. Quizá la palabra “conservador”, que procede de los que anteriormente se llamaban “moderados”, surge cuando, levantadas las excomuniones, los ya reconciliados con la Iglesia sienten los deseos de conservar y de que no surja otro Mendizábal contra ellos.

El absentismo no se había producido en España, y en los pueblos existían grandes señores, aún no extinguidos los mayorazgos, que tenían sobre sí el cuidado de dar carrera a sus hermanos, casar a sus hermanas, si no profesaban religiosas, y vivir en el vigilante cuidado de sus tierras. La supresión de los mayorazgos impulsa el absentismo. Los señores se retiran a vivir a las ciudades, pierden el contacto con sus casas, sus tierras y sus colonos, y surge un personaje nuevo en los pueblos, el administrador, que es quien facilita a los administrados dinero, y que termina muchas veces siendo más rico e influyente que ellos.

Este ambiente de la España de mediados del siglo XIX nos da la clave de muchos cambios y aun de la desaparición de muchas familias históricas, cuyos escudos nobiliarios vemos hoy por tantos pueblos en muros medio derrumbados de casas que fueron ilustres y que ahora habitan familias de menestrales y aun de mendigos. Volviendo la vista a tiempos más remotos, con estas casas ocurrió lo que ha ocurrido con los castillos.

Yo alcancé, sin embargo, de muy niño, la época de los grandes mayorazgos de Sepúlveda. Aún estos señores deambulaban por la plaza y las calles de la villa, vestidos de levita y sombrero de copa, se reunían en sus casas y sostenían el prestigio de su clase no manteniendo contacto ninguno con los advenedizos, especuladores, comerciantes y logreros, y siendo, en cambio, sumamente cordiales y hasta admitiendo familiaridad con sus colonos, que formaban verdaderas dinastías, pues labraban las tierras de los señores en sucesivas generaciones, pudiéndose formar con ellos un árbol genealógico muy dilatado, y con los criados que entraban de muchachos en la casa y morían de viejos en ella. Asimismo, eran amigos y mecenas de artistas y artesanos. No sé si era bueno o malo que las jerarquías o estamentos sociales que constituían la sociedad antigua cumpliesen una función rectora: me limito a recordar tal estado de cosas. Y esta jerarquía no la daba sólo el dinero, o, más bien, diremos que con dinero no se conseguía. El ser hidalgo, es decir, ser hijo de algo, significaba el designio y la responsabilidad del apellido; un valor histórico consolidado a través de varias generaciones, y, así, quien poseía una tradición de nobleza, aun siendo pobre, no perdía su valor jerár-

quico ni su categoría social. Noble, hidalgo y caballero eran tres conceptos que tenían un significado. Aún están estas tres palabras en el diccionario. Muy pronto carecerán de sentido, y si permanecen allí, llevarán la abreviatura que indica que son anticuadas o están en desuso.

De estos mayorazgos existían en Sepúlveda los Sánchez de Toledo, los Arteaga, los Del Río, los Bonilla, los Mazas, los Oñate, los Cenzano, los Carnero... y muchos segundones que arraigaron allí. Yo cito de memoria a quienes recuerdo y a los representantes de estas familias que conocí en mi puericia, y, a alguno de ellos, en mi mocedad. Entre éstos, muerto mi abuelo, a quien no llegué a alcanzar, eran una muestra viva del tono antiguo don Valentín Sánchez de Toledo y don Serapio del Río y Ruiz de Jibaja.

Don Serapio, como familiarmente le llamábamos, era un caballero alto y esbelto, de noble rostro, siempre estirado y en actitudes elegantes, con la vista muy cansada y con asomos de cataratas, que para leer, además de las gafas, necesitaba de una lupa. Se casó ya viejo con una muchacha muy joven, María Espí y Sánchez de Toledo. Era hija de un diplomático, que fue embajador de España en Berlín, y el móvil de esta extraña boda fue exclusivamente el amor. Dejando a un lado las cuantiosas rentas que tenía don Serapio, doña María era de una hermosura morena y dulce, esbelta y flexible, había viajado por Europa y frecuentado una sociedad elevada en la corte, y con estas cualidades no era raro que hubiese tenido pretendientes jóvenes y bien situados; mas ella prefirió al ya proveyecto don Serapio, y con él se fue a vivir a Sepúlveda, y allí adaptó su vida como esposa modelo, y, más tarde, como viuda aún bella y de una elegancia extraordinaria, pues no perdió su figura, ni sus actitudes de gran señora, ni de vieja. Murió después de los ochenta años. También fue larga la longevidad de don Serapio.

Este personaje, que hizo la carrera de abogado en Madrid y fue condiscípulo de don Antonio Cánovas del Castillo, estudiante pobre y sin recursos, a quien muchas veces don Serapio tuvo que ayudar con señorial elegancia. Una vez casado no salió de Sepúlveda, y no por ser marido celoso, como pudiera serlo, sino

porque doña María se adaptó a aquel ambiente, y no tenía tampoco deseos de viajar. He oído contar que a la muerte del mayorazgo aparecieron en una cuenta corriente del Banco de España de Segovia unos miles de duros, de los que don Serapio no dispuso, y constituían el dinero que él había depositado allí para el viaje de novios, que no llegó a realizarse.

Don Serapio fue muy amigo de mi abuelo, sentía por nosotros, por los Cossío, un gran cariño, y escuché de sus labios toda la historia de la Sepúlveda de sus tiempos juveniles, la de mis antepasados más próximos, y fui huésped suyo varias veces, cuando de joven iba a Sepúlveda y estaba cerrada nuestra casa. Por él supe no pocas intimidades de mi abuelo, la aprensión que sentía por las posibles enfermedades de sus hijos, a quienes tenía en la comida a media ración, cómo aprendió él solo el inglés, y hasta qué punto se mostró como orador elocuente cuando, muy joven, fue presidente de la Diputación de Segovia. Los libros del siglo XIX que hay en la biblioteca de nuestra casa de Sepúlveda, los muchos diccionarios de lenguas extranjeras, incluso uno de esperanto, y las colecciones de varios años de la *Ilustración Francesa* y de la *Ingllesa*, demuestran hasta qué punto los ocios de mi abuelo derivaban hacia las artes, las ciencias y las letras, y el deseo de estar informado en aquel retiro de lo que ocurría en el mundo. Tenía también colecciones de las revistas de la época, algunas tan raras como la literaria *La Espigadera* y la satírica *El Zurriago*.

Otro gran mayorazgo a quien yo alcancé, éste contemporáneo de mi padre, fue don Valentín Sánchez de Toledo. Quizá la última figura de aquel tiempo de grandes señores, que consiguió altos puestos en la política, a quien, pese a la diferencia de edad, traté como amigo en mi juventud, ya aquietadas las discusiones, olvidados, por movimiento afectivo, que puedo calificar de familiar, viejos pleitos, uno de ellos muy antiguo y curioso, pues se discutía en él la posesión de la cabeza de un moro que había en uno de los cuarteles del escudo de los González de Sepúlveda. Don Valentín acudía últimamente los veranos a su casa solar, la más bella construcción del siglo XVII, que hay en la calle de San Justo. Era un ameno evocador del pasado y un conversador delicioso, irradiando de él una simpatía señorial, que fue como un

sello familiar que vimos reflejada en su hermano, quien vivió siempre en Sepúlveda, manteniendo la dignidad de su modesta posición económica, y del hijo de éste, Luis, contemporáneo mío, hombre cordial, espléndido y generoso, que supo derrochar el dinero sin perder nunca su tono de elegancia y caballerosidad.

Tipos antiguos de la última época señorial que yo alcancé fueron los Plaza, los Bonilla, don Enrique Gil, abogado, que paseaba todas las mañanas por los soportales de la plaza delante de su casa; los Guadilla, don Galo Guadilla, que fue administrador de mis abuelos, y los Mazas, parientes de los Cossío, que daban a la villa un ambiente de gran fantasía, en relatos más o menos fabulosos, pero siempre novelescos. Una Mazas, doña Julia, casó con un farmacéutico, don Casimiro Montalbán, ceremonioso y circunspecto, que cuando yo le traté estaba muy sordo y que, quizá por esta afección, hablaba muy poco y escuchaba a todos con gran cortesía, como si realmente los oyera. Don Casimiro fue el último representante en Sepúlveda de la ceremonia, y yo lo he visto en una fiesta vestido con levita y sombrero de copa.

Estos hombres, que corresponden a un tiempo que a la juventud de hoy le parecerá inverosímil y posiblemente grotesco, ya que los llamados humoristas del día han encontrado tema para hacer reír en los amarillentos retratos de sus abuelos y sus padres, representan en la evolución de las costumbres el último paso de las jerarquías sociales que habían de llevarnos a caer en la sima de la masa, de la multitud. En nuestros días, y para las nuevas generaciones, una vida como la que en el último tercio del siglo XIX se hacía en los pueblos de España les parecerá absurda y hasta ridícula. No censuro por ello a la juventud actual, que es, poco más o menos, como la de ayer y, de seguro, como la de siempre. El joven, aun representando la continuidad, ha tratado en las sucesivas generaciones de hacer tabla rasa con el pasado y aun ha creído que la juventud es un mérito especial. No ha tenido tiempo de pensar que no hay nada tan efímero como la juventud, que se es joven para dejar de serlo, ya que el tiempo es inexorable, y que los viejos hemos sido también jóvenes alguna vez.

Murieron mis padres, con muy pequeña diferencia, el mismo año, en 1893. Tenía entonces yo seis años. Mis recuerdos de

aquella época son pocos y confusos. Y más bien que recuerdos son impresiones fuertes, de ésas que dejan huella en un rincón de la memoria, en una zona de misterio que, sin darnos cuenta, actuará siempre sobre nuestro espíritu, pero con esa indecisión que existe entre el ser y el no ser. Y es que en estas primeras impresiones de la vida no hay continuidad. Constituyen efecto de una sensación, no de una reflexión, y de ellas las que toman caracteres más fuertes son las que produce el miedo. Sería delicioso poseer en el recuerdo una primera infancia sin miedo y sin dolor. Podríamos reclinarnos en ella para consolarnos de todas las contrariedades y decepciones de la vida. Un niño llora, y si lo dejan llorar y nadie le hace caso, llegará un momento en que se calle, y, en aquel punto, no recordará la causa que le produjo el llanto. Estos olvidos de la causa del llanto de la infancia van dejando en nuestra conciencia un poso de amargura, del que no podremos nunca vernos limpios.

El recuerdo más vivo que tengo de mi madre es el de haber entrado una tarde en la capilla de nuestra casa de Sepúlveda. Mi madre se puso a rezar, y yo, pegado a ella, vi cómo las sombras del atardecer iban inundando aquel ámbito. Ya se hizo de noche, y mi padre encendió una vela y salimos. Yo iba agarrado a su falda. Sonaba mucho el viento, y al cruzar una sala de paso cuyo balcón se abría sobre la muralla, y desde cuya altura se dominaba la plaza, se conmovió éste por la fuerza del vendaval, y el aire apagó la vela. Mi madre dio un grito, y he aquí la primera impresión de terror que he tenido, y cómo este grito ha hecho explosión muchas veces en mi memoria, en momentos críticos de mi vida, como una voz de angustia del más allá, como algo que no surge dentro de mí, sino que viene de muy lejos. Recuerdo también unas manos muy blancas, saliendo de unas mangas de encaje, que pasaban lentamente los cartones de un álbum de retratos. No reconstruyo ni el semblante ni la figura, sino solamente las manos, unas manos que, sin duda, iba afilando la muerte. Muchas veces he unido aquel grito con estas manos. Quizá por esto han sido el oído y el tacto quienes me han traído más emociones lejanas.

El recuerdo de mi padre es mucho más confuso, y aun no sé si los que tengo son directos o, más bien, de casos que he oído



referir, con relación a mí, a personas que le conocieron y trataron. La doble orfandad que yo sufrí a los seis años dejó en mí un claroscuro, un a modo de niebla, y al perder súbitamente el contacto con mis progenitores perdí esa línea de continuidad afectiva que, cuando vivimos con ellos hasta trasponer la edad del uso de la razón, va afirmando recuerdos que pueden arrancar del primer año de nuestra vida, porque nuestros propios padres los van fijando en nosotros día a día.

De sucesos de esta primera parte de mi infancia recuerdo tres absolutamente aislados, fijos en mi memoria, quizá porque ellos constituyeran impresiones de gran magnitud. Una niñera que yo tenía me dijo que pegada a la muralla estaba la cárcel, y que por las noches se escuchaba el ruido de las cadenas de los presos. No creo que en aquel tiempo los presos de la cárcel de un partido judicial estuviesen sujetos con cadenas. Mas yo, atemorizado, oí muchas noches estos ruidos, y aquello es aún hoy para mí la expresión más estricta y rigurosa del miedo.

Otro recuerdo que guardo es el de un carnaval en Sepúlveda. El gran bullicio de la plaza; los mascarones con caretas de cartón, dando gritos; los huevos llenos de harina que lanzaban las máscaras contra los espectadores, con gran algazara de los agredidos... Esta alegre visión carnavalesca la tuve cuando mis padres, cada uno en una cama, estaban esperando la muerte. Después he visto muchos carnavales en distintas ciudades, y siempre he unido este recuerdo a las tristes circunstancias, que yo no podía conocer, que concurrieron en aquél.

Recuerdo también, en unas fiestas de la Virgen de la Peña, en el campo que hay delante de una iglesia románica donde se venera la imagen, que vi una corrida de vacas enmaromadas. Presencí el espectáculo desde la casa del capellán, frontera a la iglesia, tras de una gran reja. El capellán, entre otros muchos objetos piadosos que tenía, y que no recuerdo, me enseñó un rosario cuyas cuentas eran de azúcar. Yo pasé furtivamente mi lengua por ellas, y comprobé que eran dulces. Ignoro si fue mi lengua la primera que pasó por aquella rara pieza de devoción religiosa, y cómo terminaría tal rosario, del que no he vuelto a ver ningún ejemplar semejante.

La muerte de mis padres produjo en mi vida infantil un cambio brusco, que fue como un nuevo nacimiento a la vida. Mi abuela paterna, horrorizada por esta desgracia, arrojó en su regazo a los cuatro huérfanos, y, más que marcharse, huyó de Sepúlveda, dispuesta, como lo hizo, a no volver más en su vida a este lugar, en el que quedaban enterrados dos hijos, una nieta, su nuera, a más de su marido, que murió joven aún. No se recogió en la casa nada. Ni se clasificaron papeles, ni se ordenaron libros, ni cuentas, ni muebles, ni se cerraron armarios...; todo allí dentro se quedó inmóvil, tal como lo dejó mi padre, que antes de morir se preparaba para unas elecciones de diputado, como si la casa y lo que encerraba hubiesen muerto también. Entregó las llaves al administrador y ordenó que se cerrase la puerta, convirtiendo la mansión en sepulcro. Marchamos a la residencia de Valladolid. Iban con ella los tres hijos supervivientes, de los seis que tuvieron mis abuelos: mi tía Segunda, mi tía Dolores y mi tío Manuel.

Era mi abuela paterna, doña Dolores de la Cuesta y Polanco, mujer de mucho talento, muy instruida, de elevado ánimo, con el que supo sobrellevar las desgracias familiares y los reveses de fortuna que había sufrido, y de una dulzura en la mirada gris que todo lo envolvía en una atmósfera de afecto y benevolencia. Suavidad en las palabras y en las manos, de una piel blanquísima, siempre dispuestas a resbalar sobre las cosas y por los rostros en una caricia. Su pelo se peinó, desde que la conocí, en dos bandas grises, con raya al medio, que yo vi blanquear en el curso de los años. ¡Maravilloso tránsito de la plata a la nieve!

Nos recogió a nosotros con un cariño tan exaltado, que siendo yo el nieto mayor y el que mejor podía comprenderlo se creó en torno mío un silencio absoluto respecto a mi pasado. Hasta después de varios años, ni mi abuela, ni mis tíos, ni los criados, hicieron que llegase a mí una sola referencia ni de mis padres ni de Sepúlveda, adonde yo no volví sino cuando tenía dieciocho años. Este silencio sobre los primeros años de mi vida creó en mi tiempo una laguna. Se había roto la continuidad de una vida apenas iniciada, se me había desarraigado para trasplantarme en aquel nuevo ambiente, y quizá por esto mis primeros recuerdos de infancia sean tan incoherentes y tan vagos.

## 2

La casa de Valladolid era el antiguo palacio del conde de Canceleda, que compró mi bisabuelo don Manuel de la Cuesta, siendo rector de la Universidad. Hizo grandes reformas al estilo isabelino, quitándole su aire señorial de principios del siglo XVII, pero respetando sus grandes salones y amplias estancias. En virtud de estas variaciones que imponía el gusto de la época, desapareció la escalera principal que arrancaba del patio, y una torrecilla que se elevaba en uno de los ángulos, y que dio nombre a esta calle. Al final de la fachada lateral, que hoy se llama de Fray Luis de Granada y que por entonces se llamaba calle de la Ceniza, se respetó la vivienda, unida a nuestra casa, del administrador del conde, don Nicolás Acero, y en este lugar nació el poeta don José Zorrilla.

La planta principal de esta casa, cuando nosotros fuimos a vivir a ella, estaba dividida en dos partes. Una de ellas la habitaba mi abuela, y la otra su madrastra, doña Antonia Arenal, hermana de doña Concepción, la notable escritora gallega. A doña Antonia la llamaban todos, incluso los criados, Antonina, y ella me cobró a mí un gran cariño, al que yo correspondía llamándola “Nina”. La mayor parte de mi vida, hasta que me llevaron al colegio, la pasé en esta casa, demasiado grande y con salones dilatados y excesivos para una señora y dos criadas que la servían. Una joven, llamada María, y otra de mayor edad, que era una gran cocinera, llamada Segunda.

En realidad, la mayor parte de la casa, toda ella alfombrada y con profusos cortinajes, estaba cerrada. Sus salones los vi, como quien descubre un tesoro oculto, algún día que hacían limpieza en ellos. Y una vez, un domingo de Ramos, estuve más tiempo en el gran salón, con muebles isabelinos de damasco azul, y entró en él doña Antonina, con una gran palma que le mandaba como regalo al señor arzobispo, y ella misma la colocó atada con cintas en el balcón de esta estancia. Por el resquicio de otra puerta vi en una semioscuridad otro salón, éste de damasco amarillo. Del salón grande me impresionaron dos cuadros de pintura. Uno, enorme, que era una Purísima, y otro, de dimensiones más reducidas, que era un retrato de la señora con una niña ciega en los

brazos. Doña Antonina tuvo una hija ciega, que murió de diez o doce años. Este retrato, hecho por Llanos, era romántico, no sólo por la época, por los peinados y la indumentaria, sino por el tema. Esto lo he sabido después, así como que la Purísima, que llegaba del techo a los bordes del respaldo del sofá azul, era del siglo XVII y de escuela sevillana. Lo cierto es que aquel gran ámbito tan severamente decorado, y con una alfombra en la que se me hundían los pies, me impresionó vivamente, aún más que la palma, muy rizada y con unos lazos, que intenté sostener con mis manos y se me iba de un lado a otro.

Pero la habitación más impenetrable era el despacho de mi bisabuelo. Esta estancia alcancé a verla una sola vez. Los muebles eran de caoba clara, y las dos librerías estaban cargadas de libros. De costado a la luz había una mesa grande, con escribanía de plata, en la que no faltaban la salvadera ni la caja de obleas y, en el centro, un gran pupitre con paño verde, sobre el cual mi bisabuelo inclinó su cabeza para morir, en tanto que escribía una carta que dejó sin terminar. No ha sido ésta la única muerte repentina que ha habido en mi familia. Mi bisabuelo era hombre de gran talento y vasta cultura. Fue diputado y jefe político en el partido del conde de San Luis, y murió siendo rector de la Universidad de Valladolid. Fue asimismo poeta, y mi hermano José María ha recogido algunas de sus poesías inéditas. Intentó también un esbozo de biografía, que no se ha publicado, de su antepasado don Gregorio García de la Cuesta, gran soldado en la guerra del Rosellón, cerca del general Ricardos, y que en el reinado de Carlos IV fue gobernador del Supremo Consejo de Castilla y capitán general en la guerra de la Independencia. Este intento de mi bisabuelo, que no llegó a consumar por su muerte, tendía a rehabilitar al general Cuesta de los ataques que le dirigió Toreno en su obra *Guerra y revolución de España*. Esta estancia, con sus libros y sus papeles, con sus plumas y sus obleas, tal como los dejara su marido al morir, fue para doña Antonina como un santuario en el que yo no la vi penetrar nunca.

Siempre que podía me escapaba de la casa de mi abuela a esta otra casa, y en ella había un ambiente de misterio y de nostalgia que ha influido no poco en mi sensibilidad. Los sábados me

quedaba a almorzar, y era para mí un encanto aquel comedor severo, cargado de plata, con manteles y servilletas blanquísimas de hilo, y que, sin embargo, tenía un aspecto monacal. Todo lo suntuario se perdía en una penumbra de recogimiento y austeridad.

Doña Antonina era frágil de cuerpo y sumamente viva. Andaba con menudos pasos, como de pájaro, y, presidenta de cofradías, asociaciones piadosas y de caridad, se refugiaba para sus trabajos en un pequeño saloncito, en el que recibía sus visitas, que por la mañana eran casi todas eclesiásticas. Para llegar a la estancia había que pasar por una habitación larga, que llamábamos la sala de las dos ventanas, y en ella, sobre una consola isabelina y bajo un gran espejo dorado, había una pecera con peces de colores, que yo me cuidaba de alimentar. No sé si aquellos peces los tenía la señora no más que para mi recreo.

Pero posiblemente el origen de mis aficiones literarias debo hallarlo en los cuentos que me contaban las dos sirvientas. María, la más joven, era más procaz en sus cuentos, y también apuntaba los cuentos de miedo, que yo recuerdo que acentuaba con la mímica en expresiones de sorpresa, de horror y aun de muerte. Segunda, en cambio, tenía gran fantasía, y al repetir un cuento ya escuchado por mí otra vez, le añadía las derivaciones más insospechadas. No creo que el cuento de *Aladino o la lámpara maravillosa* pueda contarse con más lujo de detalles que los que acumulaba Segunda, especialmente cuando enumeraba los objetos de oro, plata y pedrería que encerraba la cueva. El “Sésamo, ábrete” lo pronunciaba con acento de cábala, de un modo tan sutil y penetrante, que yo pensaba que con aquellas palabras, dichas así, se abriría a nuestra curiosidad cualquier montaña para enseñarnos lo que tenía dentro.

La gran cocina de la casa tenía un corredor al que yo me asomaba muchas veces. Desde él se veía una serie de tapias que limitaban distintos corrales y jardines, y de frente la parte posterior de una casa, con entrada por la corredera de San Pablo, que tenía un gran mirador encristalado, al que se asomaban unas señoras que me parecían muy viejas, y que me ofrecían, ya flores, ya dulces, con la mano, a una distancia que yo no podía alcanzar.

Éstas eran las señoras de González Romero, sobrinas de quien fue ministro de Isabel II. Eran amigas de mi abuela, y, seguramente por deseo de ellas, un día me llevaron a su casa.

He perdido el recuerdo de los detalles de la mansión de estas dos solteronas, que me invitaban a que fuese allí cuantas veces quisiera. Lo que sí recuerdo es que, quizá porque su padre estuviera en Filipinas, tenían una gran colección de biombos, telas, lacas y porcelanas japonesas. Lo que más me impresionó fue una caja con unas cerillas largas, que se encendían en la oscuridad y provocaban llamas rojas, azules, amarillas... Me dieron de merendar y no volví más a aquella casa. Después, ya en el colegio, dejé de verlas; supongo que morirían las dos, y no sé a dónde habrán ido a parar aquellas preciosidades del Extremo Oriente ni quién prendería las cerillas japonesas que sobraron en aquella misteriosa caja.

Vivían en Valladolid mis tres tías maternas. Florentina, casada con un hermano del conde de Campomanes; María, casada con un Samaniego de ilustre familia, y Lola, casada con un Ugarte, empleado de Hacienda, que estuvo en Filipinas. La casa de don Matías Campomanes era un palacio del siglo XVII que debió de adquirir mi abuelo, y que por habilitar en él dos pisos entresuelos, en uno de los cuales vivía mi tía Lola, estropeó el precioso patio, con arcos y columnas bien labradas, que en el piso principal, que era en el que vivían los Campomanes, tenía una galería corrida con un segundo orden de arcos encristalados. Yo he jugado mucho en esta casa con mi prima Rosa, de una ligereza y una bondad heredadas de su madre, y con mi prima Josefina, a quien todos llamaban Fifi. Las dos eran mayores que yo; Fifi tendría entonces diecisiete años, pero aún me mostraba sus muñecas y sus juguetes de niña. Ejercía sobre mí una gran atracción. Los inviernos los pasaba en Madrid, con sus primos los condes de Campomanes.

Mi abuelo materno vivía en otra casa, próxima a ésta, en la calle de San Martín, y solamente le he visto una vez en casa de mi abuela Dolores, vestido de levita. Presentaba una noble aposura, era alto y de movimientos marciales, y tenía unos bigotes blancos y unas patillas recortadas. Lo veo, apoyado el codo en

el mármol de una chimenea, recién llegado yo a Valladolid, y confusamente recuerdo que debían de hablar de mis padres y de nosotros. Después no le volvía a ver sino en su casa, en la cama, pues debía de tener una enfermedad que le impedía andar, y en aquella cama donde permaneció varios años, no perdió nunca su apostura noble y su voz autoritaria. Íbamos a verle los cuatro nietos una vez por semana. Me infundía, al menos a mí, un poco de temor, siquiera él se mostrase cariñoso. Nos preguntaba lo que hacíamos, y estas visitas durarían escasamente diez minutos. Al entrar le besábamos la mano, de largos dedos, muy cuidada, y al salir nos iba dando a cada uno una moneda de plata de dos pesetas.

Este abuelo se llamaba don León Martínez Fortún y tenía el título de conde de San León, otorgado por don Carlos en la segunda guerra carlista. Fue a Cuba siendo militar, y allí estuvo con su hermano el marqués de Placetas. Se casó con doña Josefina Martínez de Talavera, mi abuela materna, una criolla de extraordinaria belleza, muy parecida en sus rasgos a mi madre. A esta abuela yo no la conocí sino por retratos. Mi abuelo intentó quedarse en Cuba, y hasta creo que montó una fábrica de tabacos. Pero allí tuvo un gran choque afectivo, la muerte trágica de un hijo suyo, de quien le quedó un nieto, León, al que llamábamos Leoncito, sumamente fuerte y travieso en su mocedad, a quien mi madre tuvo un año en Sepúlveda, siendo yo muy niño.

Cuando mi abuelo volvió a España creo que tenía el grado de coronel, mas abandonó el ejército liberal y prestó sus servicios en el ejército carlista. Disfrutó de la intimidad de don Carlos, alcanzando el grado de capitán general, y al lado del Pretendiente, como persona culta y de mucho carácter, le emplearon en el oficio de preceptor de don Jaime. En la emigración, en París, estuvo al lado de los reyes, y sus hijas fueron damas de doña Margarita. Como consecuencia de la paz, reingresó en el ejército contra el que él había combatido, le reconocieron su grado, y en él permaneció hasta su muerte, en situación de retirado, pero fiel a sus ideas tradicionalistas, ya apenas sin acción política y muy desengañado. No sé de dónde le vendría su vena de creador industrial y financiero. Yo recuerdo que en las postrimerías de su

vida le dio por fabricar jabón, y le enviaba a mi abuela tarugos de jabón que él manipulaba en su casa de la calle de San Martín. La idea que yo tengo de este abuelo era la de un gran caballero, de mucha fantasía, derrochador y arbitrista, y que murió no sólo con una fe religiosa muy firme, sino con la seguridad de que un día reinaría en España la dinastía, que él juzgaba legítima, de don Carlos de Borbón. Así, sobre mí han pesado estas dos tendencias, entonces muy en pugna: la de mi abuelo paterno, alfonsino entusiasta desde la Restauración, y la de mi abuelo materno, tradicionalista contumaz e intransigente.

En aquel mi primer año de orfandad se decidió que yo debía ir a la escuela. Había una, enfrente de nuestra casa, de don Antolín Cantalapiedra, que llevaba el nombre de Colegio de Santo Tomás. La clase de los párvulos, adonde yo fui, estaba regentada por un don Santiago, muy magro y cetrino, con barba negra cerrada y un semblante tan severo, que desde el primer día me infundió terror. La escuela, oscura, sórdida y sucia, tenía un olor penetrante de niños mal lavados. Don Santiago era un descendiente de los antiguos dómines, aunque seguramente no sabía latín, que aún empleaba el procedimiento de la palmeta y las correas. Yo no sufrí nunca estos castigos, parte porque era bueno y pacífico, incapaz de una diablura, parte porque él debía de considerarme el alumno más distinguido. Mas sentía un impulso de rebeldía y protesta cuando veía emplear estos castigos en los demás, que tenían el complemento de ponerlos de rodillas, y a veces con los brazos en cruz, y aun adicionarles a la cabeza unas orejas de burro. Eran los principios postreros de una pedagogía que, afortunadamente, fue cayendo en desuso. Así aprendieron latín nuestros antepasados, aunque pienso que, habiendo probado en su aprendizaje estas torturas, nunca en la vida podrían penetrar en los dulces versos de Virgilio ni comprender los amables preceptos que Horacio ofrecía a sus alumnos los Pisones. En esta escuela se acentuó mi natural timidez, y creo que debí de aprender muy poco de ella. Sólo recuerdo que la hora de ir a la escuela era para mí fatídica y terrible. Estaba a muy pocos pasos de mi casa, y el criado que me llevaba tenía que tirar suavemente de mí, y aun secar mis lágrimas en el momento de la entrada.



Aquel año tuve la alegría de mi primer veraneo, y de encontrar el mágico significado de la palabra “vacación”. Mi cartilla, mi catecismo y mi tabla de sumar y multiplicar estaban destrozados, pero me alegraba el saber que en unos meses no tendría que ver nada con estos libros. Solamente recuerdo uno en el que las palabras aparecían separadas por sílabas, y del que pervive en mi memoria su comienzo: “Paseando Ceferino por un viñado de La Seca, halló un pajarillo que volaba y revoloteaba de flor en flor.” Este Ceferino era para mí un héroe de novela. Después, pasados muchos años, he ido al pueblo de La Seca, de la provincia de Valladolid, famoso por sus vinos, y he visto, en efecto, viñedos por los que, sin duda, paseó Ceferino, pero no he visto flores ni pajarillos. Quizá todas las cosas que aprendemos de niños y aun de mayores son como estos viñedos de La Seca.

Valladolid adquiría en verano una transparencia singular. Se echaban los toldos en la plaza Mayor y los soportales quedaban en una penumbra amable y fresca. Solían llevarme por las tardes al paseo de las Moreras, a la orilla del río, y pasábamos por una confitería que se llamaba El Sol, que tenía una fuente de mármol de la que manaba un surtidor y en cuya taza había pececillos. Pero mi mayor regalo era ir a una esterería de don José Fernández, que se abría en la calle de Cantarranas. Entonces, época de alfombras y de esteras de paja, muy finas para el verano, estos comercios que se dedicaban a tal industria, al iniciarse el estío, se convertían en horchaterías. Don José era un hombre grueso, de rostro apacible y con un bigote muy espeso. Tenía fama en su casa la leche helada y el helado de mantecado, que se servía en pirámide, con el aditamento de una pequeña cesta en la que venían los barquillos. Aquel establecimiento lleno de alfombras enrolladas y de persianas verdes, que olían a pintura fresca, tenía para mí una calidad de acuario. Y en aquella atmósfera casi líquida, de fondo de mar, recuerdo la fruición con que, apoyados los codos en la mesa de mármol, iba yo tallando en aquella montaña nevada, con el barquillo como instrumento, evitando que se derrumbase. Aunque iba vestido con un traje de marinero, yo no conocía aún el mar, pero imaginaba —por aquel tiempo andaba

Peral a vueltas con su submarino, que tanto ruido metió— que el fondo del mar debía de ser una cosa así.

Aquel verano, a fines de junio, fuimos al Sardinero, a una casa que estaba sobre la playa de la Magdalena. Aquella casa tenía en el jardín un muro de piedra, que me llegaba a la altura de los ojos, que servía de separación del jardín de la casa que acababa de construir don Benito Pérez Galdós. Tengo un vago recuerdo de don Benito, en zapatillas, con un chaquetón y una boina, y con cara de ser amigo de los niños, que alguna vez se acercó a mí para ofrecirme un caramelo. Desde entonces creo que no volví a ver a don Benito, aunque más tarde fuese un entusiasta lector de sus *Episodios* y sus novelas. Entonces no tenía yo el concepto de lo que era un novelista, y aunque es posible que oyese hablar de él a mi abuela y a mis tíos, a mí me parecía un comerciante retirado del negocio, que no tenía amigos, siempre solitario y sin saber qué hacer.

Se me ha borrado del recuerdo la primera impresión que me produjo el mar. Quizá de niños no tenemos capacidad para dominar horizontes y no nos damos cuenta sino de la realidad más próxima y tangible. Conforme avanzamos en años, lo lejano va teniendo más interés para nosotros. De niños todas las estancias nos parecen grandes, todos los caminos largos, todo el tiempo dilatado. Al crecer nosotros, nuestro mundo se va haciendo más pequeño: quizá por esto lo percibimos mejor en su grandiosidad. Estamos más cerca de las estrellas y de los confines, y el tiempo se nos va de las manos, como el agua en el cesto.

Nos pasábamos el día en la playa de la Magdalena, muy abandonada entonces, y a la que había que descender por caminos aldeanos, atravesando la línea de un tranvía del que me llega el recuerdo, y me parece verlo con señores graves con *canotier* de paja, señoras con pamea, encorsetadas, y las cortinillas blancas y rojas moviéndose en el aire como banderas. Los sirvientes que nos acompañaban tenían mucho cuidado, al pasar la vía, con este tranvía, que, cuando corría, lanzaba un silbido penetrante, al que a veces contestaban con gravedad las sirenas de los barcos que entraban en la bahía.

Una sola vez, aquel verano, estuve en Santander, con mi abuela y mi tía Dolores, yendo en el tranvía de Pombo, que era un pequeño tren de vapor que traspasaba un túnel. Hicieron compras en la calle de San Francisco y la Blanca, y fuimos después a la casa de una Polanco, prima de mi abuela, casada con un López Dóriga, que debía de ser armador o consignatario, pues en su casa había muchos grabados y cuadros de barcos, y desde cuyo balcón se dominaba el muelle. Me pareció muy larga aquella visita.

Estoy recogiendo primeros recuerdos, los más lejanos que hay en mi memoria, ya que en años sucesivos seguimos yendo a Santander, y en el curso de estos años los recuerdos se multiplican y se suceden, constituyendo un ciclo de nimiedades y detalles que no merecen la pena. Estos prístinos recuerdos tiene para mí cierto interés el evocarlos. Son como reflejo de las costumbres y el ambiente de una época, a más de sesenta años de distancia. Todo va surgiendo de mi memoria en sensaciones incoherentes y confusas.

Aquel año, desde el Sardinero volvimos a Valladolid. Habíamos pasado el verano, en su mayor parte, con mi abuela. Mis tíos Manuel y Dolores habían ido a Panticosa.

Al año siguiente volvimos al Sardinero. Ya me llevaban a bañar a la primera playa, siempre con el bañero. Eran entonces muy pocos los que se decidían a entrar en el mar sin bañero. Las señoras llevaban trajes, para sumergirse en el mar, con pantalones hasta el tobillo, y aun así llegaban a la orilla envueltas pudorosamente en capas de felpa. Adheridas al bañero, vestido de hule, daban agudos gritos cuando venía la ola. El bañero era para mí un ser odioso. Me metía en el agua a empujones, y cuando llegaba la primera ola, me sumergía en ella de cabeza. Gracias a este procedimiento paradójico, que en lo intelectual, por lo que recuerdo, era semejante, aprendí a nadar muy pronto.

De aquel año recuerdo aisladamente tres acontecimientos que para mí debieron de ser memorables. Una noche me llevaron a ver la feria de Santander, en la Alameda, con una iluminación que a mí me pareció esplendorosa. Una tarde vi salir del Hotel Suiza, del Sardinero, en un landó, repantigado como un emperador romano, al torero Mazzantini, en traje de luces. Y como

signo de una época, entregada al más puro e inocente arbitrio, recordaré a un hombre vestido de blanco, con gorro de cocinero, que en unos grandes cestos llevaba pasteles en forma de submarino. Su pregón era el siguiente: “¡Última novedad, el submarino Peral, rico pastel!” Todo esto viene a mi memoria con el ritmo del vals de las olas.

Dentro de la primera quincena de aquel año fui por primera vez a Tudanca.

### 3

Mi abuela había recibido una carta de su tío don Antonio de la Cuesta, en la que le decía que la carretera llegaba ya a Santotis, uno de los cuatro pueblos del valle por el que discurría el río Nansa, y digo “discurría” porque un embalse que se ha construido en estos últimos años le ha arrebatado su caudal, y con ello este paisaje maravilloso ha quedado mudo, ha perdido su voz. Era la primera vez que mis hermanos y yo íbamos a este lugar. Al tío de mi abuela, don Antonio, le llamábamos todos el tío Antón. Ya proecto y retirado de la magistratura, fue a Tudanca a continuar la tradición de los Cuesta, y muy especialmente la de su hermano Francisco, a quien todos llamaban el tío Chicho. Tudanca, el pueblo más importante del valle, aunque no tiene sino ochenta vecinos, se halla en un cerco de montañas, y el que está allí siente la impresión de que no encontrará resquicio ninguno para salir, y que ha llegado en virtud de un milagro. Todas las casas son de piedra oscura, y las tejas, por las que sale el humo de las cocinas a confundirse con la niebla que la mayor parte de los días oculta en jirones las cimas de las montañas, son oscuras también. Los tíos de mi abuela ejercían en esta región un singular patriciado, patriciado que don Joaquín Costa, en su libro *Oligarquía y caciquismo*, señala como un caso único en España. Nuestra casa La Casona, como la llamaban aquellas gentes, tenía siempre la puerta abierta de par en par para que entrasen por ella todos los habitantes del valle que necesitasen algo. Y así, los tíos de mi abuela eran abogados, jueces, árbitros, banqueros, hombres de consejo y conciliación..., entregados con absoluto desinterés a todas las

consultas, quejas, desavenencias y preocupaciones de aquellos convecinos. Trabajaba el tío Antón en un pequeño despacho – cuando fui a Tudanca la primera vez había muerto el tío Francisco, que vivió siempre en aquel lugar– cuyo testero principal tenía una gran estantería de libros, pintada de verde, en la que había una especie de hornacina, bajo cuya arcada se incrustaba el sillón que tenía delante de la mesa. Éste era el ámbito reservado a las consultas, donde a los niños no nos dejaban entrar. Cuando las consultas eran generales o de consejo abierto, se celebraban de noche, en la cocina, que tenía bancos alrededor, y aun encima del fogón, que era amplio. A la izquierda del fuego del hogar había un sillón de anea, donde el señor se sentaba presidiendo el curso, que era mitad cambio de noticias, mitad asamblea. La comida se guisaba en aquel hogar, y en él se veían las calderas y pucheros y sartenes sobre las trébedes y las brasas, y las mozas entraban allí como sombras, resbalando con sus escarpines, sin hacer ruido, y manipulando en cuclillas ante el fuego, indiferentes a lo que allí se hablaba y discutía y, en cierto modo, como si cumpliesen una función religiosa. Las paredes parecían de azabache, y sobre aquel fondo negro resaltaban las blancas camisas. Se subía a esta cocina, que formaba un ala de la casa donde se elevaba la torre, por una escalera de piedra, donde estaban las herradas de agua. Detrás de la cocina había dos grandes estancias de servicio, y en una de ellas veíase el horno donde se cocía el pan, y los artesones de madera donde se amasaba la harina. Yo no recuerdo bien los criados que se reunían en aquella casa cuando nosotros llegábamos, entre los que llevaba mi abuela y los que servían al tío Antón. Mas a ellos había que agregar los vaqueros, el molinero, el encargado de la yeguada...

La casa de Tudanca no era la casa solar de los Cuesta. Ésta se halla aún en La Lastra, otro pueblo del valle, pegada a una capilla que es una gran iglesia, cuyo coro quedó sin construir, y que fue obra costeadada por un tío del general, el obispo don José Patricio de la Cuesta y Velarde. La mansión de Tudanca la construyó un indiano que consiguió fortuna en el Perú, en un segundo viaje que hizo desde Tudanca a dicho país, y a causa de la catástrofe del Callao, que le permitió adquirir bienes mostrencos, a

consecuencia de tal desdicha. Ya en este segundo viaje, con cierta ambición de hidalguía, lleva en su cartera una ejecutoria, concedida por Felipe V, con un maravilloso escudo. Este perulero se llamaba don Manuel Fernández de Linares y Gómez de la Cotería. Y en tal escudo, que más tarde hará labrar en la fachada de la casa que construye en Tudanca, tiene la siguiente hiperbólica leyenda:

Guardo tan bien el castillo  
con este venablo armado,  
que no fue ninguno osado  
a atreverse a combatillo.

Este escudo, no bien llegó al Perú, mandó bordarlo en un poncho suntuario, que aún poseemos, antes de volver a su pueblo natal, y su ambición de linaje se acentúa en él cuando, rico y poderoso, regresa a su pueblo, y en los muebles de nogal tallado que existen en la casa, se lee la siguiente inscripción: “Soy de mi señor don Pascual Fernández de Linares”. Trajo entonces no sólo un caudal en oro, que invirtió en fincas en Castilla, y en censos a Ayuntamientos, que en el curso del tiempo se han perdido, sino un cargamento de plata labrada, y para guardar tal tesoro hizo construir en la casa un cuarto secreto, al que se entra levantando unas tablas que ocultan una cama de una de las habitaciones. Tal estancia tiene una ventana con reja, que no corresponde, viéndola desde fuera, a ninguno de los pisos de la casa.

Un hermano del general, don Pedro Juan de la Cuesta, casó con una sobrina de don Pascual, llamada Rosa, y de este enlace procede el que la casa y los bienes de don Pascual pasasen a la familia de los Cuesta, y que éstos trasladasen su residencia de La Lastra a Tudanca. La casa es una construcción maciza, de piedra, con su capilla, que tiene una bóveda de media naranja, un coro que comunica con las habitaciones de la casa, y un retablo del siglo XVIII con imágenes pintadas y doradas de buena mano. Toda la planta baja la constituían las cuadras, en las que, cuando yo la conocí, había las vacas que podemos llamar de servicio, algunas jacas propias o de los visitantes y, al fondo, el pajar. Un portal con gran puerta en arco daba entrada a la capilla, y por otro arco se pasaba a un zaguán que daba acceso a las cuadras, a un

departamento improvisado, oscuro, con unas tinas donde se curaba la cecina, una leñera, una habitación de criados, y por esta estancia se descendía a la bodega. En nuestra época, toda esta planta baja, de la que parte la escalera, mi hermano José María la ha convertido en biblioteca.

En el piso principal están las habitaciones de los señores, y entre ellas la salona, con arcones tallados de nogal, bargueños, retratos de los Cuesta y un reloj de pesas, inglés, que aún suena, y para el que don Pascual mandó hacer un soporte de piedra que salía de la pared, para que el reloj no sufriese ninguna trepidación. Tiene esta pieza un balcón volado por el que se domina todo el paisaje sobre el río, y en la fachada sur una solana, sobre la huerta, lugar muy resguardado y en el que mi abuela se pasaba la mayor parte del día, ya conversando con la gente, ya leyendo o haciendo labor.

Contaré un curioso trance, relacionado con el tesoro que todos suponían que don Pascual tenía guardado en la casa, aunque casi nadie conociese el misterioso escondite. En el suelo de castaño, como es todo el de la casa, del cuarto que llamamos del coro, porque desde él se penetra en el coro de la capilla, existen todavía unos agujeros que pudieron servir para colgar de ellos reses muertas, para descuartizarlas en el portal, y que en esta ocasión, que oí contar a mi abuela, por habérselo oído ella de viva voz a la suya, sirvieron de defensa para evitar el asalto de una cuadrilla de bandoleros. Por un pastor que vino de la montaña de un alto invernal, y que posiblemente era criado, y desde luego afecto a la casa, se tuvo el aviso de que aquella noche unos bandoleros que merodeaban por los inaccesibles montes de esta comarca iban a asaltar la casa. Se dispuso, pues, ésta, con gran susto de sus habitantes, para la defensa. Por lo que cuentan, tenían pocas municiones y escopetas, y así atrancaron bien las puertas, y todos los hombres se dispusieron a rechazar a los asaltantes, en tanto que doña Rosa y su servidumbre femenina rezaban en este cuarto del coro, cuyo piso sirve de techo al portal. Ya corrida la medianoche, surgieron los facinerosos, y fueron recibidos a tiros. Como había que administrar bien los disparos, un criado enardecido daba gritos e instrucciones de las que se deducía que

había que abrir barriles de pólvora y aprovisionarse de balas y metralla. Los bandoleros, al verse sorprendidos en su intento con tanta violencia, huyeron, y, por los rastros de sangre, se dedujo al día siguiente que alguno de ellos fue llevado por sus compañeros ya muerto o herido. Esto ocurrió el año 1793, haciendo el general Cuesta la campaña del Rosellón, y cuando éste se enteró del suceso, tan felizmente resuelto, escribió una carta a su hermano lamentando el susto que pasaría su cuñada Rosa, y dando muestra de su experiencia de estrategia les dictaba puntuales instrucciones, para que en el zaguán hiciesen dos profundas saeteras cruzadas, que aún existen, y con las que la casa quedaría perfectamente defendida.

No se tiene noticia de que después de este episodio el tesoro de don Pascual fuese nuevamente atacado. No obstante, las defensas y protecciones de hierro que tienen puertas y ventanas indican que en esta casa, en tiempos, hubo muchas y ricas cosas que guardar.

El viaje a Tudanca era, cuando me llevaron, penoso, aunque no tanto como el que hacían mis antepasados. Fuimos desde Santander en el tren Cantábrico hasta Cabezón de la Sal, y allí nos esperaban dos coches, llamados cestas, muy ligeros, que habían de conducirnos a Tudanca. Un viaje de cuatro horas, con un descanso en Cabuérniga, en Carmona, donde comíamos, en un comedor que aún recuerdo con cromos de estepa nevada, con trineos, y en ellos caballeros y señoras envueltos en pieles, y cercados de lobos a quienes los perros acosaban. El comedor tenía persianas verdes, y el ambiente había tomado ese color, resaltando en él la blancura de los platos y las servilletas y manteles. Yo llegué allí muy mareado. Era yo entonces muy sensible al mareo. Después he viajado mucho, por tierra, mar y aire, y no me he vuelto a marear. Por el recuerdo de aquellos mareos que sufrí de niño comprendo muy bien el sufrimiento de quienes se marean. Tras el almuerzo, emprendíamos de nuevo la marcha. Pasábamos por Puentenansa, por Cosío —donde está la casa solar de nuestro apellido—, por Rozadío..., y a la altura de Sarceda, antes de llegar a Santotis, los coches ya no podían pasar, pues estaban construyendo la carretera que sigue las márgenes del Nansa. allí



nos esperaban dos carros de bueyes, o quizá tres, porque uno de ellos transportaba los equipajes. En el que a mí me echaron para disipar mi mareo había un colchón, y por unos caminos aldeanos de lastras desiguales, cuando no de cantos rodados, llegamos a la casa cuando ya era casi de noche. Subí la escalera, ayudándome con las manos en los escalones, por lo que creo que mi estatura no era suficiente para llegar al pasamanos, y recuerdo que iba precedido por un farol, hasta entrar en la salona, iluminada con una gran lámpara de petróleo, que hacía sombras grotescas sobre los retratos al óleo que había en las paredes. De aquella noche, hasta que me llevaron a la cama, no recuerdo sino una angustia que me oprimía y una impresión de tristeza y abandono, como si me hubiesen transportado a otro mundo. Y aquello debió de durar poco, porque me venció el cansancio y dormí hasta las nueve de la mañana siguiente de un solo sueño.

Amaneció un día espléndido de sol, muy raro en este valle, en el que siempre las nieblas andan rondando por las alturas. No bien me levantaron me lancé a la huerta, a la que se descendía por una escalera de piedra. La huerta está cercada toda ella de piedra. A mí entonces me pareció enorme, y hasta tuve cierto temor de llegar al final, donde había un pozo. Entre rosales y geranios aparecían cuadros de patatas y de berza, y muchos árboles frutales, perales especialmente, un ciruelo, pавías, manzanos, y todos los senderos estaban cubiertos por lastras, para no mojar-se los días de lluvia. En este lugar, que a mí me pareció un paraíso, existía también el árbol de la ciencia del bien y del mal. Un peral pequeño, que se inclinaba por el peso de unas peras muy grandes, que estaba muy cerca, casi debajo de la solana. Se me advirtió que estaba prohibido tocar aquel árbol, y mucho más apoderarse de alguno de sus frutos. Pensé que aquellas peras, en su madurez, el único que podría arrancarlas era el tío Antón.

Éste era pequeño de cuerpo, delgado y muy vivo. A sus setenta años se había acostumbrado a su vida de soltero, mas le gustaba tener en torno suyo a toda la familia, y por todos, y especialmente por mi abuela, mostraba un efusivo cariño. Conmigo, como el mayor de mis hermanos, se entretenía preguntándome cosas, y mi suprema diversión era entonces ir por la mañana

con él a la solana. El tío Antón era portador de una escopeta de un cañón, y con ella entre las piernas y conmigo a su lado esperaba que los tordos apareciesen debajo de un ciruelo a picotear las ciruelas maduras que se habían caído al suelo. Entonces se levantaba sigilosamente, y de pronto surgía una detonación que hacía eco en todo el valle. En el suelo habían quedado uno o dos tordos. Yo corría a la huerta, y con los pájaros palpitantes y aún calientes subía a la cocina para que los asasen. He aquí los únicos actos de crueldad de que tengo que acusarme. Esto me ha hecho pensar que todos los niños son crueles. Es el miedo, sin duda, el que les hace crueles. Y así ocurre de mayores. Todo acto de crueldad representa un impulso irreprimible del miedo. Esto se ha visto en las revoluciones políticas, en las que siempre asesinan los más cobardes. Lo cierto es que, desde aquella diversión que me proporcionaba casi todas las mañanas el tío Antón, yo no recuerdo haber disparado en mi vida una sola arma de fuego contra nada ni contra nadie.

En la casa de Tudanca había muchas escopetas y todos los instrumentos necesarios para hacer cartuchos. Mi tío Manuel es un gran cazador, y lo fueron asimismo en su juventud los Cuesta. Era para mí motivo de curiosidad, como la que pudiera tener un niño ante un alquimista, ver por la noche, en un cuarto que daba entrada a la solana, hacer los cartuchos que iban a emplearse en la montería del día siguiente. Como ésta era siempre caza mayor —osos, jabalíes, corzos, rebecos...—, los cartuchos, con la pólvora bien medida, se rellenaban, además de con la bala, con postas. Había entonces en Tudanca grandes cazadores, entre ellos Pito Salces, a quien inmortalizó Pereda en su novela *Peñas arriba*. Este Pito Salces —Eladio Cossío— era servidor de la casa, y murió en ella viejo y ciego, en íntima comunidad con los señores. Maestro de ingenio campesino y malicias gitanas, que debió de aprender en las ferias, tenía un burro con el que iba a todas partes y en el que yo monté muchas veces.

Había otros dos cazadores importantes que, ya verdaderos, ya falsos, pues los dos, que discutían mucho entre sí, gozaban de gran fantasía, contaban pintorescos relatos en torno a su pericia, a sus armas y a los trofeos que habían adquirido luchando en

aquellas montañas, no sólo con animales apacibles, sino con fieras. En la casa abundaban pieles de oso, de jabalí y de corzo, que servían de alfombrilla delante de las camas, sobre la noble madera de castaño. Las escopetas —entre las que había una buena colección de las antiguas de chispa— y estas pieles daban a la casa un carácter un poco primitivo, rústico y montaraz.

Uno de estos cazadores era el cura, don Senén, que no fue el modelo del don Sabas creado por Pereda. Alto, muy curtido, ágil, con la sotana llena de manchas y grandes pañuelos de hierbas, con que se secaba el sudor, tenía una voz un poco áspera, autoritaria y que con facilidad subía de tono en las discusiones. Me impresionaba los domingos, como predicador, cuando explicaba el Evangelio, y donde se producía con mayor carácter su personalidad era en plena naturaleza, trepando por vericuetos inverosímiles, con su escopeta, y también en el río, pescando truchas, saltando de piedra en piedra con singular destreza, y aun metiéndose en el agua hasta la cintura si era preciso.

El otro cazador se llamaba Dámaso, había estado en Cuba de dependiente de un comercio, y aun habiéndose casado con una aldeana, cuando volvió a Tudanca conservaba, un poco anticuados, aires de señorito y de una moda que debió de aprender en las Antillas. En Tudanca, aún más que a las faenas del campo, se dedicó a la caza. Sabía labrar en la madera unas albarcas, y aunque nunca le vi en tal trabajo, debía de saber arreglar un dalle y aun hacerle eficaz sobre la hierba. Su afición predilecta era la caza, y sobre esto discutía y aun disputaba con singular insistencia con don Senén. En su casa guardaba extraños instrumentos cinegéticos, y entre ellos un catalejo del que no se apartaba en sus excursiones por las montañas. Ignoro la eficacia que este catalejo tendría en sus manos. Yo no conseguía acercarme con él ninguna lejanía. Él juraba haber visto con aquel tubo, muy dorado, piezas de caza a distancias inverosímiles.

Un comensal diario en nuestra casa era don Pascual Narváez, el único indiano que había en el valle. Conocía Cuba y ciertos lugares de los Estados Unidos de América. Había sido dueño de un gran comercio de tejidos en La Habana, y en la primera guerra de aquella isla había perdido casi toda su fortuna. Regresó a

la aldea natal con muy poco dinero, y aunque indiano modesto, construyó una casa en la parte alta del pueblo, en un prado que se llamaba la Mazanea. El edificio no llegó a terminarse, porque se acabó el dinero. En esta casa vi una máquina de hacer manteca, que creo no llegó a funcionar nunca. Poseía también libros en inglés y un trabajo de Historia Natural con láminas. La misión principal que tenía en la casa era la de bajar todos los días, antes de comer, a la bodega y subir una jarra de vino. En los últimos años de su vida bebía más de la cuenta, y por esto el tío Antón le reñía, y él escuchaba sumiso y sin decir palabra a las muchas veces violentas reprimendas. Mi abuela era más benévola con él. El indiano tenía un tumor en el cuello, del cual, sin duda, murió. Dejó heredera de sus escasos bienes a mi abuela, y ésta renunció a la herencia a favor de la familia de don Pascual.

En Tudanca me buscaron un maestro, cuyo nombre he olvidado. Era de un aspecto imponente, más que gordo, grande, muy desaseado y con unos bigotes como de alambre que yo sentía sobre mi rostro cuando vigilaba sobre una plana caligráfica mi torpeza para hacer letras, no sé si de Torío o de Iturzaeta. Él me parecía un calígrafo extraordinario, y, sin duda, gracias a sus enseñanzas, que empezaban en la manera de coger la pluma y de apoyar el antebrazo sobre la mesa, para mover después la mano según sus reglas, yo llegué a tener muy buena letra. Ésta se fue estropeando en el curso del tiempo, a fuerza de escribir tantas cosas que hubiese sido mejor que no escribiera nunca. Me enseñó también el Catecismo y a ayudar a misa, tan a machamartillo, que cuando fui al colegio de los jesuitas, éstos se sorprendieron de lo bien que recitaba el *Confiteor* y contestaba al *Orates, fateres*. Creo que ha sido éste el mejor maestro que he tenido, y eso que sus lecciones transcurrían en lucha con mi impaciencia por marcharme a jugar con los muchachos del pueblo, que me esperaban a la puerta de casa.

Las personas más importantes del pueblo eran Lino el de La Lastra, Teodomiro el de Salceda y Francisco el de La Herrán. A éstos se les daba cierta patente de señoría, y cuando comían en la casa, se sentaban en nuestra mesa. También se sentaban con mi abuela por las tardes, en la solana, a la hora del chocolate, que

se tomaba con tostadas de manteca cocida. Rara era la tarde que a esta tertulia no acudían don Senén, el cura, y don Pascual, el indiano.

Teníamos, además, muchas visitas, por lo general de gentes de los contornos. De estas personas tengo un recuerdo muy vago. Quizá eran gentes grises, sin personalidad, sin ningún rasgo de éstos que se graban en nuestra memoria infantil. Quiero evocar, sin embargo, a mis tías Nicasia y Segunda Cossío, que venían del pueblo de Cosío, a pie, con unas zapatillas silenciosas, recorriendo una distancia de doce kilómetros, por veredas de montaña. Eran tías segundas mías, y debían de tener la edad de mi tía Dolores. Pasaban varios días con nosotros, y poseían un señorío innato que no habían perdido en su vida rural. Tan leves como sus pisadas eran sus palabras. Habitaban la casa solar de los Cossío, y no sé por qué siendo los Cossío quienes habían dado nombre al pueblo, éste se escribía con una sola ese, en tanto que nuestro apellido, aun en documentos muy antiguos, se escribe con dos. Quizá el origen de este apellido sea italiano, posiblemente de alguno que estuvo al servicio de Felipe IV.

Otro de los visitantes de la casa era don Ángel de los Ríos, hombre imponente por su figura de gran señor y por las voces que daba cuando hablaba. Estaba completamente sordo, y por tener su casa o torre solar en Proeño, se le conocía por el apodo de Sordo de Proeño. Pereda le describe en su novelas *Peñas arriba*. Don Ángel era un erudito, especialmente en historia de la Edad Media. Escribió un libro sobre las behetrías y otro sobre el origen de los apellidos castellanos. Tenía fama de ser arbitrario y violento, y, a pesar de esto, cuando a mí me levantaba por el aire agarrándome de los codos, no me dio nunca miedo. Si pudiéramos decir “una ruda y violenta bondad”, podríamos aplicárselo a él.

Como recuerdos de ésta mi primera infancia han quedado grabados en mi memoria mi subida por la tarde, en la época de la siega, a las altas praderías, viendo en ellas segar con un ritmo que tiene un valor estético de danza religiosa. Toda la gracia del cuerpo sirviendo de eje a círculos precisos. La primera representación que yo vi de la Muerte, con una guadaña, me pareció ho-

rrible, cuando hubiese sido tan amable para representarnos la muerte un tudanco cortando la hierba. Me divertía también ver cargar las basnas, una especie de trineos, a los que se uncían los bueyes, y que se cargaban con la hierba ya seca, para bajarla a los pajares del pueblo, por los pendientes caminos de lastras, por lo que no podían bajar los carros rústicos, posiblemente celtas, de ruedas macizas de madera, que se empleaban para caminos más transitables. Las basnas deben de ser los medios de transporte más primitivos, quizá anteriores a la invención de la rueda. A la tarde bajaban las basnas al pueblo, y yo sobre la hierba de una de ellas, deliciosa laxitud en el descenso, a veces bordeando el abismo, llegué a pensar que el paso de los bueyes marca el ritmo más noble al paso de los hombres. El buey, como el elefante que he visto en el África Occidental, es un animal sin prisa, que nos demuestra la eficacia de la continua lentitud en el trabajo.

No puedo darme cuenta de lo que en aquel tiempo era el paisaje de Tudanca. Sin duda no provocaba en mí ninguna emoción estética. Después, en el curso de los años, en virtud de un proceso al que contribuyeron no poco mis aficiones literarias, he advertido hasta qué punto el conjunto de sorpresas que mi infancia fue dejando en mi espíritu con relación a este paisaje se fue descomponiendo en sensaciones de color, en todas las gamas de verdes, de grises oscuros y de rojos casi negros; de olor de establo, de olor a madreselva, a hierba seca y a hojas húmedas de rocío; de perfiles aprendidos en los helechos y en las hojas de los nogales, robles y hayas; de lo que representa ganar una altura y descender de la cumbre; de lo que significa una tradición en la forma de unas abarcas y en los perfectos dibujos que las decoran; y las graciosas líneas que tienen las jarras para la leche; de lo que es el sonido de los campanos del ganado, de las campanas, un poco rotas, de la iglesia, y la de nuestra casa que tocaba diariamente anunciando el mediodía, como si su sonido fuese la única medida del tiempo. Y también voces de lejanía que llaman, cánticos al atardecer que el eco esfumina en la montaña, y en las noches oscuras la luz vacilante de un farol, en las curvas de una calleja, que parece flotar en las tinieblas, y esta luz y otras lucecitas débiles, que son estrellas caídas, estremecidas por el sonido per-

petuo del río, despeñándose en cascadas entre olivos, avellanos y zarzamoras... He aquí los elementos que me han llevado después a un concepto total de este paisaje, que despertó en mí el uso de razón y actuó de año en año sobre mi sensibilidad.

Don José María de Pereda estuvo una sola vez en Tudanca, con motivo de unas elecciones en que se presentaba a diputado. No hizo el viaje que él describe por el Puerto de Sejos, viniendo desde Cabuérniga por la Valsemana. Quizá esta novela nació en su fantasía, más que por lo que vio en este valle, por lo que oyó contar de él a don Domingo Cuevas, primo suyo y cuñado de mi abuelo. Era don Domingo muy fino escritor costumbrista montañés, y he oído contar que era un conversador muy pintoresco y divertido.

Lo cierto es que quien vea Tudanca después después de haber leído *Peñas arriba* se sentirá defraudado. Asimismo, quien la lea después de haber visto Tudanca se sentirá defraudado también. El novelista trabucó el nombre del pueblo, llamando Tablanca a Tudanca, y de igual modo trabucó la realidad de este valle. No por esto la novela deja de tener un gran valor literario y un acento de epopeya.

#### 4

Seguí yendo a Tudanca, sucesivamente, varios veranos, hasta la muerte del tío Antón.

El último recuerdo que tengo de él fue de una mañana, al llegar el correo, que quitó la faja a *La Época*, periódico al que siempre había estado suscrito, y quedó consternado. En la primera plana se leía la noticia del asesinato de Cánovas. Tras una pausa, dijo:

—La muerte de este hombre la recordaréis todos los que viváis unos años. Es un desastre para España. Nuestra historia puede derivar de pronto hacia una disolución.

Éstas o parecidas fueron sus palabras, que quedaron grabadas en mi memoria, ignorando la importancia que podía tener aquel señor a quien habían asesinado, aunque penetré en el patetismo con que las pronunció el tío Antón. Es difícil determinar

la importancia que las grandes causas pueden tener en el curso de la Historia, al desviarla de su natural cauce. Mejor creo que son pequeñas causas las que más influyen. De éstas pueden servir de ejemplo, no ya la manzana prohibida del Paraíso, que tuvo efectos tan universales y tan graves, sino la nariz de Cleopatra o la hermosa Cava en la ribera del Tajo divirtiéndose con don Rodrigo. Con todo, en nuestro tiempo se producen tres grandes acontecimientos que influyen de modo funesto en la historia de nuestra nación. El asesinato de tres hombres: Prim, Cánovas y Canalejas.

Ya me habían llevado a mí dos años antes al colegio de San José, de los jesuitas de Valladolid, y aquel año, como el tío Antón estaba gravemente enfermo, quedaron todos acompañándole en Tudanca, y a mí me enviaron a estudiar al empezar el curso. Esta ha sido la primera soledad de mi vida.

Estaba en el colegio de mediopensionista, y un criado llamado Antonio entraba a despertarme a las siete de la mañana, pues a las ocho menos cuarto tenía que estar en el colegio. En el invierno era noche cerrada, y no había logrado salir yo de las profundidades del sueño. Creo que dormido me vestía y me lavaba el criado. Era yo un niño tímido y dócil, y no protestaba de nada. La luz que había en mi cuarto no era demasiado fuerte. Ya por aquel tiempo había electricidad en Valladolid, una electricidad incipiente. Recuerdo el primer día que lucieron las bombillas eléctricas en mi casa. Constituía una diversión encenderlas y apagarlas. Yo miraba aquellas luces como un efecto de magia. Mi abuela, que siempre tuvo ideas progresistas, dijo entonces estas frases:

—No sé el resultado que dará este invento. Parece, desde luego, una luz más cómoda y más limpia que la del petróleo, si no se apaga.

Y en aquellos comienzos la duda de mi abuela se confirmó en el sentido más desfavorable. Los apagones eran frecuentes, quizá no tan frecuentes como han sido después, cuando la electricidad estaba en su apogeo, y teníamos que tener previstos todos los aparatos del anterior alumbrado. En los teatros, en los



café y en los comercios había aún luz de gas, al que mis abuelos juzgaban el supremo adelanto.

En invierno, con temperaturas de seis y aun de ocho grados bajo cero, me echaban a la calle, junto a mi criado, y yo creo que iba entrando en calor por la velocidad, siempre con el temor de recibir un castigo por llegar tarde. El colegio era magnífico, pero carecía en absoluto de calefacción. Las mesas del comedor eran de mármol, y a mí, al tocarlas con la mano, me hacían el efecto de un témpano de hielo. No creo que ningún niño de nuestro tiempo pudiera sufrir esta prueba. Quizá fuese sano tal género de vida, aunque también pienso que ello podría ser un procedimiento de selección para que sobrevivieran los más fuertes. Quizá por esto, a lo largo del tiempo, he sufrido con ánimo sereno todo género de incomodidades.

Después de la misa teníamos un recreo de un cuarto de hora, y éste era un buen sistema de calefacción natural. Nos vendían allí unos zurriagos de lona, rellenos de pelote, y cuando el padre tocaba una campanilla para que rompiéramos filas en el patio, se producía un griterío ensordecedor y nos lanzábamos unos contra otros con aquellos zurriagos, a golpe limpio. Este espectáculo de violencia era aterrador para los nuevos. El ser nuevo en el colegio, y más a los siete años, era ponernos en contacto con un ejército de desconocidos, que nos miraban con recelo, con burla y aun con desprecio. Yo, el primer día, en aquel patio, quedé inmóvil mientras se pegaban unos contra otros, y viéndome así el padre inspector —creo que se llamaba el padre Muriel—, me entregó un zurriago, y dirigiéndose a los demás, dijo a grandes gritos:

—¡A éste, a éste!...

Cayó entonces sobre mí una avalancha, sin que yo pudiera esgrimir mi zurriago. Me sostuve firme recibiendo una lluvia de golpes, hasta que uno me llegó a la cara, dejándome un verdugón en la mejilla. Entonces el padre apartó de mí aquella tropa, y dijo una frase que influyó mucho sobre mí en los seis años que estuve en el colegio:

—Este chico parece tonto.

Ya recogido en el estudio, medité sobre ella, y no porque la juzgase injusta, sino porque verdaderamente me sentía inferior a

los demás en inteligencia, en fuerza y en destreza física. No fui nunca buen estudiante, mas no por vagancia o mala voluntad, sino porque no entendía bien lo que estudiaba ni las explicaciones que daban los profesores. Así, no tuve nunca premios, no fui “emperador”, ni siquiera “cónsul”, y mis notas eran medianas. No me explico cómo llegué a hacerme bachiller sin ningún suspenso. Sin duda porque aprendía fácilmente de memoria lo que entendía. Así, la *Epístola a los pisones*, de Horacio, y, cuando estudié Lógica, el *barbara, celarent, dario ferio...* es de las pocas cosas que aún recuerdo. Hoy mis nietos saben mucho más de lo que yo sabía cuando terminé mi carrera de abogado, y aun de las que sé ahora.

Recuerdo, sin embargo, en el colegio, un buen profesor: el de Física. El padre Martínez, que confesaba a todas las señoritas de la ciudad. Un confesor de moda. Solía sacarme a mí para los experimentos, y así recibí no pocas sacudidas eléctricas y manipulé en la máquina neumática hasta presenciar que un pajarito se asfixiaba prisionero en una campana de cristal. Yo no veía la necesidad de matar un pájaro para demostrar que aquella cámara hacía el vacío, explicándonos tantas cosas que teníamos que creerlas por pura fe.

Otro profesor muy pintoresco era el padre Valderrábano, que explicaba la Fisiología y la Historia Natural. Un día nos llevó el corazón de una ternera e hizo en él una disección minuciosa para que supiéramos lo que era el corazón y sus funciones. Este experimento ha influido en mí para no aceptar esta víscera como símbolo de los sentimientos más elevados del hombre.

Tuve entonces una crisis de misticismo, y me curé de ella a causa de unos ejercicios espirituales tremebundos, con ejemplos que demostraban las consecuencias del poder del demonio para hacernos incurrir en una ofensa grave a Dios y matarnos aquella noche por cualquier procedimiento para llevarnos al infierno por una eternidad. Y es que a mí se me conducía más fácilmente por el sentimiento, y juzgaba tan bueno a Dios, que repugnaba a mi razón que consintiera a Lucifer tal bellaquería con un niño de siete años. El efecto para mí era contraproducente, pues se me llevaba con más facilidad a la unción religiosa por el amor que

por la vía truculenta. Entonces aprendí de memoria el famoso soneto en el que se encuentran estos versos:

... que aunque no hubiese cielo yo te amara,  
y aunque no hubiese infierno te temiera.

Si me detengo a juzgar aquel período de mi vida, llego a la conclusión de que era un ensimismado. Me castigaban por distraído, porque estaba pensando en algo con los ojos en el vacío, o porque me hacían una pregunta, o simplemente pronunciaban mi nombre, y no respondía.

Yo debía de ser muy inocente, pues en la confesión no tenía nada que decir, y el padre que me confesaba me hacía preguntas, ininteligibles para mí, que a otro niño más avisado que yo le habrían abierto los ojos sobre pecados que yo desconocía. Esto me trajo una temporada de escrúpulos de conciencia, cuando yo no tenía una idea demasiado clara de lo que era la conciencia, aunque desde muy niño tuve conocimiento de lo que era la justicia. Este conocimiento intuitivo sobre lo justo y lo injusto fue formando en mí un carácter que ha servido de rémora para que prosperase en la vida.

Mi constitución, de niño, era enfermiza. Y esto me hacía subir muchas mañanas a la enfermería, sin que nunca el profesor me negase el permiso. Se conoce que se notaba en mi semblante el malestar que me producían los dolores de cabeza. Dirigía la enfermería el hermano Eceiza, que era uno de los santos que yo he encontrado en la vida. Poseía una sensibilidad extraordinaria para tratar a un niño, y una sugestión penetrante, que se manifestaba en una sonrisa que no he olvidado nunca. Estaba siempre ocupado, con un paso ligero que a veces tomaba calidades de vuelo.

Me gustaba la enfermería en soledad. Todo parecía impregnado de cierto olor a botica, pero la atmósfera era tibia, pues había una estufa. A veces nos reuníamos, en un saloncito, dos, tres y hasta cinco muchachos enfermos. Aunque éramos de distintas edades, hacíamos tertulia en torno a una mesa, o jugábamos a las damas o al asalto.

Cuando estaba solo, leía algún libro, generalmente la vida de un santo jesuíta. Me maravillaban sobre todo los santos adolescentes que abandonaban sus palacios, sus caballos y sus criados, y se querían hacer pobres, y se mortificaban, y anhelaban servir a Dios en tierras ignotas y salvajes, y se morían, al fin, jóvenes. No he leído después ni cuentos, ni novelas, ni poemas que me hayan impresionado más. Pensaba que era muy difícil ser santo y que yo no podría llegar a serlo nunca, y quedaba ensimismado con el libro entre las manos, y entonces entraba el hermano enfermero y me pasaba la mano por la frente para ver si tenía calor, y yo le miraba como si saliese de un sueño, y pensaba que tenía un santo a mi lado.

En uno de los cuartos de la enfermería vivía, en un absoluto aislamiento, el padre Uriarte. Comía en la enfermería también. Este padre me enseñó a mover las piezas en el tablero de ajedrez. Un día me llevó a su cuarto. Era un hombre de más de sesenta años, alto, enjuto, con un rostro que parecía tallado en madera, muy severo. Su espíritu infantil no respondía a su figura. Nos entendía a los chicos perfectamente, y yo no le encontré sino un defecto: el de tirarnos de las orejas, no como castigo, sino como juego. La habitación del padre Uriarte era espaciosa. La cama ocupaba uno de los ángulos, cubierta desde el techo con unas cortinas blancas. Cerca tenía un reclinatorio, debajo de una cruz. El resto de la estancia aparecía llena de libros, y sobre la mesa muchos papeles y cartoncitos con notas. Entre estos papeles descubrí una cajetilla de cigarros. Me parecía algo insólito que un jesuíta fumase, y hasta creo que me ruboricé por haber descubierto aquel secreto.

Un día, tímidamente, le pregunté al hermano Eceiza si los jesuítas podían fumar, como yo había visto fumar al cura de Tandana. Él me respondió que sí, siempre que se lo autorizasen los superiores y no diesen escándalo. Él comprendió que aquella pregunta iba dirigida al padre Uriarte, y me dijo que éste era un sabio, que vivía allí para trabajar en silencio y que estaba haciendo una obra monumental sobre los libros de la Compañía. Que había viajado por todos los países del mundo y hablaba muchos idiomas. Con esta información quedé maravillado. En aquel re-

cinto de la enfermería había pasado muchas horas en sociedad con un santo y con un sabio. Eran hombres como los demás, se reían, contaban cuentos, jugaban con nosotros y, sin embargo, en sus semblantes descubría yo algo como una luz especial que los iluminaba y que yo no había visto nunca en los demás hombres. Así empecé a comprender lo que era el amor. Después esta luz la he visto en el semblante de muchas mujeres, incluso pecadoras. No la he conseguido ver en el rostro de ningún hombre.

El día de mi primera comunión fue para mí un día feliz, quizá el más feliz que he tenido. Verdaderamente la sustancia de Dios había entrado en mi espíritu. Aquella noche no dormí. Me ayudó mi tía Dolores a vestir el uniforme, con pantalón largo que tenía una franja dorada y, por la cintura en torno, una faja de seda verde con grandes borlas. Me ajustaron un brazalete, en lazo, con flecos dorados. La gorra del uniforme tenía una visera de hule y era también de paño azul. Me pusieron guantes blancos. Este atuendo solemne, más que en mí mismo, lo vi en los demás, pues yo no pensaba sino en la trascendencia de la sublime ceremonia en la que iba a ser actor. En el recuerdo de este día he visto yo la clave de la inocencia: llegar a la presencia de Dios libre de pecado. Después, en el curso de mi vida, me he acercado tanto al árbol de la ciencia del bien y del mal que he comprendido lo que puede significar que un ángel con una espada de fuego nos arroje del Paraíso.

En este colegio no teníamos vacaciones ni los días festivos, ni la Navidad, ni la Semana Santa. Por esto quizá, el quedarme en casa con motivo de una enfermedad era para mí una alegría. Todos los años pasaba unos días con anginas. A los cuatro años tuve la difteria; la padeció al mismo tiempo que yo mi hermana mayor, Pepita, y ésta murió. A mí me dieron por muerto, mas reviví, quedando con la garganta destrozada por las cruentas curas que debieron hacerme. No sé si entonces existía ya el suero antidiftérico; mas si lo había, a mí no me lo aplicaron. Sin duda de resultas de esta enfermedad mi garganta quedó propensa a enfermar todos los años, en invierno, por lo menos una vez. Esto no era agradable, pues me costaba trabajo tragar hasta los líquidos y me subía mucho la temperatura. Tenía además, por las no-

ches, pesadillas con delirio y tardaba mucho tiempo en despertarme. Recuerdo una noche que debió de ponerse la cosa tan seria que, de madrugada, llamaron al médico. Estas crisis me pasaban pronto, y tenía unos días de convalecencia que me parecían admirables. Era volver a la vida con regalos, con visitas de mis tías y libros con ilustraciones para que viese las láminas. En esta convalecencia leí muchos cuentos, y es curioso que los que mejor iban a mis gustos eran los más realistas, los menos fantásticos. No me convencían las hadas, ni los enanos, ni los ogros, ni nada que fuese maravilloso; sin duda porque a mí me gustaba la realidad para poner en ella poesía. Me apasionaban especialmente los cuentos con diligencias, mayores y postillones, posadas y viajeros. Quizá de entonces procede la afición que he tenido a viajar. Y en todos mis viajes, por tantos países, siempre han venido a mi memoria estas impresiones literarias de mis anginas infantiles. Cuando ya estaba completamente bien, la víspera de volver al colegio era para mí muy triste. Mas de cada enfermedad llevaba a mis estudios nuevos motivos para que funcionase mi vida interior y mi fantasía saltase de los libros de texto a una diligencia, rodando bajo el sol, sonando acompasadas las campanillas de las colleras, siempre en busca de una posada, al atardecer, para descansar y seguir caminando al día siguiente entre nubes de polvo.

Parece ser que tenía cierta aptitud para recitar versos, y unas Navidades, en las comedias que se representaban en el salón de actos, dijeron que una de las piezas la representáramos los pequeños. No era una pieza cómica, sino un drama breve, de versos altisonantes, que llevaba por título *El alcalde de Móstoles*. Yo hice el protagonista, Andrés Torrejón, y vestido con una capa parda y una montera recité sin equivocarme un torrente de versos patrióticos, subrayándolos con la vara de mi autoridad, para levantar al pueblo contra el invasor francés. Entonces nació en mí una gran afición al teatro, y no para escribir comedias, sino para representar las que hubiesen escrito otros.

Mis tíos tenían un palco abonado en el Teatro Calderón, y allí vi yo representar, en días de fiesta, por la tarde, a los grandes actores líricos y dramáticos de la época. Recuerdo un melodra-

ma, *La huérfana de Bruselas*, que me impresionó mucho, aún más que las comedias de magia. A poco me compraron un teatro, e improvisaba en él dramas en los que triunfaba siempre la justicia. Para mí lo bueno y lo malo tenía menos importancia que lo justo y lo injusto. Una vez, en el colegio, me castigaron brevemente porque un compañero de carpeta disparó una bola de papel contra el bonete del padre inspector. Yo no me había enterado de nada, pero debía de estar sonriendo, ajeno a aquel pequeño drama escolar. El padre se acercó a mí y me dio con el puño en la cabeza, que fue como si el techo se me hubiese caído encima. Ni esperaba el golpe ni sabía la causa. Me sacó de mi asiento, tirando fuertemente del brazo, y me puso de rodillas delante de su tribuna. Mis compañeros, que sabían quién era el que había disparado la bola de papel, se rieron a coro. A mí no me dolía entonces la agresión, me dolía la injusticia. El padre no era malo, ni aquellos chicos eran malos, eran no más que injustos. ¡Cuántas bofetadas como ésta he recibido después en la vida!

Al llegar los exámenes en el Instituto, se me planteaba la cuestión de pensar sobre si sabía algo de lo que me tenía que examinar. Ya a fines de mayo nos llevaban por la tarde a estudiar a una finca que tenían los jesuitas en la ribera del Pisuerga. Nos dispersábamos por el soto, bajo los grandes árboles, y allí nos tendíamos boca abajo sobre un lino. No era un buen lugar para la abstracción. Aunque nos imponían un absoluto silencio, mi fantasía jugaba allí con multitud de elementos naturales, siempre lejos de La Historia, de la Mineralogía y de la Lógica. Simplemente la trayectoria de un insecto que salvaba obstáculos para llegar a un fin misterioso era para mí más interesante que todo lo que decían los libros.

Nos examinábamos en el viejo Instituto, que estaba frente al colegio, detrás del edificio que construyera el cardenal Mendoza. Las cátedras eran lóbregas, destartaladas y sucias. Yo esperaba tranquilo mi llamada, fiándome aún más que en mis conocimientos en mis dotes de improvisador. No tuve nunca miedo a examinarme. Aún existían bombos con bolas numeradas para fiar al azar nuestra sabiduría. Quizá la afición que después he tenido a la ruleta provenga de estos exámenes, en los que acertar

un pleno era un sobresaliente seguro. El caso es que, mal que bien, iba aprobando los cursos y me quedaba el verano libre para elegir los libros que a mí me gustaban. Creo que a mis profesores del colegio les contrariaba que yo aprobase con tanta facilidad, mientras que alumnos que habían conseguido premios y dignidades alguna vez obtenían la calificación de suspenso. Pienso que en aquellos exámenes me salvaban, de una parte, mi serenidad, y de otra, mi timidez y quizá también un poco mi fantasía. Mi timidez, más que otra cosa, subyugaba a estos graves profesores del Instituto. Una timidez que no era miedo, sino más bien modestia. Es posible que pensasen que yo sabía más de lo que decía y que por tímido lo callaba.

Aquel año corría por España una pasión patriótica. La guerra de Cuba se había agudizado. Iban barcos cargados de soldados sanos y volvían barcos cargados de soldados enfermos. Este ambiente desorbitado en torno a la guerra no llegaba a mí sino en una nebulosa, sorprendiendo palabras sueltas, y entre lo que se decía escuché muchas veces que los yanquis eran unos choriceros que no tenían sino cerdos en Chicago. En Valladolid se constituyó un batallón infantil, y supongo que en las demás ciudades españolas ocurría lo mismo. Le vi desfilar un día por la corredera de San Pablo, a los acordes de la *Marcha de Cádiz*. Esta marcha enardecía todos los espíritus. Cuando vino el desastre con la pérdida de los últimos restos de nuestras colonias, esta marcha se dejó de tocar. Sí recuerdo cómo llegó a nuestra casa la noticia de que Santiago de Cuba se había rendido, y que a la entrada de la bahía pereció toda nuestra escuadra. En el barco *Oquendo* navegaba un primo carnal de mi abuela y murió en aquel combate, en el que se probó el heroísmo de nuestra Marina, tan inútilmente sacrificada. Pasado medio siglo, en la boca del puerto de Santiago, he meditado sobre este episodio incomprensible en que se ordenó desde Madrid el suicidio de toda la escuadra española. La patriotería de aquellos meses se derrumbó en un solo instante. He oído contar que el día que llegó la noticia del desastre, el pueblo madrileño se fue tranquilamente a los toros. He aquí un hecho trascendental en nuestra historia moderna del que yo no tengo otro recuerdo concreto sino que una mañana, acompañado



de un preceptor que tenía, vi el desfile de un batallón infantil por la corredera de San Pablo, y que al pasar la bandera española la multitud hizo explosión en vivas entusiásticos. Los hombres enronquecían y las mujeres gritaban, agitando los pañuelos. Yo la saludé con mi gorra de marinero en la que en letras doradas, de cierto tono funerario, sobre su cinta, se leía: *Carlos V*.

—¿Te gustaría marchar de uniforme con esos muchachos? — me preguntó el preceptor.

Y le contesté, sencillamente:

—No, no me gustaría.

## 5

Este preceptor, de quien creo recordar que se llamaba don Ramón, pues no estuvo conmigo sino una corta temporada, era licenciado en Filosofía, y, aunque a mí entonces me parecía una persona respetable, debía de ser muy joven. Tenía una barba rubia, poco poblada, que él acariciaba con la mano como si quisiera hacerla crecer, y vestía muy pulcramente, con un traje oscuro, una corbata de plastrón escocesa, sombrero hongo, y cuando caminaba jugaba constantemente con un bastoncillo de junco. Su pedagogía era peripatética, pues su misión consistía en sacarme de paseo y conversar conmigo. Este don Ramón tenía una novia, que ha sido la primera mujer que yo he mirado con una curiosidad pecaminosa. Me dijo don Ramón que él hablaba con ella por las noches, ella desde el balcón de su casa y él desde la calle. Todos los días, al salir de paseo, me pasaba por delante de la casa de su amada, y aún dábamos dos o tres vueltas por la acera de enfrente. Al fin, ella salía al balcón con cierto carácter de fantasma. Solía aparecer con una bata blanca, con el pelo de azabache suelto sobre los hombros, y era morena y sus ojos muy negros. En las óperas italianas he visto muchas apariciones como ésta. El preceptor se olvidaba de mí para mirar hacia arriba. Ella, impasible, miraba hacia él con una leve sonrisa. Nos alejábamos de allí a paso lento y don Ramón volvía la cabeza cada tres pasos para mirar el balcón, hasta que lo perdía de vista. En la infancia calculamos muy mal la edad de las personas mayores que nosotros.

Aquella mujer me parecía a mí una matrona. No debía de tener, sin embargo, más de quince años. Durante largo rato don Ramón no tenía ganas de hablar. Caminaba, sin duda, dando vueltas a la imagen de aquella mujer. Un día me dijo que estaba muy enamorado y que pensaba casarse en cuanto ganara unas oposiciones de archivero y bibliotecario. No sé si llegarían a consumarse estos proyectos. Nos fuimos aquel verano a fines de junio, y no he vuelto a saber nada de don Ramón, de quien quiero recordar que se llamaba de apellido Mondria.

No sé si aprendería algo de él, pues se me han olvidado los diálogos que teníamos en nuestros paseos. Posiblemente todas sus enseñanzas se disiparon ante el amor que él sentía por aquella mujer. Para mí fue el más grande descubrimiento de mi vida. Al año siguiente, en Semana Santa, sentí los primeros efectos de esta sacudida. Rezábamos los Oficios, no en la capilla del colegio, sino en la iglesia del Sagrado Corazón, que regentaban los jesuitas. Nos colocábamos en bancos ante el presbiterio, y detrás de nosotros los fieles que acudían a esta solemnidad. Por mucho interés que ponía en leer en la semanilla, aquellas ceremonias me parecían demasiado largas. Estaba sentado casi debajo de una nave lateral, y furtivamente, ocultando mi rostro en el libro, miraba hacia atrás para descubrir al público que había en la iglesia. Entonces llegó a mí como un resplandor. Arrodillada y apoyando sus brazos en el respaldo del último de nuestros bancos, había una niña rubia, de ojos muy azules, que me miraba fijamente. Sin la iniciación que para lances de amor me había dado mi preceptor, quizá aquello no me hubiese producido ningún efecto. Sentí que pasaba por mí ser una corriente extraña, y que aquella mirada que se había cruzado con la mía era algo más que una luz. Fue el primer choque de amor que me dejó sin fuerzas. Como después de aquella impresión indefinible tenía que arrodillarme, un compañero mío me dio con el codo, y me costó un esfuerzo volver a la realidad... Este primer sentimiento del amor no lo he vuelto a tener nunca. Se ha escrito mucho del primer amor. Para mí, el primer amor no ha sido sino estas miradas que se cruzan en un instante y que llevan un resplandor que nos penetra muy profundamente, levantando los velos de la inocencia. Esta

niña rubia, cuyo semblante en aquella atmósfera religiosa, entre luces de cera y nubes de incienso, era una representación angelical, quedó grabada en mi memoria para siempre. Esta niña se haría mujer; quizá me cruzara con ella en la vida sin reconocerla; es posible que muriera en la adolescencia; tan frágil y débil me pareció, que estaría condenada a morir muy pronto; mas después de muchos años, aún la recuerdo como la definición más inefable del amor. Es inútil que en el correr de la vida intentemos encontrar de nuevo esta emoción, en la que el sexo, aún dormido, trata de insinuarnos, con una máscara sentimental y poética, los fines misteriosos de la vida.

Mi abuela, enferma del corazón desde los treinta años, no volvió a salir de viaje. Compró una finca cerca de Valladolid y se recogía en ella los veranos. Era en plena llanura, en el camino viejo de Simancas. Una casa de labor en un antiguo viñedo, muy extenso, que tenía delante un jardín con grandes árboles y un largo camino de rosales. Tenía también la finca gran profusión de árboles frutales. Yo hacía mucha compañía a mi abuela, y algún verano me quedé hasta que comenzaban mis estudios con ella. Por la tarde se sentaba a la espalda de la casa, bajo un emparrado y frente a una gran morera que, cuando el fruto estaba maduro, manchaba de pequeños círculos morados el suelo. De una pared de árboles que teníamos detrás salían muchas avispas. Mi abuela, indiferente a su vuelo y hasta a que se posasen sobre sus hombros, seguía leyendo. No me dejaba a mí que las espantase, y llegué a familiarizarme con ellas. En efecto, las avispas no acometen a quienes no las atacan. Esto fue para mí una iniciación en la vida de los insectos. Salía al campo, y a pleno sol, protegido por un sombrero de paja, me tumbaba en un rastrojo para observar un hormiguero. A veces recogía algunas hormigas, las encerraba en una caja de cristal y les dejaba algunos granos de trigo para que no se muriesen de hambre. Alguna noche me he levantado para ver qué hacían las hormigas. Y las veía siempre caminando de un lado a otro, buscando una salida de aquel encierro transparente. Al día siguiente las reintegraba a su hormiguero, y era caso raro ver cómo las reconocían sus compañeras. Un día me equivoqué de hormiguero, y vi cómo al dejarlas en la tierra, las

hormigas que trabajaban en él las expulsaron, y cómo las que yo había dejado huyeron. Estos experimentos, aún más que a la Historia Natural, me llevaban a la Metafísica. Todo era un puro misterio. Las cigarras cantando continuamente, los mosquitos girando con su trompeta, las moscas para cuyos pies no hay obstáculos y caminan tranquilamente por el techo... Toda esta infinidad de pequeños seres que nacen, se reproducen y mueren en muy poco tiempo, ¿qué concepto tendrán ellos de su tiempo? Y si son incapaces de tener un concepto del tiempo, de prever la muerte y el fin de las cosas, quiere decirse que viven en la eternidad y, por lo tanto, son más felices que nosotros, que anhelamos una vida eterna después de haber muerto. Mis hermanos jugaban en la era sobre los trillos; a mí me gustaba la soledad, el aislamiento. Aquel verano leí a saltos el *Quijote*, y como no era impuesto en las escuelas, como después se impuso, lo leí libre de todo prejuicio didáctico y erudito. Guardo de aquella lectura, que fue fragmentaria, dos momentos que me impresionaron mucho. Uno es cuando vuelve don Quijote a su casa y lo primero que hace es ir a buscar sus libros, y no los encuentra, y palpa con la mano en la pared donde siempre estuvieron. El otro es cuando se muere: el patetismo de un loco agonizante que mientras el sol se marcha de las bardas del corral le vuelve la razón, y cómo en aquellos últimos momentos Sancho, el materialista Sancho, intenta volverle loco otra vez. Me hizo la impresión del libro más triste que hasta entonces había caído en mis manos. Puso este libro en mí un escepticismo que se ha ido agudizando a lo largo de mi vida. Libro para quitar ilusiones y para tener un triste concepto de los hombres, y que si nos hace reír, somos indignos de él.

Yo fui en aquella época lector asiduo de mi abuela, y cuando ya no pudo ir a la iglesia le leía todos los domingos las dominicas y el Evangelio. Entonces me enteré de la sólida formación religiosa que ella tenía, y hasta qué punto esta fe la mantuvo firme en su dilatada vida ante todas las adversidades que la pusieron a prueba.

En ferias, desde esta finca, íbamos a Valladolid. A mí aquellas ferias me parecían extraordinarias. Un año me dejó mi abue-

la salir solo y me dio un duro. Cinco pesetas de plata, entonces, eran bastante dinero. Fui a los toros, a una localidad de sol, en la meseta del toril, y vi a Reverte matar en una hora y tres cuartos a seis toros de Carreros, que a mí me parecieron imponentes. A mí, que he sido poco combativo, me ha gustado la fiesta de toros por lo que tiene de tragedia auténtica. Porque ella nos muestra la gracia y el juego frente al riesgo, y si los humanitaristas pueden acusarnos de crueles es porque no se dan cuenta de que el español que va a los toros no analiza los detalles cruentos, ni la sangre, ni el dolor, ni la muerte; todos estos accidentes quedan borrados ante la magnitud del espectáculo de hace sesenta años. Al intentar humanizar la fiesta, la crueldad se hace más visible. Son crueles asimismo, y lo han sido siempre, las becerradas y las capeas. No puede convertirse una corrida de toros en un *ballet*, pues entonces, lo mismo cuando bailan bien que cuando bailan mal, la crueldad se hace frívola y es una consecuencia del miedo.

El resto del dinero, y aún me sobró una peseta, lo invertí en visitar las casetas de feria y merendar en un café. Vi aquel día a la Bella Giraldiva, vestida de mariposa a la que proyectaban un foco con cristales de diversos colores. Aún el cinematógrafo no había surgido. Sí el fonógrafo, que se oía a través de unas gomas que se adaptaban al oído. Fue, pues, para mí un día completo.

Otro recuerdo trascendental fue el paso de un siglo a otro. Tenía yo trece años y se comentó ampliamente, tanto como un eclipse total, que contemplé más tarde. No todos los hombres pueden dar un paso de un siglo a otro. Desde luego, esta medida del tiempo puede ser convencional. Lo cierto es que de la medida del tiempo que nos hemos fabricado para tener un sentido de la historia, el siglo es la más importante. Nos ilusionaba haber pasado esa frontera y empezar a ser hombres del siglo XX. Quien en una vida no pasa de un siglo a otro no podrá tener un sentido claro de la evolución. Al descorrerse las cortinas de un nuevo siglo nos damos cuenta de que comienza un nuevo acto de esta tragedia que es el mundo. Con este motivo hubo una gran fiesta en el colegio. Una misa solemne a las doce de la noche, y después una cabalgata en los patios, con luminarias y cohetes. La primera fecha que puse en mis cuadernos cuando supe escribir fue la de

1895. Me ilusionó empezar a escribir 1900. Esto de poder decir “en el siglo pasado” representaba para mí un signo histórico muy importante. Y en realidad todo era una pura ilusión. La vida seguía un ritmo impasible a las medidas de los hombres. Una efímera no vive sino veinticuatro horas, y cumple todos los fines que le impone su naturaleza. Un caracol que sube por una pared muy lentamente, tendrá también una medida del tiempo. La tortuga, después de sus largos letargos, le parecerá que nace de nuevo cuando vuelve a arrastrarse buscando sustento por los rincones de un sótano. Los mosquitos son felices volando en torno de un rayo de sol apenas nacido. ¡Qué largos serán para ellos estos minutos! Un leve aguacero los arrastra y los aniquila. El hombre se siente superior volviendo su vista al pasado y escribiendo los grandes capítulos de la historia por siglos. No se da cuenta de que esto no es sino una manifestación de vanidad, y que él no vive más ni menos tiempo que la efímera, ni su medida de velocidad es superior a la que tiene el caracol, ni habrá gozado tanto de la alegría de vivir como un mosquito en torno a un rayo de sol, y aún pensamos que nuestra muerte será como un letargo de la tortuga, para resucitar de nuevo.

Comencé el siglo escribiendo un periódico en el colegio. Un periódico privado, en unos cuadernillos pequeños. Este periódico, cuando lo terminaba, iba pasando furtivamente de carpeta en carpeta, y así se enteraban de sus noticias todos mis compañeros de división. La confección de este periódico era laboriosa, pues la hacía durante el estudio, y había que hurtar mi trabajo de las miradas del padre inspector. Quizá por la impresión que me produjo la lectura confusa y fragmentaria del *Quijote* titulé este periódico *Don Quijote*. No recuerdo lo que escribía en él. Sólo sé que lo confeccionaba pacientemente, letra a letra, poniendo un montón de libros delante para que el inspector no me viese escribir. Un compañero debió de serme infiel, y una noche, en el último estudio, que duraba una hora y era para mí interminable, el padre Beristáin se acercó silencioso, paso a paso, a mi carpeta y me sorprendió en mi tarea. Allí se terminó el periódico. El padre Beristáin era bueno y me impuso un leve castigo. Al día siguiente me dijo que lo que tenía que hacer yo era estudiar y no escribir. Lo

prometí, aunque no cumplí mi promesa. Dejé de escribir el periódico, el que ilustraba con dibujos un condiscípulo mío, Eduardo Pérez Hickman, pero seguí escribiendo, sin enseñar a nadie lo que escribía, en los cuadernos de notas y apuntes de mis estudios. A veces el profesor nos dictaba algo que creía importante que supiésemos, y yo aprovechaba la ocasión para escribir, no lo que se nos dictaba, sino lo que a mí se me ocurría. Un día fui sorprendido en mi maniobra. Y esto sí que lo recuerdo, porque me castigó a escribirlo cien veces durante el recreo: “Salió el hidalgo de su casa solariega, acompañado de su perro León, que daba saltos delante de él. Iba hacia el molino, donde le esperaba...” Afortunadamente, no llegué a escribir quién le esperaba, pues entonces el castigo habría sido mayor.

—¿Quién le esperaba? —me preguntó el profesor cuando comencé el castigo.

Yo no lo sabía, pues no había hecho plan ninguno para aquella narración, aunque sospecho que quien le esperaba era su novia. Respondí al profesor con prontitud:

—Su madre.

Con esto se dio por satisfecho, y cuando llevaba escritas estas frases veinticinco veces, se acercó a mí y me perdonó.

En las ferias de aquel año recuerdo haber vito en el Teatro Zorrilla la comedia de los hermanos Álvarez Quintero *El patio*. Me impresionó mucho esta representación, no sé si por la obra o por los intérpretes. Era la primera vez que veía trabajar a Francisco Morano, que era entonces un galán espigado y muy elegante. Y con él actores como Balaguer, Larra, Pepe Santiago..., y actrices como Balbina Valverde, Nieves Suárez, la Domus, Conchita Ruiz... La nostalgia nos lleva muchas veces a exaltar con exceso el pasado con menoscabo del presente. Los viejos suelen hablar de decadencia, sobre todo. Lo que ellos llaman “sus tiempos”, siempre fueron los mejores tiempos que ha habido. No quiero caer en tal puerilidad. La mayor parte de los autores dramáticos de entonces han caído en el olvido, y a los actores no los podemos resucitar para que las nuevas generaciones vean cómo interpretaban sus papeles, y para que nosotros podamos hacer un cotejo. No puedo ahora sino escribir sobre la impresión que

me produjeron aquellos intérpretes en una comedia sencilla, no más que con tipos y pequeñas anécdotas. Claro está que los ojos de los niños y los adolescentes agrandan todo cuanto ven. Es grande para ellos el tiempo y el espacio, y de la misma manera son grandes sus emociones. Conforme pasa el tiempo, cuando se nos achica la vida y la vemos próxima a su fin, lo que vimos grande entonces lo queremos seguir viendo grande. Nada hay tan patético como volver de mayores a los lugares donde vivimos de niños. Después de muchos años he vuelto a representar *El patio* de los Quintero, y no he sacado sustancia a la obra ni a la interpretación.

Por aquel tiempo hice mi primer viaje a Madrid, acompañado de mi tía Dolores, para consultar sobre mi garganta con el doctor Cisneros. Mi inicial recuerdo de Madrid es el de una ciudad oscura, con olor a caballo. Nos hospedamos en la casa de una prima hermana de mi abuela, Luz Polanco, casada con don Leonardo Torres Quevedo. Vivían en la calle de Válgame Dios. Era de noche y llegamos allí por un dedalo de calles estrechas, en un simón del que tiraba un caballo famélico. La casa era confortable y llena de cuadros antiguos. Recuerdo que me produjo una gran impresión el tío Leonardo, que ya andaba a vueltas con sus inventos y que a mí me pareció que tenía una cabeza de inventor. Al día siguiente ya salí solo, con breves referencias que me dieron para que no me perdiese. El último recurso sería tomar uno de aquellos destartados coches. Por la iglesia de San José salí a la calle de Alcalá, y fui todo seguido hasta la Puerta del Sol, que a mí me pareció muy grande, con muchos coches y tranvías que la cruzaban por todas partes, y una aglomeración de gente que andaba despacio, como si no tuviese nada que hacer, y aun muchos se detenían para que su ocio durase más tiempo. Gritaban los vendedores pregonando cosas que ya, si existen, no compra nadie. Así los cordones para las botas, las gomas para los paraguas, el bonito juguete del ratón y el gato, el *Zaragozano* y la supuesta *Desesperación* de Espronceda, que, con *El tren expreso* de Campoamor, daba a aquel ambiente, que respiraban gentes que parecían no tener nada que hacer, una nota de poesía popular.



Era entonces Madrid una ciudad pequeña, pero a mí me pareció inmensa, y pensé en lo difícil que sería que a una persona la conociesen en Madrid. Entonces se hablaba de “la conquista de Madrid”. Yo no había llegado allí como conquistador, ni estaba en edad de conquistar nada, mas pensé que era una gran cosa llegar a escribir un día un *Tren expreso* para que lo voceasen en la Puerta del Sol.

En aquel viaje se incrementó mi afición al teatro. Fui un domingo a almorzar a casa de la condesa de Campomanes, y acompañado por su hijo Joaquín, que tenía mi edad, fuimos al Teatro de la Comedia, donde se representaba *Tierra baja*. La primera vez que Enrique Borrás interpretaba una comedia en castellano. Era entonces un actor joven y ágil, que daba unos saltos en escena que indicaban su condición de pastor montaraz, y que poseía una voz maravillosa que infundía a sus expresiones una emoción penetrante.

Otra tarde fui al Teatro de Apolo a ver *El pobre Valbuena*, que se acababa de estrenar, y me hizo reír mucho el actor Carreras. Recuerdo que la obra terminaba en una verbena, con un tiovivo en movimiento, al que saltaba Carreras, para que no le pudiera alcanzar con su cachava un marido iracundo. Aquélla fue, pues, mi iniciación en el llamado género chico. Ya he entrado en una época en que mis recuerdos son más claros y coherentes. Seguiré, sin embargo, recordando las pequeñas causas de mi vida fiando a mi memoria la selección, ya que todo lo que recordamos tiene importancia. Lo que hemos olvidado, por importante que sea, no influyó en nuestro destino. Pienso que somos juguetes de las pequeñas causas, y que los hombres ilustres que han realizado empresas históricas, cuando vuelven la vista atrás y rebuscan en su memoria, no les darán razón de lo que llegaron a ser sino sucesos minúsculos, que en el momento de ocurrir pasaron inadvertidos para ellos.

## 6

Mi tío Manuel, que era el más joven de mis tíos, tenía siempre caballos. Era muy buen jinete, aficionado a la caza y excelente

jugador de pelota. Con él fui al frontón que acababa de inaugurarse en Valladolid, y desde entonces he tenido afición al juego de pelota, y no por hacer apuestas, aunque las he hecho muchas veces, sino por ver jugar. Entonces me enseñó mi tío a montar a caballo y a guiar un coche. Cuando me hice bachiller, bajaba mucho a la cuadra y conversaba con el cochero, Emilio, y con el criado, Antonio, que durante seis años me había llevado al colegio. Me gustaba mucho un caballo ruso, enorme, que se enganchaba en la berlina de mi abuela, que llegó a conocerme de tal modo que antes de que entrase en la cuadra volvía el cuello para verme y saludarme con la cabeza.

Con mi título de bachiller empezaron en mi casa a hacer cábalas sobre la carrera que debía seguir, y se decidió que fuese ingeniero, sin tener en cuenta el trabajo que me habían costado las matemáticas del bachillerato. Aquel verano, cuando ya iba a emprender una nueva carrera, fui con mi tía Dolores a un balneario, en el que leí unas cuantas novelas de Balzac, traducidas al castellano —después he visto que mal traducidas—, y ellas abrieron a mi fantasía perspectivas insospechadas para entrar en el mundo de la creación literaria. De vuelta a Valladolid me compró mi abuela una máquina fotográfica. Recuerdo que la primera fotografía que hice fue a la estatua de don José Zorilla, recién inaugurada. Sucesivamente fui teniendo muchas máquinas fotográficas, pero nunca conseguí hacer buenas fotografías. Me dio también un reloj de oro que había sido de mi abuelo. Con todo esto, y con poder andar solo por donde quisiese, ya me creía un hombre.

Aquel octubre ingresé en una academia preparatoria que dirigía un ingeniero llamado Suárez. Entonces hice mis primeros amigos. Seguían sin importarme las matemáticas y tampoco era muy hábil para el dibujo. Entre mis condiscípulos estaba Modesto López Otero, quien es actualmente ilustre arquitecto y director de la Academia de Bellas Artes. En la actualidad lo tengo de compañero en el Patronato del Museo del Prado. Éste me ayudaba a hacer las láminas de dibujo lineal, y quizá de esta época me viene la facilidad que tengo para hacer planos y para comprender fácilmente el funcionamiento de una máquina. Los informes que

dieron a mi familia los profesores debieron de ser muy malos, y a la menor insinuación que me hicieron yo dije que quería ser otra cosa. En Valladolid no había Facultad de Letras, y mi tío y mi abuela, para no separarse de mí, decidieron que debía ser abogado. En el curso siguiente, pues, ingresé en la Facultad de Derecho. Era ésta la carrera de todos los señoritos de España, y no ha sido rémora en mi vida el pertenecer a esta clase de señoritos.

Me hice entonces muy amigo de Santos Santamaría Muro, hijo del catedrático de Literatura de la Universidad, con quien yo estudié, y sobrino de don José Muro, diputado a Cortes en todas las legislaciones por Valladolid, hombre bondadoso y sumamente simpático, que fue ministro en uno de los primeros gobiernos de la primera República. Por su moderación y caballerosidad, decían que le votaban hasta los curas, a pesar de ser republicano.

Vivía Santos Santamaría en la calle de San Martín, en una casa antigua, y en la planta baja tenían unas habitaciones que servían de almacén de muebles y enseres que se habían retirado de la casa. En una de estas estancias nos reuníamos todas las tardes, y nuestras conversaciones giraban en torno a la literatura. Después se aficionó Santos a la sociología. Se publicaba entonces una revista titulada *La Abeja*, en la que se admitía colaboración espontánea. Y allí mandábamos lo que escribíamos, de cuyos temas no me acuerdo, y lo mío debía de ser tan impublicable que, en las respuestas que en la revista se daban a los autores de los originales recibidos, yo salía siempre muy malparado. No así Santos, al que publicaron algunas cosas. Como no escribíamos en competencia, y entre mis muchas malas cualidades no se encuentra la envidia, yo me alegraba mucho de ver publicados los trabajos de mi amigo, sin darme por vencido, ya que mi afición a leer y a escribir era inagotable.

Entre los amigos que concurrían a estas reuniones había uno, Aurelio Rodríguez, que también tenía afición a escribir. Estaba muy delicado y le afectaba cualquier esfuerzo que hiciese. Se anunció la llegada de una tuna portuguesa a Valladolid, y un grupo de estudiantes decidimos ir a esperarla a Cabezón, un pueblo inmediato, a ocho o diez kilómetros de la capital. Allí el tren debía llegar a las nueve de la noche. Caminábamos por una de las

márgenes de la vía ferroviaria, tan estrecha en algunos trozos que, cuando surgía una dificultad, teníamos que subir a un terraplén. Yo iba rezagado del grupo por no dejar solo a Aurelio. Al llegar al puente de hierro de Cabezón, mi amigo, muy fatigado y con una tos profunda y continuada, se sentó y me dijo que no podía seguir. Era ya de noche y me planteaba un grave problema. Estábamos en medio del campo, aún faltaban dos kilómetros para llegar a Cabezón, y si no podíamos llegar allí antes que el tren que buscábamos corriamos el riesgo de pasar la noche al raso, y yo al lado de un enfermo que temblaba de fiebre. Le ofrecí cargar con él y no quiso, y así esperamos un rato sin que él dijese nada ni me atreviese a decirle nada tampoco. Se puso, al fin, de pie, y sonriendo, me dijo:

—Vamos.

Y así, apoyado en mi brazo, hicimos aquel recorrido. Vi el pueblo ya cerca, y esto me tranquilizó. Al aparecer nosotros en la estación, entraba el tren, que no paraba allí sino un minuto. Salté al primer coche y tiré de mi amigo, elevándolo en volandas. No recuerdo haber hecho un esfuerzo mayor en mi vida. Sin duda aquellos dos kilómetros los hice llevando a mi amigo en el aire. Lo dejé en un asiento del coche, y a la luz de aceite que lo iluminaba advertí que mi amigo estaba muy mal y que se llevaba a los labios un pañuelo manchado de sangre. En los albores de la primera juventud estas impresiones se pasan pronto, vemos tan lejana la muerte que no pensamos en que los demás puedan morir. Me sumé en la algazara de los estudiantes, y aun me hice amigo de un portugués que tocaba la guitarra, Manolo Pinto, que es una de las muchísimas personas con quien he intimado momentáneamente en la vida y después no he vuelto a saber nada de ellas. A los ocho días Aurelio Rodríguez moría. Quedé espantado y le seguí paso a paso al cementerio, hasta que echaron tierra sobre él. Y le veía yo entonces, colgado de mi hombro, jadeante y con fiebre, mientras íbamos a confraternar con una estudiantina portuguesa, con quien nos divertimos mucho e hicimos cien locuras. Yo debía haber acompañado a mi amigo en aquellos días de bullicio, haber, al menos, preguntado por él, y acudieron a mis ojos las lágrimas.

Más tarde se me borró este recuerdo. ¿Por qué ahora acude a mi memoria entre tantas cosas más importantes que he olvidado? Es, sin duda, porque estoy dotado de una buena memoria para las sensaciones sutiles. El suceso se me representa a mí en virtud de una emoción. ¡Cuántas cosas, en cambio, trascendentes para el mundo y aun para mí mismo he olvidado! Los demás compañeros que se adelantaron a nosotros no se enteraron sino a medias de este paseo fatal; tenía miedo de comunicárselo a alguien, como si el lamentable fin pesase sobre mi alma, y de aquel peso nadie me podría librar. Los caminos de la conciencia deben de ser más anchos: con una confesión o con una confianza aligeran y aun disipan nuestro peso. Los caminos de la sensibilidad son mucho más estrechos y penosos: no se libra uno de ellos con una absolución y una penitencia.

Aquel año me hice congregante de San Luis Gonzaga. Yo no era entonces demasiado piadoso, pero todos los domingos asistía a misa, y muchas tardes a un círculo de la calle de Ruiz Hernández, en el que teníamos un salón de juegos, donde estaban proscritos los naipes, y una biblioteca. En esta biblioteca leí mucho. Me impresionaron entonces las novelas de Alarcón y las del padre Coloma. En esta biblioteca se habían expurgado cuidadosamente los libros; mas los de don Pedro Antonio de Alarcón estaban en aquellos estantes, sin duda por la gratitud que los jesuitas le debían por su novela *El escándalo*. De él, además de esta novela, leí un cuento titulado *La comendadora*, que muy bien podía haberlo firmado Guy de Maupassant, y una novela titulada *La pródiga*. Hice allí asimismo la primera lectura de Pereda.

En Navidades armábamos un teatro y hacíamos comedias. Como representábamos sin mujeres, a mí se me encomendó la adaptación de ciertas obras, y tuve que hacer no pocos juegos de ingenio para convertir las mujeres en hombres. Así, una de Echevarría, *Lo que vale el talento*, el *Traidor, inconfeso y mártir*, de Zorrilla, y un drama de Tamayo, *Lances de honor*, diatriba contra los desafíos, muy en boga en aquella época. Pero donde mi habilidad se puso a prueba fue en otro drama de Tamayo, titulado *Hija y madre*, y que yo empecé por cambiarle el título, llamándolo *Hijo y padre*.

Por aquel tiempo era un gran tema de la literatura satírica, que se cultivaba especialmente en *Madrid Cómico*, el de los cesantes. Cada cambio de Gobierno producía una conmoción en aquel grupo de la clase media que vivía de los presupuestos del Estado, y que estaba a merced de un debate parlamentario en el que eran arrollados, bien los liberales, bien los conservadores. Esto me dio motivo para escribir mi primer ensayo dramático: un monólogo titulado *La credencial*. Quiero recordar que se trataba de un hombre ya vencido por la vida, con familia numerosa, que recibía una credencial y soñaba, cual la lechera de la fábula, cómo saldría con aquel destino de los graves apuros y deudas que había contraído en dos años de cesantía. En su exaltación se creía no sólo salvado, sino poderoso, y cuando sus proyectos para el futuro llegaban a la fábula, surgía un ordenanza del Ministerio, que reclamaba aquel sobre que había traído, pues era para otra persona que se llamaba igual que el cesante.

No he conservado este mi primer escrito teatral, y creo, por el recuerdo, que tenía influencias de Gogol, a quien yo acababa de leer. Fue interpretado por un compañero llamado Aparicio, que tenía vis cómica y sabía derivarla con singular acierto a lo sentimental. Teníamos muy buen público y aquello fue aplaudido. Otros dos grandes actores había entre nosotros: Francisco Antón, que estudiaba Medicina y que indiscutiblemente poseía grandes aptitudes dramáticas, y Federico Santander, que competía con él y que imitaba con fortuna a Fernando Díaz de Mendoza. Estas veladas teatrales las reanudamos aquel invierno, ya con mujeres, en la casa de la vizcondesa de Santo Domingo. ¡Memorables veladas en las que consumíamos tardes y tardes en los ensayos!

Aquellas veladas de los *Luis* terminaron con un episodio cómico, que pudo ser catastrófico. Representábamos *Traidor, inconfeso y mártir*, obra con la que habíamos tenido resonante éxito. En el primer acto, poco después de comenzar, se cayó el telón y creíamos que había sepultado en la concha del apuntador a Federico Santander. Aquello se arregló y pudo continuar la representación. En el segundo acto se fundió un plomo y quedamos a oscuras. Apenas comenzó el tercero, empezaron a caer trocitos

de yeso del techo sobre los espectadores de las primeras filas. Yo estaba en escena representando el odioso papel de Santillana y observé con alarma aquel fenómeno. Y apenas me debatía en la desesperación porque iban a ejecutar a Gabriel de Espinosa, empezó a derrumbarse aquella parte del techo que había anunciado su lamentable fin. Los espectadores se retiraron con alarma hacia el fondo del salón, y como viéramos que, a pesar del peligro, esperaban el desenlace de la obra, yo me adelanté en el proscenio y dije, emocionado, las siguientes palabras:

—En vista de que todos los elementos se conjuran contra nosotros, damos por terminada la representación.

Nosotros pudimos desnudarnos y vestirnos con grave peligro de nuestras vidas, y así fue como terminaron aquellas representaciones teatrales.

Es muy difícil seguir la cronología en un repertorio de recuerdos. No sé si alguien tendrá una memoria ordenada; la mía es un puro desorden, como lo han sido siempre mis cajones. Es la ventaja que tiene el novelista, que aun escribiendo sobre personajes y ambientes que ha conocido puede ordenarlos estéticamente, conforme a un proceso cronológico. Eso cuando no hace como los antiguos folletinistas, que empezaban la segunda parte de su novela escribiendo, como la cosa más natural: “Han pasado treinta años.” ¿Puede ser interesante para los demás la novela íntima de un hombre que ha vivido más de medio siglo, apenas sin argumento? Lo vivido suele ser más inverosímil que lo inventado, y no digamos el riesgo que corremos si a lo inverosímil añadimos el desorden. No obstante, la vida real es así. Una sucesión de hechos y emociones que han ido quedando en nuestra memoria, fundiéndose unos con otros al margen de cualquier calendario. Los relojes miden el tiempo al ritmo del sol. Nuestra sensibilidad es indiferente a los minutos y aun a los años. Cada suceso ocurrió un día y a una hora, y es precisamente ese detalle de medida el que nuestra memoria ha eliminado.

La carrera de Derecho no me interesaba tampoco. Terminé los cursos por un puro milagro, no sin haber pasado la prueba de varios suspensos. Y transcurridos algunos años, cuando tuve mi título en un tubo de latón, que no sé por dónde andará, pasaba

breves temporadas en Sepúlveda o Tudanca, acudían a mí algunos aldeanos para consultarme una cuestión jurídica, y yo me ponía en un aprieto al tener que decirles que no entendía de aquello ni una palabra. Tan leves debían de ser mis conocimientos que, el año que estudié Prácticas y Procedimientos judiciales, en un ejercicio práctico el profesor simuló un juicio oral por asesinato, en el que practicábamos todos los alumnos, interpretando los distintos papeles de la justicia. Los menos estudiosos, ya que no podían ser otra cosa, formaban parte del jurado. Los dos primeros de la clase se repartieron las misiones más brillantes: la de defensor y la de fiscal. Pues bien: en aquella comedia procesal, a mí me correspondió interpretar el papel de procesado. Por cierto que en el interrogatorio que me hacían, así como en la prueba testifical, debí de hacerlo tan bien que sumí en la mayor confusión al abogado, al fiscal y a los testigos. El catedrático, que era el presidente del tribunal, no hacía sino agitar la campanilla.

—El procesado —decía— no tiene que hacer sino contestar a lo que le pregunten.

Y así lo hacía yo, pero mis respuestas eran tan incoherentes y arbitrarias que cada una de ellas exigía una nueva prueba. Como aquello se iba dilatando, el profesor dio por terminada la vista y el jurado se retiró a deliberar. Aún más que a la pena que me pudieran imponer temía que el desenlace de aquel drama, cuyo argumento era un parricidio, terminase a fin de curso con un suspenso. Mis compañeros fueron benévolos y me absolvieron. Y el profesor no se disgustó, y aun me dijo que había hecho un procesado magnífico. Con ello me abría un camino más fácil para el crimen que para el foro.

Encontraba cualquier pretexto para no asistir a clase. Si el día era de sol, aun haciendo frío, me iba a los jardines del Campo Grande y me sentaba en un banco para leer un libro. Si el día era lluvioso y desapacible, me pasaba la mañana jugando al billar en un establecimiento que había en la calle de la Librería, frente a la fachada lateral de la Universidad. De los catedráticos que he tenido, recuerdo especialmente a dos. Uno el de Derecho político, hombre muy ultramontano que explicaba con la mayor claridad los mayores errores. Seguía con esto el procedimiento esco-



lástico, al desfigurar las doctrinas del adversario, pues era maestro en destruir. Estaba obsesionado porque supiéramos de memoria la Constitución. Y sobre los artículos de ésta elevaba sus doctrinas. Era integrista, que entonces significaba el último grado de lo que los viejos progresistas llamaban obscurantismo. Lo más interesante es que exponía con mucho método y claridad, y que escuchándole no era necesario abrir un libro. Después he averiguado que es más fácil exponer errores con claridad que no verdades o posibles verdades. De esto se han servido los conductores para dirigir a las multitudes. Todo lo primario con apariencia filosófica llega a las inteligencias elementales con suma facilidad.

El profesor que dejó en mí una huella más profunda fue don Laureano Canseco, un verdadero sabio que en la cátedra no enseñaba absolutamente nada. Había vivido en Alemania, y explicaba cuando iba a la cátedra, que eran muy pocos días al mes, Filosofía del Derecho. Después fue a Madrid de catedrático de Historia del Derecho, y allí reanudé con él mi amistad, años antes de que se muriese. Esta carencia de facultades y métodos pedagógicos la subsanaba don Laureano en el diálogo. Su verdadera cátedra estaba en la calle, en el café, en el vagón del ferrocarril. Era noctámbulo y se levantaba de la cama después del mediodía. Bebía grandes cantidades de cerveza, y a la cabecera de su cama tenía siempre un barrilillo de cerveza negra que le enviaban sus amigos alemanes. En su cuarto de una casa de huéspedes, pues se mantuvo célibe, aunque le gustaban mucho las muchachas, y aun bailar con ellas, había un desorden indescriptible y un aire enrarecido, por falta de ventilación y de agua. Montones de libros, papeles revueltos, puntas de cigarros puros desparramadas por el suelo, las ropas, que no se molestaba en cepillar, tiradas sobre una silla... Su gran virtud de maestro era peripatética. Oírle hablar era ir aprendiendo en una divagación interminable teorías y principios que abarcaban a todas las disciplinas. Se hizo muy amigo mío y le gustaba discutir conmigo sobre cosas de las que yo no estaba muy enterado. En esto no se parecía a don Miguel de Unamuno, que hablaba maravillosamente, pero desconocía en absoluto la más elegante ciencia diplomática, la de escu-

char. ¡Grave cosa para un maestro o un gobernante el que no sepa escuchar! Las autocracias han nacido de esto: de un hombre que habla de lo que sabe y no sabe, y no escucha a nadie.

En una ocasión salíamos de su casa, acompañándole, un grupo de estudiantes. Por nuestro lado pasó una mujer espléndida, que iba desafiando con su belleza a los transeúntes. Uno de los estudiantes, después de contemplarla, dijo:

—Don Laureano, a esa mujer me la usufructuaba yo.

A lo que don Laureano repitió:

—Pero, amigo mío, ¿qué idea tiene usted del usufructo?

En otra ocasión, estando yo en la feria de San Juan, a las orillas del Pisuerga, viendo caballos, apareció don Laureano, y dirigiéndose a mí, me dijo:

—¡Cómo me alegro de encontrarle! Ya tengo un compañero para ir a la feria de Rioseco. Veremos una corrida de toros.

El día era magnífico y yo acepté la invitación, mandando un recado a mi casa para que no me esperasen. Estábamos al lado de la estación de un ferrocarril de vía estrecha, de donde unos minutos después iba a salir un tren para aquella ciudad. Nos acomodamos en el tren y llegamos a Rioseco a la hora de almorzar, lo que nos resultó penoso, porque la ciudad estaba llena de forasteros y no había lugar donde comer. Esto no le preocupaba a don Laureano, que no tenía horas para nada. Recorrimos algunas tabernas y empezamos a beber cerveza. Y en este trasiego llegó la hora de los toros y tomamos dos balconillos. Era en el segundo piso de la plaza, y a nuestros asientos se llegaba recorriendo un pasillo que, en un semicírculo, estaba cerrado con madera que no permitía ver el ruedo. Intenté que entrásemos por una puerta para ver el espectáculo, mas Canseco se resistió, diciéndome que los toros no le llamaban la atención. Desarrollaba entonces una teoría sobre los viajes. Decía que para él no había buen viaje sin sorpresa. Cuando tenía unos días de vacaciones se dirigía a la estación para tomar el tren que primero saliese. Arrojaba unas monedas en la taquilla, y cuando le preguntaban adónde quería ir y en qué clase, él respondía:

—La clase me es indiferente, y en cuanto al sitio, déme usted un billete para cualquier parte, hasta donde llegue el dinero.

Por este procedimiento me dijo que había conocido pueblos y ciudades que no hubiera podido conocer si no hubiese fiado este conocimiento al puro azar.

Así me fue explicando pueblos de distintas regiones de España a los que había llegado por este juego ferroviario. Y durante este relato yo escuchaba al otro lado del tabique de madera los gritos, los aplausos, los silbidos, los toques de clarín. En nuestro paseo no pasábamos de aquel semicírculo, porque habiendo pasado, habríamos visto algún incidente de la corrida. En una pausa me dijo:

—Vamos a ver lo que ocurre en los toros.

Era tardía esta curiosidad, porque la corrida había terminado y empezaba a salir la gente. No se inmutó por esto, y esperando a que diese paso franco la muchedumbre, salimos de nuevo, a sumirnos en una atmósfera cargada de polvo y de olor a aceite frito.

El tren de vuelta salía a las siete de la tarde, y Canseco, después de beber un par de litros de cerveza, me dijo que debíamos dar unas vueltas por el paseo del Duque para conocer a las muchachas de la localidad. Entre aquella multitud éramos como dos náufragos. Y Canseco, en aquellas interminables vueltas de noria, iba desarrollando nuevas teorías. Le advertí que la hora de salida del tren se acercaba, y él no hizo demasiado caso a mi advertencia. Al fin salimos de prisa para la estación, y en el momento de llegar vi yo con terror que el tren se nos marchaba y no podíamos alcanzarlo. Era el único tren de regreso que teníamos aquel día. No por esto se inmutó don Laureano.

—No importa —dijo—. Hasta me alegro. Como usted ve, en los viajes lo mejor de todo es la sorpresa. Me he enterado que esta noche en el casino hay un baile de sociedad. Podremos bailar con las muchachas. Y hasta me parece que hay una rubita que le ha mirado a usted y que seguramente va al baile.

Continuamos, pues, bebiendo cerveza y adelantamos la hora de cenar, que para nosotros era retrasar la hora del almuerzo. A las diez de la noche nos fuimos al casino, y allí bebimos más cerveza. Pero era indudable que la alta sociedad de Rioseco estaba cansada, aunque seguramente no tanto como yo, y en el salón

del casino no estábamos más que los dos y cuatro músicos que afinaban sus instrumentos. A las once empezaron a llegar algunas parejas y algunas madres; mas fueron tan pocos quienes se animaron a asistir a esa fiesta que a la una aquello había terminado. Se fue todo el mundo y Canseco desapareció. Yo le busqué por las distintas dependencias y, al fin, le descubrí en una galería, medio dormido, tumbado en un diván y cubriendo su cuerpo con una funda de lona. Al darse cuenta de mi presencia, me señaló un diván para que yo hiciese lo mismo. No pude realizar este propósito porque surgió el conserje y nos dijo que sin autorización de la junta no podía consentir que se quedase nadie durante la noche en el casino. Grave perspectiva, porque ya sabíamos que en ningún hospedaje había una sola cama donde poder dormir. Nos resignamos a lo que el maestro llamaba el azar, y salimos.

Las calles de la ciudad de los Almirantes estaban desiertas. Había luna, y nos parecía caminar por una ciudad de la que hubiesen huído sus habitantes. Sus porches medio en ruinas, sus monumentos religiosos, que tomaban el color de los espectros, en un silencio e inmovilidad daban la nota de contraste con el bullicio y la animación que habíamos visto en la feria unas horas antes. Al pasar por una calle escuchamos dentro de una casa el rasgueo de una guitarra. Estábamos ante una posada y entramos. Era como una estampa de aguafuerte. En torno de una mesa bebían unos hombres y uno de ellos punteaba una guitarra. Era la cuadrilla de toreros que había toreado aquella tarde. Nos unimos al grupo, pero nos abandonaron pronto porque estaban cansados y sentían ganas de dormir. Bebimos más cerveza, y el dueño de la posada nos dijo que no tenía donde meternos y que podíamos quedarnos allí. Estábamos sentados en unos taburetes de madera, y eran los muebles más cómodos que había en aquel lugar.

Canseco desapareció sin hacer ruido, y a poco apareció para decirme que en el corral había una diligencia, y que en ella podríamos dormir cómodamente. Y así lo hicimos, en efecto, acomodándonos cada uno en un asiento. Dormí quizá tres horas, y entre sueños escuché el sonido de unos cascabeles. Me pareció soñar. Ya había amanecido, y a través de los cristales empolvados

vi un cielo de un azul lechoso que el sol iba disipando poco a poco hasta disolver unas nubes ligeras. Desperté a mi maestro, pues no quería probar la aventura de que aquel coche nos llevase a un pueblo desconocido. Canseco se levantó, como si aquel lance fuese normal, y nos echamos de nuevo por las calles de la ciudad, que continuaban desiertas.

Sonaban las campanas de la primera misa en la iglesia de Santa María, y allí nos metimos. Cruzó la nave un cura, que estornudó con estrépito y se limpió el rostro con un pañuelo de hierbas. Yo me había acomodado en un banco discreto, protegido por una capilla. Traté de buscar a don Laureano y no le vi. Ya estaba acostumbrado a estas inopinadas ausencias. Pasados unos minutos, escuché unos profundos ronquidos. Indagué de dónde procedían y descubrí al maestro durmiendo beatíficamente dentro de un confesionario.

A la tarde no perdimos el tren, y cuando éste se puso en marcha, el profesor Canseco me dijo solemnemente:

—Como habrá visto usted, amigo mío, no hay nada tan delicioso como el azar para hacer un viaje.

## 7

En estos apuntes de recuerdo no trato de hacer una crítica de la Universidad de hace medio siglo. Entonces los catedráticos eran más asiduos en asistir a clase, salvando excepciones como la de Canseco; mas pienso que la Universidad de hoy es más eficiente, que el nivel medio del profesorado ha subido, y que como el catedrático se cree relevado de asistir a la cátedra, la mayor parte de éstas están en manos de ayudantes y auxiliares, que son quienes verdaderamente enseñan a ser jueces, notarios, registradores..., en fin, lo práctico de la carrera para quien aspire a ganarse la vida con el título. Ganar unas oposiciones: he aquí la aspiración de la mayor parte de los licenciados españoles. Como entonces la vida era más fácil, muchos estudiábamos no más que para tener un título y dedicarnos después a cualquier cosa o a vivir de nuestras rentas. Esta actitud nuestra era simpática a los compa-

ñeros que pensaban sacar jugo a su carrera, pues no veían en nosotros unos futuros competidores.

Por ésta época el pintor Aurelio García Lesmes, que fue un paisajista muy notable y que llegó a obtener una primera medalla, me hizo a mí un retrato, influido por la pintura literaria que se llevaba entonces, de la que Zuloaga fue gran maestro. Caminaba yo, en el lienzo, por la Costanilla, una calle que desemboca en la Universidad, y el pintor puso como fondo a mi figura la iglesia románica de Nuestra Señora de la Antigua. Hizo el pintor una exposición y en ella colocó mi retrato, y un periódico satírico de Valladolid hizo un comentario que, poco más o menos, era así: “El retrato está bien, pero es inverosímil, ya que ha puesto a Cossío camino de la Universidad.”

Por estos días empezó para mí el sarampión literario. Teníamos un cenáculo en el reservado del Café Calderón. Se llegaba a este lugar descendiendo una escalera y nos acomodábamos en un ángulo, cerca de la puerta que daba entrada a un pasillo del teatro. Llegábamos allí a las tres de la tarde, y si el tiempo era malo, y a veces siendo bueno, no salíamos hasta después de las nueve. Este círculo aumentaba y disminuía en el curso de la tarde, mas en este fluir y refluir de gentes que discutían, gesticulaban y nunca se ponían de acuerdo, siempre quedábamos cinco o seis que éramos constantes conversadores. Había llegado allí, trayendo la buena nueva —esta buena nueva era el modernismo— un estudiante vasco, Pedro Mourlane Michelena, que estudiaba Medicina. Vestía un balandrán que le llegaba a los tobillos, y su melena en trova, un poco más larga que la melena romántica, la cubría, en la calle, con un sombrero negro, puntiagudo de copa y de amplias alas. En aquella vida provinciana, en los que a los que nos vestíamos según la moda del día con un buen sastre y usábamos botines y chalecos de fantasía nos llamaban gomosos y pisaverdes, la llegada de Mourlane, cayó como una bomba. Hacía falta valor para ir vestido así en Valladolid a principio de siglo. Traía buen acopio de literatura francesa, y por él nos enteramos de lo que entonces era moda en París. Cuando decían que había que aplastar a los burgueses, yo me callaba, porque, en el fondo, me consideraba un burgués, y no tenía espíritu revolucionario. Mas

aquella literatura iba poco a poco penetrando en mi espíritu, y hasta creí llegar a entender a Mallarmé, que era el más ininteligible de los poetas que de París trajo aquel extraño estudiante de Medicina. A Leconte de Lisle, como parnasiano, lo encontrábamos anticuado, y los sonetos de Heredia no nos entusiasmaban. Baudelaire y Verlaine eran nuestros dioses mayores. Los que caían en este círculo nos escuchaban sin entender nada de lo que decíamos, hasta que surgió Rubén Darío, a quien ya había elogiado don Juan Valera a su modo por el libro *Azul*, y más tarde por *Prosas profanas*, en la edición Garnier, que habíamos pedido a París. Entonces ya nuestros contertulios comenzaron a saber lo que era el modernismo, y las discusiones subieron de punto y comenzaron a llamarnos locos y decadentes. Por lo general, toda revolución literaria impulsa a una revolución política. Creo que las verdaderas revoluciones, más que el hambre, las hace una nueva generación de filósofos y poetas. De ahí que no se haya hecho ninguna revolución auténtica volviendo los ojos al pasado, restaurando la constante del pensamiento y reclinándose en el regazo de la Historia. Por esto, sin duda, ciertos republicanos que había en Valladolid se acercaron a nuestra tertulia. Ellos no entendían nada de aquellos versos, ni les importaban, pero nos oían decir que nosotros éramos revolucionarios. Entre estos republicanos había uno muy simpático, Emilio Rodríguez, que había cogido lo peor de la retórica de Castelar, prodigando en los actos de propaganda tropos y metáforas sin cuento, y aun en la conversación familiar su verborrea era siempre florida. Por entonces me presentó este amigo a Rodrigo Soriano, que vino a Valladolid a un acto político, y que me pareció un energúmeno. Poseía una oratoria incendiaria, que lanzaba con una voz estridente. Bastantes años después estuve con Rodrigo Soriano en Montevideo y lo encontré un hombre elegante, de unas dotes sociales extraordinarias y de una cultura literaria y artística poco común. Le recordé aquel discurso de Valladolid, y me dijo:

—Por aquel tiempo era yo batallador, y estoy seguro de que no sentía nada de lo que expresaba. Me metí en Valencia, y la pólvora valenciana me hizo mucho daño. Ahora, ya me ve usted,

soy un burgués tranquilo y feliz, y ante una sinfonía de Händel, con órgano y orquesta, me siento hasta religioso.

Hacía pocos días que habíamos asistido a un concierto, en el que escuchamos una sinfonía de Händel dirigida por Toscanini.

Zacarías Ilera Medina era otro de los asiduos a la tertulia. Poeta muy discreto, que trabajaba mucho sus versos y que marcaba la transición entre los poetas vallisoletanos Núñez de Arce y Ferrari y el modernismo. Había querido ser barítono de ópera, y se le agotó la voz. Este hombre intentó la conquista de Madrid. Su odisea, cuando se le acabó el dinero, fue por demás pintoresca. Nos contaba el final de su aventura. Llevaba dos días sin comer, y en la plaza de Santa Ana se encontró con un diplomático hispanoamericano a quien conocía. Zacarías era incapaz de pedir dinero a nadie, aunque se muriese. El diplomático le invitó a entrar en casa de Álvarez. El poeta hambriento hubiese pedido un “pepito” y un café con leche, a ser posible con media tostada, mas aquel amigo, como era la una de la tarde, se le adelantó en la intención y pidió dos vermouths y unas colas de langostinos. Ante un ayuno de cuarenta y ocho horas, aquel aperitivo le perturbó completamente. El diplomático se despidió, y cuando salió a la calle, Zacarías tuvo que apoyarse en la pared porque todo en torno suyo le giraba como un carrusel. Tomó por la carrera de San Jerónimo y se detuvo ante el escaparate de Lhardy. Aquella fue demasiada tentación para él. Subió al restaurante y comió el cubierto más caro, sin olvidarse del café, de una copa de coñac francés y un habano. No se inmutó ante aquel asalto gastronómico que no podía tener más desenlace que la comisaría. Se levantó con aires de gran señor y se dirigió al encargado para decirle que no podía pagar, que le pagaría en cuanto tuviese dinero y que podía avisar a la policía o hacer con él lo que quisiera. Aquel funcionario administrativo quedó estupefacto. Quizá era el primer caso de tal índole que se presentaba en el restaurante. No sabía qué hacer. Al fin habló:

—Pero ¿cómo se ha metido usted aquí? Podía haber ido a un restaurante más económico.

A lo que Zacarías replicó:



—En un restaurante económico les hubiera hecho mucho más perjuicio y, además, hubiera comido peor.

Zacarías, con su barba roja cerrada y su semblante reposado y circunspecto, tenía aires de gran señor. El encargado, para que aquello no trascendiese, encogió los hombros y le dejó marchar. Aquella tarde, el poeta, con más ánimos, logró colocar tres crónicas en *El Liberal*. Inmediatamente pagó en Lhardy y tomó un billete de tercera para Valladolid. Así terminó su conquista de la capital de España. Era un poeta muy estimable, que descubrió su talento en un libro titulado *De la vida a la estrofa*. Poco a poco fue dejando de escribir y terminó su vida como administrador del Manicomio Provincial.

Esporádicamente se asomaban a esta peña Federico Santander, el poeta Miguel de San Román, versificador fácil, muy zorrellista, al que más tarde le premió el Ayuntamiento de Madrid un sainete titulado *El bulubú*, que se representó en el Español, y que estrenó una comedia titulada *Las alondras*, con lisonjero éxito. Y asimismo Narciso Alonso Cortés, que simultaneaba la poesía muy del gusto del *Madrid Cómico* con la erudición.

De esta tertulia nació la idea de editar una biblioteca titulada *Hispania*. En ella publiqué yo mi primera novela, *La casa de los linajes*, con un prólogo de don Manuel de Sandoval. Aquel verano conocí al poeta Sandoval en Biarritz. Los libros de esta biblioteca eran cuadrados. Por cierto que de este libro se hizo una crítica en la que, después de tratar mal la obra, se afirmaba que el volumen presentaba la forma de un ladrillo de Segovia. La novela tenía notorias influencias de Azorín. Más azoriniano que yo era un condiscípulo mío que terminó con el tiempo su carrera siendo magistrado del Tribunal Supremo, Vicente Marín. Éste seguía las huellas del maestro literalmente. Y allí apareció uno de los pocos libros que ha publicado en su vida Mourlane, *Inquietudes*. Y otro libro de Justo González Garrido, especializado después en el estudio de las regiones españolas, ya con vuelo científico, de más edad que nosotros, y que entonces recopiló sus impresiones de un viaje por Francia e Italia, con el título *Del Ródano al Vesubio*. Zacarías Ilera dio un libro de cuentos, *Iris*, y Miguel San Román, otro de versos. Aunque nosotros pagábamos la im-

presión, el editor quebró, no sé si por culpa nuestra. Este impresor benemérito se llamaba Carnicero. Más tarde fundamos una revista con el título de *Juventud Castellana*. Revista ecléctica, en la que se debatían las nuevas tendencias con las tradicionales.

Si he de ser sincero, ninguno de estos amigos me consideraba a mí como un posible escritor. Yo para ellos era un señorito de buena familia, rico, y la idea que tenían entonces los escritores incipientes era que no se podía escribir nada bueno cuando se contaba con medios que le asegurasen a uno la vida. Creo que en mi casa tampoco les parecía bien que yo escribiese, y se inquietaban cuando me pasaba horas enteras en mi cuarto, que estaba al final de la casa, leyendo y escribiendo. Compraba muchos libros, y desde luego todos los que iban apareciendo de la llamada generación del 98, que entonces nadie la llamaba así. Los libros de Azorín y de Valle-Inclán, especialmente, movían en mí impulsos creadores, que, cuando me ponía a ello, no sabía realizar. Pío Baroja me gustaba menos, y a lo largo de mi vida me ha ido gustando menos cada vez.

Aquel cuarto mío, que tenía un gran balcón sobre el jardín y que en primavera se impregnaba del olor de la madreSelva, de las violetas y de las lilas, era asaltado muchas tardes por mis amigos. Tan alejado estaba de las habitaciones que ocupaba mi abuela, que ésta no se enteraba ni de sus gritos ni de nuestras discusiones. Yo, sin embargo, no era discutiador. Me creía, no un profesional, sino un aficionado a la literatura, y me consideraba inferior a ellos. Posiblemente, después me ha seguido pasando lo mismo. Quizá el rasgo más relevante de mi carácter ha sido la falta de ambición. No vale la pena de llegar a ser Cervantes para vivir y morir como vivió y murió el autor del *Quijote*. Ni tampoco volver a la razón, como volvió el héroe de Cervantes a la hora de morir. Es raro caso el que mi escepticismo haya empezado en la infancia. Recuerdo que alguna vez he tenido fe, pero muy remotamente, una fe entre brumas, cuyas esencias se han disipado. No me refiero a la fe teológica, que consiste en creer lo que no vimos, sino la fe sobre lo que vemos, que constantemente cambia, se transmuta, se trastorna. Fe en lo que nos rodea, en la amistad, en el honor, en las palabras que se dicen y se dejan de decir, en la

justicia..., en la vida. Creo que la mayor felicidad que podemos conseguir es la de creer en Dios, al que no vemos, y no creer en los hombres, a quienes vemos todos los días.

Me gusta, sin embargo, evocar aquellos días apasionados, en los que todos los muchachos que me rodeaban tenían fe en una renovación total de la estética, de la moral, de las costumbres, del amor... A estas tertulias se agregaban a veces cómicos. Así conocí a Morano, a Tallaví, a Ricardo Calvo, a Manuel González, a Francisco Fuentes..., compañías que desfilaban por el Teatro Calderón, y éstos eran los primeros actores. Tardé aún algunos años en hacer amistad con Enrique Borrás. Con quien más íntimé fue con Morano. Cuando llegó a Valladolid era la primera temporada que hacía de director de compañía. La primera actriz era Matilde Moreno. Morano era brusco de carácter, pero de una gran bondad. Seguí siendo amigo suyo hasta su muerte. Por aquella época le gustaba hacer comedias de alta sociedad, para lucir su figura elegante, irreprochablemente vestida a la última moda. Algunos días, después del ensayo, pues no había función de tarde, iba a mi casa y revolvía mis libros. Era algunos años mayor que yo, pero a mí me gustaba tratarme con personas mayores. Algunos días asistí a los ensayos. Aun en estos interpretaba muy a lo vivo, y las actrices le tenían miedo por su violencia en las réplicas. Después he visto a Guitry en París, y no creo que le aventajase ni en expresión, ni en teatralidad, ni en ímpetu, ni en pureza de dicción. En *La muerte civil*, habiéndosela visto interpretar a Zacconi después de vérsela a Morano, el gran actor de Italia no me impresionó más que el actor español. Las dotes de lector de Morano eran extraordinarias. Un día en mi casa le di a leer *El delincuente honrado*, de Jovellanos, y en una de las escenas puso tal fuego expresivo, que yo le interrumpí:

—¿Por qué no representas esto?

Morano me replicó que era un teatro un poco pasado, y que no interesaría al público, pero que quizá lo representase en un beneficio. Cuando surgió Pirandello, yo se lo descubrí. Representó *Seis personajes en busca de actor*, y tardó en estudiarlo tres años. Con una intuición increíble, repentizaba en las comedias del repertorio de la época, y era muy tardo en estudiar las obras que

él creía complicadas, sin decidirse nunca a ponerlas en escena. Así le ocurrió con *El mercader de Venecia*, se Shakespeare, y con *El avaro*, de Molière. En cambio, estudió en una semana *La vida es sueño*, de Calderón, y en menos tiempo el *Don Álvaro*, del duque de Rivas. Me decía que todo lo español era fácil. Y este actor, que en lo dramático y en lo trágico alcanzaba las más altas cumbres, en lo cómico era delicioso. En estos recuerdos me es muy grato exaltar la figura de este gran actor español, al que yo creo que no se le ha hecho la justicia debida.

Este período ejerció una gran influencia en mi destino. En él me aficioné al desorden, al humo y al ruido de los cafés, a ser noctámbulo, a soñar con cosas imposibles, a divertirme frívolamente con típles y coristas, a perder horas y horas en conversaciones literarias y aun a sentir la vanidad de creerme joven. Lo era en realidad, y pensaba que la juventud era un don de los dioses. Esto me ha llevado a tener benevolencia con los jóvenes, aunque hoy ya no existen jóvenes que hagan locuras por el arte, como en aquella época. Nosotros no pensábamos en el mañana, sin advertir que el tiempo inexorable se nos escapaba de las manos. La juventud cumple una misión, la de llenar un cesto de agua, pensando que el cesto ha de retenerla. Nada hay tan efímero como la juventud. Se piensa de joven que aquello no se va a acabar nunca, y lo más grave de ser joven es que se deja de serlo. En aquella época los jóvenes eran muy irrespetuosos con los viejos. Se puso de moda la frase de “la torre de marfil”, aunque yo no conocía a un solo joven de aquéllos que se recluyese en ninguna torre. Todo esto, como la bohemia, había venido de Francia, y ahora, visto con perspectiva, advertimos que no era sino un buen arbitrio para vivir sin trabajar. Ellos, sin embargo, creían que estaban ungidos para realizar una alta misión.

Es curioso volver la vista a los cafés de aquel tiempo. Existía una cultura de café, que posiblemente era más eficaz que la de la Universidad. Aquel Café Calderón, que regentaba Matosi, Franconi y compañía, era el trasunto fiel de un café de París. Dentro de aquel reservado del Café Calderón, me sentía fuera de la ciudad, en un lugar lejano en el que habíamos creado nuestro mundo. Como estaba en un subterráneo, la luz venía de lo

alto por un gran ventanal que arrancaba del piso de la calle. Teníamos, pues, la visión de las piernas de los transeúntes y llegamos a conocer a algunas personas por sus zapatos. Nos sentábamos en largos divanes de terciopelo rojo, y nos cercaban grandes espejos dorados, con copete, en los que las imágenes se veían borrosas, y se repetían de un espejo a otro indefinidamente. La atmósfera, por el humo de los cigarros, se hacía casi irrespirable; mas quizá aquel ambiente, mientras a unos nos sumía en una especie de nirvana, a otros exaltaba, haciéndoles brillar los ojos, bien de entusiasmo, bien de indignación. Había que derribar ídolos y sobre sus pedestales poner otros nuevos, y mientras en nuestra tertulia se vociferaba, en un ángulo veíamos un jovencito que escribía, sin duda, una larga carta a una novia lejana. Así, de cualquiera de estos cafés surgió una aristocracia poética del siglo XVIII, a la que tan aficionados eran Verlaine y Rubén. Jardines abombados, jardines de ensueño, marqueses sentimentales, abates, petimetres y duquesas livianas, violines de Italia. Pierrot y Arlequín, trovadores..., una nueva forma de romanticismo que pasó como pasa todo arte confinado, y yo, en tanto, una tarde, en aquel café, abstrayéndome de cuanto me rodeaba, fui leyendo *Las confesiones de un pequeño filósofo*, de Azorín. La prosa iba penetrando en mí como una revelación. Allí iba encontrando la fórmula de la sencillez, de la precisión, de lo estricto, un estilo, en suma, absolutamente nuevo para mí, que resbalaba sobre todas las cosas, que flotaba al impulso leve de la sensibilidad.

Estaban entonces en Valladolid dos autores cómicos, ya maduros, que habían tenido buen éxito en la corte. Don Pablo Paredada, que firmaba en *Madrid Cómic* con el seudónimo de Melitón González, y don José Jackson Veyán, poeta ripioso si los hay, y en aquel tiempo los había. Ambos tomaron la nueva escuela a chacota. Quizá no hubo en aquel tiempo sino dos hombres que comprendieron que aquellos autores tenían algo nuevo que decir: don Juan Valera y don Torcuato Luca de Tena, que abrió las páginas de *Blanco y Negro* a Rubén Darío, con gran escándalo de los lectores, y más tarde a Azorín, que figuró en la redacción de *ABC*. Después se ha visto que tenía razón, y que de

aquella pléyade de escritores de principio de siglo han prevalecido los que eran buenos y han sucumbido los que eran malos.

Han pasado sobre mí muchos acontecimientos lamentables, muchos dolores, muchas decepciones..., y ya curado de pasión con los años, llega a mí el recuerdo de mi cuarto de estudiante de Valladolid, en el que dormían los libros de texto un largo sueño del que no despertaban sino los días anteriores a los exámenes, laboriosas vísperas en las que yo estudiaba por la noche hasta que la luz de la aurora entraba por el balcón abierto, tras haber consumido medio litro de café. Era una pausa para mis libros, inseparables compañeros míos, a cuyos autores conocí más tarde personalmente, y quizá me los había figurado tan grandes, que me decepcionaron. ¡Maravilloso amanecer sobre aquel jardín a principios de junio! Los pájaros armaban una algarabía de trinos, y las campanas de San Pablo, en lentos toques, parecían que iban despertando la luz. Las madreselvas, las lilas, las violetas, las rosas, se despertaban también, mezclando su olor penetrante al de la mañana, como una ofrenda al sol que iba apareciendo en un cielo de nácar. Me olvidaba de toda la ciencia jurídica que había aprendido durante la noche. Y, vestido, me tumbaba en la cama, acariciado por la brisa del amanecer.

## 8

Junto a esta vida bohemia y desordenada tenía yo otra vida, la de la buena sociedad, completamente al margen de la literatura. Hay en muchos sitios, quizá como eco de lo que se piensa en Madrid, la creencia de que en Valladolid se halla la esencia de la cursilería. Esta idea estaba entonces más generalizada que ahora. Posiblemente esta juicio procedía de la pugna que Madrid tuvo con la ciudad de Castilla la Vieja por arrebatarle la corte, que permaneció en Valladolid en tiempo de Felipe III. Entonces se empezó a llamar esta ciudad antesala de la corte, y ser antesala en un palacio indica ser lugar de paso y espera. En el siglo XVII, según aprendemos en el libro portugués de Pinheiro da Veiga, *La fastiginia*, Valladolid estaba considerado como la corte más elegante de Europa. Raro era que no hubiese quedado en ella, a lo largo

de la calle de Platerías, un eco de su elegancia. No trato de impugnar una aseveración tan extendida. Por la época de mi juventud había en Valladolid cursis, aunque, por tener menos habitantes, tendría menos que los que había en Madrid, que sirvieron de tema a Luis Taboada para hacer una literatura cómica en torno al quieroy no puedo. A estos cursis de Valladolid los llamábamos nosotros las “cucarachas”, porque solían salir en verano, cuando comenzaban los conciertos de la banda del regimiento de Isabel II, en el paseo central del Campo Grande. Junto a este grupo de cursis había otro de buenas y antiguas familias, que vivían en magníficas casas y palacios, que conocían Europa y veraneaban en playas y balnearios extranjeros, a cuyos hijos acompañaban institutrices y *misses*, y que poseían buenos caballos y coches de Binder. Este círculo no era muy extenso, pero dentro de él estaba mi familia, y yo entré en él por derecho propio. A este círculo no se podía llamar cursi, ya que parte de él estaba emparentado con las más nobles familias de la Corte. Símbolo de la elegancia de esta clase era el conde de Añorga, ya viejo, educado en Inglaterra, y que todas las tardes del buen tiempo salía él solo, con un lacayo, envuelto en una manta de piel y con un sombrero de siete reflejos, guiando un faetón con dos caballos bayos, que trotaban educados a la alta escuela. En el paseo de coches, que se hacía por la Puerta del Príncipe, me he cruzado muchas tardes con él, saludándonos como nos saludábamos quienes guiábamos caballos: con el látigo. En aquel paseo nos veíamos todos los conocidos, que eran los mismos que por la noche asistían como abonados perpetuos al Teatro Calderón. Aún existían en provincias como en Madrid, clases sociales, y la jerarquía no era una simple palabra, sino un modo de ser y de estar, con deberes que no podían declinarse y fórmulas sociales para el trato familiar y para la ceremonia. En las escuelas había una disciplina que se llamaba urbanidad, mas estas reglas, un poco formularias en nuestras casas, quienes ocupábamos un estamento superior no las aprendíamos en los libros, sino que desde niños las aprendíamos viviendo. Quizá el que las aprendiese en los libros fuese cursi.

Yo en aquel ambiente superior era un garbanzo negro. Me trataba con cómicos, con poetas, con pintores, tenía una novia



que era camarera de un café de la plaza Mayor, y frecuentaba con compañeros de ruido los garitos donde se jugaba al monte. Hasta se decía que había asistido a un mitin republicano. Las jóvenes de aquel círculo me miraban, pues, como un futuro partido indeseable. Mas quizá por esto tuve entonces sucesivas novias, que habían de burlar la oposición de sus padres con ingeniosos arbitrios y con las que hablaba de noche, a varios grados bajo cero, ellas desde una reja, envueltas en un chal, y yo en la calle, embozado en una capa con vueltas de terciopelo rojo, bien encasquetado mi sombrero hongo de color café, que era el que tenía para tales aventuras. Mi entrada en sociedad la hice en los salones de la vizcondesa de Villandrando, que recibía a sus amigos una vez por semana. Allí me ejercité en el rigodón y los lanceros, y un poco en el vals, que se bailaba menos, y se reservaba especialmente para los cotillones. Pero no iba todos los días, y la vizcondesa me reprendía amablemente, cuando me veía aparecer, por no haber asistido a las representaciones anteriores. Esta señora, soltera y ya de edad proveya, se recreaba con los jóvenes, bailaba ella también, y era graciosa confidente de nuestras intrigas. Yo no sé si la moral de aquellos tiempos era superior a la de ahora. Posiblemente había más hipocresía, aunque pienso que la hipocresía en materia de moral es una forma de rendir culto a las conveniencias. Se murmuraba, sin embargo, a media voz, no poco; mas los jóvenes éramos cautos en la murmuración: las muchachas con quienes hablábamos nos parecían inocentes y no estaba bien empañar su inocencia, y no nos permitíamos hablar con las personas mayores. Casi no hablábamos con ellas sino para responder cuando nos preguntaban, guardándonos de emitir opiniones propias.

Hubo unos carnavales en los que me divertí mucho. El paseo de coches estaba animadísimo. Se hizo derroches de confetis y serpentinas, y las máscaras subían a los estribos de los coches, para dar bromas a las señoras, al mismo tiempo que les ofrecían bombones. Estas bromas solían ser pesadas, y era un arte en ellas contestar con ingenio las impertinencias. El profesor de estas bromas era un señor soltero y ya incasable, que reservaba toda la crónica escandalosa del año para el Teatro Calderón. No se



molestaba siquiera en fingir la voz. Era un profesional del cinismo, y si para decir aquello desde el centro del patio de butacas, a voces, necesitaba un capuchón y un antifaz, lo hubiera dicho igualmente sin careta, pues en cuanto terminaba la audición, en el segundo entreacto, se despojaba de la máscara, dispuesto a recibir alabanzas por su ingenio de los mismos a quienes había flagelado entre las risas de la concurrencia. Aquello era ya un espectáculo previsto.

Mi amigo de sociedad era Federico Santander, quien me servía de mentor. Tenía dos años más que yo y se creía con derecho a aconsejarme. Era un muchacho brillante, buen orador y que se dedicaba a la literatura por otros caminos que los míos, muy influido por el padre Coloma y por las primeras obras de alta sociedad de Jacinto Benavente. En el aspecto literario no me tomaba en cuenta, juzgando, sin duda, que sería incapaz de hacer nada que mereciese la pena. No por esto se entibió nuestra amistad, que era muy íntima.

En aquella temporada de ópera había una tiple ligera, Anita Lopetegui—posiblemente el Lopetegui ocultaba un auténtico López—, que era muy guapa y tuvo un gran éxito. Yo, que merodeaba por el escenario, me propuse hacerle el amor. Ella no parecía rehusarme, y lo grave fue que también hacía avances amorosos hacia ella un catedrático mío, con el que tenía que aprobar aquel año. Aquel catedrático, viudo y de gran prestancia, se encontraba conmigo, ya en el cuarto de la cantante, ya en los pasillos, y yo me hacía el distraído, pero notoriamente dificultaba su maniobra. Aquella campaña de ópera duró quince días, y en el último me dijo la tiple, vestida con el camisón de *La sonámbula*, que estaba encantada conmigo y que le escribiese, porque le gustaba mi relación. Viajaba con ella una señora, que debía de ser su madre, y se despidió de mí muy amable. Se fue y no le escribí, y no he vuelto a verla. Un día recibí una tarjeta suya de Italia. Me decía que preparaba una gira por América, y me llamaba ingrato. Es curioso cómo vamos dejando emociones eróticas por el mundo y con qué facilidad se disipan. Así expresa Rubén Darío una pasión en viaje:

En Ecbatana fue una vez,  
o tal vez fuese en Bagdad.  
Era en una rara ciudad,  
bien Samarcanda, quizá Fez.

Escribo estos versos de memoria y me parece que son aproximadamente así, pero su sentido está claro. Tuvo un amor en el Oriente Próximo y, al pasar el tiempo, no sabía dónde. La literatura, el amor y el juego: he aquí mis principales actividades en aquellos años. No se iniciaba mi vida de una manera demasiado ejemplar. Era un auténtico señorito de la época, que, además, leía libros y escribía. En mi casa no sé si no se enteraban de mi vida, el caso es que me reñían muy poco. Yo continué siendo el lector de mi abuela, y recuerdo que le leía libros de aquel momento, y que los escuchó con rara comprensión. Creo yo que a partir de mi primera novela comprendieron mi abuela y mis tíos que era inútil apartarme de la literatura.

Mi tío Manuel me hizo socio del casino. El Círculo de la Victoria, muy restringido entonces, era el que reunía a las personas más distinguidas de la ciudad. Tenía un gran salón con chimeneas, una biblioteca muy buena, un billar, un saloncito donde nos reuníamos los muchachos, y una sala de juego donde se cultivaba el bacará y donde me estaba prohibido entrar. Se daban bailes de etiqueta, para los que me hice el primer frac. El tono de este círculo lo demuestra el tener correspondencia con dos clubs de primera categoría de París. La vida del casino, sin embargo, no me era divertida, y prefería reuniones en las que todos los que concurríamos teníamos poco más o menos la misma edad. Pasé, sin embargo, muchas horas en la biblioteca de este casino, en la que había unos sillones de cuero que invitaban a la lectura y en la que compraban todas las novedades españolas y extranjeras. Allí leí los autores rusos, que empezaron a ponerse de moda en España. Esto no obstante, mis novelistas favoritos eran los franceses.

Algún tiempo después construimos un Ateneo. La tertulia del Café Calderón quedó muy reducida. Mourlane y yo éramos los más asiduos. ¡Cuántos proyectos entonces! En realidad, Pedro Murlane era un parnasiano, y en esto pasó toda su vida, en

dar vueltas a la prosa hasta conseguir una perfección que no encontraba. Escribía entonces muy poco, y cuando le veía escribir de corrido era a una novia que tenía en Irún. Ha muerto hace poco, y se han hecho de él muchas necrologías, mas las que yo he leído estaban escritas por gentes que no le conocían bien. Su ideología era enrevesada y cauta, como su prosa, y hablaba en tono campanudo, a media voz, midiendo todo lo que decía. Tenía indiscutible talento, que él mismo frustró por una abulia que le sumía en una especie de nirvana. Sus cualidades humanas eran eminentes, y podía poner escuela como maestro de cortesía.

Cuando los comerciantes empezaron a irrumpir en el casino abandonaron el Círculo Mercantil, en el que ellos se encontraban como pez en el agua, y nos traspasaron este local, que tenía un gran salón rodeado de espejos, y varias dependencias que convertimos en salas de conversación, y una de ellas en la sala de esgrima. Estaba entonces de moda este ejercicio, que nos preparaba además para no hacer mal papel en un posible lance de honor. Y allí quedó constituido el Ateneo. Fue su primer presidente don Álvaro Olea Pimentel, un hidalgo castellano muy franco y cordial, que acogió con fervor la idea de crear una sociedad de cultura y la impulsó con entusiasmo y brío. Del primer empujón el Ateneo tuvo dos centenares de socios. Muchos para no ir nunca a él, mas no querían que les creyesen indiferentes al progreso de las ciencias y de las artes; algunos descontentos, que les agradaba tener un lugar donde reunirse para hablar mal de los contentos, y todos los que en la ciudad se dedicaban a las ciencias y a las artes. El Ateneo de Valladolid venía a ser un trasunto del de Madrid, salvo su tamaño y la categoría intelectual de los socios, e incluso con su Cacharrería y sus memorias a discusión, donde muchos se ejercitaban en la dialéctica. El Ateneo vino a absorber una antigua Academia de Santo Tomás, que dirigía el dominico padre Arintero, en un local lóbrego junto a la iglesia de la Antigua, formada por gentes ultramontanas, pero a la que en los días en los que se planteaban discusiones teológicas o sociales acudían los progresistas de Valladolid, suscitando discusiones que muchas veces terminaron a golpes, y aun en una ocasión tuvo que llamar el gobernador al padre Arintero, amenazando con clausurar la

Academia a consecuencia de una discusión tumultuosa, en la que no consiguieron ponerse de acuerdo los contendientes sobre la existencia de Dios.

Las discusiones del Ateneo eran menos violentas, y asistía a ellas mucho público, como ocurre en los espectáculos gratuitos, y más en éste, en el que cada cual podía pedir la palabra y consumir un turno, aunque no supiese nada de lo que se discutía. No sé si esto era una forma de perder el tiempo, y si no es buena cosa el acostumbrar a los hombres a discutir. No intervine nunca en estas discusiones, prefiriendo quedarme durante ellas en el saloncito de tertulia, y cuando en éste no quedaba gente, en la biblioteca. También pasaba muchos ratos en la sala de esgrima, con el profesor Pardini, y allí aprendí que es más eficaz y contundente la dialéctica de los sables que la de la palabra. Con ésta, rara vez los hombres se ponen de acuerdo. Había además, por lo menos, dos conferencias semanales, sin contar con las conferencias extraordinarias que organizábamos en primavera en el Teatro Calderón, y a las que invitábamos a las figuras más relevantes de la literatura y la ciencia españolas. Eran estas conferencias de pago, y a los conferenciantes se les abonaba, primero dos mil pesetas, y después tres mil. Entonces fue cuando conocí a Unamuno, a D'Ors, a Maeztu... y a tantos otros conferenciantes ilustres que desfilaron por estos ciclos. Creo que fueron éstas las primeras conferencias españolas retribuidas. Se pusieron de moda y conseguimos llenar el teatro. Desde luego acudía a ellas todo el abono.

Fue el primer secretario del Ateneo Mariano Sanz Izquierdo, del que hace muchos años no sé nada de él, una de esas figuras con las que hemos tenido una relación íntima y, sin saber cómo, se disuelven en la vida como si fuesen pompas de jabón. Decía él egiptólogo, y escribía relatos egipcios, no sé si con conocimiento, pero sí con gran desparpajo. Pienso que había elegido esta especialidad en virtud de que estaba seguro de que nadie entendía de aquello. Otro gran tipo era don Baldomero Villegas, un hidalgo montañés muy anticlerical, que había descubierto el sentido esotérico del Quijote, escribiendo sobre ello algunos libros cargados de doctrina. Esta interpretación oculta del gran

libro constituía en él, no solamente una pasión, sino una locura. Había desertado del Ateneo de Madrid, donde no había conseguido adeptos, y se había aposentado en el de Valladolid, donde llevaba camino de lo mismo. Otro tipo interesante era don Regino Martínez, chantre de la catedral, que había sido propuesto para obispo y fue el hombre de confianza del cardenal Cascajares. Muerto éste, cayó en desgracia, y así conoció a sus enemigos, que eran todos aquellos que le adulaban en los días de buena fortuna. Se recluyó entonces en su casa y empezó a escribir dramas y comedias, con tal profusión y rapidez, que hizo buenas las “horas veinticuatro” de Lope. Tuve mucha relación con él, y cada vez que le visitaba en su casa me leía una comedia nueva. Estaba en relación con todos los actores y actrices de España, de quienes recibía buenas palabras, sin conseguir que le estrenaran nada. Yo le presenté a un actor, antiguo barba del Español, que había constituido una compañía con su familia, que hacía giras por todos los pueblos de España. Alcanzó a Calvo y Vico, de quienes había aprendido no pocos efectos, y hubiese sido un actor excelente al estilo romántico si no fuese porque en los momentos culminantes trabucaba algunas palabras. Su hijo, más tarde, llegó a ser actor importante en Madrid, en el Teatro de Lara. Este actor se llamaba José Montijano.

Existía entonces en Valladolid una gran competencia entre dos empresarios, el del Lope de Vega y el de la Comedia. Una competencia a muerte, pues en una pugna de precios llegaron a poner la butaca a dos reales, y daban dos obras, una dramática y otra cómica, y uno de ellos, con este precio y este espectáculo de cinco horas, regalaba a las señoras un frasquito de perfume. Montijano, a quien una noche antes don Regino y yo le habíamos visto aclamado en el melodrama *La carcajada*, pensó que era un buen negocio estrenar una obra de aquel chantre de la catedral. Inmediatamente, el clérigo autor le llevó una comedia titulada *Como el divino Maestro*, en la que planteaba un conflicto semejante al de *El místico*, de Rusiñol, pero en cuya sátira contra los fariseos operaba don Regino sobre su propia carne. Se ensayó el drama a marchas forzadas, creándose en torno a aquel acontecimiento una curiosidad tan apasionante, que se vendió el teatro para las

tres primeras representaciones. Mas dos días antes del estreno vino una orden del Arzobispo, conminando al canónigo para que retirase la obra. Yo presencié la consternación que aquella orden produjo en el empresario y los actores. Vociferaban diciendo que aquello no debía ser, que don Regino había contraído un compromiso que no podía eludir aunque le conminase el Papa. Sin embargo, don Regino se sometió a la orden de la autoridad eclesiástica, y de su vasto repertorio se comprometió a dar una comedia en la que no intervenían más que cuatro personajes y podría ensayarse en dos días. Vino la comedia, se estrenó, y el público, que esperaba un plato fuerte, quedó defraudado. En la segunda representación el teatro estaba vacío. Aquello fue para él un fuerte golpe, pero no se dio por vencido y siguió escribiendo comedias y dramas sin descanso. Fue muy amigo del papa Benedicto XV, compañero suyo en Roma, y le dedicó una tragedia titulada *Virgen de Vesta y de Cristo*. No sé si el Papa lo leería, mas le recompensó concediéndole el privilegio de estar relevado de asistir al coro. Desde entonces hizo una vida solitaria, frecuentando paseos retirados, siempre solo, y con un papel en la mano en el que iba escribiendo versos.

Un año fui designado yo para pronunciar el discurso inaugural del curso del Ateneo. Estaba entonces muy viva la cuestión del regionalismo, y yo elegí el tema de “El sentido regional de Castilla”. A esta sesión asistió don Santiago Alba, y fue cuando le conocí. Alba me dijo frases de gran halago y me invitó para el día siguiente a que fuese a su casa, para tener una conversación conmigo. Yo no tenía entonces sino diecinueve años, pero sin duda vio Alba, tras aquel discurso, que había en mí un posible propagandista de su política.

Federico Santander publicaba entonces una página semanal literaria, del tipo de *Los lunes de El Imparcial*, titulada “Castilla”, en *El Norte de Castilla*, y así irrumpí yo en la redacción de este periódico, encargándome entonces de una sección semanal de crítica de libros. Titulé a esta sección “El libro de la semana”. Ella me puso en relación con los más importantes escritores de aquella época, de muchos de los cuales llegué a ser gran amigo.

Dirigía entonces el periódico don Antonio Royo Villanova, y allí encajé de tal modo que he permanecido en él medio siglo. Entonces no había escuelas de periodismo; todo tuve que aprenderlo prácticamente en el curso de los años, mas desde el primer día aprendí una lección importante: a ser fiel y leal a mis ideas y a mis amigos. Con esto no suele hacerse una buena carrera en la vida. Las ideas cambian, y si queremos prosperar tenemos que cambiar de amigos.

De aquellos albores de mi vocación periodística guardo el recuerdo del comienzo de mi camino, que no había de abandonar en toda mi vida.

## 9

Tenía yo dieciocho años cuando fui otra vez a Sepúlveda. Me acompañó un hijo de nuestro administrador, Santiago Guardilla, que en aquel tiempo era arquitecto de la Diputación de Valladolid. Iba a pasar las Navidades invitado por el gran amigo de mi abuelo, don Serapio del Río. El hijo del administrador era un muchacho joven, que sabía muchos cuentos y tocaba de oído el piano, la guitarra y la bandurria. Sumamente simpático e ingenioso, y dispuesto en cualquier momento a organizar una fiesta.

El viaje a Sepúlveda era entonces, y más en aquella época del año, sumamente penoso. Recuerdo que cené en Segovia, en casa del deán de la catedral, don Salvador Guardilla, hermano de nuestro administrador, muy amigo de Romero Robledo, quien siempre que se lo encontraba le prometía hacerle obispo. No hay que olvidar que don Salvador fue canónigo en Antequera. Murió don Salvador, persona buenísima, de mucho mundo y extensa cultura, sin conseguir esta aspiración, suponiendo que la tuviese.

Comenzaba a nevar copiosamente, y por mi gusto no hubiera salido de casa del deán, en la que había un buen brasero y una magnífica cena. Vivía enfrente de la catedral, muy cerca de la plaza Mayor. Y a través de la blancura de la nieve, tras los cristales de una ventana, veía de perfil la fachada del gran edificio, del que de tiempo en tiempo llegaba a mis oídos una campanada. Fue preciso partir, y así salimos de aquella casa el arquitecto y

yo, pegados al muro, envueltos en remolinos de nieve, hasta alcanzar los soportales de la plaza. El coche de línea salía de uno de los ángulos de ésta, y en el coche nos acomodamos mi amigo y yo, en el fondo, juzgando aquel lugar más resguardado. Tenía el piso una capa de paja en la que se hundían los pies y que despedía cierto olor a cuadra. Nos envolvimos en las mantas y esperamos. El coche se fue llenando de campesinos con cestas y alforjas, y cuando la diligencia, desvencijada y vieja, partió, tirada por cuatro caballos, iba completamente llena, y aunque la atmósfera era irrespirable los ocupantes del coche llegaron a hacerla tibia, cosa importante en aquella noche cruel. Salimos a la carretera, y al subir a La Lastrilla, como era noche de luna, entre la nieve se transparentaba la silueta de la ciudad, con la mole del Acueducto y las torres de San Miguel, la catedral y el Alcázar. Luego nos sumimos en un paisaje árido, sin accidentes, todo él cubierto de nieve, como si caminásemos por un astro en el que los únicos habitantes fuésemos nosotros. Traqueteaba la diligencia de firme; así, todos creían estar dormidos, y abrían los ojos súbitamente a cada bache. Al fin una aldeana vieja, que llevaba una cesta sobre el halda, halló acomodo reclinando su cabeza sobre mi hombro. Mi acompañante también había logrado conciliar el sueño, y fueron cayendo todos los viajeros, menos yo, aunque intentaba cerrar los ojos. Eran once horas de camino, y al llevar poco más de cinco el coche hizo un alto en la venta de La Velilla. Mucho le había oído hablar a mi abuela de los viajes en diligencia, y aun a mí de chico me gustaban los cuentos de diligencias que se detenían en posadas, pero aquellas fantasías se desvanecían ante la realidad. Entramos en la cocina de la venta, en la que había buen fuego, y allí nos sirvieron unas sopas de ajo verdaderamente reconfortantes. Media hora después nos llamaron al coche, pues habían cambiado el tiro. Aún era noche cerrada. Creo que conseguí dormir algo, pues al entreabrir los ojos advertí que estaba amaneciendo. Había dejado de nevar, pero todo un paisaje de llanura, sin ningún accidente, aparecía cubierto de una blancura intacta. Aquel amanecer traía por el cielo un gris oscuro, con la amenaza de una nueva nevada.



Llegamos al fin a Sepúlveda a las ocho de la mañana. Mi compañero, desde lo alto de la carretera, me la señaló como aterida en una colina, con las casas agrupadas, protegidas por la muralla, y en lo más alto la torre románica del Salvador, a la que la nieve hacía resaltar el oro de sus piedras. Me pareció todo aquel conjunto una visión mágica. Sepúlveda se halla entre dos ríos, el Duratón y el Caslilla, sobre un cerro inexpugnable, y las carreteras descienden primero y suben después en graciosas lazadas, que hacen, en las distintas posiciones que toma el viajero, un juego de sorpresas.

Paró el coche en la plaza que llaman del Trigo, porque allí se hacía la venta de trigo los días de mercado, y nos esperaba don Blas, el hijo menor del administrador, que iba a cantar misa aquel año. Acompañado por él fui a la casa del mayorazgo don Serapio, que ya me esperaba levantado, con su mujer, María Espí, que a mí me pareció bellísima. La casa era confortable y caliente, y me repuse bien pronto con un buen desayuno. Una criada anunció que mi equipaje estaba en mi cuarto. Era éste una estancia con muebles de caoba, muy brillante, muebles isabelinos que parecían sin estrenar. Me repuso el desayuno y el agua tibia, y cuando subí de nuevo al comedor estaba allí don Serapio, erguido, la camisa blanca almidonada y la ropa negra, de un paño mate, con aires de gran señor un poco a la antigua, y le acompañaba el hijo de nuestro administrador, el cura. Hablaba don Serapio muy reposadamente, desgranando sobre mí recuerdos, como para prepararme a irrumpir en mi casa, llevando a ella el calor del pasado, que yo no había vivido, y cerrando una pausa que fue el gran bache de mi vida, con personas y acontecimientos de los que yo no había oído hablar nunca. Me representé así la figura de mi abuelo, a quien yo no había conocido, y la de mi padre, a quien no recordaba. Apareció ágil, con un paso ligero que pensé que no pisara en el suelo, doña María. Vestía de señora, pero su cuerpo era tan flexible que parecía más joven de lo que era, con un pelo negro, vetado de plata, con unos ojos vivos y una tez tersa y mate. Sus manos eran largas y afiladas, y sus brazos se movían con un ritmo que la hacía flotar en el aire. Había llegado el correo

y don Serapio lo revisaba a través de unos cristales gruesos, y ayudándose de una lupa.

Salí de su casa con don Blas, el cura. La calle de San Justo conservaba los vestigios de una pasada grandeza nobiliaria. No nevaba, y el frío debía de ser muy intenso, mas tan quieto que no molestaba. Por Trascastillo, dejando abajo la iglesia en la que descansaban los restos de mis lejanos antepasados, subí hasta mi casa. La que había construido don Luis González de Sepúlveda en el siglo XVII, pegada a los muros del antiguo castillo del conde Fernán González. Abajo corría la Barbacana, aún con restos de sus aspilleras.

Al abrir la puerta salió un vaho de humedad. Las piedras oscuras del portal sudaban, y subimos por una amplia escalera. Ya se había cuidado don Blas de abrir las maderas de balcones y ventanas, y la nieve de los tejados fronteros se hacía gris al verla a través de unos cristales sucios. Desemboca la escalera en una galería amplia, y de ella se pasa a un comedor, y tras éste a un salón. Muebles, cristalerías, porcelanas me hicieron el efecto de piezas arrojadas por el mar en un naufragio. Inmóviles desde que salimos de aquella fatídica casa, parecían muertas e incapaces de resucitar, conservando íntegra la forma, pero habían perdido la vida. Eran aquellos objetos como esas hojas que se conservan disecadas entre las páginas de un libro. Me llamó la atención un clavecín de Londres, de 1785, construido por Labiène, sucesor de Tohennes Loupe. Esta reseña aparecía escrita sobre una madera de cerezo, con incrustaciones de una madera más clara, en letras góticas e inglesas, de un perfil finísimo, dentro de una guirnalda. Sobre el piano estaban aún las sonatas que se oyeron en pleno romanticismo, de Pleyel, de Kirmandi, de Bonifacio Acio-li... Más difíciles para mí eran de evocar las manos femeninas que habrían corrido por aquel teclado. Quise avivar recuerdos de mi primera infancia, y mi memoria parecía paralizada. Un retrato de mi bisabuelo Cossío con uniforme de oficial de ingenieros del Ejército. Sobre un velador un álbum, encuadernado en terciopelo verde, con fotografías familiares... y surgió el primer recuerdo de mi madre. Seguí avanzando hasta la gran galería sobre la plaza, abierta entre los cubos del castillo, y pasé a la capilla, y el ol-

fato avivó en mí muchos recuerdos incoherentes, dispersos en la memoria. El altar era de cedro, y aquel perfume confinado avivó en mi espíritu emociones de la primera infancia. Sobre una mesa había una caja de sándalo; aquella madera muerta había perdido el recuerdo del bosque, mas ella y la del altar elevaban aún su perfume en torno a una Purísima, muy fina, del siglo XVII. Sí, de aquella capilla partían unos efluvios que yo reconocía, como la más pura impresión de mi primera infancia. Y ya caminando por las distintas estancias me vino de pronto el recuerdo de unas artesas de madera, en las que se derretían los panales de miel, despidiendo un perfume de cera y de flores silvestres. Abrí el cajón de una cómoda de caoba, en el cuarto del escudo, y encontré cajas de tabaco habano; los puros, secos, eran sin duda cigarros que había enviado mi abuelo materno, de su fábrica de Cuba.

Sentí una extraña emoción al entrar en el escritorio y biblioteca, pieza que me debía de estar vedada de niño y de la que yo no conservaba ningún recuerdo. Sobre la mesa, cartas dirigidas a mi padre, y cuentas de administración. El tintero de la escribanía, de bronce, con un poso de tinta seca que parecía azabache. En una estantería baja, los legajos del archivo, y sobre ellos, muchos libros que cubrían dos paredes. Libros en francés, en inglés, en alemán..., y muchos diccionarios, desde el siglo XVI. Las ediciones príncipe de los clásicos franceses. Una edición príncipe, completa, de la Enciclopedia... no era tiempo de revisar aquello, pero me hizo la impresión de que allí habían vegetado en varias generaciones hombres muy versados en ciencias y letras, y de ideas avanzadas en su época. Encontré una razón hereditaria al sentirme yo tan inclinado a los libros, y me di cuenta de dónde procedía la cultura de mi abuela paterna.

Entré después en el cuarto que llamaban del muro. Posiblemente este cuarto, de grandes dimensiones y con un balcón alto sobre la muralla, había sido la sala de armas del castillo, reedificada quizá en el siglo XI, pues en su exterior se descubren, sobre la barbacana, unos conecillos románicos. Y allí me llegó un rumor como de colmena, o más bien de un mar apacible cuando sube la marea. Sí, este rumor me devolvía una emoción infantil, de cuando yo jugaba en aquella estancia. Mi acompañante me

descubrió el secreto. Era día de mercado, y los gritos de los vendedores y los diálogos en voz alta de las transacciones llegaban hasta aquella altura deshumanizados, con esa sonoridad que tienen dentro las caracolas marinas.

Las emociones eran tan fuertes que estaba deseando librarme de aquel ambiente. Cada paso era un descubrimiento hacia mi sensibilidad. Lo inerte e inmóvil tiene a veces más fuerza expresiva que el lenguaje. Porque todo aquello estuvo al servicio de unas manos que se han disuelto en la tierra, de unos oídos que ya no oyen, de unos cerebros que ya no piensan..., y es como si hubiese perdido el sentido de su destino. Un sillón conservaba aún la huella de una cabeza, y me pareció que sus brazos estaban abrazando a un espectro. No era el efecto que nos producen los objetos de una almoneda en la tienda de un anticuario. Era el proceso de muchas generaciones en una casa solar, esperando que alguien ponga un soplo de vida en aquellos muebles y enseres para continuar una tradición perdida, y yo no me sentía con fuerzas para ello. La cama donde murió mi madre; su armario, que aún conservaba objetos de su uso; sus devocionarios, un abanico de concha, una mantilla de encaje... Yo me sentía aplastado y encogido. Había que salir de allí, al aire libre, a pisar la nieve, para que volviese el calor a mi sangre.

Al salir me dijo don Blas:

—Como habrás visto, la casa está limpia. Se la airea tres o cuatro veces al año, y se han hecho en el tejado las reparaciones debidas. Lo que hace falta es que vengáis, que vengáis por aquí. Las arcas deben de estar llenas de ropa. Todo está en el mismo lugar donde lo dejó tu abuela.

Este cura joven, que no esperaba sino unos meses para ordenarse, era sumamente simpático. Tenía los pies muy grandes y las manos y el rostro muy rojos. Era muy aficionado a los caballos, y quitándole su sotana, que tenía no pocos lamparones, me hubiera parecido un gitano. Bajamos hacia la plaza, donde me quería presentar a algunas personas importantes. La plaza estaba muy animada, con unos tenderetes de lona, bajo las cuales aparecían en colores muy vivos los productos campesinos, y también telas y baratijas. Observé que mi presencia infundía curiosidad.

Hasta creí percibir tras los cristales de los balcones algún semblante femenino. Nos detuvimos en unos pequeños soportales ante la figura respetable de don Enrique Gil. Era el abogado más importante de la villa, diputado provincial, y todas las mañanas se le veía paseando a lo largo de aquel soportal, con las manos atrás, hasta que a las doce del día se convertía aquel lugar en mentidero, centro donde acudían las noticias locales y se hacían comentarios sobre las que traían los periódicos.

Desde allí subimos al casino. Era un pequeño local en la plaza, con un saloncito que tenía una estufa. En esta estancia estaban las mesas de juego. En Sepúlveda había mucha gente que no trabajaba, el casino era su refugio, y allí consumían muchas horas jugando a las cartas. Por la noche había una partida de monte.

Cuando subimos allí a darnos un calentón, las estancias estaban desiertas. A poco subió Luis Sánchez de Toledo, el hijo, que vivía con su padre, ya viejo y completamente sordo, que era el segundón de los Sánchez de Toledo. Luis, con algunos años más que yo, era sumamente simpático, y aun viviendo en el pueblo la mayor parte del año, tenía aires de señor de ciudad. No nos conocíamos, mas bien pronto hicimos una gran amistad. Él se me ofreció a enseñarme Sepúlveda en su aspecto monumental y ciudadano. Su tío don Valentín y su prima Ángeles venían los veranos a su casa solariega. Don Luis el viejo era un hidalgo que se levantaba muy tarde, se acostaba a las tantas y se pasaba el día en el casino, que ya por la tarde, entre el vaho de la estufa y el humo de los cigarros, tenía una atmósfera irrespirable. Estos hidalgos segundones, apegados a la vida rural, veían pasar el tiempo estáticos, inmovilizados para todo lo que fuese iniciativa y acción, y estos casinistas se encontraban entonces en cualquier pueblo español. Eran los últimos residuos de una vida feudal que se ha ido extinguiendo poco a poco. Pero estos hidalgos conservaban mucho de su prestancia y sus actos de caballeros. Bien pronto se agregó aquella mañana a nosotros Augusto Montalbán, con una barba florida, una zamarra de piel y un gran anillo en la mano. Montalbán y Mazas eran parientes de mi abuelo, y, por lo tanto, lejanos parientes míos. A la madre de Augusto, doña Julia, casada con un farmacéutico muy ceremonioso y circunspecto,

don Casimiro Montalbán, la llamábamos tía. Una hermana suya, viuda de un La Serna, rico negociante de Sepúlveda, la tía Luisa, vivía con sus hijos en una casa de la Barbacana, y era una señora muy entonada y muy pagada, de una parte, de su genealogía, y, de otra, de su fortuna. No podemos llamarla orgullosa, pues era sumamente afable, aunque podemos decir que tenía un tono de superioridad sobre sus conterráneos.

Aquella tarde fui a visitarla, y apenas me había sentado, en una salita que daba a la carretera que bordea el Duratón, irrumpió en la estancia una muchacha que a mí me pareció la mujer más hermosa que yo había visto en mi vida: la prima Felisa. Ella tuvo que notar, al alargar mi mano para saludarla, la impresión que me había producido, aunque estaba acostumbrada a ello, pues era la belleza local, una de esas criaturas que decoran los pueblos de España y que llegan a tener categoría de monumento. Al viajero ya se lo advierten a la llegada.

Fue en aquel momento cuando prendió en mí la primera historia sentimental de mi vida, casi podría decir mi primera pasión, si es que fuésemos capaces de sentir una pasión a los dieciocho años.

El caso es que pasaron aquellas Navidades, y volví al misacantano de don Blas, y, sin darnos cuenta, no más que escribiéndonos en la ausencia tarjetas postales, que podía leerlas cualquiera, nos consideramos novios. No sé por qué mi abuela trataba de separarme de aquel asunto. Mi tía Luisa quizá se sintiese halagada de que su hija fuese un día castellana del castillo de Sepúlveda, mas presentía cierta frialdad en mi familia, y su carácter no se avenía a colocarse en una situación de inferioridad. Lo cierto es que aquel verano, a finales de septiembre, cuando son las fiestas y las corridas de novillos, me planté en Sepúlveda dispuesto a formalizar aquello. Fueron para mí unas fiestas memorables. Excursiones a caballo —mi prima era una gentil amazona—, vueltas en coche de regreso de una finca de recreo que mi tía Luisa tenía cerca de la villa, cantando canciones de la época, de que aún recuerdo el estribillo de una de el estribillo de una de ellas:

¡Ay, no llores,  
ramito de flores!

No llores,  
que yo no lloro.

Cuando aquella temporada se acabó, yo regresé a Valladolid convencido de que en cuanto terminase la carrera me casaría con mi prima. No fue así, sin embargo. Aquello se fue enfriando, y un día dejamos de escribirnos.

Al año siguiente vino ella con su madre a Valladolid en verano, y nos visitaron en la finca de mi abuela. ¿Era un deseo de la madre el que aquello se arreglase? Quizá a mí se me había apagado el fuego que yo sentí en el primer momento. No tuvimos un diálogo aparte, y mi prima y yo nos despedimos amablemente, y allí terminó todo. Al poco tiempo ella se casó con un caballero de más edad, pero de gran figura, que era diputado provincial en Valladolid.

Aquella hoguera encendida tan súbitamente debió de apagarse. Ahora tengo aquel tiempo, en mi memoria, como el más feliz de mi vida. Entre tantos amores banales y frívolos, considero éste como el más penetrante que había sentido hasta entonces. Mas, contra lo que se cree, no es esta primera juventud la más propicia para dejarse arrastrar por una pasión, y, sin embargo, visto a distancia, pienso hasta qué punto el destino nos acerca y nos aparta de las personas y las cosas, conduciendo nuestra existencia a su antojo. Todo es puro azar en la vida, y en este juego no podemos nunca volver la vista atrás. Mi prima Felisa murió joven, ya estaba casado yo, mas muchas veces su recuerdo me ha hecho pensar si sería otro distinto del que soy de no haberse frustrado aquella primera sorpresa de amor.

Después he vuelto a Sepúlveda con mi mujer y mis hijos. La casa ha empezado a vivir otra vez, y ya está creada en la casa una nueva tradición. En el curso de mi vida he sentido muchas veces la emoción de volver. Quizá las imágenes, y las ideas, y las personas, y las emociones, no llegamos a comprenderlas sino en virtud de un retorno. Releer es mucho más sustancioso que leer, y revivir, mucho mejor que vivir, aunque sea nuestra compañera la nostalgia.

Mi tío Manuel, el menor de los hermanos de mi padre, se había casado con una hija del marqués de Huidobro, de la que guardo un recuerdo de dulzura y simpatía. Un verano fui con ellos a Tudanca. Enviudó muy pronto, y de nuevo fue a vivir con nosotros en la casa de mi abuela, muy apesadumbrado; había perdido el humor para pasear sus caballos y organizar partidas de caza. Yo solía acompañarle a la finca próxima a la ciudad, donde se entretenía en ver cómo alumbraban agua en un pozo artesiano, y fue gran ilusión el día que salió un grueso surtidor. A mí, sin embargo, el campo había dejado de gustarme, y el paisaje no me emocionaba sino en virtud de la sorpresa, y es que desde aquellos años la vida al aire libre no me sentaba bien. Es posible que no le siente bien a nadie, mas a mí me perturbaba, por el hábito que tenía de permanecer en lugares con mucho humo, completamente cerrados. Después, en el curso de mi vida, he seguido viviendo lo mismo, y he observado la facilidad con que envejecen los que hacen deporte y toman baños de sol. Y es que la naturaleza ha sido siempre enemiga nuestra, y desde las cuevas prehistóricas, profundas y sin ventilación, vemos hasta qué punto el ingenio del hombre se ha dedicado a inventar aparatos y defensas que le preserven de los rigores de los elementos naturales. Recuerdo que un año que hubo una gripe perniciosa, en que cada día morían de ella en Valladolid treinta o cuarenta personas, no murió ni un casinista habitual, ni un periodista, ni una mujer de las que llamamos de mala vida, ni un mozo de café. Entonces todos los mozos de café eran viejos. Tenían los pies grandes, de tanto estar de pie, y permanecían en su trabajo diez, doce o más horas, y sus breves descansos eran en una taberna próxima. Después se ha creado la superstición de que la sierra es buena, y como los camareros tienen un mes de descanso, se dedican al campo. No sé cómo les probará esta vida. Lo cierto es que ahora en los bares y cafés no vemos sino camareros jóvenes. Es evidente que a los sujetos los destroza el aire libre. El sol desluce las telas y agrieta las maderas; las flores, aun cortadas, viven varios días lozanas en una habitación cerrada, y los armarios se han hecho para guardar las cosas que queremos que duren. Y teniendo esta



experiencia, el hombre es tan vanidoso que cree que lo único que se conserva bien al aire libre es él. Es posible que un enfermo al que le fallan las defensas propias le venga bien el aire libre; mas esto corresponde a la terapéutica. Así, cuando una tela empieza a apolillarse, se la airea. Sería insensato que sacásemos al aire y al sol un traje que acaba de enviarnos nuestro sastre.

Hablando de esto con mi gran amigo el actor, ya nonagenario, don Enrique Borrás, que participaba de estas ideas, me dijo que si me acordaba de cuando nos conocimos. Yo era crítico teatral de *El Norte de Castilla*, e iba todas las noches a su cuarto. Fue aquel año de la gripe. Borrás lo recordaba perfectamente.

—Fue una temporada teatral malísima —me dijo—. El gobernador no quería cerrar el teatro para no alarmar a la gente más de lo que estaba, y yo tenía que representar todas las noches con treinta o cuarenta espectadores. Fue aquélla una gripe muy mala. Considere usted si aquello sería grave, que se murió un cómico.

Don Enrique consideraba este hecho como verdaderamente inexplicable. Para él un cómico podía morir de cualquier cosa, menos de una epidemia.

De ahí que los enfermos crónicos vivan muchos años. No salen de casa, no van a los banquetes ni asisten a los entierros, actos sociales que causan muchas víctimas, y toda la familia está conjurada para que no se lleve ningún disgusto, aunque está comprobado que los disgustos no matan. Mi abuela era una enferma crónica desde los treinta años, y rebasó la edad de ochenta. Su viejo padecimiento del corazón llegó a inmovilizarla. En el verano daba algún paseo en coche hasta la finca, mas en invierno no hacía otro viaje que en una silla de manos, desde el cuarto hasta un sillón, donde permanecía leyendo u oyendo leer, haciendo sus oraciones, recibiendo visitas, escuchando a una prima suya, María Antonia, que pasaba temporadas con nosotros, tocando el piano —era una gran pianista— y algunas tardes jugando una partida de tresillo. Muchas mañanas asistía a misa en su oratorio. La temperatura en las habitaciones por donde ella pasaba era siempre igual, de leña, y aunque yo alguna vez le di disgustos, tratábamos de rehuir todo aquello que pudiera producirle una contrariedad.

Mi tío Manuel era un hombre fuerte y había hecho mucha vida de campo. Nada hacía presumir que estuviese amenazado de muerte. Una mañana, antes de levantarse del lecho mi abuela, entró en su cuarto con una carta en la mano, y, abriendo el sobre, cayó al suelo sin sentido. Estaba yo presente y me acerqué a él para levantarlo. No podía hacerme a la idea de que estuviese muerto, y sin embargo así era. Mi bisabuelo había muerto también de repente, leyendo una carta. Le trasladamos a su cuarto, pusimos en conmoción a los médicos, al párroco, pero todo fue inútil: le habíamos recostado muerto sobre su cama. Es ésta quizá la impresión más fuerte que he recibido en mi vida. Sin saber en virtud de qué movimiento de mi ánimo, en aquellos momentos me sentía con la responsabilidad de ser el único hombre de la casa. Mi abuela, en su habitación, permanecía inmóvil en su lecho, acompañada de mi tía Dolores, que ya sabía que su hermano había muerto, y cuando, pasada más de una hora, entré en el dormitorio de mi abuela, no sabía yo qué contestarle si me preguntaba. No fue necesario que yo respondiese a una pregunta suya. Me miró fijamente y lo comprendió todo. Pensé que aquel golpe, sobre los muchos que había recibido, la mataría. Quedó impávida, con los ojos muy abiertos, en tanto que sus labios rezaban. No salió de su habitación hasta que mi tío fue enterrado. Siguió después haciendo la vida de siempre. Su fe religiosa era muy grande, y, además, ella vería su fin muy próximo; lo cierto es que nunca he percibido la imagen de la resignación de un modo más patente y admirable. Después he visto hasta qué punto llega la capacidad de resignación de los viejos.

Tuve yo entonces que ocuparme de muchas de las cosas de que se ocupaba mi tío. Mi primer acto de este servicio fue un viaje que hice a Tudanca para asuntos de nuestra administración. Más tarde fue mi hermano José María quien siguió la tradición familiar en esta casa y este valle. Ya entonces tenía yo cierta aprensión de hacer excesos en plena naturaleza. Me gustaba cada vez más el confinamiento. El humo de la redacción, el de los cafés y el casino, el del cuarto de los actores... Seguía pasando muchas horas en mi habitación, leyendo y escribiendo, y fumando mucho. Empecé entonces a fumar en pipa, ejercicio que no es fácil,

como pudiera creerse. Aprender a fumar en pipa cuesta tanto trabajo como conocer un idioma. Llegué a ser maestro en este ejercicio, y con el humo de mi pipa se han disipado muchos sueños, que no he sido capaz de realizar. Cuando se presentaba ante mí alguna idea complicada, encendía la pipa y se convertía en sencilla. Quizá para el conocimiento no hay nada tan eficaz como disipar una niebla. Un paisaje diáfano, de llanura, es muy difícil comprenderlo; todas las lejanías nos confunden. Un paisaje de montaña lo comprendemos muy bien cuando sobre él vemos disiparse una niebla. Entonces, de espectadores, nos convertimos en creadores. Todo proceso de creación se desenvuelve en virtud de una niebla que conseguimos disipar. Es cuando las más altas montañas aparecen ante nosotros completamente desnudas, limpios sus perfiles, sobre el cielo y su volumen intacto, en su más pura virginidad.

Por aquel tiempo me dio por escribir novelas de aventuras. Un editor de Valladolid, Alejo Montero, me editó la primera, y como ésta se vendió bien, me pidió en seguida una continuación, y así, tras de *El estilete de oro*, escribí *El club de los 90*. Por cierto que esta primera novela mía me sirvió de pretexto para conocer a Eugenio d'Ors. Un comentario suyo, en el que hacía un paralelo entre mi novela y otra que acababa de publicar en París André Gide, que aún no ocupaba el primer lugar que después ha ocupado en la literatura francesa, me sirvió para iniciar un conocimiento, primero epistolar y más tarde personal, con este maestro de nuestras letras, quizá el único escritor relevante de mis contemporáneos, cuyo aliento no me ha faltado nunca. Otro de los grandes escritores que me ayudaron entonces fue don Miguel de Unamuno, con quien llegué a tener después una gran intimidad. Se inició este conocimiento con la réplica que hice yo en *Los Lunes de El Imparcial* a un artículo suyo sobre la generación del 98, que ya empezaba a llamarse así. Sin duda a don Miguel le fue simpática mi osadía.

Posiblemente, si yo hubiese seguido escribiendo novelas de aventuras hubiese conquistado fácilmente un público. A mí, sin embargo, no me interesaba esto, y no porque tuviese mayores aspiraciones, sino porque ni por un momento traté de hacerme

un profesional de las letras. Mi vida, sin preocupaciones económicas, me permitía la libertad de escribir cosas que me interesaran a mí, aunque no interesasen a los demás. Por entonces surgió en el mundo literario la figura de Gabriel Miró, a quien habían premiado una novela corta en *El Cuento Semanal*. La lectura de esa novela me impresionó extraordinariamente. Se titulaba *Nómada*, y en ella vi yo una nueva fórmula para hacer un relato novelesco. Fórmula que no conseguí realizar, aunque lo intenté. Y es que el periodismo me absorbía por completo y me dejé conducir en manos de la facilidad y la improvisación. De este impulso hacia lo periodístico no me he podido ya librar en la vida, y no me arrepiento, pues quizá en la profesión literaria no hay nada tan apasionante como esto de improvisar sobre la actualidad, aun sabiendo que todo lo que hacemos es efímero, y que quedará, quizá para siempre, en ese comentario en que yace, mejor o peor contada, toda la historia contemporánea, y que se llama hemeroteca. Otro gran amigo tuve en aquella época, Antonio Machado, a quien conocí en Soria y después traté en Segovia. Para mí el poeta de más onda de aquel período modernista.

Por este tiempo empecé a interesarme por la pintura. En realidad, no había visto todavía buena pintura moderna, aunque leía las críticas, especialmente la francesa que en aquella época se publicaba, y a este efecto estaba al tanto del movimiento pictórico que entonces se hacía en el mundo, en la momentánea decadencia que tuvo el impresionismo. De Valladolid habían salido dos pintores que habrían de tener celebridad: Anselmo Miguel Nieto y García Benito. El primero se convirtió bien pronto en un pintor de elegancias, en Madrid. El segundo voló a París, y al servicio de los grandes modistos fue un dictador de la moda femenina. De ahí marchó a Nueva York, donde alcanzó fortuna. Es curioso que salieran de Valladolid estos dos pintores que se especializaron en la elegancia.

Eran amigos míos en Valladolid otros dos pintores: Raimundo Castro Cires y Pepe Loygorri. Castro Cires tenía un estudio modesto en el Cañuelo, en un último piso, con claraboya, desde el que se dominaba la catedral. Loygorri, de muy buena familia, instaló un estudio elegante en el ático de una casa nueva que ha-

bían levantado frente al Teatro Calderón. Visitaba constantemente estos dos estudios, en los que teníamos grandes tertulias de arte y literatura. A Loygorri, de un gusto muy depurado, solía yo contarle mis proyectos y aun leerle fragmentos de lo que escribía. Entonces había tiempo para todo. Conforme avanzamos en la vida el tiempo se va acortando. ¡Lo que yo daría por conseguir una hora tan larga como la del estudio con que cerrábamos la jornada en el colegio! Aquella hora no se acababa nunca. Y así llegamos, al declinar nuestra vida, a una liquidación de tiempo que no nos deja reposo para nada.

No sé si la causa de este fenómeno será la velocidad creciente que ha ido tomando el hombre. Ese afán de llegar lo antes posible a un lugar donde no tiene nada urgente que hacer. El ferrocarril de entonces ya nos parecía vertiginoso. De la aviación con aparatos más pesados que el aire no había ni idea. De niño había visto al capitán Milá subir en un globo en la plaza de toros. Surgía sonriente, vestido de marinero, agitando su gorra redonda en el aire, y se aproximaba al globo, que había costado no poco trabajo llenar de gas. Milá iba templando las cuerdas y acariciando la panza del globo, que tenía los colores, un poco deslucidos, de un caramelo de los Alpes. Nada de barquilla, sino un simple trapecio. Milá gritaba al fin la voz de soltar las amarras, y dando unos cuantos bandazos empezaba a ascender. Milá, ya en el aire, ascendiendo, saludaba con su gorra, y le veíamos, al fin, en una gran altura, haciendo ejercicios gimnásticos en el trapecio. Todos los espectadores miraban a lo alto, como después he visto mirar a los eclipses, aún más que por ver el globo por sentir la emoción que pudiese proporcionar el aeronauta si le fallaba una mano. Al fin, el globo se perdía de vista marchando por el aire a la ventura, en la dirección que quería llevarlo el viento, y el público salía de la plaza y muchos tomaban el camino del globo, corriendo, para verlo caer. Más tarde, un deportista de Valladolid, llamado Manuel Herrero, compró un globo para su uso particular. Y proporcionaba el espectáculo gratis.

El primer automóvil que llegó a Valladolid fue eléctrico. Lo adquirió la señora de Armendia, y solía ir al paseo de coches con él, espantando a los caballos y deteniendo a los transeúntes para

contemplar maravillados un vehículo que marchaba silenciosamente, impulsado por una fuerza invisible. El primer coche con motor de explosión lo trajo Calvo Alaguero, hijo de un fabricante de pan. Era un gran armatoste, muy alto y ruidoso, con el que había que luchar sobre unas carreteras llenas de grava y de baches, y ante el pánico de los perros, las ovejas y las gallinas, y no digamos de las gentes de los pueblos, que al verlo aparecer corrían a guarecerse en cualquier parte. El primer *raid* de importancia que hizo Calvo Alaguero fue un viaje de Valladolid a Madrid, en el que invirtió dos días. Posiblemente estas máquinas, con singular inteligencia que debemos agradecer, no querían acortar la vida del hombre. Quienes hemos visto este proceso tenemos motivos para pensar que, a la vuelta de medio siglo, todas las máquinas que hoy juzgamos perfectas no servirán para nada, y las generaciones sucesivas se reirán, en una nueva *Codorniz*, de la ingenuidad y ridiculez de sus próximos antepasados. Ante este rápido proceso de la Física y de la Química es difícil pronosticar a dónde llegará el descenso de la cultura. Las máquinas apenas dejarán espacio para la creación personal, y no habrá tiempo ni siquiera para divagar en el diálogo.

Por este tiempo apareció el primer cinematógrafo. Lo trajo a Valladolid el señor Pradera, hombre emprendedor y progresista, que pronto hizo una barraca de madera a la entrada del Campo Grande. Nadie podía pensar entonces que estas fotografías animadas que nos presentaban la llegada de un tren a una estación, o bien un nadador que se tiraba al agua desde un trampolín, podían adquirir tal incremento en el correr de pocos años. He aquí un aparato que ha infantilizado a la sociedad contemporánea. En cierto modo, el cinematógrafo es un estupefaciente que se toma por los ojos, sin esfuerzo ninguno, y que lleva camino de intoxicar al mundo. El maquinismo ha infantilizado a los hombres, y de día en día va suponiéndoles esfuerzos. Una voz que surge del subconsciente le va diciendo al hombre: Deja que la máquina piense por ti.

Mi abuela, inmóvil en su butaca, nos oía hablar de todas estas cosas con un sentido progresista, muy raro en los viejos de aquella época. Ella hablaba de sus tiempos, no para exaltarlos,

sino para demostrarnos que entonces se vivía peor. Únicamente evocaba con nostalgia a los grandes artistas que ella alcanzó, y con una memoria privilegiada le oí relatar cronológicamente su vida desde niña. Con motivo de un Congreso de Ciencias, vino don Leonardo Torres Quevedo a nuestra casa. Traía entre otros aparatos de automática, inventados por él, su famoso ajedrecista mecánico. Oyó mi abuela que esta máquina, en el mate de rey torre, contra rey, no se equivocaba nunca y ganaba siempre en el mínimo de jugadas. Entonces dijo:

—Si un día las máquinas le ahorran al hombre el trabajo de pensar, y piensan mejor que él, al hombre no le quedará nada que hacer sino más máquinas.

Torres Quevedo no supo qué contestar, aunque hubiera podido responder con la dialéctica de Descartes, en su *Discurso sobre el método*. Las máquinas podrán tener opción para cosas elementales y exactas, mas nunca podrán llegar a las creaciones estéticas y metafísicas, y no digamos al sentimiento religioso, que aún más que la razón eleva al hombre sobre todos los demás seres que viven en el mundo. Por esto, todas las máquinas que el hombre invente serán viejas, mientras no envejecerán nunca las grandes creaciones humanas que nos legaron hombres como Platón, como Shakespeare, como Cervantes.

El rey don Alfonso XIII visitó la Exposición de este Congreso de Ciencias, y se detuvo a jugar con el ajedrecista mecánico. Cuando el rey hacía una falsa jugada, en la máquina se encendía una luz verde, anunciando el error, y si este error se repetía, la máquina encendía una luz roja, y si aún insistía equivocándose, dejaba de jugar, sin tener en cuenta la jerarquía del jugador que estaba delante. Cuando terminó, don Alfonso felicitó al inventor y le dijo, después de escuchar sus explicaciones:

—Esta máquina, que parece tan complicada, resulta muy sencilla después de oír la explicación de usted.

A lo que Torres Quevedo contestó, sencillamente:

—Es posible, señor, mas yo pienso que cuando la máquina resulta complicada es después de explicarnos cómo funciona.



Conocía a la que debía ser mi mujer en un baile de gala del Círculo de la Victoria. Me impresionó, aún más que su belleza rubia, una sonrisa de simpatía que envolvía todo su semblante, y que no supe determinar de dónde partía, si de sus labios o de sus ojos, de un verde claro que, a determinada luz, parecían grises, y a otra luz, dorados. Era hija de un catedrático de Medicina, don León Corral, al que temían todos los estudiantes, muy culto, no sólo en la disciplina de su profesión, sino en Historia y Filosofía. Era, además, un apasionado bibliógrafo, y tenía en su casa una escogida biblioteca. Hombre muy afecto a la causa tradicionalista, se mostraba intransigente no sólo en política, sino en muchas cosas. Yo podía ser para él el yerno que menos llenase sus aspiraciones, y tanto más cuanto era muy riguroso para los estudios de sus hijos, y yo fui un mal estudiante al que aún faltaba una asignatura para terminar la carrera; sumamente rígido por lo que afectaba a las costumbres, y yo un muchacho que tenía fama de indisciplinado y de costumbres libres. Y en cuanto a la política, yo escribía en el periódico de don Santiago Alba, y este político era entonces para los ultramontanos de la ciudad poco menos que el hombre más pernicioso que había conseguido preponderancia en la vida local. Del tradicionalismo de mi abuelo materno no había heredado nada, y, en cambio, mi liberalismo, quizá procedente de los González de Sepúlveda, enciclopedistas, me colocaba entonces en una situación equívoca para los ultramontanos, pues éstos creían que el liberalismo estaba condenado por el *Syllabus* y, demás, que era pecado. Sin embargo, no tuve la menor oposición por su parte, y eso que tenía fama de no encontrar marido a su gusto para su hija. Posiblemente se equivocó, pues después de casado no dejé de dar disgustos a mi mujer, a pesar de que estaba profundamente enamorado. Ella me trataba con un autoritarismo maternal, y, poco a poco, se fue acostumbrando a mis ideas y a mi modo de ser, y se pasó a mi campo. En la intimidad podía estar en desacuerdo conmigo, mas ante los demás me defendía aunque no tuviese razón. Cuando me he quedado solo en la vida he comprendido el vacío que de-



jaba en mí esta mujer, de una inteligencia superior y de una visión de la realidad que yo no tenía.

Mi mujer toleraba que yo escribiese, pero nunca leía lo que yo escribía. Estaba libre, pues, de ese juego de mimetismo con el que muchas mujeres, en el afán de parecer cultas, llegan a hacer imposible la identificación con el compañero que se dedica a la ciencia, al arte o a la literatura. Estoy muy lejos de ser antifeminista, y conozco a muchas mujeres que escriben, pintan o hacen música y que son verdaderamente notables, pero tales mujeres no deben casarse nunca ni con un escritor, ni con un músico, ni con un pintor, porque es difícil que no quieran intervenir y aun orientar el trabajo de su marido. Mi mujer leía mucho, y no sólo en castellano, sino en francés y en inglés, y no quiso leer ninguno de mis libros, sin duda para no influir en la única noble actividad que yo tenía. Leía, en cambio, a mis críticos, y como yo, por lo general y merecidamente, he tenido malos críticos, se indignaba con ellos. Como si verdaderamente tuviese elementos de juicio para afirmar que no escribían con razón. Yo, sin embargo, no me he molestado nunca con los críticos, salvo cuando en sus ataques ponían malevolencia, o me debían favores que les obligaban, si no a ser benévolos, al menos a inhibirse. De las más tristes lecciones que pesan en mi experiencia está lo raro que es la gratitud en las personas que hemos favorecido. Todo favor coloca en un plano de inferioridad a quien lo recibe con relación a quien se lo ha otorgado. De ahí que yo haya vivido sin pedir un solo favor para mí, ni ninguna sinecura, ni condecoración, cosa que me coloca en una actitud excepcional entre mis conciudadanos. Y esto, bien lo sabe Dios, no ha sido por orgullo, sino por mi inclinación a la independencia y por carecer de ambiciones.

Me casé antes de cumplir los veintitrés años, en la capilla de nuestra casa, siendo madrina mi abuela, y, por cierto, uno de los testigos de mi boda fue el famoso y malhumorado crítico don Antonio Balbuena, muy amigo de mi suegro, y que sentía adoración por mi mujer. Le regaló un ejemplar de *La perfecta casada*, cuando hubiese sido mejor que, de haberlo, me regalara a mí, uno del perfecto casado. Aunque, de haber hecho yo completamente feliz a mi mujer, ella quizá no me hubiese querido tanto. Su últi-

ma enfermedad fue muy penosa, y durante toda ella me tuvo a su lado. Y su postrer mirada, momentos antes de morir, intensa y luminosa, la dirigió a mí, que sostenía una de sus manos, y fue como una absolución total de todos mis pecados conyugales.

Pasamos una larga temporada en Biarritz, en donde mi suegro veraneaba todos los años. Era en pleno invierno, pues nos casamos el 6 de enero, y Biarritz, Bayona y todos los pueblos de la costa vasca estaban deliciosos. Era entonces la estación que elegían los ingleses y los rusos. Las playas estaban desiertas, los comercios sin compradores, los cafés y las pastelerías sin clientes, y recorriamos así los lugares tan conocidos por nosotros, en plena soledad. No conocíamos, además, a nadie, y aunque teníamos que vestirnos por la noche a la hora de la comida, no íbamos al casino y rehuíamos toda fiesta social. Después fuimos a Pau, que en aquella época era la estación invernal más elegante de Francia. Paseos en el coche por el Coto y por el bulevar de los Pirineos, y alguna noche a los conciertos del Palacio de Invierno. No fue, pues, nuestro viaje de novios un viaje de turismo, sino una pausa de reposo y aislamiento en lugares para nosotros muy conocidos.

Antes de regresar a Valladolid dejamos arrendada una villa para el verano. Era ésta una casa sobre las dunas de Bidart, entre Guethary y Biarritz, con una situación magnífica sobre la costa vasca. La propietaria, madame de Pérignoc, viuda del marqués de Pérignoc, se había quedado completamente sin familia, pues el único hijo que tenía, casado, se había ahogado en aquella playa. Era una señora extravagante, que vivía completamente sola, yendo ella misma al mercado con un capacho, para hacer la compra, rodeada en la casa de unos perros y los retratos de sus antepasados. Tenía fama de avara, mas muy amiga de mi suegro, quería mucho a su hija, y cuando fuimos a verla nos dispensó un gran recibimiento, y, con motivo de nuestra boda, le hizo a mi mujer el regalo de un abrigo de pieles. Ella misma había ido a comprarlo a Biarritz, y verdaderamente era un regalo espléndido.

Nos fuimos a nuestra casa de Valladolid, que era un departamento que tenía comunicación con la casa de mi abuela. Mi tía Dolores se había encargado de amueblarla en nuestra ausencia,

y nos esperaba la que había de ser durante mucho tiempo nuestra servidumbre. Teníamos la máxima independencia, al mismo tiempo podíamos hacer compañía a mi abuela. Pasábamos todos los días a la hora de tomar café, y muchas veces la acompañaba toda la tarde mi mujer. En realidad el salón de mi abuela era divertido, pues tenía constantes visitas, y toda la crónica de la ciudad se debatía allí. Los domingos, que era el día que yo tenía más libre, íbamos a almorzar a casa de mi suegro, y por la noche mi mujer y yo solíamos ir a un teatro. Las dotes sociales de mi mujer eran extraordinarias, y siendo muy viva en el diálogo tenía la virtud de saber escuchar de un modo perfecto, aunque no le interesase lo que decía su interlocutor.

Parientes de la duquesa de Villahermosa, mi suegro solía ir a visitarla los veranos a su casa de Zarauz. Allí le revisó su archivo, como más tarde ordenó y catalogó nuestro archivo de Sepúlveda. En el palacio de Zarauz tenía la duquesa los retratos de don Diego del Corral y Arellano, y el de su mujer doña Antonia de Ipeñarrieta, las dos obras que legó al Museo del Prado. Era indudable el retrato de don Diego como del pincel de Velázquez, en tanto que se había desdeñado el de doña Antonia como obra de este mismo pintor. Mi suegro se aventuró a opinar que lo más probable era que los dos retratos se pintasen en la misma época y por el mismo Velázquez. El señor Mélida, bibliotecario de la duquesa, replicó que una obra de este pintor no se podía escapar a un mediano entendido en pintura. Pues bien: aquel mismo verano, rebuscando en el archivo, mi suegro encontró el recibo de este retrato, firmando por Velázquez. Esta anécdota nos muestra lo que es la erudición en el arte. Al señor Mélida y a otro como él, la contemplación de aquel lienzo no les descubría nada. Se inclinó, en cambio, reverente ante el documento indubitable, y ya, desde aquel día, este retrato, hasta entonces desdeñado, fue para todo el mundo un lienzo de Velázquez.

Generalmente, a la erudición artística se dedican personas a quienes no les interesa el arte, y la erudición literaria personas a quienes no les interesa la literatura. En Valladolid hubo un erudito que escribió una monografía sobre un pintor local, del siglo XVII. En ella aprendíamos todo lo que aquel pintor había hecho

desde su nacimiento, con pruebas documentales, y el estudio terminaba con las siguientes frases: “Lástima que de este excelente pintor, hasta la fecha, no hayamos podido encontrar ninguna obra.”

Aquel año, Santiago Alba, me dijo que me había elegido para que me presentase concejal por el distrito de Portugalete, que correspondía a la calle donde yo vivía. Se había propuesto constituir su mayoría con personas conocidas en los más elevados círculos de la ciudad. Yo no supe negarme, como después me negué rotundamente a continuar ascendiendo en la carrera política. No constituía esto en mí ningún mérito, sino todo lo contrario. Me molestaba la política, aunque consideraba a los políticos como personas necesarias. Siempre he pensado que la política es una profesión y que, como cualquier otra, se necesitan aptitudes, entusiasmo y vocación para dedicarse a ella.

Aquellas elecciones mías me dieron la medida del sufragio universal. Era una máquina que funcionaba a voluntad de un experto. Un día de elecciones era una especie de romería. Las tabernas abiertas, los muñidores electorales recorriendo los colegios, armados de fuertes garrotes y adquiriendo la mayoría aquél que dispusiera de mayor influencia, de momento. Santiago Alba era entonces árbitro de dos terceras partes del censo, y él no necesitaba ni dar órdenes. Tenía un lugarteniente, Leopoldo Stampa, que se sabía el distrito palmo a palmo; conocía por su nombre y apellidos a todos los electores y su simpatía personal era arrolladora. Él, a su vez, contaba con discípulos, educados en su escuela, que ejecutaban perfectamente las órdenes que los días de elecciones daba tras una mesa. Quizá el cacique, dentro de la mecánica del sufragio universal, era necesario. Todos los políticos que con honorable intención han intentado imponer la libertad electoral han fracasado. Y es que la doctrina de “cada hombre un voto” es una entelequia.

Como no podía menos de suceder, mi nombre salió victorioso sobre el de mis contrincantes. La mayoría que Alba sacó en aquellas elecciones municipales fue arrolladora. Los demás partidos se impresionaron por los nombres, de gran significación social, que integraban esta mayoría. Entre ellos recuerdo a Joa-

quín Pintó, nieto del conde de Añorga, Gaspar Rodríguez Pardo, el catedrático de Medicina Isidoro de la Villa, Federico Santander, Agustín Enciso, Sáez Escobar..., personas todas de un gran sentido conservador y que daban una seguridad de recta administración. El partido socialista estaba en los albores de su organización, y no había conseguido sino dos concejales: Remigio Cabello, agitador muy inteligente, y Federico Landrove, un profesor de la Escuela Normal, bastante ampuloso en su discurso, hombre culto, pero pagado de sí mismo y que hablaba siempre en tono de superioridad. Había un republicano, García Conde, que debía su acta a Leopoldo Stampa, a quién convenía tener un amigo en la oposición, y la organización llamada católica, en un Ayuntamiento en que todos eran católicos y en la que si había algún ateo lo era gracias a Dios, consiguió dos puestos. La minoría conservadora era más numerosa, pero todas estas minorías frente a una mayoría compacta, a la hora de votar, se encontraban sin otra arma que la de hablar y combatir sin fruto. Todos, pues, se unieron, conservadores y católicos con socialistas y republicanos, en contra de nosotros. Claro está que en una organización de carácter administrativo la disconformidad giraba en torno al nombramiento de una maestra o de un sereno, y sobre si se debía o no arreglar una calle. Con esta táctica, fuera de la sala de reuniones, los individuos de estas minorías eran los que tenían mayor influencia y los que pedían al alcalde, en entrevistas particulares, las cosas en que tenían interés. En realidad, todo aquello era aburrido, y más para quien no tenía afición, como me pasaba a mí.

En estos Ayuntamientos se dieron notas pintorescas. Se contaba que un concejal republicano pidió en una sesión que en el camino del cementerio se plantaran arciprestes. En aquel mismo Ayuntamiento había un concejal, republicano también, que se llamaba don Ángel María Álvarez Taladrí. Orador del antiguo régimen, con barba blanca de apóstol, que contaba cuentos más o menos picantes con singular gracia, y que, por añadidura, era antropólogo. Se dio noticia de que en un cerro próximo habían aparecido unos huesos de animales antediluvianos, y se pedía una subvención para continuar las excavaciones. El concejal de

los arciprestes se levantó para decir que de aquel asunto debía encargarse a su compañero, el señor Taladrid, que era antropófago. Éste se levantó de su escaño y dijo con voz tonante:

—¡Si yo fuese antropófago, ya me había comido a su señoría!

Fue también un caso memorable el que ocurrió con un concejal de nuestra mayoría, Manuel Herrero, que fue el deportista que tuvo un globo propio. Discutíamos a las tres de la madrugada el presupuesto. Siempre se esperaba a última hora para aprobarlo, a marchas forzadas, al final del año. El salón de sesiones tenía un gran ventanal que daba a la plaza del Correo, y Manuel Herrero, al pasar por allí con otros trasnochadores más o menos alegres, se acordó, viendo la luz, que era concejal, aunque no había tomado posesión del cargo, y se le ocurrió subir. Los ujieres no le conocían y no querían dejarlo entrar, pero él se impuso, afirmando que era concejal, y se sentó en uno de los escaños. A los cinco minutos, y ya cansado de una discusión que él no entendía, pidió la palabra para una cuestión de orden. Se levantó solemnemente y dijo, dirigiéndose a la presidencia:

—En uso de mi derecho, pido al señor alcalde que ordene al señor secretario que me de cuenta de todos los acuerdos municipales que ha tomado durante el año.

Hubo risas y, por tratarse de un concejal de la mayoría, se produjo un gran escándalo. Manuel Herrero hizo una reverencia y se marchó, para no volver más al Ayuntamiento.

—¡Se me niega un derecho! —profirió a grandes voces, y le tuvo que acompañar un ujier a la calle, porque él no conocía la salida.

Este episodio, que parece intrascendente, nos da la medida de lo que es la comedia política. Sin embargo, posiblemente, cuando la política no es una comedia deja de ser política. Es inherente a ella la falsedad, la intriga y los efectos que impresionen al pueblo en determinados momentos. Entre bastidores todos son concordias y componendas. Y lo grave es cuando la comedia deja de ser comedia y se convierte en tragedia. Por esto, quizá, no me interesó nunca la profesión política. Mi individualismo se rebelaba contra toda discusión de partido. Cuando un tiempo después me ofrecieron la alcaldía de Valladolid renuncié a tal ho-

nor. No digo que esta actitud mía sea recomendable, ya que creo que el político es necesario, pero debe ser político el que sepa serlo y tenga vocación para ello. Y también el ambicioso a quien le guste mandar. Y he aquí que a mí no me ha gustado mandar, y por esto me creía con derecho a no obedecer cuando lo que se mandaba me parecía arbitrario e injusto.

El Círculo Liberal estaba en la calle de la Constitución, en unos amplios locales en los que se había montado aquella máquina política que fabricaba concejales, diputados y senadores. En aquella época los centros políticos tenían arrendada, para los gastos del centro, una sala a un empresario de juego. Todos tenían su monte y su treinta y cuarenta, hasta el Círculo Romanonista, que no contaba sino con seis afiliados. De esta lamentable debilidad sólo se salvaba la Comunión Tradicionalista, pues el mismo Círculo Republicano tenía su cuarto de juego, que no era sino una chirlata más, de las muchas que en aquella época había en Valladolid.

En una galería del Círculo Liberal se reunían todas las tardes a tomar café los prohombres del partido. A lo largo de esta galería se alineaban sillones de mimbre. Todas aquellas conversaciones giraban en torno a la política, y aquellos hombres entendían por política estar en el poder o en la oposición. Esperar un cargo o tenerlo. A este lugar no accesible a todos, se le llamaba el “cine”. En vísperas de elecciones aquello era un hervidero. Entraban y salían los que querían hacer méritos. Se buscaba a quien conociese a un alcalde de un pueblo, e inmediatamente surgía un voluntario que se disponía a hablar con él. Se ponía a su disposición un coche, siempre a costa de los candidatos, y salía aquel hombre animoso, aunque pudiera ocurrir que no conociese ni al alcalde ni a ningún vecino de aquel lugar.

Las condiciones políticas que tenía Santiago Alba las vi yo patentes en una ocasión en que don Segismundo Moret fue a Valladolid a afirmar ante los partidarios de Alba una unión política. Hubo en el Casino una recepción, a la que asistieron a saludar al jefe todos los alcaldes y secretarios de los Ayuntamientos de la provincia. Alba los fue presentando a Moret uno a uno, por sus nombres y aun por sus apodos, y al despedirlos aún les

hacía preguntas sobre sus familias, sobre un pleito que tenían pendiente, sobre una heredad que habían vendido... Don Segismundo quedó maravillado de la memoria de su amigo, y asimismo de la simpatía personal, que rendía incluso a sus adversarios. Dicen que Napoleón recordaba el nombre de sus soldados; pues bien: esta memoria, unida a la simpatía con que pronunciaba el nombre, fue en su vida su mejor arma de político. Y otra virtud muy importante tenía Santiago Alba: la de saber escuchar y la de saber preguntar. Desconfiad de un político que ni escucha ni pregunta. Esta virtud, eminentemente política, es muy difícil que se dé en quien tiene vocación castrense y está acostumbrado a mandar y obedecer sin posible apelación. Por esto fue rara esta aptitud política en Napoleón.

## 12

Como yo había rechazado el cargo de alcalde que se me ofrecía, fue alcalde, no de muy buena gana, Federico Santander. Tenía entonces con él una amistad muy íntima, y nos habíamos hecho empresarios del Teatro Calderón. Nos acompañaba Joaquín Pérez Agote, y era nuestro representante Pepe Vela, hombre de una simpatía extraordinaria y sumamente ingenioso. Nuestro propósito no estaba en ganar dinero con el teatro, sino en llevar a éste de Valladolid, que era uno de los mejores de España, buenas compañías dramáticas, con repertorio seleccionado por nosotros. Entonces hice yo una gran amistad con María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, con Fuentes, con Ricardo Calvo, y también con autores como Benavente, Arniches y Muñoz Seca. Ni Pérez Agote, hombre muy cordial y que disfrutaba de una gran posición económica, ni yo, nos ocupábamos demasiado del aspecto administrativo de la empresa. Así, una temporada de primavera pudimos traer al teatro los dos cuadros de ópera del Real, el italiano y el alemán, con la Orquesta Sinfónica, dirigida por Arbós, y figuras de divos como los tenores Chirkof, Lauri Volpi, el barítono Fiornichi, la soprano Genoveva Vix y los españoles Casenave y la Llácer. Se representó el ciclo wagneriano, sin omitir el *Parsifal*. No sé lo que costaría en nuestro tiempo un cuadro de



ópera como éste. Contratamos también los bailes rusos. Todos los años, cuando terminaban su temporada en Madrid, actuaba la compañía de la Guerrero y Díaz de Mendoza, y, por feria, la de la Comedia de Madrid.

Federico Santander se ocupaba mucho de la parte artística. Empezaba entonces una compañía dramática, dirigida por un actor de gran entusiasmo, que se llamaba Alfonso Villagómez. Era muy buena persona y tenía tal concepto de la jerarquía social, que en el reparto de una comedia no elegía nunca el personaje dramático más importante, sino el que reunía mayores títulos jerárquicos. Así, en *El alcalde de Zalamea* prefería representar el papel de Felipe II al de Pedro Crespo, que era un simple alcalde de pueblo. Llevaba en su repertorio una obra clásica, *Los pechos privilegiados*, de Moreto, que era la historia de una Villagómez que había sido nodriza de un rey. A esta buena mujer, que nutriera a sus pechos a un monarca, debía Villagómez todo lo ilustre de su apellido, que él juzgaba uno de los más nobles de España. No era obra que atrajese al público, pero él la reservaba para un lunes clásico, y quitarle ese gusto hubiese sido tener una cuestión personal con él. Unas Navidades, Federico Santander le exigió que pusiese una obra de Pascuas, y eligió *Militares y paisanos*, regocijada comedia de Emilio Mario. Villagómez se resistía a poner esta comedia y Santander le dijo que debía acceder a representarla, ya que él había accedido a que pusiese en escena *Los pechos privilegiados*. Consideró esto Villagómez como una ofensa a su apellido, y anunció, como respuesta a lo que él juzgaba un agravio, que daba por terminada su actuación. Intervinimos Pérez Agote y yo, y conseguimos aplacarle. Ensayó de mala gana y de prisa *Militares y paisanos*, y él, como de costumbre, eligió el personaje de más categoría que tenía la obra: el general. Los espectadores, que eran bastante rigurosos, encontraron deficiente la interpretación, y al terminar la comedia metieron los pies con notoria falta de respeto. Al día siguiente entré en su camerino y me dijo que era intolerable lo que habían hecho con él.

—Doy por sentado que la obra no salió bien —me dijo—; pero tenga usted en cuenta que el público metió los pies estando yo en escena, sin reparar que llevaba el uniforme de general.

Los actores suelen ser vanidosos; mas la vanidad de Villagómez, además de artística, era aristocrática. Y, en efecto, pertenecía a muy buena familia, y no quería en ese terreno cederle un adarme de aristocracia a don Fernando Díaz de Mendoza, aunque éste fuese grande de España. Una vez encontré a Villagómez en la frontera de Hendaya y vi que abría un baúl en el mostrador de la Aduana y que el vista se lo mandó cerrar y le dedicó un respetuoso saludo. Ya en el tren, camino de San Sebastián, le pregunté si tenía buenos amigos en la Aduana. Y él me contestó:

—¿Lo dice usted porque me han saludado y no han hecho registro en mi baúl? Pues no conozco a nadie, pero empleo con ellos un truco infalible. En el baúl traía cuatro vestidos que había comprado en Biarritz la Melgosa —una primera actriz que le acompañaba—, y yo he puesto encima el uniforme que uso en *La escuela de las princesas*. Al verlo, el vista cree que yo soy almirante de la Armada, y como usted ha observado, no sólo no me molesta, sino que me ayuda con el mayor respeto y casi me pide perdón.

Confieso que en escena no le vi nunca representar un personaje de alta jerarquía social con la naturalidad que lo representaba en la Aduana. Una anécdota final que define la pueril vanidad de Villagómez. Al constituirme en empresario, yo no hacía la crítica teatral en el periódico, y ésta la desempeñaba Ricardo Allúe, entonces director de *El Norte de Castilla*. Este, el día de la representación de Villagómez, paseaba por los pasillos en un entreacto, y se le acercó el representante del actor, quien solicitó respetuosamente:

—Me atrevo a indicarle que don Francisco Villagómez agradecería mucho que le llamase usted eminente.

Pese a estas debilidades, era un gran caballero, muy generoso con todo el mundo, y gastó su patrimonio en montar las obras de su repertorio con un lujo y propiedad escenográfica como no llegaba a hacerlo ninguna otra compañía dramática española, como no fuese la de la Princesa, de Madrid. Me honré con su amistad, y pasados muchos años lo encontré en Barcelona, bastante derrotado, pero sin perder su prestancia de gran señor. El día que me marchaba a Madrid estaba en el andén, en el apeadero

de Gracia, y venía a despedirme. Y como hacía el viaje con mi mujer, Villagómez era portador de un ramo de flores. Aquella fue la última vez que le vi, y a través del tiempo lo recuerdo como uno de los mejores amigos que he tenido, inteligente y culto, y al que el teatro de aquel tiempo le debía no pocas iniciativas y novedades. Traté de animarle para que saliese nuevamente a escena, si no como actor, como director, ya que había probado ser un gran director.

A lo que Villagómez me dijo:

—Amigo mío, en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño. He gastado mi fortuna en dignificar la escena española, y tengo la satisfacción de que aquella semilla ha fructificado. Me siento, sin embargo, vencido. Ahora voy tirando como Dios quiere, haciendo doblajes de películas.

Voy a recordar un episodio pintoresco de aquellas temporadas. Federico Santander organizó un homenaje a don Leopoldo Cano, que, como Zorrilla, Núñez de Arce y Ferrari, había nacido en Valladolid. El ilustre autor de *La pasionaria* era ya muy viejo y el público le tenía olvidado. Vino desde Madrid, satisfecho de que alguien se acordase de él. Era pequeño de cuerpo y muy delgado, con una piel de pergamino en el semblante y las manos, y vestía una levita negra, cuello almidonado muy alto, con un corbatín de tirilla, cuyo lazo estaba anudado de cualquier modo, y un sombrero de copa muy usado, y con el pelo de castor, despeinado en muchas partes. Sus labios apretaban una tagarnina apagada. Se eligió para el homenaje una obra suya titulada *La mariposa*. Hubo muchos aplausos y coronas, y el viejo poeta parecía contento de sus paisanos. Pero Federico Santander había preparado un número de fuerza. Se propuso llevarlo hasta el hotel en un coche, acompañado por dos filas de antorchas y seguido por un grupo nutrido de estudiantes, que irían dando vivas. Salió don Leopoldo del teatro y lo empujaron dentro del coche. Se puso entonces en marcha la comitiva, camino del hotel. El entusiasmo de los que habían de gritar no era demasiado convincente, y fueron desertando en las bocacalles, y, así, llegó un momento en que marchaba el coche a paso de entierro, escoltado tan sólo por doce comparsas con antorchas. Cuando desfilaban por la calle

del Regalado, los transeúntes que caminaban de frente a la comitiva creían que se trataba del Santo Viático, y todos se arrodillaban reverentes, produciéndoles gran sorpresa, cuando levantaban los ojos, al ver dentro de aquel coche a un viejo, con cara de pocos amigos, el sombrero de copa ladeado y un cigarro puro en los labios. Por la noche se repitió el homenaje, y cuando, al terminar éste, le dijo Pepe Vela:

—Don Leopoldo, vamos al coche.

Replicó rápido el poeta:

—Bueno, vamos al coche; pero como esta tarde, no.

¿Por qué estas anécdotas intrascendentes de la vida provinciana han quedado tan vivas en mi memoria? Aquí se nos plantea el problema de la pequeña historia. Quizá en estos sucesos sin importancia encontramos la versión más auténtica de las normas sociales, de la moda, de las costumbres, de las preocupaciones cotidianas de una época. Nuestra vida se va tejiendo con una urdimbre de pequeños hechos. Muchas veces estos acontecimientos minúsculos nos dan la clave para comprender los grandes sucesos.

Los dirigentes socialistas, en aquel tiempo, movían a sus masas por fútiles motivos. Uno de los más corrientes era provocado por la subida del precio del pan. En estos días el pan había subido dos céntimos en kilo. ¡Felices tiempos aquellos en que los españoles podían contar su moneda por céntimos! Nos enteramos de que los socialistas habían organizado una manifestación, y que ésta iba a dirigirse al Ayuntamiento. Recogí a Federico Santander en su casa, y fuimos a pie hasta la Casa Consistorial. El balcón del despacho del alcalde se abrió a la plaza Mayor. Permanecimos allí un rato en silencio, hasta que escuchamos un rumor lejano, de multitud. Bien pronto irrumpió ésta en la plaza, con banderas y pancartas, en una masa caótica. La manifestación estaba formada principalmente por mujeres, y su actitud no era nada tranquilizadora. Federico Santander paseaba a lo largo del despacho con absoluta despreocupación, aunque le comunicaron que los manifestantes habían asaltado algunas tahonas y habían incendiado unos puestos de pan. Los gritos se hacían cada vez más ostensibles, y de pronto apareció el conserje del Ayuntamien-

to, demudado, diciendo que los manifestantes subían en avalancha la escalera. El alcalde salió fuera inmediatamente, y nosotros le seguimos. La escalera principal del Ayuntamiento es amplia, de dos ramales, y cuando aparecimos en el último rellano los manifestantes, en tromba, llegaban a él. Federico Santander, con actitud decidida, les hizo frente, llegando a tocar con las manos a los que estaban delante de él. Ante su ademán contundente se detuvieron. Entonces el alcalde, en tono muy enérgico, les dijo que no admitía violencias y que nombrasen a una comisión que representase a todos, y que él acogería con el mayor interés las demandas. Hubo un silencio dramático, y Santander, y nosotros con él, nos retiramos al despacho. Un cuarto de hora después entraba allí una comisión, compuesta por veinte o veinticinco desaharrapados. Los dirigentes socialistas no aparecieron, aunque en realidad se trataba de una maniobra política preparada por ellos. La entrevista fue breve y se retiraron, y poco a poco se disolvió la manifestación sin ningún incidente.

Al otro día hubo sesión municipal, y el primer asunto que se puso sobre la mesa fue el del pan. Interpeló el socialista Cabello airadamente, y yo fui el encargado de contestarle. Las tribunas estaban llenas de público, y tan apasionado, que el alcalde amenazó por dos veces con desalojarlas. Cuando yo me levanté a hablar se hizo un gran silencio. No empleé la forma tribunicia que había adoptado mi contrincante, mas con palabras sencillas y claras hice ver la conducta de los dirigentes de aquella manifestación que había degenerado en motín, que no se atrevieron a dar la cara, impulsando a sus adeptos a un acto de violencia que, sin la actitud moderada del alcalde, que no recabó para su defensa a la fuerza pública, hubiera podido producir en la ciudad un día de luto. Después entré en el fondo del asunto y propuse soluciones, diciendo que la mayoría del Ayuntamiento estaba dispuesta a aceptar cualquiera que fuese viable para resolver aquel problema.

Probaba en aquellos momentos la eficacia que podía tener mi inexperiencia política, y advertí hasta qué punto la moderación, sobre las pasiones, es más eficaz que la violencia. Lo que sé es que yo fui desde aquel día el combatiente más importante

que tuvieron los socialistas en el Ayuntamiento de Valladolid. Y éstos no me lo perdonaron nunca. Mas lo curioso es que todo aquello me repugnaba, y que a pesar de mis buenos éxitos me convencí de que no tenía afición a la política, aunque en esta época me apartó bastante de mis aficiones literarias. No obstante, aquella temporada comencé en *El Norte de Castilla* a escribir un artículo diario con mi firma, bajo el título general de “El espectador”. Mantuve esta sección durante diez años, y cuando Ortega y Gasset publicó su revista con este título, yo lo sustituí en mi periódico por el de “Ensayos”. Fue ésta la misma sección que con el título general de “Cada día” he mantenido en el periódico *Madrid* durante siete años, sin interrupción.

Me entregué, pues, a la corriente de lo efímero, y entonces me convencí de que mi aptitud literaria, suponiendo que tuviese alguna aprovechable, era el periodismo. No había entrado aún en el ciclo de las polémicas, pero en el periódico vertía diariamente pequeñas actualidades con cierto tono literario, aun a sabiendas de que aquello que servía yo por la mañana, todos los días, a la hora del desayuno, a mis lectores, no iba a tener sino unas horas de vida. No es aventurado decir que en estas secciones, con mi firma, he publicado seis mil artículos. Quizá encontré una técnica, que llegó a ser fácil para mí y muy comprensible para mis lectores.

En una ocasión, Ricardo Allué, que era el director, me dijo que si quería tener una entrevista con el verdugo de Burgos. Entonces se daba mucha importancia a las noticias de las ejecuciones, que ya no eran públicas, sino en el patio de la cárcel; pero que llegaron en los periódicos de esta época a tener mucha extensión y que adquirirían en sus detalles un tono morboso y truculento. En una de estas informaciones llegó a escribirse lo siguiente: “El reo se mantuvo sereno durante toda la noche, aunque de vez en cuando lloraba, sin motivo.”

Yo era enemigo de la pena de muerte, y sigo siéndolo, y esto me animó a aceptar la invitación que me hacía el director. Con un volante del presidente de la Audiencia, llegué a la cárcel a las siete de la tarde, y me condujeron a la celda. El verdugo estaba sentado fumando un cigarrillo, y se levantó al verme entrar. Era

un hombre bajo de estatura y regordete. Vestía un traje marrón y llevaba una corbata granate, con un alfiler de herradura. Le cruzaba el chaleco de lado a lado la cadena de un reloj. El cuello era gordo y las manos muy pequeñas. Su semblante agradable, con ojos muy vivos, y hablaba reposadamente, con una voz opaca. Su aspecto era el de un campesino que iba a la feria. Yo no tuve inconveniente en alargarle mi mano, como no tenía tampoco en estrechar la del fiscal que había pedido la pena. Verdad es que si no hubiese nadie que se prestase a ejecutar la sentencia fatal, la pena de muerte no existiría. Mas admitiéndola, en virtud de los argumentos que esgrimen sus partidarios, al verdugo debemos considerarle como el más respetable defensor de la sociedad. Si la justicia obra en virtud de un mecanismo perfecto, tenemos que reconocer que la consecuencia ineludible de esta máquina es el verdugo. No tengo a la vista el texto literal de esta encuesta, y no me molestó en buscarlo, porque recuerdo lo más esencial de ella. Sólo diré que una parte de esta conversación ha pasado a algunos textos de Derecho penal.

Preguntándole yo si alguna vez había tenido sueños, pesadillas o alucinaciones, me contestó sencillamente:

—Soy un hombre muy sereno y reposado, y he tenido sueños pocas veces. En una ocasión, sin embargo, soñé que tenía que ajusticiar a dos reos, en una ciudad de mi jurisdicción, y fui a ella para cumplir la sentencia. Al llegar, me dieron la noticia de que podía marcharme, porque estaba allí desde la mañana el verdugo de Sevilla. Esto produjo en mí el efecto que puede usted suponerse. Yo me consideraba un funcionario que había cumplido mi obligación honradamente, y aquello era un atropello que se me hacía sin justificación ninguna. Y muy disgustado, me encaminé a la Audiencia para preguntar al presidente qué causa había habido para sustituirme. Estaba verdaderamente indignado. Mas en esta angustia me desperté, vi que todo había sido un sueño, y quedé tranquilo. A otra pregunta mía, contestó poco más o menos:

—La gente cree que un criminal tiene una sensibilidad semejante a la de una persona cualquiera, y está muy equivocada. Voy a contarle a usted un caso que le va a impresionar. En una oca-



sión tenía que ajusticiar a un pastor, que había cometido un crimen horroroso en la montaña, contra una niña de doce años. Había en los pueblos donde él cuidaba un rebaño una indignación enorme. A mí me ha gustado siempre, antes de la ejecución, ver de lejos a los reos. Esto es muy importante para el oficio: llevar una idea previa de lo que tenemos que hacer, para que el reo sufra lo menos posible. Es una cuestión de humanidad. Este pastor era un muchacho rubio, fuerte, muy joven, y tenía un rostro ingenuo y franco, casi de niño. Le confieso a usted que me impresionó. Nunca había tenido un caso como éste. Quizá aquel hombre había pasado por un mal momento y podía regenerarse y ser útil a la sociedad. Estaba en capilla —esto me lo contaron— muy pensativo y no haciendo sino contestar con monosílabos a lo que le preguntaban. En esto, a uno de los hermanos de la Paz y la Caridad se le ocurrió preguntarle: “Y tú, ¿eres aficionado a la caza?” El semblante del muchacho se iluminó y sus labios sonrieron. “¿Le gusta a usted la caza? —dijo—. Yo he sido un gran cazador. Podría contarle episodios de caza para llenar un libro. Le contaré a usted uno. Los lobos venían comiéndose, sin que pudiese evitarlo, ovejas de las que yo cuidaba. Y una noche que había luna llena concentré el rebaño en un llano de aquella braña, y yo me oculté entre un seto de espinos y zarzamora. Pero al anochecer empezó a llenarse el cielo de nubarrones, y cuando vino la noche se hizo una oscuridad completa. El trance se ponía difícil. Por la inquietud del rebaño, al que no veía, comprendí que los lobos se acercaban. Y, en efecto, a eso de las diez me sentí rodeado de lobos, sin que yo pudiera tirar sobre ellos, por la oscuridad. Comprendí que me hallaba cercado. ¡Una gran emoción! Me apoyé en un roble para que no me pudieran atacar por la espalda y...” En este momento tuvo que interrumpir el relato. Entraba el capellán de la cárcel en la capilla con un telegrama, y gritando albricias, porque era el indulto. El reo apartó al capellán con la mano y sin inmutarse, continuó: “Pues, como le iba a usted diciendo, vi que una sombra se iba a abalanzar sobre mí...” Usted verá —continuó el verdugo— qué clase de hombre era éste. El indulto no le interesaba y su semblante no mostró ante la noticia la menor alegría. Para él lo importante era llegar al fin de su



relato, y quizá considerase una impertinencia del capellán haberle interrumpido. Usted comprenderá que éste no era un hombre como otro cualquiera.

Como final de la entrevista, fue a una mesa sobre la que había una caja larga y estrecha. La abrió solemnemente. Estaba forrada de terciopelo rojo, y dentro de ella había una especie de flauta articulada, de un metal muy brillante. Acarició aquel instrumento con una gamuza, y dijo:

—Éste es un aparato de mi invención. Con él la muerte es instantánea. Tiene un inconveniente, que hay que tomar la medida del cuello del reo, para aplicarlo con precisión. Y la mayor parte de los presidentes de Audiencia son tan incomprensivos que no me dejan. Dicen que es cruel este trámite.

A mi salida se escuchaban en el patio de la cárcel los martillazos de los carpinteros que levantaban el tablado. Salía consternado, deseando respirar el aire de la noche, y convencido más que nunca de que el precepto “no matarás” no admite distingos. Y si la sociedad cree ineludible la muerte de un hombre para vivir tranquila, es injusto que considere al verdugo como un monstruo.

### 13

A la muerte de don Ángel Álvarez Taladrid, sin que yo solicitase tal cargo, don Santiago Alba hizo que me nombrasen director del Museo Provincial de Valladolid. Bien puedo decir que es el único nombramiento que he obtenido de gracia. Me llegó la credencial en el mes de agosto, en Sepúlveda, adonde había ido con mi mujer y tres hijos que entonces tenía, a ver las corridas de novillos que se daban en las fiestas de la Virgen de la Peña, a fines de este mes. Me sorprendió la noticia, porque era lo que menos podía pensar. A principios de septiembre fui a Valladolid a tomar posesión. Había sido siempre aficionado a las bellas artes, y en cierto modo me halagaba este puesto de conservador de una colección, como no hay otra en el mundo, de escultura religiosa, en madera policromada. Entonces, sin embargo, este género de obras no tenía interés. El arte religioso no era apenas estimado,

y en el mismo mercado de París se adquirirían estatuas románicas y góticas de extraordinaria calidad por muy poco dinero. Era, sin duda, una consecuencia del racionalismo que a finales del siglo XIX invadió el mundo. La pintura religiosa se estimaba algo más, pero no demasiado. En aquella época, la mejor Purísima de Murillo la adquirió el marqués de Comillas en cinco mil francos, en casa de un anticuario que sabía que aquél era un lienzo de Murillo.

La desamortización de los bienes eclesiásticos, por la junta artística encargada de recogerlos, se hizo de un modo brutal. Se arrancaron a golpe de hacha retablos, sillerías de coro, muebles con escudos y emblemas religiosos, con cierta saña revolucionaria, y más con el afán de destruir que de conservar, y en Valladolid, donde a partir del siglo XVI trabajaron los mejores artistas castellanos, flamencos y borgoñones, al despojar las iglesias de sus magníficas obras se amontonaron éstas en los sótanos del Colegio de Santa Cruz, fundado por el cardenal Mendoza, como objetos que carecían de valor. Cuando yo tomé posesión de mi cargo descubrí, ayudado por linternas, que allí estaban esculturas de primer orden, sin protección alguna, sin clasificar en el inventario, defendidas no más que por la oscuridad y por la falta de interés que por estas obras mostraban los coleccionistas. Entre ellas había no pocas estatuas de Alonso Berruguete, muchas de ellas mutiladas, y la mayor parte de los tableros decorativos del retablo mayor del monasterio de San Benito. Muchos de estos tableros, maravillosamente estofados, habían servido de leña para calentarse. Es inconcebible la barbarie de esta junta clasificadora, porque aquello no lo habían hecho en una revolución las turbas fanatizadas, sino miembros de una Academia de Bellas Artes, una de las academias creadas por Carlos III. Estos desamortizadores se apropiaron de los lienzos pintados que les parecían mejores, y en cuanto a los retablos, al desaparecer los monasterios, abadías y conventos, desalojaron violentamente las obras que los decoraban, y los templos, desnudos, fueron convertidos en cuadras y graneros de las fincas adquiridas por una futesa por los desaprensivos especuladores. Muchos regímenes

políticos se han consolidado no más que captándose partidarios dejándoles las manos libres para el latrocinio.

Los resultados de aquellas medidas desamortizadoras, por lo que respecta al arte, los vi bien patentes en las viejas bodegas del Colegio de Santa Cruz, en las que cada día hacía yo un descubrimiento sensacional. Aquello era una mina inagotable, guardada por un viejo conserje llamado Ubaldo, que se escandalizó no poco cuando yo llevé allí obreros para sacar a la luz las empolvadas obras y que quizá pensase que estaba loco cuando me maravillaba ante un apóstol de Berruguete, a cuya estatua le faltaba una mano y un pie. No creo que tuvieran emociones más intensas quienes desenterraran estatuas de la antigüedad clásica. En el curso de los años fui afinando en el conocimiento y en la organización de este Museo, y aún sigo dedicándole mis entusiasmos.

Su traslado, haciéndose nueva instalación en el edificio que hoy ocupa, marco perfecto para una colección de arte religioso, se hizo en tiempos de la República, siendo presidente del Consejo de Ministros el señor Azaña. Con Azaña me unía una gran amistad. Estaba muy lejos de ser un hombre vulgar, y posiblemente, en un proceso de vida solitaria, fue moldeando su carácter el resentimiento. Creía que la sociedad no le estimaba en relación a sus merecimientos, y esto iba dejando en su espíritu unos posos de amargura que no logró eliminar ni cuando alcanzó la más alta magistratura del Estado. Era un hombre que tenía deudas que cobrar a los intelectuales, a la aristocracia y al pueblo. No era un ambicioso, sino un soberbio, y, en cierto modo, todas sus reacciones eran femeninas. Empleado en la Dirección General de Registros, solía ir a Valladolid como miembro del tribunal cuando había oposiciones de notarios. En esta época frecuentó íntimamente mi amistad. Algunas mañanas que tenía libre iba al Museo, y entonces vi hasta qué punto reaccionaba su sensibilidad hacia el arte. Me decía que era inconcebible que un hombre como Santiago Alba no se hubiese preocupado de aquel Museo, ofreciéndole la instalación que merecía. Funcionaba entonces este Museo, que es uno de los más interesantes del mundo, con una subvención de dos mil pesetas al año. La mayor parte de las

innovaciones que hice en él las realicé con mis aportaciones personales, como si se tratase de una aportación particular mía.

Siendo Azaña presidente del Consejo de Ministros lo saludé una tarde en el salón de Conferencias del Congreso. Se quejó de que le tuviese olvidado y ni le hubiera escrito ni hecho ninguna visita en tanto tiempo, recordando nuestra antigua relación. Yo le hice ver que no me creía con derecho a importunarle en momentos para él tan importantes, mas ya que se presentaba la ocasión, le recordé lo que tantas veces me había dicho él con relación a nuestro Museo. Me agradeció el recuerdo, y sacando una pequeña agenda del bolsillo apuntó en ella una nota. A los pocos días puso en movimiento aquella idea, y no se detuvo hasta que la vio realizada. Así nació el actual Museo Nacional de Escultura. Después de este diálogo no volví a conversar con él, ya que él, para las funciones de organización, delegó en el señor Orueta.

En aquellos años en los que Azaña era un hombre oscuro, aunque alcanzó fama de orador elocuente en el Ateneo de Madrid, me hizo objeto a mí de singular asiduidad. Iba a mi casa, revolvía mis libros, conversaba y discutía conmigo, y nos veíamos todas las noches en un café de Valladolid, buscando aún más que la conversación general el diálogo íntimo. Después me acompañaba al periódico y estaba allí hasta que yo lo abandonaba, de madrugada. Mi natural escepticismo refrenaba sus afirmaciones impulsivas, y yo entonces le califiqué de fanático, incapaz de ningún impulso generoso. Reconocía su talento, mas me apartaban de él sus reacciones de resentido. Tenía todas las malas cualidades que suelen tener los españoles, y que se resumen en una sola: la disconformidad. El “yo me opongo” aun antes de saber lo que se discute, en contraposición con la actitud, que considero más inteligente, del “yo distingo”. El distinguir en cualquier cuestión que se debate lo juzgo como el más noble movimiento de la lógica. Y es que el hombre puede tener razón, mas casi siempre a medias.

Por aquel tiempo escribí una tragedia, que admitió para su estreno en el Teatro Fuencarral, de Madrid, el actor Francisco Fuentes. Se proponía llevar en aquella temporada a autores nuevos, y en esa calidad, la de ser nuevo, me eligió a mí entre otros.

La obra se titulaba *Román el rico*, y de ella no conservo el original, sino solamente un vago recuerdo de lo que era. He aquí su argumento. El viejo Román era el más rico labrador y ganadero de una comarca montañosa. Su casa era feliz, con sus hijos y criados, y tenía la estimación de sus convecinos por su generosidad y sus buenas acciones. Mas ya viejo, este hombre tenía el temor de que Dios le había dado riqueza y bienestar para castigarlo de una manera implacable al final de su vida. Pesaba sobre su conciencia un pecado de juventud. Siendo él pastor de un hombre poderoso, un día de tempestad la lluvia y el viento dispersaron sus ganados; muchos de éstos mueren despeñados, y él, en un momento de desesperación, en la cumbre, escupe contra el cielo y blasfema. Baja enfermo al pueblo, y cuando cree que el amo le va a despedir por no haber sabido guardar el ganado, ve con sorpresa que lo recibe cariñosamente, le dedica frases de aliento, y ordena que le acuesten y le abriguen. A partir de aquel día, Román empieza a prosperar, y en un ascenso de su fortuna llega a ser rico, a casarse con una mujer que le hace feliz y a tener hijos que le sirven de alegría y de ayuda. Al pensar en el origen de su fortuna, no puede apartar de su memoria la blasfemia inicial. Dios no sólo no le castigó, sino que le colmó de mercedes. En el pueblo hay una mujer con fama de bruja. Un día la llama y le descubre sus temores y el conflicto de su conciencia. La bruja le dice que se está preparando para él un gran castigo. Una noche de nieve llama a su puerta un forastero, que pide hospitalidad para unas horas, en tanto amaina el temporal. El viejo advierte en la mirada de aquel hombre una luz extraña, como si fuese el emisario de su desgracia, y quiere apartarlo de su casa. Mas interviene la hija de Román en favor del viajero, y el padre accede. A partir de este punto, con el que termina el primer acto, este hombre trae a la casa de Román el rico la desgracia y la deshonor. Al final de la tragedia, el héroe, ya vencido y empujado por la fatalidad, abandona un día su casa acompañado de un criado viejo y ciego, el único que permanece fiel a su amo, y los dos suben a la montaña, y, ya en la cumbre, se reproduce la tempestad de su juventud. Les empuja el huracán, la lluvia y la noche, y el viejo vuelve a escupir al cielo. En este momento un rayo lo aniquila.

Tal era, en síntesis, la tragedia. En ella Fuentes hacía una creación, y en varios momentos fue ovacionado por los espectadores. Yo, sin embargo, entre bastidores pensaba que aquello estaba muy lejos de ser un nuevo *Rey Lear*. Y aunque salí al palco escénico a recibir los aplausos, me marché a mi casa con cierto disgusto. Los ensayos de la obra habían sido penosos. Los actores, con excepción de Fuentes, que tenía una memoria prodigiosa, y de la primera actriz, Társila Criado, no se sabían los papeles y los recitaban con evidente desgana. La presentación escénica era modesta... En suma, que por todo esto y porque me había convertido en crítico de mí mismo, yo, contra lo que suele ocurrir a los autores noveles, no estaba satisfecho.

A la mañana siguiente leí los periódicos, y la crítica era implacable. En España nunca ha habido buena crítica. La labor crítica se ha pagado mal, y suelen dedicarse a ella quienes han fracasado en otras actividades. El crítico va al teatro de mal humor, y su juicio suele estar velado por la intemperancia. El mismo Larra no fue un buen crítico. Sus tentativas de autor dramático se frustraron en unas cuantas obras absurdas, y claro está que al traductor del melodrama *Roberto Dillón o el católico de Irlanda* no podían parecerle bien las obras de nuestros clásicos del siglo XVII. Y si esto hacía cuando juzgaba a los muertos, su acierto al juzgar a los vivos tampoco era seguro.

Lo cierto es que mi primera obra fue juzgada con saña, y entre estos Aristarcos descolló por su violencia Enrique de Mesa, mediocre poeta de la sierra y malhumorado escritor. No digo que no tuviese razón al juzgar disparatada mi obra, pero sí me pareció que en sus ataques me concedía demasiada importancia. No se conformaba con haberme derribado al suelo, sino que viéndome allí inerme, se complacía en vapulearme, como si mi tragedia pudiese anular de un golpe todo el teatro español. En una ocasión, como a don Jacinto Benavente le preguntasen qué le había parecido una crítica que de una comedia suya había hecho Mesa, contestó sencillamente: "Nunca me ha interesado la opinión que de mis obras tengan los muebles."

De estas críticas sobre mi primera incursión en el teatro recuerdo una cuyo sentido recojo como demostración de cómo se

escribían entonces determinados periódicos. En uno de ellos, de ideas anticlericales y disolventes, se decía, poco más o menos, que cómo el público se iba a interesar por el conflicto de conciencia que en un personaje había provocado una blasfemia, si él, autor de la crítica, blasfemaba cada vez que, jugando al dominó, le ahorcaban el seis doble, y después de la partida se marchaba a casa tan tranquilo.

Lo cierto es que la obra, seguramente, fue un intento frustrado, aunque Fuentes la representó en varios sitios y, además de él, Manuel González con Anita Adamuz. En aquella misma temporada, y por el mismo Fuentes, estrenó Azorín una comedia que, por lo que respecta a la crítica, corrió la misma suerte que la mía. Con este ensayo se desvanecieron mis aficiones teatrales, y hoy, libre de toda pasión, serenamente, veo que el oficio más lamentable que puede emprenderse en nuestro país es el de autor dramático. El comediógrafo que se equivoca viene a ser un delincuente. Halagado en sus grandes éxitos, tiene que comenzar de nuevo su carrera en cada fracaso. Si no acierta, huyen de él los cómicos, los empresarios y hasta los amigos. Sin acudir a los autores mediocres, yo recuerdo las amarguras de don José Echegaray al final de su vida. Cualquiera que estrene una obra en el teatro español tiene que disponerse a reñir una batalla. Entre nosotros sigue viviendo tan tranquilo el médico a quien se le muere un enfermo, el arquitecto a quien se le hunde una casa, el general que pierde una batalla, el publicista que no vende ni un solo ejemplar de su libro... Cuídese el dramaturgo de salir a la calle después de un fracaso teatral. El mismo empresario que le iba a buscar los días triunfales le cerrará la puerta de su despacho ante una comedia rechazada por el público, y aun rehuirá su saludo. Estar de moda en el teatro no es sino prepararse a sucumbir. No se equivocan los críticos, ni el público, ni los cómicos: la víctima siempre es el autor.

Ni en la misma política existe una pugna de vanidades como en el teatro. Hoy el cinematógrafo ha venido a moderar estos excesos. El público no quiere comedias, le molesta tener que pensar, y como diversión le atrae el cinematógrafo, que sirve simples imágenes y no exigen al espectador el menor esfuerzo. En este

aspecto pienso que la proyección en la pantalla, no sólo de paisajes, sino de intrigas, pasiones, sentimientos e incluso ideas, todo ello convertido en una expresión plástica, es un estupefaciente, una imaginación prestada, como la que provocan el alcohol o la morfina. El público de este espectáculo detesta la droga, pero no puede prescindir de ella. Si observamos la salida de los espectadores de una proyección cinematográfica, advertiremos que todos ofrecen un rostro inexpresivo y ausente, como si saliesen de un fumadero de opio.

En aquellos tiempos en que yo aspiraba a ser autor dramático el teatro apasionaba, y los estrenos de una comedia constituían una lucha en la que, aun siendo el autor la víctima, se creaba en torno suyo un ambiente de entusiasmos, de repulsas, de exaltación, de desdén. El público se sentía juez inapelable, y sus sentencias eran las más de las veces justas. Se equivocaba también el público, pero nunca tanto como los críticos. Hoy un estreno es una reunión de invitados, y en los pasillos ensayamos un juego de hipocresía. El juicio versa principalmente sobre si la obra dará o no dará dinero. Esto parece lo más importante. No podemos concebir el estreno de *Hamlet* o *La vida es sueño* discutiendo en los intermedios los espectadores sobre si aquella obra es comercial. Solamente un positivismo grosero puede aplicar la palabra “comercial” juzgando una obra de arte.

## 14

En Valladolid había muchos casinos por esta época. Desapareció alguno, como el Mercantil, en el que se reunían los comerciantes, disgregándose éstos por otros centros, y este casino fue traspasado al Ateneo, que tenía un espléndido salón con grandes espejos con marco dorado y pinturas alegóricas al comercio, la industria y la agricultura. Cada partido político tenía su casino correspondiente, el más importante el Liberal, entonces en auge, y el más democrático el Republicano. Todos estos casinos se sostenían del juego, del juego español, el monte, que no se ha adoptado en los demás países por ser el que más se presta a las mañas y escamoteos de los tahures. Con este juego acreditó mu-



cho su fama de fabricante de barajas don Heraclio Fournier, que ostentaba su nombre, en grandes letras, sobre el as de oros. Estos oros de la baraja, reproducción del oro de las monedas, era metal de toque para la fantasía del jugador, como representación de la ganancia en una época en la que el oro circulaba como instrumento de cambio. Las figuras de estas cartas de barajas españolas, cuya tradición se remonta al siglo XVI, representaban con pequeñas variantes reyes de epítome infantil, pajes del siglo XVI, caballos velazqueños, espadas de nuestras guerras en Italia y Flandes, bastos que nos traen un recuerdo del mito de Hércules y oros que son un símbolo de oro amonedado, oro transatlántico, de nuestras conquistas en el Nuevo Mundo. Todo esto barajado, y consiguiendo con ello las combinaciones de azar, era como una representación de nuestras aventuras históricas. El ajedrez, como juego universal, ha conservado de una manera sintética las figuras reales que intervenían en una batalla antigua. Las barajas francesas, con sus rombos y tréboles y sus figuras deshumanizadas, quitan al azar todas las contingencias de la realidad frente a lo desconocido e inesperado. Cuando surge la ruleta, el juego de azar se convierte en matemática y metafísica. Sobre el tapete verde donde están los números, la fantasía del jugador tiene que crear los objetos reales que representan la fortuna o la desgracia. Prados, bosques, fábricas, barcos, mercaderías..., todo lo que significa riqueza, va y viene por la superficie de un paño, en el que aparecen unos guarismos que pueden ser índice de la fortuna o la ruina. En tanto, miles de hombres desconocidos e invisibles trabajan creando riqueza para que otros la disipen o la inviertan en objetos de lujo. Quizá en nada funcione la fantasía de un modo tan constante y tan rápido, en un vaivén de sorpresas, como en el juego. Por esto, de todas las especulaciones humanas la más desinteresada es la del jugador, que pasa su vida enfrentándose con la suerte, jugando con cosas reales y tangibles que el tapete verde deshumaniza hasta convertirlas en una pura entelequia. El ganar o el perder no tiene importancia, sino de momento. Los moralistas dirán con razón que el juego produce grandes tragedias familiares, y que a muchos hombres honrados los convierte en delincuentes. Esto le ocurre a todo especulador que in-

tenta enriquecerse de súbito, mas con la diferencia de que éste cree jugar sobre seguro. Por esto, a los empresarios del juego se les llama banqueros. Su negocio consiste, con un capital inicial, en conseguir que todo el dinero ajeno que circula sobre sus mesas le produzca un interés, y en este principio elemental se cimienta el negocio de los Bancos.

Esta breve divagación sobre el juego me sirve para confesar un pecado que he tenido en mi vida, el de ser jugador, en virtud de un movimiento que me abstraía de lo sensible y real para sumirme en ese ignoto mundo del azar. No he jugado, sin embargo, a la lotería, ya que para mí el meterme un número en el bolsillo y esperar el sorteo no constituía diversión. Mis facultades de fantasía tenía que aplicarlas a crear algo que fuese obra mía, y no a pasarme las horas pensando lo que habría de hacer si me tocaba un premio mayor. Por razones semejantes no he sido banquero, ni financiero, ni bolsista, ni prestamista, ni comerciante..., profesiones en las que las gentes también se arruinan. No puedo calcular el dinero que habré perdido en el juego, más sí puedo asegurar que estas pérdidas las he compensado trabajando, ya que a lo largo de mi vida, trabajando y jugando, he vivido siempre lo mismo. ¿Hubiera vivido mejor de no jugar? Posiblemente no, porque hubiese trabajado menos y hubiese tenido también menos emociones. Esto lo digo yo como caso particular, quizá porque en mí el juego no ha constituido una pasión absorbente. Mi carácter no fue nunca apasionado. No fui tampoco ni un calculador ni un previsor.

Como nota curiosa que define mi carácter voy a escribir, como anécdota, lo que me ocurrió una vez jugando con buena fortuna. A finales de septiembre veraneaba en Biarritz, y mi distracción favorita al caer la tarde eran las salas de juego del casino. Acompañé a Hendaya a mi mujer y a mis hijos, que regresaban a España. Aquella misma noche partía yo para París, donde vivía entonces. El tren salía a las ocho y media y eran las siete cuando me vi a las puertas del casino en situación de esperar el momento de mi partida. No tenía en el bolsillo sino dos mil francos, el dinero que pudiera necesitar para llegar a París. Temiendo perderlos, y no tener para pagar la cena en el restaurante del tren, dar

las propinas a los mozos que me transportasen el equipaje y tomar un coche que me llevase de mi casa al tren, y, a mi llegada, al Hotel de París, guardé mil francos debajo del forro de mi *canotier* de paja, que dejé en el guardarropa, y entré en la sala de juego con mil francos y alguna moneda suelta en los bolsillos. Di varias vueltas sin pensar jugar, observando las evoluciones de la ruleta, y al detenerme ante una mesa de *tournant* advertí que se levantaba un jugador, y yo me senté en aquel lugar esperando que la baraja llegase a mi mano. La salida mínima en aquella mesa era de mil francos, todo lo que yo tenía en aquel momento. A mi izquierda había una señora vieja, muy compuesta y pintada, que debía de haber perdido, pues tenía pocas fichas delante, y al llegar el paquete de naipes a su mano lo corrió hacia mí, y yo entonces puse sobre la mesa mi dinero y empecé a tirar la baraja. Se dieron a mi favor los cuatro primeros pases, y desde aquel momento se estableció una lucha entre los demás jugadores y yo. Al llegar al séptimo pase, el montón de fichas y billetes que había ante mí era considerable. Yo, imperturbable, seguí tirando. Al pase diez, siempre a mi favor, observé que en torno de la mesa se apiñaban los jugadores que se habían levantado de otras mesas, y que todos jugaban con la ambición de llevarse la banca. El pase doce fue decisivo para mí, pues sobre los paños había una cantidad mayor que la que tenía yo sobre el tapete. Había ya consumido la primera baraja y continué con la segunda, sin inmutarme. Miré mi reloj y vi que aún me quedaba media hora para la salida del tren, y decidí dar aquel pase, que era, si adverso, quedarme sin dinero, mientras que levantándome en aquel momento, podría llevarme una gran ganancia. Y decidí correr el albur. Éste fue favorable y doblé banca. En torno mío se produjo un rumor que representaba el vendaval de tantas respiraciones contenidas. Aún me di el pase trece, que ya no copaba mi banca. Perdí el catorce, y recuerdo que hubo de pagar más de trescientos mil francos, mas el montón de dinero que tenía ante mí parecía no haberse conmovido. Corrí entonces, como era de rigor, la baraja al jugador de mi derecha, di una propina espléndida a los *croupiers* que me habían ayudado, y me levanté. No me quedaban sino veinte minutos para tomar el tren. Delante de mí avanzaron un jefe de

mesa y unos servidores que llevaban en bandejas toda mi ganancia. Al cajero, que era amigo mío, como lo eran muchos de los que habían perdido, pues yo frecuentaba el casino casi todas las noches, le dije que contase aquel montón de fichas y billetes y que al día siguiente me hiciese una transferencia a mi cuenta corriente de la Société Générale, y salí del casino sin más dinero que los mil francos que llevaba en el sombrero.

Pedí un coche y me dirigí a la villa que tenía arrendada en lo alto del faro. Su jardín, con muchas flores, tenía un seto que le separaba del campo de golf. Recogí precipitadamente mi equipaje, para llegar a tiempo a la estación. Mis emociones del juego se habían disipado al aire libre, y mi única preocupación era la de perder el tren. Llegué a la estación tres minutos antes de partir el convoy, otro golpe de azar que para mí representaba mucho, ya que mi única preocupación en aquellos momentos era el viaje. Cené en el vagón restaurante con buen apetito y sin pensar ni un instante en los azares del casino. Quizá mi sensibilidad estaba sobrecitada, y al tumbarme en la cama advertí que me costaría dormir. Con la lamparilla de la cabecera me puse a leer un libro, una novela de Mauriac, que entonces no tenía la reputación que después consiguió. Estuve leyendo e interesándome en la lectura, sin que distrajesen mi fantasía ninguno de los incidentes de los episodios que acababa de vivir. Esto quería decir que para mí la ilusión del juego, cuando me alejaba de él, era menor que la que me hubiese producido un gran concierto o un espectáculo teatral de primera categoría, e incluso la que iba sintiendo minuto a minuto en la lectura de aquel libro. Cerca de las dos apagué la luz y me dormí profundamente. Ya en las cercanías de París, empezó a emocionarme el color gris que envuelve la gran ciudad en un fanal de neblina que tiene transparencias doradas y rosas.

Aquella misma mañana me puse a trabajar en unos artículos que tenía que mandar a América. Los incidentes del casino se me habían borrado. Cuatro días después me avisaba el Banco que habían ingresado en mi cuenta una cantidad superior al medio millón de francos. Quizá otro hubiese pensado que con aquel dinero, que tan fácilmente me había entregado la fortuna, había que hacer algo. Comprar valores o una casa para el verano, o una

finca, en compensación de algunas que había vendido, con gran disgusto de mi mujer...; en suma, lo que los hombres prácticos llaman una inversión. Yo si hubiese tenido temperamento de especulador habría ido con ese dinero a la Bolsa, para probar si con él, con dos o tres golpes de suerte, ayudado por el cálculo, incrementaba mi fortuna sin esfuerzo ninguno. Pero el juego de la Bolsa no me interesaba, y aún me parecía más inmoral que el otro juego, y quizá a lo largo de mi vida hubiese pesado sobre mi conciencia haber incrementado mi prosperidad económica no más que por golpes del azar. Y es que para mí el juego era una diversión que, aun en perjuicio mío, me estimulaba al trabajo. Aquel dinero, pues, como dinero de bolsillo, me servía especialmente para seguir jugando y perderlo con la misma facilidad con que lo había ganado. Este modo de ser, los hombres serios y respetables lo juzgarán absurdo, y posiblemente lo es. Yo con este sistema he vivido siempre bien, y he tenido amigos muy virtuosos, que ni jugaban, ni bebían, ni se disipaban con mujeres alegres y que, además, ni siquiera fumaban, y teniendo un gran patrimonio, al final de su vida, sin que nadie se explicase cómo, estaban totalmente arruinados. Estos hombres virtuosos, inservibles para crear y producir por sí mismos, y sobre los que han pesado la mujer, los hijos, las malas cosechas, los créditos de los Bancos, la rapiña de los usureros y los administradores, y que han llegado al final de su vida sin un céntimo, me han dado una lección por demás inmoral, así como entiende la moral nuestra sociedad. No se tome esta divagación como una defensa del juego, sino como un ejemplo con el que no trato de justificar una debilidad mía, o, si se quiere, un vicio, sino mostrar sinceramente un rasgo de mi modo de ser que seguramente habrá merecido la censura de quienes me conocían y con el que he dado no pocos disgustos a mi familia.

Lo cierto es que entonces, en Valladolid, como en toda España, se jugaba desaforadamente, y no sólo en los casinos más serios, sino en chirlatas y encerraderos a los que acudían estudiantes, dependientes de comercio y aun menestrales, y con ello un ejército de profesionales del juego, tahures, ventajistas y usureros. Un ministro de la Gobernación suprimió el juego a rajata-

bla, y yo creo que hizo bien. No suprimió, en cambio, la lotería, en la que el Estado se constituye en banquero, y que actúa principalmente sobre las clases modestas, que aspiran a salir de apuros acertando un número. ¿A quién le doy la suerte?, dicen los vendedores, que muchas veces son ciegos o tullidos. Ya es bueno meditar que repartan buena suerte seres tan desgraciados. En realidad, el juego, bien reglamentado, debe ser diversión de ricos, y si éstos se arruinan jugando, peor para ellos, ya que los ricos son los únicos que pueden arruinarse, y no sólo jugando, sino con otros muchos riesgos, y no así el pobre, que lo que se juega es el pan de cada día y el producto de un trabajo mal retribuido. En los lugares de lujo, el juego pone en movimiento un volumen de riqueza extraordinario, pasa el dinero de unas manos a otras, y el que pierde, que son casi todos los que juegan, puede pensar que la vida está llena de accidentes, en los que nos toca más veces perder que ganar.

En Valladolid había dos casinos, el que se creó al elevar el Teatro Calderón, en el mismo teatro, verdaderamente suntuoso, que llevaba el nombre de Círculo de Labradores, y otro más antiguo, el Círculo de la Victoria, por estar en la calle del Duque de la Victoria, y el que era más distinguido de todos. En aquella época estaban excluidos para ingresar en él los comerciantes y todo el que no tenía título militar o universitario. Eran socios también todos aquéllos que siendo de buenas familias vivían de sus rentas. Las fiestas que se daban en este círculo eran memorables, y por ellas ingresamos en él un grupo de muchachos jóvenes, necesarios para que hubiese gente que bailase. Era un tiempo en el que el magistrado, el catedrático, el médico..., amén de todos los caballeros respetables que no tenían profesión determinada, usaban a diario sombrero de copa y levita. Los jóvenes no nos sentábamos en sus tertulias, ni mucho menos interveníamos en sus conversaciones. Por aquella época se era propecto a los cuarenta años, y aparte de que la vida era más corta, la barba envejecía mucho. Solamente los cómicos, los toreros y curas iban afeitados. Nosotros, los imberbes, soñábamos el crecimiento de nuestro bigote para presumir. A un hombre de sesenta años se le llamaba anciano, y si a éste se le ocurría avisparse ante una

moza, viejo verde. A finales del siglo el don Hilarión de Ricardo de la Vega era un tipo grotesco que seguía la línea que a tales personajes dieron Moratín y Beaumarchais.

En este casino los jóvenes hacíamos rancho aparte, no teníamos acceso a la sala de juego, y nuestras tertulias preferíamos tenerlas en los cafés o en el Ateneo, en donde los aficionados a las ciencias y las letras alternábamos con los viejos, y aun éstos, siendo nuestros maestros, nos concedían beligerancia. Todos los jóvenes que asistíamos a los bailes del Círculo de la Victoria teníamos frac, y en su gran salón afinamos nuestras aptitudes de bailarines, que habíamos aprendido en los bailes de horteras y modistas, tal como se cantaba en una popular zarzuela. Empezaba entonces como réplica galante el cancan, el vals boston, primera manifestación de los yanquis que llegó a España, siquiera Boston fuese la ciudad de más solera europea que había en los Estados Unidos. Los giros de este vals eran vertiginosos, y se crearon para él melodías deliciosas que podían muy bien competir con las de Viena. El otro baile que aún se practicaba era el rigodón, con ceremoniosas reverencias, que era como un epígono del minué. Nos llegaban muchas maneras para el buen tono social del próximo siglo XVIII. Las mujeres de treinta años de Balzac tenían aún actualidad, y las muchachas, no bien se casaban, adquirían aspecto de señoras. Era más corriente la muchacha extravagante y desenvuelta que la señora alegre, aunque la vienesa *Vinda Alegre*, con música de Lehar, abría ya camino a las señoras otoñales para traspasar sin demasiado escándalo las fronteras de la edad. Estas impresiones se refieren a España, y especialmente a lo que era la vida de murmuración social y de juicios equívocos de una provincia española. Cuando terminé la carrera, ya se me concedieron todos los derechos en el casino, y mis primeras armas las velé en el billar, donde jugaba en la mesa grande de chapó, con personas para mí respetables, aunque muchas de ellas corriesen la pólvora de lo lindo. Recuerdo entre los grandes billaristas a Bombín y a Cocho, y al mejor jugador de chapó que he conocido, Puertas, pequeño y adiposo, con un vientre pronunciado que adaptaba a la mesa como si estuviese relleno de lana, y unas manos pequeñas y regordetas.



De estos billaristas, el que tenía una personalidad más fuerte y original era Agustín Cocho. En una ocasión en que me daba lecciones en una mesa de carambola, me dijo:

—Y usted, pollo, ¿quién cree que me ha enseñado a jugar al billar? —Como yo no lo sabía hice una pausa, a la que él dio solemnidad, y continuó—: Pues a mí me ha enseñado a jugar al billar don Jaime Balmes. ¿Usted no ha leído *El criterio*? Pues léalo. Allí están todas las reglas, y es que sin criterio no podemos hacer nada en la vida a derechas.

Otra vez, como hiciese una gran serie de carambolas, le pregunté:

—¿Qué le ha parecido, don Agustín?

Y sentenciosamente me respondió:

—Lo tengo dicho de siempre: usted es el que mejor juega de los que no saben jugar.

Esta sentencia la he recordado muchas veces en la vida.

Alto y de una gran figura, administraba muy bien sus rentas y dedicó su vida íntegramente a cazar y a jugar al billar. En ambos deportes era muy diestro, y su amor propio era tan sensible que desdeñaba aquello en lo que no tenía seguridad de vencer, y si en sus especialidades tenía algún fallo, el advertírselo fuera temerario, pues en su réplica airada llegaba hasta la blasfemia. Lo que él creía saber, nadie lo sabía mejor que él. Mi impresión es que había leído muy pocos libros, pero que los que llegaron a sus manos los había leído muchas veces. Don César Silió le dio a leer las obras de Spencer. Así todo su acervo de filosofía, que aplicaba a cualquier cosa, estaba en la de Balmes, fácil y al alcance de cualquier inteligencia, y en la más complicada de Spencer. Su viva inteligencia llegó a fundir estas ideas tan dispares y aun antagónicas. Muy aficionado al teatro, juzgaba a don Jacinto Benavente como un dios, y nadie podía ponerle un reparo a este juicio, pues ello equivalía a que alguien le recordase que en una ocasión se le escapó viva una perdiz. Así, el gran apoyo de sus afirmaciones, que él planteaba como irrefutables, eran o Balmes, o Spencer, o Benavente. Ya viejo y ciego, recluso en su casa, iba a leerle los periódicos un mozo del casino, mas este lector le falló, y entonces le leía una hija de la portera, que apenas sabía leer.



Le dediqué en una ocasión un libro mío, y cuando, tiempo después, fui a verle, me dijo:

—Le agradecí mucho su libro, pero mi lectora ha armado con él tal galimatías que no he podido saber ni de lo que trata.

Murió en su casa de la calle de San Blas, ya retirado en los últimos años de su vida, que para él había sido demasiado fácil, y murió cristianamente, dictando un testamento en el que dejaba toda su fortuna al Asilo de Caridad.

Otro gran tipo de aquella época, también solterón, era Camilo San Román y Longa, de una ilustre familia castellana, que vivía con su madre y su hermana, y aquella le tenía asignada para sus gastos una pequeña pensión, que el mismo día que la cobraba había gastado o perdido en el juego. Era un gran caballero, su madre tenía una cuantiosa renta, mas Camilo estaba siempre a cuarta ración. Se decía que una vez, en caso de apuro vendió gran parte de la cebada de los caballos de su madre, con lo que éstos fueron enflaqueciendo hasta no poder casi tirar del coche. Camilo era sumamente ingenioso y de una corrección extremada. Así como Cocho llamaba a todos los jóvenes “pollo”, Camilo llamaba a cualquiera “galán”. En una ocasión tuvo unas palabras fuertes con un comerciante. Las injurias que se dirigieron fueron tan graves, que se planteó un duelo. Fueron los padrinos de su contrincante a visitarlo, y Camilo les dijo:

—Quiero que las condiciones del lance sean las más rigurosas.

—¿Y qué arma es la que usted prefiere? —insinuó uno de los padrinos.

Y Camilo contestó, con la mayor seriedad:

—Tratándose de quien se trata, elijo el arma que mejor maneja mi adversario: la vara de medir.

En realidad, dadas las normas caballerescas de la época, era inadmisibles que un San Román y Longa se batiese con un comerciante. Hoy las costumbres han variado. Los grandes de España pueden convertirse en especuladores y comerciantes, y quizá aquel modo de ser de la antigua aristocracia parezca incomprensible para las nuevas generaciones. Yo consigno este episodio

como una muestra de lo que en este aspecto afirmaban las costumbres de una época.

En el Círculo de la Victoria era donde se jugaba más fuerte, tanto, que sus jugadores eran conocidos en los grandes casinos extranjeros, por las cantidades que jugaban y por la violencia de sus envites. En aquella sala de juego, en la que había siempre un absoluto silencio, se liquidaron muchas grandes fortunas. Contaré una anécdota de un gran tipo de aquel tiempo, Pedro Pintó, nieto del marqués de Caballero y del conde de Añorga. Este muchacho, contemporáneo mío, había heredado el ingenio de los Lara, y disponía además de mucho dinero. En una ocasión, jugando de banquero, iba perdiendo fuertes cantidades. La caja ya le había anticipado sucesivas sumas, y al ir a tirar una nueva baraja, en busca del desquite, hizo una seña al cajero para que éste le diese mil duros. El banquero le contestó con otra seña, que significaba que no se los podía dar. Él iba barajando las cartas sin inmutarse, y cuando alargaba el paquete para que cortase el jugador correspondiente, se dirigió a un amigo pidiéndole mil duros. Éste se negó y, sucesivamente, fue pidiendo a otros tres o cuatro amigos, sin obtener el éxito que él esperaba. A su derecha había un general ya viejo, que jugaba muy moderadamente, apuntando en una tarjeta las jugadas, prósperas y adversas. Pedro Pintó se dirigió entonces al general cortésmente.

—¿Y usted, mi general, tampoco tiene mil duros?

El general se indignó:

—El juego es una cosa muy seria y esto es un escándalo. Si usted no tiene para seguir jugando, retírese.

Entonces Pedro Pintó dijo con la mayor tranquilidad:

—Por lo que veo, aquí no hay nadie que tenga mil duros. Pues fastidiarse, que yo sí que los tengo.

Y tiró de cartera y puso los mil duros sobre la mesa.

Indudablemente, entonces la vida era mucho más fácil que ahora, incluso para arruinarse.

Otra de las cosas que tenía este casino, amén de una gran biblioteca, eran las peñas de conversación, divididas en especialidades, y una de ellas, que duraba hasta la madrugada, en la que se hablaba de todo lo divino y humano. De filosofía, de teología,

de geología, de historia, de arte en todas sus manifestaciones..., y daba lo mismo que los interlocutores supiesen o no supiesen de lo que se trataba. Su cuarto a espadas lo metía cualquiera. Cuando la discusión se hacía apasionante, siempre había un conciliador que pedía que trajesen un tomo del enciclopédico para poner las cosas en claro. De esta peña, que aún subsiste, no quedan vivos ya más que tres interlocutores: Pepe Jover, Ignacio Prats y yo.

Pepe Jover, con un ingenio muy agudo, y que suele tratar todos los asuntos por la tremenda, tenía unas excepcionales dotes de actor, e imitaba de modo perfecto gestos, actitudes, ademanes y la misma voz de cuantos tipos curiosos y extravagantes conocía, y como casinista una verdadera institución. No llegó a ingresar en una academia militar, pero su vocación castrense y su modo de proceder tiene un sello militar. Hoy habla y discute menos, y recorre las salas del casino como si inspeccionase los servicios, cuando en verdad lo que hace es evocar espectros. Nadie conoce tantas anécdotas de los amigos idos como él.

Ignacio Prats, empleado en un Banco desde muy joven, donde sigue en el mismo puesto en que ingresó, es un modelo de urbanidad y un caballero íntegro. Muy culto e inteligente, diserta sobre cualquier tema que se le ponga por delante. Su especialidad es saber cosas que no sabe nadie, precisamente en estadística, y cuando interviene en temas trascendentales, y aun muchos que afectan a la vida corriente, asoma su anticlericalismo, culpando de todos los males que le ocurren a intrigas de los jesuitas o del Vaticano. Es un progresista de los antiguos, de los que ya no hay por el mundo, y tiene una fe inmovible en el futuro de la humanidad en virtud de los avances de la técnica. Es un hombre fundamentalmente bueno. No le gusta apenas nada de lo que se ha hecho y se hace en arte, y su pasión es la música. Todo valor que surge en Valladolid lo juzga extraordinario. Cuando ve, lee u oye algo que los demás ponderan y él no juzga bueno, suele decir que es una muñacada. Una vez salí con él de presenciar la representación de una comedia de Shakespeare —creo que era *Los caballeros de Verona*—. A la salida le pregunté lo que le había parecido, y él me contestó:

—No está mal. Es una buena muñacada.

Ha tratado de dar una idea de lo que era hace sesenta años un gran casino de una ciudad de provincia.

## 15

Fue una fecha memorable, que influyó mucho en la vida literaria y artística de Valladolid la llegada a esta ciudad del pintor inglés Cristóbal Hall. Había leído éste un artículo mío sobre el Museo, y vino a verlo. La impresión que le hizo Berruguete fue muy penetrante, y decidió quedarse allí una temporada para pintar. No sabía aún castellano, pero hablaba muy bien el francés, y creo que bastante bien el alemán, idioma que desde luego traducía a la perfección.

Era un tipo espigado, rubio claro, de una singular distinción, y le faltaba un brazo, que había perdido en la guerra del 14, en la misma acción en que un hermano suyo había muerto. Desde que nos conocimos intimó conmigo, cosa difícil de conseguir con un inglés, y se dispuso a aprender el español. Para esto me dijo que le convenía vivir una temporada en un pueblo, porque los idiomas, en su iniciación, como mejor se aprenden es al lado de niños o de aldeanos.

El conserje del Museo, Felipe Galván, hombre de mucho carácter, pero sumamente afectuoso y muy útil, que había sido sacristán mayor en la catedral de Valladolid y salió de allí por no poder convivir con los canónigos, tenía familia en Tordesillas, y a esta casa de pueblo fue el pintor para aprender el castellano y pintar allí tipos y paisajes. Hijo de un botánico inglés, de gran fortuna y que tenía una casa con extenso parque en las cercanías de Londres, hacía vida de lujo, recorriendo el mundo y hospedándose en los grandes hoteles; pero no admitía más que esto o la vida campesina, por modesta que fuese, pues todo lo mediocre le producía desagrado. En la casa de Tordesillas, en esta ciudad histórica, tan del gusto de don Pedro de Castilla, en la que hay bellos vestigios mozárabes, en el convento de las Claras, fundado por don Pedro, y la torre donde fue recluida doña Juana sobre el Duero, divisándose desde esta estricta mansión, que tiene

aspecto de cárcel, uno de los paisajes más admirables y dilatados que pueden verse en Castilla, y, además, iglesias y monumentos de gran riqueza, en tres meses que habitó en ella el pintor, pintó varios cuadros, hizo muchos dibujos y aprendió el castellano correctamente. Bastardeó después el acento porque, ya decidido a pasar en España la mayor parte del tiempo, invernaba en Andalucía, en un cortijo de Alcalá de Guadaira. Así, su pintura tenía alternativamente luces de la meseta central y transparencias meridionales.

Le presenté a los amigos que podían interesarle, y en torno suyo se formó un círculo que abarcaba la pintura, la música y la poesía. Tenía Cristóbal una cultura clásica fundamental, y conocía asimismo todas las escuelas modernas de arte, tendencias que continúan siendo modernas, porque hay en el mundo tres generaciones sucesivas que no han tenido fuerza para crear otras nuevas.

No era propiamente un profesional, sino más bien un aficionado, pero su formación de pintor estaba cimentada sólidamente, y como no pintaba ni para exponer ni para vender, la variación de sus gustos era constante, y de cada viaje que hacía a París traía nuevas preocupaciones que le hacían variar en sus principios estéticos anteriores. De los pintores españoles, el que se ajustaba más a su modo de concebir la forma era Zurbarán. No desdeñaba, sin embargo, a los cubistas, que entonces estaban en auge, y, entre ellos, hacía elogios de Picasso y de Braque.

Le busqué en Valladolid un estudio por demás original, en lo alto del Teatro Calderón, lo que constituye el remate del edificio. Había allí un gran espacio, con luces altas, que estaba destinado a pintar las decoraciones. Teníamos que subir por una escalera muy pina, desde la que veíamos las cuadernas, bambalinas y telares del amplio escenario, y en esta ascensión nos deteníamos en el piso en que estaban los elementos de la naturaleza teatral. La caja de los truenos para las tempestades, los aparatos para la lluvia y el viento, y los que imitaban el galopar de los caballos y el sonido de las armaduras y espadas. Hay que contar que nos hallábamos en un coliseo isabelino, con todos los aparatos que, en

aquella época, constituían auxiliares y accesorios del teatro romántico y de la ópera italiana.

Desde esta altura, cuando había concierto, nos llegaba la música como una ofrenda, entre telones en alto, cuerdas que daban la sensación de que estábamos en un barco, y luces difusas, que en aquel lugar empolvado y tenebroso creaban sombras fantásticas y aun nubes. Desde allí oímos cantar óperas de Wagner, y vimos los bailes rusos, en una proyección de arriba abajo, como la que hoy nos ofrece la cámara cinematográfica en algunas películas. Eran deliciosos los pasos y giros de las bailarinas, que a veces parecían querer ascender hasta donde nosotros estábamos. Los aplausos llegaban también a nosotros en un traqueteo que no tenía nada que ver con el entusiasmo. Y es que el espectáculo, desde donde nosotros lo escuchábamos y veíamos, carecía de público. Nosotros mismos, más que espectadores, nos considerábamos unos seres sumergidos en un mundo de fantasía, totalmente deshumanizado.

En este estudio pasaba yo muchas tardes, hasta que la luz se iba y la veíamos declinar en un cielo rojo, morado o violeta, sobre los tejados, cúpulas y torres de la ciudad. Allí subían los modelos, y yo le dejaba pintar sin decir palabra, en tanto que consumía cigarrillos de un modo febril. En las pausas iniciaba conmigo una conversación incoherente, pues estaba abstraído por la fuerza de la creación, y, cuando terminaba, yo contemplaba lo que había pintado, sin hacer juicio ninguno, y salíamos después para charlar en un café sobre temas de literatura y arte. También hablábamos sobre nuestros proyectos y, entonces, a veces discutíamos, aunque estas discusiones no rebasaban el tono del diálogo amable, en esa media voz que al inglés le va tan bien, y asimismo a mí, que para hablar he huído siempre de los gritos.

Constituíamos el grupo de conversadores Federico Santander, Pepe Vela, Emilio Gómez Orbaneja, mi hermano Mariano, que era también pintor, Jorge Guillén y Sinforiano del Toro. Federico Santander, antes de hacer el viaje en redor del mundo en un Ford, era director de *El Norte de Castilla* y empresario del Teatro Calderón, y fue quien le proporcionó a Hall el estudio que he descrito. Era lo que entonces se llamaba un escritor brillante

y un elocuente orador; sus ideas monárquicas y aristocráticas estaban en él tan arraigadas que a ellas sacrificó su literatura, sus intereses y su vida propia. Fue alcalde de Valladolid, gentilhombre de Su Majestad, y le otorgaron la Gran Cruz de Isabel la Católica. Su afición al teatro era tan grande que no sólo representó comedias como un actor consumado, sino que a su teatro llevó siempre espectáculos de gran altura, aun a sabiendas de que iba a perder dinero en ellos. Pepe Vela era secretario y representante de sus empresas, de una simpatía extraordinaria y uno de los hombres de más ingenio y chispa que he conocido. Lo raro es que estas facultades se le apagaban no bien salía de Valladolid; es decir, que carecía de universalidad, y fuera de los límites de su provincia era hombre perdido.

Emilio Gómez Orbaneja representaba el tono de una cultura equilibrada. Muy seguro en sus afirmaciones y poco aficionado a las polémicas. Escritor muy elegante y conocedor de los clásicos y de las literaturas extranjeras, llegó a ser catedrático de la Universidad, y hoy ha derivado por el camino de las finanzas. Jorge Guillén, a quien podemos considerar como el mejor poeta de su generación, formaba en torno suyo como una niebla de idealidad. Discípulo, primero, de Juan Ramón Jiménez, influyó después en él no poco Paul Valéry, mas bien pronto recató íntegramente su personalidad, y su libro *Cántico* fue una verdadera revelación, dentro de una época en que había poetas tan considerables como García Lorca, Alberti, Gerardo Diego, Salinas, Cernuda... Estos poetas y sus epigonos dieron una nota de modernidad, sin desdeñar los preceptos clásicos, que las nuevas generaciones poéticas no han superado.

Mi hermano Mariano empezaba entonces a pintar, y Cristóbal Hall fue quien le espoléó para que pintase. Era entonces labrador en la provincia de Palencia, en Villada, y en cada viaje que hacía a Valladolid traía una nueva tela que indicaba sus grandes avances. Después se fue de profesor a Canarias, y allí ha realizado pinturas murales en las que se advierten, ya conseguidos, los grandes impulsos que recibió del pintor inglés. Algo semejante le ocurrió a Sinforiano del Toro, a quien perjudican para terminar sus obras su talento y su sentido crítico. Su pintura se carac-

teriza por una fina sensibilidad y un equilibrio perfecto. Conocedor de todos los vaivenes de la pintura moderna, desde el impresionismo, pasando por las realizaciones más arriesgadas, él se ha mantenido en su línea, sin importarle de la crítica ni del público, y siendo él, en cualquier momento, el más despiadado juzgador de su obra.

Sin contar otras muchas personas que acudían a la tertulia, éstas eran las más asiduas, y también las que vivían pendientes de cualquier palpitación pictórica, literal o musical que se produjese en el mundo. Por lo que respecta a la música, no puedo olvidar a Félix Antonio González, un compositor de singular talento, a quien consumió la provincia, pese a sus esfuerzos por adquirir una onda más amplia. Estrenó en Madrid algunas composiciones sinfónicas, sin que la crítica reparase apenas en ellas, y murió en plena madurez, cuando todos esperábamos la obra decisiva que le abriese el camino dilatado que merecían su inspiración y su técnica.

En uno de aquellos veranos escribí mi novela *La rueda*. Es, posiblemente, la obra más conseguida que yo he hecho. La empecé y terminé en dos meses en una casa de Bidart, pueblecito próximo a Biarritz, y en una estancia desde la que yo dominaba toda la costa vasca, desde Héndaya hasta el faro de Biarritz, viendo las playas españolas envueltas en una calina. Recuerdo que escribí febrilmente, dando a mi obra un tono de modernidad que aún no ha perdido. Cuando la publiqué, en la primera edición llevaba una portada realizada por Cristóbal Hall. La crítica de España no dijo nada apenas de ella: al fin y al cabo una obra provinciana, cuando la provincia no estaba tan próxima a Madrid como ahora. En cambio, la crítica inglesa y la francesa le dedicaron elogios, y entre éstos descuella el de Váleriy Larbaud, quien resumió su juicio diciendo que era un pequeño Fausto. Quizá esto fuese excesivo, pero no influyó en ello la amistad, porque a este gran escritor yo no lo conocía entonces. Al llegar a Valladolid le fui leyendo la novela a Cristóbal Hall, y éste, en el curso de la lectura, daba muestras de tal entusiasmo que yo llegué a dudar de mí mismo. Él fue quien me animó a publicarla y quien más tarde me dio una colaboración en el *Manchester Guardian*.



Una primavera fui a visitarle al cortijo de Andalucía. Tenía un coche en el que hacíamos excursiones por los pueblos inmediatos, y él, siendo un entusiasta de la severidad castellana y del aspecto romano de los labradores cuando los domingos, envueltos en sus pesadas capas, se recostaban al sol sobre un muro de la plaza, era un admirador del carácter de los andaluces, y llegó a hablar como uno de ellos. Una mañana llamó a un muchacho de la casa y le dio el coche y mil pesetas para que fuera a Sevilla a pagar unas cuentas, advirtiéndole que a la una tenía que estar de vuelta, pues habíamos planeado una excursión a las dos. Almorzamos sin prisa, y dieron las tres y las tres y media, y el muchacho no venía con el coche. Entonces el pintor se dirigió al cortijero y le explicó lo que ocurría. Éste se quedó un momento meditando, y al fin dijo:

—De modo, don Cristóbal, que le ha dado usted al niño el coche y mil pesetas..., y con mil pesetas y el coche, ¿tiene usted la pretensión de que el niño vuelva pronto?

Hall no se inmutó y se llegó a mí, riendo:

—Estos andaluces —dijo— son admirables. En ninguna parte del mundo se puede recibir una contestación como ésta. Cuando yo vaya a Inglaterra y lo cuente, no lo creerá nadie. Esto es personalidad y gracia. Cuando vuelva el muchacho, yo soy incapaz de decirle una palabra, aunque vuelva sin las mil pesetas y sin el coche.

Y éste era Cristóbal, muy riguroso en sus juicios y muy benévolo para todo aquello que le mostraba las raíces del carácter español, aunque correspondiese a la picaresca. No debo olvidar que una de las novelas españolas que más le admiraron fue el Lazarillo de Tormes. Mas esta admiración la sentía especialmente por los castellanos de la provincia de Valladolid y por los andaluces de la provincia de Sevilla, y su idioma se ajustaba perfectamente a estas modalidades del carácter español. La perfección de su castellano era admirable. Yo poseo un copioso epistolario de cartas dirigidas desde distintas partes del mundo, contándome sus impresiones, sus inquietudes y preocupaciones, sus proyectos, y son todas ellas un modelo literario tanto por su sintaxis como por su estilo personal y por su léxico. En estas epístolas en-

contramos todas las afirmaciones y todas las veleidades de su gusto, y asimismo todo el acopio de cultura que le habían dado sus libros y sus viajes. Pasaba muchas horas en mi casa, y mi mujer, mis hijos y yo constituíamos para él su familia.

En uno de los viajes en que regresó de París vino con una muchacha de madre inglesa y padre francés, un pintor, y venía a Valladolid dispuesto a casarse con ella. Era sumamente simpática y hablaba el español correctamente. El matrimonio tenía que ser mixto, pues él no era católico y su novia sí. Costó no poco trabajo arreglar esta cuestión, pues las autoridades eclesiásticas ponían muchos reparos. Al fin, se casó en mi casa, sin otras personas que los acompañasen que mi mujer, el conserje del Museo y yo, que actuábamos como testigos. Hall no tenía buena relación con su padre, pues se había casado en segundas nupcias, y no se llevaba bien con su madrastra. Al terminar la ceremonia, que fue fría y con un extraño ritual, su mujer, Trinita, como la llamábamos familiarmente, se retiró a una habitación inmediata y abrazada a mi mujer lloró copiosamente. Ya tranquilizada, dijo que aquello no le había parecido una boda. Cristóbal, en cambio, estuvo tranquilo. Verdaderamente, aquella ceremonia no había tenido la alegría de una boda, aunque para celebrarla descorchamos una botella de champán.

Después, las circunstancias de la vida y su matrimonio me alejaron de él. Nos vimos alguna vez en Madrid. Él viajó por América, tuvo siempre muchos deseos de pintar en Jamaica, y especialmente negros. Esta aspiración se la inspiró el pintor inglés Lewis, especialista en armonizar el negro humano de los indígenas con el verde rabioso de aquella exuberante vegetación. Últimamente con su mujer y una hija, y otra niña que él había prohiado, hija de un pintor español, murió en Portugal, y su muerte, que yo supe bastante después de haber ocurrido, fue como un sueño.

Un puro sueño fue toda la vida. Aunque hacía mucho tiempo que no lo veía, al saber la noticia sentí una pena muy honda. Entonces aprendí que la huella de la amistad es mucho más fuerte que la de la sangre, quizá por ser más difícil. Fueron muchos años de comunicación constante, sin que la distancia representa-

se para nosotros una separación, y sobre los sobrios rasgos afectivos que tenían nuestras cartas, en ellas fuimos volcando ideas, sentimientos, proyectos, realizaciones de las que no estábamos nunca satisfechos, juicios sobre lo que los demás escribían y pintaban y sobre los artistas antiguos, en los que yo era más fiel y constante que mi amigo. Tiempo después de su muerte fui a Jamaica, y allí se avivó en mí su recuerdo por un extraño efecto: el de la luz. Aún más que los negros y los verdes, la luz contemplada sin que ilumine formas concretas, la luz deslizándose en el aire, como si no tuviese nada que iluminar, la luz por sí misma. Esta luz era la que Cristóbal Hall fue buscando por el mundo.

Recuerdo que en Castilla, en los días más claros y diáfanos, cuando el sol, sin nada que lo estorbe, cae sobre la llanura, Cristóbal se extasiaba, pero le parecía aún poca luz. Deseaba una luz más fuerte. Moderaba esta exaltación en Andalucía, no porque la luz fuese más intensa que la de Castilla, sino porque le gustaba verla reflejada en los blancos caseríos en contraste con el verde oscuro de los olivares. Así pudieron ser Valladolid y Sevilla los dos polos entre los que fluctuaban sus predilecciones. Era de una parte lo seco, árido y austero, y de otra lo dulce, amable y sensual. De las primeras cosas que pintó en Andalucía, fueron macetas. La tierra negra que rellenaba las macetas, en contraste con los colores vivos de la flor. Y así pasó su vida, entre luces y sombras, hasta que serenamente encontró la sombra definitiva.

Aunque él rehuía los cenáculos, todos los poetas de aquella época fueron amigos suyos, y también los pintores jóvenes, que veían en él cualidades extraordinarias. Aunque sobre las cualidades artísticas, que eran excelentes, se hallaban las cualidades humanas, todas ellas envueltas en una elegancia sobria y natural y con una refinada urbanidad a la inglesa. Lo más característico de él era dejar siempre una huella. Las estelas desaparecen pronto. Las huellas abren siempre un camino, cuando no afirman el que está abierto. Su magisterio era vivo. Influyó sobre los demás sin que él se propusiese influir.

Su muerte me hizo pensar que la luz tan viva como la que él irradiaba no debía extinguirse nunca. Se rompió como un vaso frágil, como un tallo débil, como una nube. Su viuda, poco des-

pués de morir él, presentó en Madrid una exposición de obras suyas, especialmente dibujos y acuarelas. Al recorrerla, yo sentí hasta qué punto aquellas imágenes constituían un período de mi vida. Cómo volvían a mí los cielos que habíamos contemplado juntos, los interiores en los que habíamos entrevisto un ámbito en sombra y lleno de misterio, las flores aún frescas sobre un jarrón, los aldeanos sobre un borriquillo, que al pasar junto a nosotros nos dieron las buenas tardes... Para mí todas aquellas imágenes, con una íntima elocuencia, me hablaban de un tiempo disipado, de unas emociones que un día fueron vivas y ahora dormían en el recuerdo, contagiándonos la nostalgia de lo que fue un instante y ya no era, de una existencia extinguida.

## 16

En tanto, trabajaba bastante en *El Norte de Catilla*. Escribía una sección diaria con mi firma, que encabezaba el periódico y que al principio llevaba el título de “El espectador”. Cambié después este título general por el de “Ensayos”. Durante once años mantuve esta sección sin dejar de escribir en ella un solo día. Me ocupaba asimismo de la crítica literaria y de libros, y algunas veces el director me encargaba un editorial. Mi vocación periodística era evidente, y por ella hasta probé mis facultades polémicas, ya que entonces las cuestiones de política interior eran muy agudas, y nuestras discusiones con nuestros colegas locales muy agrias y destempladas. En el fondo todo esto era pueril, y, visto con perspectiva, ya disipada la pasión, pienso en tantos esfuerzos inútiles, con finalidades banales, cuando no mezquinas, que nos llevaron muchas veces a la violencia por una futesa.

Empezaba entonces a agruparse el socialismo, y sus organizaciones sirvieron para que, con fines electorales, se uniesen a ellas los conservadores, los llamados católicos y algunos disidentes del partido liberal. Es decir, que se formó contra nosotros un frente único, siendo nuestras posibilidades muy superiores a las de este frente. Lo grave para mí es que no me interesaba la política y que todo lo que hacía en este sentido procedía, más bien que de una convicción, de un virtuosismo político, ya que

entonces los hombres adscritos a los diversos partidos, incluso al republicano que dirigía don José Muro, eran poco más o menos lo mismo, y más que por ideas luchaban por un acta, por una carretera y aun por los nombramientos de una maestra o de un veterinario municipal.

Por entonces, el director de *El Norte de Castilla*, Ricardo Allué, tuvo un duelo que fue muy sonado. El motivo, unas elecciones a diputados a Cortes. En realidad, quien había hecho la campaña era yo, mas el director, como la polémica se publicó sin firma, se declaró responsable de ella. Un candidato romanonista trajo de Madrid un periodista indocumentado, y que además había sido expulsado del Ejército, causa suficiente para una descalificación, que hiciera imposible el lance. El duelo fue a sable, a todo juego, y se verificó en el Teatro Calderón, a las cuatro de la madrugada. Allué era buen esgrimidor, y hasta esa hora estuvo en el periódico escribiendo y dando órdenes. Los padrinos eran dos jefes artilleros. Fuimos al teatro a pie, y yo me oculté tras la cortina de un palco para presenciar aquello. Ya los contrincantes de espaldas, con su sable correspondiente y en mangas de camisa, los padrinos y el juez de campo advirtieron que se les había olvidado traer un médico. Salieron en busca de uno que estaba cerca del teatro, y le dijeron que era para curar a un tramoyista que estaba herido. Cuando un cuarto de hora después llegaron con el médico y éste vio que se trataba de un duelo, se quería marchar, apoyándose en sus ideas religiosas, mas no le valieron sus argumentos, cerraron el escenario con llave y no le dejaron salir. Yo, desde mi escondite, no podía menos de reírme de aquella comedia, que no era inventada, sino real. En el tercer asalto, Allué recibió un rasguño en la cara. Aunque sangraba bastante, dijo que podía continuar. El médico, sin embargo, lo reconoció, le puso un esparadrapo en la herida y dijo con voz solemne:

—Juro por mi fe de caballero que este señor se encuentra en estado de inferioridad.

Y allí terminó la comedia.

No fue éste el único lance de honor que yo como actor o como espectador tuve durante mi carrera periodística. Recuerdo éste por ser en un teatro, sin espectadores ni decorados, a la luz

difusa de un reflector que había en el fondo, y el ambiente de aquel duelo daba a los personajes y al escenario donde se movían una teatralidad impresionante. No se sabía si estaban ensayando, o representando, o si aquello era de veras. El periodista alquilado se volvió a Madrid tan tranquilo. Claro está que el político, entonces romanonista, que había organizado esta mojiganga, no salió diputado. El único que tuvo ostensiblemente miedo en este duelo fue el médico. Menos mal que salvó su responsabilidad para evitarse complicaciones, como pudiera haberlo hecho un galeno de la Edad Media, si es que entonces llevaban médicos para tales trances.

Por este tiempo hice mis primeras armas en un periódico de Madrid, en los *Los Lunes de El Imparcial*, en una polémica con don Miguel de Unamuno, que entonces aún no tenía la notoriedad que adquirió más tarde. La discusión fue en torno de la generación del 98, que por aquella época comenzó a llamarse así, aunque todavía no se ha dilucidado sobre la exactitud de este apelativo. No recuerdo ahora ni lo que escribió Unamuno ni lo que escribí yo, quizá defendiendo a la que entonces empezaba, que era la de Ortega, la de D'Ors, la de Juan Ramón Jiménez, la de Gómez de la Serna, la de Miró... Lo cierto es que de esta polémica nació la amistad que tuve durante toda su vida con don Miguel, amistad que en sus últimos años llegó a ser íntima, como lo demuestra la interesante correspondencia epistolar que tengo de él.

Además de escribir en el periódico diario del que era redactor, escribía largos estudios críticos en la revista mensual *Ateneo*, publicada por el Ateneo de Valladolid. Estos estudios iniciaron mi amistad personal con todos estos escritores citados, y muy en especial con don Jacinto Benavente, amistad que me acompañó hasta el fin de su vida. Le vi por vez primera en mi casa de Valladolid, cuando vino al estreno de una comedia. Estuvo revisando mis libros, especialmente los clásicos franceses de teatro, que tenía en ediciones príncipe. Se detuvo en el *Don Juan* de Molière, en su primera edición, y a partir de entonces sostuve con don Jacinto correspondencia y me enviaba dedicadas todas las comedias que iba estrenando.

El Ateneo de Valladolid organizaba en primavera un ciclo de conferencias a cargo de relevantes personalidades, que fueron las primeras conferencias de pago que se dieron en España. Estas conferencias se pusieron de moda, y el público llenaba el teatro, pagando por sus localidades un precio superior al que daba por las buenas compañías teatrales que entonces actuaban en él. A estas conferencias, muy bien retribuidas a los conferenciantes, acudieron hombres tan prestigiosos como D'Ors, Ortega, Unamuno y otros muchos que entonces eran primeras figuras de las letras, y aun académicos, y que pasado el tiempo han dejado de leerse y sus nombres son totalmente desconocidos para las nuevas generaciones. Hice entonces amistad muy íntima con Eugenio D'Ors. En *La ven*, de Barcelona, deslizaba entonces un glosario que, salvando distancias y calidades, era semejante a la sucesión de “ensayos” que yo hacía en *El Norte de Castilla*. D'Ors, como yo, sentía un periodismo distinto al que se hacía entonces, convirtiendo en actualidad literaria arte, viajes y aun paisajes. Elevando el tono, llegó a hacer un periodismo poético y aun filosófico, y en él se ejercitó asimismo Ortega y Gasset, hijo de un gran periodista, antes de ganar su cátedra de Filosofía de Madrid. Don Miguel de Unamuno gustaba también de escribir en los periódicos, y fue colaborador del nuestro. Ello, en aquella época, implicaba una renovación periodística, ya que filósofos, economistas, poetas y novelistas acudían con sus ideas al periódico diario. Un alto periodismo hizo entonces doña Emilia Pardo Bazán, y no debemos olvidar el nombre de un gran periodista y crítico de aquella época, Manuel Bueno. Entre los críticos mordaces y agresivos descollaban Clarín y don Antonio Valbuena, y entre los elegantes, moderados y exactos, don Juan Valera. Éste, ya muy quebrantado y ciego, conservaba su aticismo y humor, y fue el primero que descubrió en España el “modernismo”. Su crítica de *Azul*, de Rubén Darío, puede ofrecerse como modelo de la comprensión de un clásico, ya al final de su vida, de una tendencia que entonces se juzgaba revolucionaria y aun absurda.

## 17

Al recordar este período de mi vida llegan a mí impresiones de la mesa de redacción. Alcancé la época en que no había teléfono

y recibíamos todas las noticias del mundo por telegramas, que iban llegando, sucesivamente, durante la noche. Los corresponsales ahorran todas las palabras posibles para no ser gravosos al periódico, y había que tener habilidad para descifrar lo que muchas veces era una charada. Cuando venían nombres de ciudades y personajes extranjeros, la ortografía era tan dudosa que había que acudir a una enciclopedia, mapas y diccionarios. Una vez traducido el telegrama, había que ampliarlo; a esto le llamábamos “hinchar el telegrama”, y cuando la noticia era importante, la ampliación tenía que ser mayor, poniendo a prueba nuestra fantasía para acumular detalles de nuestra invención. Como ejemplo de los efectos que podían producir estos telegramas sintéticos, se contaba entonces que llegó a la redacción de un periódico provinciano un telegrama que decía: “Romanones compró globo que dirigirá Francos Rodríguez.” El periodista hizo la siguiente traducción: “El conde de Romanones había adquirido el periódico *El Globo*, y que iba a dirigirlo don José Francos Rodríguez.

A las dos de la madrugada la mesa de redacción aparecía llena de aquellos papeles azules, que nosotros traducíamos febrilmente, para ir bajando el original a las cajas de la imprenta, pues aún no había linotipias, esterotipias ni rotativas. Con todo, creo que con estas noticias escuetas que recibíamos, los periódicos mentían menos que en estos tiempos, con teléfono, teletipo, radio, taquígrafos y demás adelantos, en virtud de los cuales vienen los periódicos con informaciones muy copiosas y las más veces con noticias contradictorias, según la tendencia de quien las transmite. “Miente más que la *Gaceta*”, se ha dicho. Pues bien: a finales del siglo XVIII la *Gaceta* se limitaba a dar noticias, estrictamente, sobre acontecimientos que habían ocurrido en el mundo. Llegaban a los lectores tarde, pues los medios de transmisión eran lentos, más allí no había comentario ninguno, dejando que el lector comentase por su cuenta.

En aquel tiempo la profesión periodística no tenía porvenir, como creo que no la tenga ahora tampoco, y era consecuencia de una vocación. De los periodistas que nos reuníamos en torno de aquella mesa, el que más ganaba era veinte duros, y el sueldo corriente seis. Y aún había meritorios que trabajaban en la redac-



ción gratuitamente. A doña Emilia Pardo Bazán y a don Miguel de Unamuno, colaboradores de nuestro periódico, se les abonaba por cada artículo cuatro duros. Entonces se contaba por reales, y del real saltábamos al duro. La peseta apenas tenía personalidad. Aun trabajando todos los días de la semana, pues no se había implantado el descanso dominical, y retirándonos de madrugada, todos teníamos un singular entusiasmo por traer una información antes que nadie, porque el periódico no tuviese erratas, porque la sintaxis fuese buena. Santiago Alba, aun ocupando un alto puesto político, era un vigilante constante de su periódico, y escribía al director diciéndole las deficiencias que descubría en él. Esto lo hizo hasta su muerte, aun en los años que pasó expatriado en París. Lo compró con don César Silió, y cuando se separaron políticamente continuó él como único propietario, hasta que constituyó la sociedad anónima que todavía continúa rigiéndolo. *El Norte de Castilla* es el único periódico de España que ha celebrado recientemente su centenario, sin interrumpir su publicación ni un solo día. Yo he trabajado en este diario cincuenta años. Empecé de meritorio. Fui subiendo todas las escalas, hasta llegar a director y a consejero delegado de la sociedad, y cuando vuelvo la vista atrás advierto hasta qué punto he dejado jirones de mi vida en él. Esta constancia de mi labor periodista en el mismo recinto indica hasta qué punto me impulsaba una vocación irrefrenable. Desdeñé por el periodismo activo cargos políticos, intervención en negocios importantes, ambición por mercedes honoríficas y sinecuras, y cuando me alejaba de él en mis frecuentes viajes, dentro y fuera de España, mi presencia en el periódico seguía siendo diaria, pues continuaba enviándole mis artículos e informaciones dondequiera que estuviese.

Pienso que la vieja mesa de redacción, en torno de la cual cabíamos catorce redactores, debió de cumplir también, como el periódico, los cien años. Ahora todo se ha remozado y cada redactor tiene su mesa correspondiente. No sé lo que habrá sido de aquella memorable mesa sobre la que resbalaron emociones, sorpresas, hallazgos, alegrías e incertidumbres durante un siglo. Cuando, pasadas las tres de la madrugada, terminábamos nuestro trabajo en torno de aquella mesa, surgía el diálogo y muchas

veces la discusión. De aquellos lejanos tiempos no sobrevive en la redacción sino Eduardo López Pérez, hombre buenísimo, circunspecto, que reviste sus relatos con toques de fantasía y actitudes y ademanes forenses, pues es abogado en ejercicio. Trasnochador impenitente, aunque a última hora suele dar alguna cabezada, pues siempre en torno suyo anda rondando el sueño. Sumamente cortés y entusiasta de sus amigos, es un gran organizador de banquetes y homenajes. En Valladolid fue el inventor del fútbol, y su primer cronista cuando aún no había federaciones ni clubs organizados, y él aplicó a este deporte por primera vez palabras como perforación, tripleta central, tromba, saque de esquina, cancerbero, goles...

Don Pedro Carreño, que fue primero administrador del periódico y, después, de *La Electra Popular*, era crítico taurino. Escribía muy bien y con mucha gracia, y cuando llegaba la hora de la conversación lo reteníamos entre nosotros, aunque él siempre protestaba diciéndonos que tenía que madrugar. Era redactor jefe Francisco Carmona, muy puntual y conocedor del oficio, que era un buen telegrafista y simultaneaba las dos profesiones. Carlos Rodríguez Díaz procedía de un periódico de Madrid y, como Carmona, ejercía el periodismo por afición, pues estaba empleado en Obras Públicas como delineante. Trabajaba muy bien y era coleccionista de sellos y de anécdotas. Nicolás Pedrosa también estaba empleado, no sé dónde, y conocía muy bien la vida local; hombre de mucha gracia, un poco socarrón, descuidado en el vestir, tenía más bien tipo de aldeano que de señorito de ciudad. Como su pelo era casi blanco, le llamábamos el abuelo. Federico Santander estaba encargado de una página literaria semanal titulada "Castilla", y aunque llegó a ocupar el cargo de director más tarde, entonces apenas iba por las noches. No así Pepe Vela, gran trasnochador y que escribía los sucesos de la calle con singular gracia. Esta época a la que me refiero fue el tránsito de la dirección que ejerció don Antonio Royo Villanova y que pasó a manos de Ricardo Allué. Éste no se retiraba hasta las cuatro y cuando se había terminado el trabajo dos horas antes, se encerraba en su despacho y se dedicaba a repasar la colección del pe-

riódico. Así nació una sección que aún existe, y que tiene muchos lectores, titulada “El Norte hace 50 años”.

Era corresponsal nuestro en Madrid Mariano Martín Fernández, que de Valladolid fue a la corte, como redactor político de *El Liberal*, y que por su seriedad y reserva merecía la confianza de ministros y aun de presidentes del Consejo. Íntimo amigo de Santiago Alba, fue diputado en sucesivas legislaturas. Vivía en la plaza de Celenque, en la misma casa que vivió Sagasta, y era, seguramente, el hombre más enterado de los secretos y entresijos de la política nacional. En este aspecto nuestro periódico tenía una información perfecta.

No puedo dejar de recordar a consejeros y elementos técnicos que vivían en contacto directo con nosotros. Así a Eugenio Bellogin, hombre vivo de carácter y de una gran simpatía, y a su hermano, administrador del periódico, muy aficionado a hacer obras en la casa. Eran también consejeros don Antonio Royo, suprema autoridad entre nosotros, en las ausencias de Alba; don Francisco Zorrilla, hombre de negocios, sumamente generoso y espléndido, y don Jerónimo Arroyo, palentino, cuñado de don Abilio Calderón, de una gran acometividad para toda empresa que se pusiera por delante, y el hombre, además, a quien yo debo mayor gratitud, pues siempre lo tuve a mi lado en los trances más difíciles de mi vida. También pertenecía al Consejo don Fernando Santarén, jefe de la antigua editorial que más tarde se fusionó con nuestra empresa. Su hermano Pablo era un tipo pintoresco, muy original en su vida, regida por un método y un orden extraordinarios, que contrastaba con su movilidad e inquietud perpetuas. Este hombre, para no darse cuenta de que iba envejeciendo, llevaba muchos años sin mirar un espejo, y en la peluquería, mientras le servían, tenía un periódico abierto y pegado a sus ojos, para no caer en la tentación de contemplar su imagen. Ejercía el oficio de corrector en la imprenta, y sabía mucha gramática. Cuando tenía alguna duda acudía a mí, y yo que ni sabía ni sé gramática, le dejaba perplejo y sin comprender cómo podía yo escribir sin gramática. En realidad, no me he explicado por qué a los niños en las escuelas primarias se empieza por enseñarles gramática, que equivale a empezar los estudios infantiles por la

metafísica. Tengo para mí la gramática como una de las ciencias más difíciles y complejas. La misma Academia de la Lengua, que en sucesivas ediciones ha conseguido hacer un magnífico diccionario, aunque quizá peque por exceso de profuso, no ha podido hacer una buena gramática. Claro está que es posible que sea buena y que a mí no me lo parezca, por falta de entendimiento. ¡Oh manes de Clarín, y de don Antonio Valbuena, y de don Mariano de Cavia, y de Bonafux, y de Fray Candil, que se pasaban la vida dando a los demás lecciones de gramática! ¿Quién escribía con buena gramática para ellos? Así, en aquel tiempo yo admiraba a Pablito Santarén, que tanta gramática sabía.

—¿Cómo escribiría usted esta frase? —me decía, por ejemplo.

Y yo le contestaba redactándola como a mí me parecía, porque, en verdad, la tal frase era un galimatías.

—Pues claro, claro está; así es como debe escribirse —me replicaba.

Y yo me quedaba admirado de que pudiese saber gramática sin haberla estudiado nunca.

He de recordar a un redactor muy original, que es hoy alto funcionario de Hacienda, Paco Gallardo. Vestía una capa como la del conde de Luxemburgo, muy en boga entonces, a raíz de estrenarse esta opereta, y un sombrero hongo como el que usaban en aquella época los tenores cómicos que representaban lechuguinos o secretarios rurales de Ayuntamiento, en las piezas del género chico. Era muy aficionado a interpretar comedias, en una época en que aún funcionaba un teatro llamado El Chirigato, apodo de su propietario. Gallardo era sumamente jovial, deseoso de hacer un favor a cualquiera, y poseía aptitudes de organizador. Su movilidad era extraordinaria y marchaba por las calles como si fuese a cantar una romanza, moviendo en su mano un bastoncito de junco.

Otra figura del periódico era Jacinto Altés, que ocupaba entonces un cargo subalterno, experto en contabilidad, y que llegó a ser gerente de la sociedad. Muy serio y reflexivo, y tan afecto al negocio que a veces parecía duro, mas tras su semblante imperturbable se descubrían fácilmente su bondad y los modales

de un gran caballero. Tan rígido y austero en sus funciones administrativas, en su vida social era ingenuo e infantil.

Una de las obras que dieron más onda al periódico, no sólo en España, sino en todos los países cerealistas, fue la gran estadística que anualmente hacía de la cosecha de cereales en España y en el mundo. En este aspecto, como defensor de los intereses agrarios, llegó a tener un gran prestigio. Diariamente publicaba las cotizaciones de todos los mercados, y los contratos a plazos se hacían sobre la cotización que en el vencimiento diera nuestro periódico. Tal era la confianza que merecía a agricultores y harineros. El Instituto de Roma no publicaba su estadística hasta aparecer la nuestra, y en el Parlamento, en las interpelaciones referentes a asuntos agrarios, se llevaban las referencias de *El Norte* y no las oficiales del Instituto Geográfico y Estadístico.

Por nuestra redacción pasaban todas las personas importantes que iban a Valladolid, y los días en que circulaba por la ciudad una noticia sensacional, era un hervidero de amigos que querían enterarse directamente. Así aprendí a escribir yo, escuchando las conversaciones de los visitantes, y aun interviniendo en ellas, como si me desdoblase en dos personalidades. Pienso que es una manera de educar al subconsciente, dejando que él trabaje por su cuenta, en tanto que nuestra conciencia atiende a otra cosa.

Como un derivado de la redacción, y cuando la terminábamos, teníamos el Café Royalty, en el que había una peña de primera hora y otra de noctámbulos, que comía, bebía y hablaba hasta la madrugada. Era asistente habitual, antes de ir al teatro, adonde asistía todas las noches, don Alberto Escobar, un comerciante que poseía una pañería al lado del café. Se había educado para su comercio en Inglaterra, y su tienda era eminentemente inglesa, manteniendo la tradición de su firma, como la mantienen los ingleses, el sombrero Lock, por ejemplo. Amante de la tradición, era enemigo de todas las innovaciones, y, así, este comercio de don Alberto no aceptó la luz eléctrica, y se alumbraba con mecheros de gas, dentro de unos globos de cristal esmerilado, y los letreros que expresaban los géneros que allí se vendían

estaban escritos en letra inglesa sobre lápidas de mármol blanco. Toda esta respetabilidad comercial se reflejaba en su carácter. Muy alto y derecho, a pesar de su edad, que frisaría en los setenta años; vestía de negro, con corbatas hechas y muy armadas sobre un cuello bajo, almidonado, y con un hongo inglés que tenía color ala de mosca. Hablaba muy poco y no deseaba nunca ganarse amigos por medio de la simpatía. Su rostro era severo y su labio superior aparecía oculto en unos espesos bigotes de largas guías, que amarilleaban a fuerza de recibir el humo de las tagarinas que fumaba constantemente. Muy caballeresco en su trato y muy metódico en su vida, no tenía sino una debilidad: asistir todas las noches al Teatro Lope de Vega, donde tenía una platea abonada; poseía una gran cultura en el género frívolo, y una predilección no disimulada por las coristas, que aún seguían llamándose, como en tiempos de Arderíus, suripantas.

Asistía también a esta hora don Pedro Carreño, el crítico de toros, y un muchacho muy fuerte y empaquetado, que lucía sortijas y cadenas, oriundo de Medina de Rioseco, que yo seguí tratando en París, a quien llamábamos el Duque. Este hombre espléndido y disipado, con mucha simpatía, tuvo un fin trágico. Un aciago día, para él, se suicidó, sin que yo intentase averiguar los motivos que le llevaron a tal fatal determinación. Estaba yo fuera de España cuando ocurrió tal suceso, y tuve verdadero pesar, pues el Duque, como le llamaba todo el mundo, sobrenombre que debió de adquirir por su prestancia, fue muy amigo mío, demostrándomelo en todo momento.

A partir de la una y media de la madrugada, a la salida de los teatros, pues funcionaban constantemente cuatro —aún no había llegado la pasión cinematográfica—, se llenaba aquel café, que no se cerraba hasta que se iba el último cliente. Con gran parte del público de estos espectáculos venían los cómicos que actuaban en las diversas compañías. Eran los tiempos del chocolate con picatostes y el café con leche y media tostada. Venía a ser este café un remedo del de Fornos, en Madrid, pues también se servían en él cenas. Es difícil que las nuevas generaciones se den cuenta de lo que era la vida de noche de aquel tiempo. Aún no existían las barras de los bares y cafeterías, y la conversación te-

nía una gran importancia como medio de pasar las horas, y no digo de perder el tiempo porque en estas charlas de café la mayor parte de los españoles habían aprendido todo lo que sabían.

En este café conocí a todos los actores y actrices que había entonces en España. Aún viven algunos de estos contertulios. Así Rivelles, que no era aún primer actor, Ricardo Calvo, Espan-taleón, Pepe Isbert, Francisco Alarcón, Enrique Chicote..., y actrices como Matilde Moreno, cuando vino primero con Villagómez y después con Morano, y Ana Adamuz, y Társila Criado, y Loreto Prado..., y actores cómicos, como Ruiz de Arana, y Calsals, y Orejón, y todas las tiples de zarzuela, en suma, por no hacer una lista interminable. Era una peña teatral constantemente renovada. También acudía a esta reunión el maestro Arbós, cuando llegaba con la Sinfónica y a dirigir a Wagner en una temporada de ópera. Arbós era un gran conversador y tenía un repertorio de cuentos inagotable. Solían también acudir de vez en cuando dos autores cómicos, de gran predicamento en aquel tiempo, don Pablo Parellada, autor de *Los asistentes*, y Jackson Veyán, que escribió, ya solo, ya acompañado, muchas piezas del género chico. Parellada elaboraba durante el día los chistes que nos ofrecía por la noche, y así probaba el efecto que podrían producir en el público para incorporarlos a sus obras. Experimento de muy dudosa eficacia, pues era él quien los reía primero, y tan estrepitosamente que llegaba a veces a la congestión. Jackson Veyán, poeta bastante rípioso y que cultivaba la nota lírica, muy parco en palabras, hombre reposado y solemne, era entonces administrador de Correos.

Los dos tipos que animaban más aquella peña eran Pepe Vela y un médico llamado Eguren. Éste, muy aficionado al teatro y con grandes condiciones de actor, representaba todos los años *Don Juan Tenorio* por los pueblos, con cómicos sin contrata, con quienes él formaba compañía. En una ocasión mandó a sus compañeros a un pueblo en el tren y él fue con el comendador en un automóvil, pero el coche dejó de andar a cuatro kilómetros del pueblo donde habían anunciado el *Tenorio*, y el comendador y don Juan, para no perder tiempo, se vistieron dentro del vehículo, en tanto que el conductor trataba de arreglar el coche. Aque-

llo llevaba trazas de no arreglarse, y como el tiempo apremiaba, se decidieron a hacer el recorrido a pie. Era la noche de Ánimas, y los viandantes con los que se cruzaban en el camino huían de ellos como si fuesen aparecidos. Aun llevando buen paso, llegaron a la plaza del pueblo con una hora de retraso, cuando ante el teatro había un motín, porque los espectadores pedían la devolución del dinero. Eguren los apaciguó y la representación pudo celebrarse.

También Pepe Vela, en una ocasión, quiso ser cómico y fue con la compañía de José Tavallí a Burgos. Una noche que se puso enfermo un actor, Tallaví le encomendó a Vela su papel. Tenía que intervenir en una sola escena. Era un ingeniero que aparecía para dar noticias de lo que ocurría en una mina, relación muy necesaria en el argumento de la obra. Pepe Vela, para reforzar su timidez, ingirió copa a copa media botella de coñac, y cuando llegó el momento de salir a escena trató de recordar lo que tenía que decir, y advirtió con horror que no se acordaba de nada. El segundo apunte le dio la entrada en el escenario con la primera frase que tenía que decir, que era “Vengo de la mina”. Y eso fue lo único que pudo decir. Las luces del teatro le bailaban en torno, y no sabía dónde se encontraba. “Vengo de la mina”, dijo repetidamente, cada vez con mayor angustia, y Tallaví salvó la situación diciendo él todo lo que le debía haber dicho Vela, y dándole después unos cariñosos empujones para que se fuese. Desde entonces los actores amigos suyos le saludaban diciéndole, “Vienes de la mina”. Frase que a él no le hacía gracia.

Esta afición al trato con actores y actrices no la he perdido. La vida del comediante transcurre en una verdadera ficción. Pirandello ha tratado de meter la realidad en el teatro. Pues bien: yo creo que es más fácil y corriente en la vida meter la ficción en la realidad. El actor dedicado íntegramente a su oficio vive muy poco tiempo en contacto con la vida. Las exigencias de su arte crean en él una segunda naturaleza, la de la escena, más fuerte que la suya propia. Tantos conflictos, tantas pasiones, tantos caracteres, tantos dramas y tantas comedias ha creado él en el teatro, tantas veces ha hablado con palabras que no le pertenecen, que, en la vida, o crea por sí mismo una nueva ficción o no pue-



de entenderse con el hombre de la calle. La realidad se le escapa de la mano. Por esto me gusta el trato y la amistad con los actores, porque me arrancan de la vulgaridad sensible que nos rodea, y me trasladan a un mundo ideal, el que ellos han creado a lo largo de su vida.

## 18

Me sorprendió en Francia la gran guerra del año 1914, veraneando con mi familia en Bidart. Sentí, pues, muy directamente la emoción de aquel pueblo en aquellos patéticos momentos. Fueron muchas las familias españolas que veraneaban en la Costa de Plata y que se volvieron a España. A nosotros nos visitó el alcalde de este pueblo, amigo nuestro, rogándonos que continuásemos allí, ya que nos consideraban como del país. El afecto que sentíamos por aquellas gentes, que necesitaban ánimos en trances tan amargos, nos hizo prolongar nuestra estancia hasta fines de septiembre.

Bien pronto se nos ofreció a los extranjeros que vivíamos por aquellos contornos la dificultad de utilizar billetes en las compras. Veraneaban en aquel año en Guethary nuestros parientes Torres Quevedo, y todas las tardes nos distribuíamos por Biarritz para obtener noticias y ver si alguno de nosotros conseguía cambiar un billete de mil francos en los cafés o tabaquerías, ya que la moneda fragmentaria era más fácil que la admitieran. En la Cruz de los Marinos, de Guethary, nos reuníamos al anochecer para cambiar impresiones.

La guerra se ponía mal para los franceses, y al darse la batalla del Marne, que fue decisiva para ellos, Biarritz empezó a llenarse de heridos, y hubo que habilitar los grandes hoteles, los casinos y hasta el palacio de la reina de Servia, que lo ofreció para este fin. Recuerdo que mis hijos, muy pequeños, jugaban en la playa con los heridos más leves, vendados los brazos y las piernas, y esperando curarse para volver a la lucha. Ninguno de estos muchachos supo dar razón de lo que había pasado en la batalla. Lo que más decían es que aquello fue un infierno y que el fuego y la metralla llovían por todas partes. Muchos de ellos ha-

blaban como alucinados o como locos. Algunos se sorprendían de que yo, siendo joven, estuviese allí, y cuando les decía que era español, miraban con cierta melancolía hacia nuestras costas, que se descubrían lejanas, a través de la calina.

A mí, el atardecer, alejándome por caminos aldeanos, desiertos, caseríos y alquerías, y sin cruzarme con ser viviente, viendo casas con puertas y ventanas cerradas como si del campo hubiesen huído todos sus habitantes, me hacía sentir una extraña emoción ante aquella naturaleza impasible frente al horror de aquella guerra, que no era sino la iniciación de las innúmeras guerras que iba a haber después por el mundo. Los hombres de mi generación, después de la pérdida de nuestras posesiones de Ultramar, habíamos tenido una vida demasiado fácil y tranquila. Se iniciaba entonces otra violenta y cruel, económicamente difícil y espiritualmente vacía. La Alemania de los pequeños Estados, al convertirse en una unidad cerrada en el centro de Europa, constituía una fuerza expansiva que yo pensaba que iba a ser funesta en el mundo. Aquella guerra que empezaba entonces no se iba a interrumpir, y los nuevos inventos bélicos aplicados para la guerra no eran ya instrumentos de muerte y exterminio que utilizaban los beligerantes, cuando las victorias se decidían en un campo de batalla y la estrategia era una partida de ajedrez, sino que eran víctima de ellos los ancianos, mujeres y niños, y los monumentos históricos que marcaban los ciclos y etapas de la cultura. Desde el año 1914 la guerra constituía un peligro total que amenazaba con arrasarlo todo. Entramos entonces en un período de suspicacia y recelo, y la física y la química, desde los tranquilos laboratorios que se habían creado para la paz y la construcción de una vida mejor, empezaron a funcionar para la muerte y el exterminio. La humanidad daba marcha atrás, y así la vamos viendo retroceder hacia una inevitable disolución.

A finales de septiembre regresamos a España. Afortunadamente, nuestro país, con una política previsor, pudo mantener su neutralidad. Mas desde los primeros momentos advertí en él una extraña pasión que dividía a los españoles en dos bandos irreconciliables: el de los germanófilos y el de los francófilos. Era extraño que las fuerzas llamadas de derechas –entonces empezó

esta denominación que tanto juego ha dado— fueran partidarios de Alemania, y las llamadas izquierdas, de Francia. En verdad, ni unos ni otros habían salido, en su gran mayoría, de sus pueblos respectivos, e ignoraban lo que representaban estos países. En España hemos sabido mantener una alta cultura, en tanto que la cultura media ha sido deficiente. Estas posiciones antagónicas por defender uno de los dos bandos, sin arriesgar nada en tal empresa, absorbían las discusiones y disputas en casinos, cafés y mentideros. Los periódicos servían asimismo a la opinión estas dos tendencias, según lo que pensaba el núcleo de lectores que representaban. Teníamos, pues, cerrados en nuestras tranquilas fronteras, una guerra de palabras, de actitudes, de gestos, y así seguían los españoles esta gran guerra, discutiendo. Algo semejante a lo que en nuestro tiempo ocurre con el fútbol, que los que más se apasionan son quienes no juegan. Cuando los socios de un club dicen “hemos ganado”, creen que verdaderamente quienes han ganado el partido han sido ellos. En cambio, si pierden, es el equipo quien ha perdido.

Mientras la mayor parte de los españoles discutían, los negociantes afilaban sus armas para la especulación. La Bolsa era un hervidero y las navieras iban subiendo a saltos insospechados, que constituían beneficios muy grandes para quienes hacían operaciones a fin de mes, multiplicándose el dinero en una peligrosa inflación. Cuando Alba intentó que las Cortes votasen una ley fiscal sobre los beneficios de la guerra, se formó contra él un frente único de las clases conservadoras, que influyó no poco en su destino, y la ley fracasó. Estos grandes beneficios, sin embargo, se evaporaron, arrastrando a muchos capitalistas a la ruina.

Por aquellos años es cuando Madrid, que hasta entonces había tenido el carácter de una capital de provincia mayor que las demás en torno al Palacio de Oriente y de la bola del Ministerio de Gobernación, empezó a convertirse en una gran ciudad europea. La construcción del Palace Hotel y del Palacio del Hielo fueron los primeros síntomas de esta transformación.

Se vivía alegremente, el dinero corría de un modo inconsciente por todas partes, las gentes comenzaron a frecuentar restaurantes, *cabarets* y tugurios galantes que ponían de moda los im-

provisados, y que no rehuía la aristocracia. Había surgido el nuevo rico, y ya desde entonces parece que se inició el ciclo de la riqueza improvisada, sin haber aprendido la ciencia de ser rico. Se dignificó socialmente el comerciante, y el financiero salió a la vía pública como un aristócrata, o como un científico. La apetencia de enriquecerse se hizo tan excesiva que el que más y el que menos aspiraba a enriquecerse de la noche a la mañana. La palabra “millón” empezó a ser una palabra expansiva que de los Bancos y la Bolsa, donde estaba confinada, salió alegremente a la calle y aun a las tabernas. Los efectos de esta disipación se vieron en la creación de unos bares. A Madrid aún no había llegado la invención de la “barra”, cuyos adelantados en Madrid fueron los refrescos ingleses y el tupinamba. Se inició también la velocidad y la prisa, y se comenzó a beber whisky con soda, a fumar cigarrillos egipcios, tomando auge los deportes de la caza y del tiro del pichón. Todos estos placeres modernos, que no había llegado a conquistar sino la riqueza histórica, empezaron a ser patrimonio de ostentación en los ricos improvisados. Y con ello vino inmediatamente la mezcolanza, el no saber en los lugares de lujo y de placer quién era quién. Bilbao fue, sin duda, la máquina que produjo este desenfreno, lanzándolo a todas las ciudades de España.

Valladolid tampoco se vio libre de esta fiebre de especulación. En el Banco Hispano Americano se hizo un bolsín, que funcionaba con mayor fiebre que el juego en la sala secreta del Círculo de la Victoria. Gentes que no se habían asomado nunca al mar ni habían salido de los trigales de sus campos, se dedicaron a comprar y vender navieras, que iniciaron el primer gran crac que había de conmover la especulación de los marcos. Bien hay que decir que estos especuladores eran germanófilos. Tenían fe en la victoria alemana, y su desengaño fue grande cuando sus billetes de marcos se convirtieron en prospectos, y los millones, que creían eternos con esta divisa, se disiparon en simples papeles sin valor.

Hubo en Valladolid, sin embargo, un especulador extraordinario, don Norberto Adulse, quien llegó a poseer una calle entera de Berlín, que nacionalizó alemán a un hijo suyo, logrando no sólo salvar sus inversiones, sino acrecentarlas considerablemen-

te. Este hombre, que ya era viejo entonces y murió nonagenario, fue, como negociante, un tipo de una pieza, que más que ser real, parecía un héroe novelesco de Balzac o de Pérez Galdós, de esos tipos que amasan el dinero sobre todas las cosas y en los que cualquier acto de generosidad representa un esfuerzo de heroísmo. Sujeto de apariencia clerical, que ni se inmutaba ni se ofendía, por muy graves que fuesen las palabras de su interlocutor, y sumamente amable, y que, haciendo ostentación de su modestia, hablaba con voz untuosa y leve. Era un negociante puro, y vivió atento a cualquier transacción que pudiera ofrecerle la vida. Jamás prestó dinero a nadie, y, de este modo, su gran fortuna no se fue formando con la cuantía del interés que produjera su numerario, sino empleándolo en adquirir cosas a bajo precio, siendo un especialista en subastas y liquidaciones.

Era completamente ajeno a todos los halagos de la vida. Vivía en una casa mediocre, sin otra calefacción en invierno que un brasero de encina, ni más mueble cómodo en todas las estancias que un sillón de mimbre, donde él se sentaba para hacer cuentas. Le asistía un ama de llaves, ya proveya, de la que lo único cierto que se sabía era que había hecho voto de pobreza de por vida.

Para terminar el dibujo de este carácter, y ya enfocándolo hacia el final de su vida, referiré una anécdota que parece resumir todo el sentido de su personalidad. Al producirse en Valladolid el Alzamiento Nacional, don Norberto se echó a la calle con una boina roja de requeté, mas, como tenía muchos enemigos, el gobernador civil, que era hijo de un antiguo dependiente suyo, le mandó detener e hizo que le condujesen a su despacho. Allí, de buenos modos, le dijo que si quería circular libremente y sin que nadie le molestase tendría que entregar para los fines del Movimiento cincuenta mil pesetas. Él se negó a hacer este donativo, alegando que no tenía dinero, y el gobernador, entonces, le puso delante un papel y una pluma, y le dijo que bastaba con que pusiera allí su firma, y que ya se encargaría él de cobrar dicha cantidad. Don Norberto contestó con voz débil, pero firme: “Es inútil, hijo mío, que me hagas firmar. Yo estoy seguro de que tomaría la pluma para hacerlo y no me obedecería la mano. Nada, nada, que no me obedece la mano.”

El resultado de esta escena fue que don Norberto, con más de ochenta años y un fuerte caudal, en aquellos momentos, que no eran precisamente de broma, prefirió ir a la cárcel que no dar cincuenta mil pesetas. La cárcel era un lugar inhóspito, a la intemperie, en las cocheras de los tranvías, y allí pasó dos semanas impertérrito, sin inmutarse y comiendo rancho, hasta que un general, que se enteró del caso, ordenó que lo pusiesen en libertad. Salió entonces con el mismo semblante apacible que había entrado, sin dar importancia al episodio, reclamando su boina roja para seguir haciendo de requeté.

Por la época de la guerra del 14 iba yo con mucha frecuencia a Madrid. Hacía entonces más vida social que literaria, aunque fue cuando conocí personalmente a casi todos los escritores de la que después fue llamada generación del 98, y a los que ya empezaban a ser maestros de la generación siguiente, a los dos Ramones (Pérez de Ayala y Gómez de la Serna), a Ortega y Gasset, a Juan Ramón Jiménez, a Villaespesa, a Martínez Sierra... Conocí asimismo a Eduardo Marquina, por la amistad que me unía a Fernando Díaz de Mendoza y a María Guerrero..., y no puedo menos de evocar con cierta nostalgia a la Cacharrería del Ateneo, las peñas de Pombo y de la Granja El Henar, los diálogos políticos en el *hall* del Palace, el saloncillo de la Princesa y las cenas de madrugada del Café Castilla, donde el gran Federico ya empezaba a colocar en las paredes de su establecimiento las caricaturas de quienes entonces acaparaban, con más o menos razón, el interés literario de aquel Madrid que era la provincia mayor de España, pero a la que acudían todos los provincianos para recibir el espaldarazo ineludible para estrenar una comedia, publicar una novela o ser admitidos en la colaboración de *El Liberal* o del *Blanco y Negro*. Aún existía, como el reflejo de la de París, una bohemia cochambrosa, que creaba tipos tan originales como Emilio Carrere y Solana.

Momento de transición que, en virtud de la neutralidad española, adelantaba modos y modas que después de aquella guerra habían de imponerse en Europa. El fútbol no se había convertido en pasión nacional, y los toros aún conmovían a las multitudes. Empezaban a quebrantarse las jerarquías sociales, las

grandes casas perdían su tono, y aunque todavía eran inasequibles para los improvisados, en los grandes hoteles y en las salas de fiestas se confundían los diversos estamentos sociales. ¡Grave coyuntura de transición para la urbanidad y las costumbres!

Y en este nuevo ambiente, alejados los españoles de una guerra cruenta que interrumpía el proceso de una cultura y que anunciaba tiempos nuevos, nuestro país aparecía dividido en dos bandos irreconciliables. Por móviles ocultos e incomprensibles, cada español se había colocado junto a un bando. Triste beligerancia verbal, en tanto que los negociantes conmovían las columnas de la Bolsa.

Bien podemos afirmar que al terminarse la primera guerra mundial surgió de ella una nueva sociedad. En un corto espacio de tiempo habían cambiado las costumbres, las modas, las palabras y los pensamientos. Un tono de frivolidad empezaba a invadir el mundo, y algo se percibía en cualquier lugar de Europa que anunciaba una disolución. Era como un afán de liquidar el pasado, y aun en la esfera del arte surgieron como fórmulas de nuevas escuelas el futurismo, el cubismo y el creacionismo, y en la política el comunismo y el fascismo, es decir, algo que representaba un deseo de romper con todo el proceso natural de las pasadas generaciones.

Así hemos visto que al liquidarse la segunda guerra mundial, que no fue sino un trasunto de la primera, agrandado de errores por los avances de la nueva técnica, el panorama del mundo no ha cambiado. Interrumpido por dos guerras el curso normal de las edades, advertiremos que hoy existen hombres maduros que no han tenido tiempo de ser jóvenes. Casi podemos decir que, en esta época, ya de niños empiezan a sentir el dolor de la experiencia.

Tras estas dos guerras que desvían todas las previsiones y ofrecen a los hombres un futuro incierto, necesitaríamos un período de paz que asegurase el porvenir a los jóvenes para que brotasen de nuevo las fuentes de la espiritualidad, que alimentan la fe y la esperanza. La humanidad se ha vuelto, de una parte, recelosa, y de otra, irascible. El mundo, al mecanizarse, no ofrece sino soluciones materialistas; sienten los humanos más emoción

por un satélite artificial, creado por el hombre, que en contemplar en una noche estrellada la armonía del universo. Ya no es Dios, sino el hombre, el que tiene que hacer los milagros.

## 19

En estos años de la guerra del 14 se afincaron en Valladolid los hermanos Power: Pepe y Ricardo. Éste manejaba todos los asuntos de la familia en Bilbao, y Pepe compró en Renedo, un pueblecito próximo a la ciudad, una gran finca, en la que primitivamente se asentaba una fábrica de harinas, y no con el objeto de implantar una explotación, sino con el de elevar una gran casa, un palacio en el centro de un extenso parque. Hombre de gustos refinados, al que no eran ajenas la sensibilidad y la gracia de su mujer, Mercedes, sin ayuda de arquitecto, por su propio ingenio, construyó una residencia originalísima, un poco teatral, en cuyo centro había un patio castellano, que tenía una galería cubierta por una techumbre de cristales. En la galería colgaban refajos, alforjas y telas típicas de esta región, y daban gracia a la barandilla macetas con geranios. En torno a este patio se sucedían el comedor y salones; muebles, tapices, alfombras y lienzos de pintura, casi todos con motivos castellanos, daban una impresión de buen gusto y refinamiento. Siendo una mansión en la que se rendía el más evidente culto a Castilla, puede decirse que al visitante no le daba la idea de encontrarse en aquella región, en la que domina como elemento constructivo el adobe, y preside, aun en las casas más nobles y antiguas, una austeridad campesina. Mas pese a la creación de algo que no correspondía a la realidad que quería exaltarse, el buen deseo era evidente, dentro, además, de un gusto refinado. Algo de lo que ocurre cuando un músico bueno recoge un motivo popular para convertirlo en una obra sinfónica. Aquello no era Castilla, pero el ritmo, la melodía y el acento castellanos estaban allí. Y más que esto, sobre todos los motivos, estaba la luz, que para quienes conocemos las veleidades del sol y la sombra en la altiplanicie, no la podemos confundir con ninguna otra luz del mundo. Pepe y su mujer, con temperamento de artistas, gustando de todas las bellas artes, eran melómanos,



y para escuchar música a su gusto instalaron en la casa un órgano monumental e invisible, que por una conducción especial del sonido podía escucharse a voluntad desde cualquier habitación de la casa.

A estas cualidades unían los dueños de esta mansión un sentido hospitalario de la sociabilidad. El círculo de sus relaciones se hizo muy extenso. Estas relaciones se adquieren fácilmente dando de comer y de beber bien, y ofreciendo muebles cómodos, música, baile y juego. Cualquier día del año, la casa, por la tarde, y muchas noches, ofrecía el aspecto de una fiesta. La condesa de Añorga, mujer muy graciosa y cuyas frases aún se repiten en Valladolid, decía que para tener gente en casa no había nada mejor que colgar a la puerta un jamón y un violín.

Mas los Power no se conformaban con que la gente fuera a su casa por propio deseo o por la invitación que ellos hiciesen, sino que, como en aquella época el uso del automóvil no se había generalizado y los medios de locomoción para ir a la finca no eran fáciles, compraron un autocar para servicio de sus amigos, y todas las tardes, a las cuatro, este coche, capaz para muchas personas, hacía su salida de la plaza Mayor de Valladolid. Como la concurrencia a estas diarias fiestas era muy numerosa, no era raro que algún día se metiese en este coche algún polizón a quien no conocía nadie. Nada de esto le importaba a los dueños de la casa, cuyo gusto era dar muestras de su amabilidad y simpatía.

Tenían los Power cinco hijos. Un muchacho, aún en la puericia, y cuatro hijas, que daban a la casa una extraordinaria alegría. No se parecían entre sí, aunque dominaban los cabellos rojos; mas en esta diferencia de caracteres hallábamos sus amigos una antología de gracia, de sonrisas y de movimientos. La mayor, sin ser la más bella, tenía una maravillosa elegancia, de maniquí de gran modisto, y mucho gusto para vestirse, al que ella sabía imprimir gracia y ritmo de señora. Era la menos risueña y más ensimismada, propensa al romanticismo, y, posiblemente, de sus tres hermanas, la que menos se divertía en aquella vorágine. Casada con un Zulueta, tenía gustos aristocráticos, aunque sus palabras propendían a la sencillez y la modestia.

Todas las fiestas, bailes, coros, representaciones teatrales y bromas de carnaval que se dieron en aquella casa constituirían un resumen bien representativo de la alegría, frivolidad y deseo de olvidarse de la gran tragedia que se representaba en los campos de batalla de Europa, que en aquellos días impulsaba a los españoles a la disipación. Las acciones de la naviera de los Power se cotizaban en el bolsín de Valladolid, y, con ello, muchos de sus contertulios, en las alzas continuadas de este valor, además de divertirse ganaban dinero. Las liquidaciones finales, sin embargo, fueron funestas, y muchos se arruinaron con las postre-ras jugadas, y entre ellos los Power, que sufrieron casi la pérdida total de su gran fortuna, dando entonces la más suprema muestra de elegancia al demostrar que sabían perder con la misma sonrisa que ganar. Ciertamente que aquel caso de arruinarse cuando se liquidó la guerra no fue el único, demostrándose hasta qué punto se desperdició un momento propicio para reforzar nuestra economía general. De la neutralidad, que con tanto denuedo fue defendida por don Eduardo Dato, no se sacó ningún provecho económico, si bien ahorró la contribución de sangre que hubieron de pagar los países que intervinieron en la contienda.

De las muchas bromas que se dieron a los Power, ya cuando estaban a punto de liquidar su fortuna, fue un simulacro de atraco. Había ópera en el Teatro Calderón, y ellos tenían abonado un palco. Un grupo de muchachos, antes de acabar la representación de la ópera *Carmen*, se vistieron con los trajes de contrabandistas del coro, y con esta indumentaria, sin omitir el trabuco, se trasladaron a un recodo de la carretera, cerca de la finca de los Power. Pasadas las tres de la madrugada, apareció el coche de éstos, y los fingidos contrabandistas, en el centro del camino, les dieron el alto, apuntando con los trabucos. La sorpresa fue grande, y posiblemente el susto de los asaltados; mas cuando se descubrió el ardid, todo fueron risas y palmadas, y juntos atracadores y atracados se refugiaron en la casa, donde ya esperaban otros que estaban en el secreto de la broma, y se organizó una fiesta, con una cena fría y derroche de champán, que duró hasta después de amanecer. Quizá aquella noche Pepe Power, a quien

preocupaban seriamente las veleidades de la fortuna, pensase que para él un atraco auténtico hubiese sido una solución.

Yo los traté con afecto, y los seguí tratando en el ocaso de su fortuna, mas gustaba de asistir a su casa en la intimidad y no en las grandes fiestas. Eran tiempos para mí, además, de mucha actividad periodística, tanto por los acontecimientos exteriores que apasionaban en España a los dos bandos de incruentos beligerantes, como en los acontecimientos interiores, menos aparatosos, pero que fueron la iniciación de una decadencia política que, paso a paso, nos llevó a un desastre nacional. Don Alfonso XIII y don Eduardo Dato fueron quizá los dos únicos españoles verdaderamente neutrales que hubo en nuestro país.

Aquellos veranos fueron los primeros, desde mi matrimonio, que yo no pasé en Francia. Solía ir en la Semana Grande a San Sebastián, y el resto del verano lo pasaba en la playa de Suanes con mi mujer y mis hijos. Y a finales de la guerra me acerqué un año a nuestra casa de Tudanca, que ni mi mujer ni mis hijos conocían. Era, y sigue siendo, una casa visitada por mucha gente importante, y en aquella ocasión estaba en ella de huésped don Miguel de Unamuno. Recuerdo las largas tertulias, que prolongaba indefinidamente don Miguel, disertando sobre multitud de temas, aunque muchas veces su único oyente era mi mujer, pues nosotros nos habíamos enzarzado en una discusión en otro extremo de la sala. Cuando nos retirábamos para dormir, mi mujer me decía que estaba mareada, y que le costaría mucho dormirse por el batiburrillo de ideas que llevaba en la cabeza.

A don Miguel, durante el día, le gustaba mucho salir al campo, y especialmente escalar alturas. Un día que íbamos a traspasar una gran cumbre del monte Sejos, Unamuno se negó a montar una jaca. Todos los excursionistas iban a caballo, y yo, por no dejarlo solo, renuncié a mi cabalgadura y me dispuse a subir a pie. Era un día de sol, y terminado el camino de basnas, que ya era fatigoso, y antecedido de un espolique que trepaba por aquellos lugares como pudiera hacerlo por el camino real, hubimos de trepar por una ladera, siguiendo un sendero de cabras. Hicimos un alto para descansar y contemplar el maravilloso espectáculo del valle, sumido a los dos lados del Nansa, inundado de

luz, con sus maizales en escalones y con los caseríos desperdigados en diversas alturas y por cuyas oscuras tejas sin chimeneas salía el humo como una ofrenda, sin encontrar nubes ni nieblas donde fundirse. Así comprobábamos lo que habíamos subido, y por referencias de nuestro espolique lo que nos restaba de subir, que era otro tanto. Aún mirando más que por mi fatiga por la de don Miguel, le propuse si después de un breve descanso no sería lo más cuerdo descender de nuevo a casa. Don Miguel me miró furibundo, y levantando la cabeza hacia la cumbre, dijo enérgicamente:

—Hay que llegar a lo alto.

Aun no siendo alpinista, tenía menos años que él, y yo, más que fatiga, sentía falta de ilusión por el ascenso, y añoraba mi jaca, que es la que me subía a aquellos parajes en días de cacería. El espolique echó para adelante, y yo a éste y a don Miguel los seguí resignado. No nos quedaba para llegar a la cumbre, donde nos esperaban los excursionistas, sino un último repecho, sin camino ni senda, que había que subir sobre la hierba resbaladiza, que a Unamuno y a mí, que no llevábamos abarcas, nos obligaba a caminar casi a gatas para no caer rodando hasta Dios sabe dónde. Yo hice un último esfuerzo y coroné la cumbre, y desde ella vi cómo don Miguel subía los últimos tramos, ya casi sin fuerzas y sujetándolo por los hombros el espolique para que no rodase. Al fin llegó a la cima y allí quedó boca abajo, respirando fatigosamente y haciendo señas para que nadie le tocara. Tardó un buen rato en recobrarse, y cuando se puso en pie, aunque le duraba la fatiga, empezó a hablar con la vanidad del deportista que había batido un récord. En aquella altura, destocado su cabello de plata, envuelto en su traje azul marino, con el chaleco cerrado hasta el cuello, y batiendo sus brazos en aspa para dar fuerza a sus palabras en la altura, su rostro con la barba puntiaguda y los ojos lanzando chispas doradas adquiría la expresión de un pájaro. Aún más que la del buho, que era su perfil habitual en el reposo del estudio, la del águila que desde la cumbre otea su presa para lanzarse sobre ella.

En aquellos días don Miguel no hablaba de política, aunque el golpe de estado de Primo de Rivera estaba muy próximo, y en

Tudanca su distracción principal era la de hablar con aldeanos, apuntando modismos, palabras y cantares. La vida patriarcal del pueblo le interesaba mucho, y cuando escuchaba lo que éste le decía, tomaba el aspecto de un campesino que estuviese en una feria concertando la venta de unos bueyes. Escribió algo sobre estas enseñanzas, y recuerdo un artículo suyo sobre las suertes que se echaban en la hierba del prado Concejo —un prado comunal que era la mayor riqueza del pueblo— y que había que dividirlo en tantas partes como vecinos con casa abierta hubiese. El sorteo de estas partes constituía una solemnidad, sometida a un ritual de siglos, sin que nadie fuese osado a modificarlo, y la habilidad de los medidores era extraordinaria, así como quienes en el valle señalaban las distintas parcelas, haciendo que el tamaño de las mismas fuese de igual cabida. Este curso de geometría primitiva era tanto más asombroso cuanto que ningún año era el mismo número de vecinos y, por lo tanto, las suertes, siendo más o menos grandes, tenían que ser idénticas unas a otras en su división.

Desde la solana de nuestra casa sobre la huerta, la vuelta de la siega daba una idea de paz encantadora. Aparecían las basnas, en el collado, a la caída de la tarde, de regreso para rellenar los pajares del pueblo. Las basnas son unos trineos articulados que se adaptan perfectamente a las desigualdades, cuestas y baches de los caminos de montaña, y que los pequeños bueyes del país arrastran cuesta abajo, con los frenos que quien los guía presta a aquel medio de transporte con la aijada. Su forma es triangular, y de un sentido tan campesino que sus diferentes piezas conservan la estructura natural de las ramas de los árboles. Su origen bien lo podemos juzgar prehistórico, mas por estos caminos no sería posible un transporte con ruedas, y esto da idea de lo inaccesibles que son las praderías de Tudanca, que se funden con las rocas y los grandes bosques de la altura. De ahí que la basna no exista en otro lugar del mundo, sino en este valle.

Descendían las basnas en hilera, y la carga de hierba, atada con singular arte, se balanceaba en los duros vaivenes, en tanto que el atardecer iba esfumando, sobre el verde de las brañas, la forma exacta de aquella procesión que parecía transportar, en

andas, sucesivas imágenes. Se oían muy leves los campanos de los bueyes, como en un acompañamiento litúrgico, y, de pronto, surgía una voz muy lejana que, con el eco, se reproducía en sucesivas melodías. A esta canción sucedía otra, y otra, arrastrando los finales con una languidez contagiosa. La niebla entonces empezaba a descender con mucha lentitud, agarrándose a todos los salientes y desprendiéndose en jirones...

¡Qué dulce paz! El mundo se debatía en aquellos momentos en una guerra despiadada, y las más bárbaras pasiones, desatadas en proyectiles mortíferos y palabras venenosas, inundaban Europa y América, en un desenfreno desbordado. Y en los países neutrales como el nuestro, que no habían acudido a la lucha, eran, como buscando olvido a tantos desastres, la frivolidad, el agio, el juego, el alcohol, la galantería..., un lamentable estrépito, que parecía querer apagar con el ruido todas las responsabilidades que, en un aparente reposo, iban anegando la conciencia. Discusiones desafortunadas sobre la guerra, en dos bandos irreconciliables, con la inutilidad de la dialéctica cuando los hombres han dado paso a la razón de las armas.

Todo esto me llegaba a mí, cerca de don Miguel de Unamuno, al comenzar septiembre de aquel año, final de la contienda bélica de más ferocidad que había conocido el mundo, en la quieta solana de una vieja casa de Tudanca, en la que anidaban pacíficamente golondrinas, ignorantes de lo que hacían los hombres, en tanto que la luz se iba amortiguando y la niebla se hundía más y más, hasta sumirse en la misma cuenca del río.

Así quedamos mudos en la sombra, hasta que sonó una campanilla que nos llamaba a la cena. En el severo comedor, con muebles de nogal y de castaño, refulgía la plata sobre los blancos manteles de hilo. Y en torno a la gran mesa redonda aguardaban mis hijos, sofocados en su carrera por no llegar tarde, y riendo por todo, como si sobre ellos no llegase ningún recuerdo de los dolores del mundo.

En una mesa descansaba el correo. En él los periódicos, encerrados en el mutismo de sus fajas, con todos los comentarios y todas las noticias de la conflagración. Los muertos, los heridos, ciudades casi destruídas, monumentos históricos en peligro..., y

también las noticias de la Bolsa, que iba precipitando sus cotizaciones hacia el desastre, y las últimas crónicas del veraneo, en las que una humanidad en apariencia feliz quemaba, para olvidarse de todo, los últimos cartuchos de la disipación.

Poco a poco el diálogo se fue animando y la guerra quedó olvidada. En aquellos momentos nadie proyectaba sus ideas hacia el porvenir. Fuera, la noche se había hecho muy densa. En una pendiente calleja un farolillo naufragaba en la niebla. He aquí una noche de paz y alegría, culminante en los destinos de España y del mundo, que, unos años después, don Miguel y yo habríamos de recordar en el exilio.

## 20

En 1912 fue asesinado en la Puerta del Sol don José Canalejas, dos años antes de producirse la conflagración mundial, y bien podemos decir que este luctuoso suceso, perpetrado por un anarquista solitario en tanto que el presidente del Consejo contemplaba en el escaparate las novedades de la librería de San Martín, señala el principio de la vacilación de los partidos políticos, y el comienzo que habían de seguir, empujados por quienes aspiraban a su jefatura, hasta su disolución con el golpe de Estado de Primo de Rivera.

Y si la muerte de Canalejas dio un rudo golpe al partido liberal, el asesinato de Dato, en la plaza de la Independencia, había de producir, por semejantes causas, la atomización del partido conservador. Es decir, que el simple equilibrio de dos partidos, turnando en el poder, y con jefaturas indiscutibles, sostuvo la monarquía, en trances tristísimos e infelices, durante la regencia de doña María Cristina. Y el rompimiento de este delicado equilibrio, y, por lo tanto, de la estabilidad, había de dar al traste con la institución monárquica.

Bien podemos afirmar que fueron unos años de confusión política, sucediéndose los gobiernos con una celeridad inusitada, y cayendo unos y otros a impulsos de huelgas, de Juntas de Defensa militares y de Correos y Telégrafos, de atentados sindicalistas y represiones que agravaban el mal. El mismo don Antonio

Maura cayó arrollado en aquella crisis de autoridad. Vino después el desastre de Monte Arruit, los primeros excesos separatistas, la discusión de las responsabilidades en Marruecos, en cuya responsabilidad iba envuelto el nombre del Rey... Así, en esta sucesión de acontecimientos políticos, que hacían cada día más difícil, no ya la seguridad de las instituciones del país, sino la seguridad personal, el trabajo periodístico fue muy intenso. Todo eran pronósticos, y la sucesión de acontecimientos era tan rápida que no daba lugar a un juicio sereno de la situación. Pensábamos que aquella irritabilidad del país, aquel no saber a dónde se iba, aquella frivolidad política que no se atrevía en ningún momento a abordar los remedios urgentes que las circunstancias exigían, aquel fluctuar entre el rigor y la benevolencia..., habían de provocar una situación de fuerza militar que pusiese coto a los defectos y los excesos de las organizaciones políticas.

En estas circunstancias tan críticas, don Miguel Primo de Rivera, capitán general de Cataluña, el 12 de septiembre de 1923 lanzaba al país un manifiesto en el que no se salvaba ningún político del régimen constitucional, y buscando una víctima para la vindicta pública eligió la figura de don Santiago Alba, lanzando sobre este político todos los dicterios imaginables. Quizá esta excesiva violencia contra un solo hombre, como si él fuese el único responsable de lo que ocurría en España, se la dictaran los separatistas catalanes, enemigos de Alba, y que esperaban de Primo de Rivera conseguir en el río revuelto de aquel golpe de Estado su anhelada autonomía. Posiblemente Primo de Rivera, para facilitar este movimiento subversivo, ofreciera más de lo que podía dar, y cuando los catalanistas no recibieron del dictador lo que esperaban se volvieron contra él con la mayor violencia, y, en París, los más caracterizados elementos del catalanismo se unieron a quienes conspiraban, incluso a don Santiago Alba, para derribar al régimen. El señor Cambó, en la zona templada, no fue el agente menos eficaz para socavar el régimen estatuido por Primo de Rivera. Lo cierto es que, poco antes del golpe de Estado, Primo de Rivera sostenía una buena relación de amistad con don Santiago Alba, y así lo demuestran las cartas que existen en el archivo de éste, y especialmente una de ellas, la última, en la



que le felicita calurosamente por el rescate de los prisioneros de África. Posiblemente Primo de Rivera, al lanzarse a esta aventura, pensó que iba a encontrar una mayor resistencia, que, bien a su pesar, pues Primo de Rivera era valiente, y, como tal, no era cruel —la crueldad anida en los cobardes—, necesitaba echar por delante una víctima, en cierto modo simbólica, en la que se personificasen todas las corruptelas y vicios del régimen que trataba de sustituir. Mas lo cierto es que la instauración de esta dictadura no fue cruenta, y el camino lo encontró Primo de Rivera tan expedito hasta la misma cámara regia, que la sustitución de poderes se hizo naturalmente, sin que el rey se diera cuenta, en aquella facilidad que se le ofrecía para constituir un gobierno militar, que en aquel mismo momento había dado un golpe de muerte a la Constitución, en virtud de la cual era rey de España.

Poco antes de estos sucesos, don Alfonso hizo un viaje por Castilla. Le acompañaban el marqués de Viana y el de la Vega Inclán. Éste me designó a mí como cicerone para ofrecer al rey las bellezas artísticas y monumentales de ciertos pueblos. Entre éstos fuimos a Tordesillas, y nos ofrecieron un refrigerio en el convento del monasterio de clarisas, fundado por doña María de Padilla. La clausura de este maravilloso monasterio, en el que se guardaban obras de arte mozárabe verdaderamente notables, era tan rigurosa que sólo podían penetrar en él los reyes y su séquito. Así vi yo, por primera vez, este recinto, edificado por don Pedro de Castilla.

En un gran salón estaba presente toda la comunidad, en tanto que la abadesa, con un ritual del siglo XIV, hacía los honores al rey. A éste le servían las legas, en fuentes de plata, arrodillándose, y recuerdo que entre los platos que nos ofrecieron había uno de extraordinario sentido poético: jamón en dulce adornado con violetas.

Salimos al patio árabe, y en él nos ofreció el rey cigarros. Y cuando fue a encender el suyo advirtió que no tenía fósforos. Viana se precipitó a ofrecerle su caja. En este tiempo las cajas de cerillas estaban decoradas con fototipias de cupletistas, pelotaris y personajes ilustres. En la que le presentó Viana había un retrato del rey. La contempló éste y dijo, sonriendo:

—Viana es tan monárquico que lleva mi retrato hasta en la caja de fósforos.

Viana, con notoria imprudencia, contestó:

—Es por el gusto, señor, de llevar a vuestra majestad en el bolsillo.

El rey replicó con prontitud, severamente, aunque no quisiera dar a la respuesta un tono demasiado serio:

—A mí no hay nadie que me pueda llevar en el bolsillo.

Se hizo entonces un silencio embarazoso en torno a esta réplica del rey.

Pues bien: dos años después de esta anécdota surgía el golpe de Estado, y recordando la frase pensé que ya había surgido un hombre que se había metido al rey en el bolsillo.

En *El Norte de Castilla*, periódico de don Santiago Alba, bien pronto sentimos los efectos del manifiesto y los deberes de amistad, y asimismo de la justicia, dejando a un lado las ideas que pudiéramos tener sobre el poder personal, en el que los errores no pueden ser discutidos y se han de acatar las arbitrariedades, nos encontrábamos en la difícil situación de no poder participar en el entusiasmo que la aparición del dictador había producido en una gran parte del país, y no disponer tampoco de medios para combatir lo que juzgábamos arbitrariedad y violencia. Nuestros comentarios, aun hechos con ingenio y cautela, no eran agradables a la Dictadura. Y bien pronto empezamos a sentir los efectos que producía nuestra equívoca situación. Apareció inmediatamente la censura, y aunque nuestra oposición no era manifiesta, los encargados de velar por que no se dijese nada que no fuesen elogios y ditirambos tachaban de nuestros originales aun lo más inocente e innocuo.

A poco vino un juez especial con la misión de encontrar en las empresas que había creado Alba algo que pudiese justificar las acusaciones de Primo de Rivera. Se llamaba Álvarez o Rodríguez (no vale la pena de esclarecer el apellido), y era un perfecto personaje de melodrama, en la parte que corresponde al traidor. Procesó a unos cuantos amigos de Alba, metió a algunos en la cárcel, y en los meses que duró su actuación iba sembrando la inquietud, el recelo y la inseguridad, y ya al final de este proceso,

que amenazaba no terminar nunca, el siniestro personaje pasó de lo trágico a lo cómico. De todas aquellas pesquisas, llevadas con cierta técnica inquisitorial, no sacó nada en limpio. Los supuestos delitos no aparecían por ninguna parte, y, para dar cuenta al dictador de sus trabajos de esclarecimiento, tuvo que marcharse con las manos vacías.

Pedimos entonces los amigos de Alba que se hiciese público el resultado de aquellas actuaciones, y Primo de Rivera no hizo maldito el caso de lo que él juzgaba una bagatela. No obstante, a este juez le otorgó dos ascensos, a pesar de que el Tribunal Supremo declaró su incompetencia.

Con todo, Primo de Rivera me era a mí simpático. Todas sus ligerezas tenían gracia, y como él mismo confesó en una de sus diarias notas que había aprendido a gobernar en el casino de Jerez, no se le podían exigir los rigores que en el pensar y el obrar se exigen a un estadista. En estos recuerdos, ya lejana la pasión que pude tener entonces, no intento desarrollar una crítica que la historia, seguramente, a través de los acontecimientos anteriores y posteriores, hará algún día; mas de pasada, como a él, en su caída, le cupo la responsabilidad de liquidar un régimen histórico, sí me permito señalar los tres errores de más bulto que, a mi modo de ver, produjeron su fatal caída, y todo lo que esta caída se llevó por delante: 1.º El liquidar absolutamente todas las reservas aprovechables que pudiera ver en los viejos partidos constitucionales. (Aún vivía, por citar un nombre del más elevado prestigio, don Antonio Maura.) 2.º El disolver el cuerpo de Artillería, dividiendo al Ejército, y dejando aparte del régimen jefes y oficiales, muchos de los cuales se hicieron republicanos. 3.º El haber alentado el partido socialista, único que pudo organizarse a su gusto, sin trabas ni cortapisas, obteniendo un gerifalte puestos públicos de importancia, en contra de las organizaciones sindicalistas, que, especialmente en Cataluña, tenían notoria importancia. En el momento de la liquidación, cuando la fruta estaba madura y se podía comer, los socialistas se aprestaron a dar la batalla, y aprovechándose de las mismas armas que Primo de Rivera les había entregado, las esgrimieron en contra de él. Sola-

mente así se explica que pudiera elevarse una república en un país donde no había republicanos.

Al surgir el golpe de Estado, que fue recibido con alborozo por una parte del país, ya que las causas que lo motivaron eran demasiado evidentes, todos los resentidos, fracasados y arribistas de la vieja política se agruparon en torno suyo, ofreciéndosele como elementos regeneradores. Así nació la Unión Patriótica, como partido único, sin aportar ni una sola idea ni programa que pudiera justificar su creación. Quizá a todos los dictadores les agrade rodearse de gentes mediocres, que no puedan empalidecer su brillo personal. Un solo hombre de indiscutible talento político se aproximó a Primo de Rivera: don José Calvo Sotelo, que se había formado cerca de don Antonio Maura. Con él pudo vanagloriarse el dictador de haber promulgado, como propio, el decreto sobre Administración Local, en el que Calvo Sotelo había trabajado cerca de Maura.

Con todo, Primo de Rivera me era simpático por sus grandes virtudes humanas. Por haber desarrollado una dictadura incruenta, cosa rarísima en quienes, en el curso de la historia, han ejercitado el poder personal. Y por el tono popular, de sainete andaluz, que daba a sus comunicaciones diarias. Aquellas notas oficiosas, tan llenas de sinceridad y tan ligeras y absurdas, lo mismo cuando tocaban lo excepcional que cuando se referían a lo cotidiano. Con ellas podría formarse una antología de insensatez, pero siempre con gracia y acento andaluz.

Yo no llegué a tratarle personalmente, pero en uno de los últimos viajes que hice a Madrid, una noche, ya de madrugada, le vi en la chocolatería Doña Mariquita, en la calle de Alcalá, en una tertulia de actores y actrices. Dominando esta reunión aparecía la figura elegante y un poco enigmática —acababan entonces de aparecer las mujeres fatales— de Irene López Heredia, quien después ha sido muy amiga mía y ha interpretado con su singular arte mis comedias.

Primo de Rivera entró solo, sin acompañamiento ninguno, y así había venido, a pie, desde la Presidencia del Consejo de Ministros. Bien pronto la conversación se hizo viva y familiar, y vi de un modo patente que el dictador, en aquel medio alegre y frí-

voló, se hallaba en su propio elemento. Las preocupaciones que debían mantenerle en una tensión constante no empalidecían su carácter campechano ni ponían la más leve sombra a su simpatía. No creo que en ninguna parte del mundo haya existido un político más asequible para cualquiera, para el primer vagabundo o borracho que se encontrase con él en la calle, que Primo de Rivera. Yo le estuve admirando aquella noche, con la impresión que produce la presencia de un hecho insólito. La frivolidad que imperaba entonces en la vida social española no merecía sino un gobernante como éste. Quizá ninguna vez en su vida se había planteado Primo de Rivera un problema serio para penetrar en su profundidad y deducir de ella sus consecuencias. Todo lo veía él en pura superficie, y sus aciertos fueron más bien obra del azar, cuando no de una corazonada. A este fenómeno podríamos denominarlo intuición castrense. Pero, lo mismo en sus errores que en sus aciertos, le salvaba su naturalidad y, en el fondo, su modestia. No se creía un hombre superior ni providencial, y ni una sola vez trató de fingir la línea de su carácter. Se producía con esa naturalidad de quienes en la tertulia del café tratan de arreglar el país con fórmulas de arbitrismo, o de ganar una batalla poniendo delante de sus oyentes los terrones de azúcar, como regimientos. Nadie se atreve a contradecirlos, y cuando terminan, salen del café victoriosos, y se van a cualquier parte pensando en cómo la cosa pública saldrá tan mal, estando ellos allí para arreglarlo todo.

En realidad, en los primeros tiempos de la Dictadura en España se vivía perfectamente. Se arreglaron las carreteras, se pacificó Marruecos, no había huelgas ni atentados, y el español medio, incluyendo la masa del partido socialista, aparentemente domesticada, encontraba que la cosa pública iba bastante bien. Mas todo eso era lo visible; en el fondo luchaba otro mundo de principios, de sistemas, de tácticas que laboraban sin descanso para destruir todo lo que Primo de Rivera creía haber construido para que durase siglos. Los dictadores, aun los tan benévolos como Primo de Rivera, llevan dentro de sí un gran enemigo: su monólogo. Ninguna política puede desarrollarse sino en el diálogo. Aun los más sabios necesitan contradictores para afirmar sus verda-

des. En el lenguaje castrense se dice que el que manda tiene siempre razón. Quizá en este principio se base la necesaria disciplina militar. Mas, en la vida política, el que manda, unas veces tiene razón y otras no, y únicamente una megalomanía patológica puede llevar a un político a un estado de beatitud y omnisciencia. Solamente Dios, en la eternidad, no se equivoca nunca.

Hay que decir, sin embargo, que Primo de Rivera no se aprovechó demasiado de la censura, y que hizo que se ejerciese de una manera benévola. Sus colaboradores, especialmente quienes gobernaban las provincias, tenían un sentido más dictatorial que él, y, por su cuenta, cometían arbitrariedades y atropellos, con la impunidad que un gobierno personal da a las autoridades delegadas. De muchas de estas decisiones, que no beneficiaban en nada al régimen, Primo de Rivera ni se enteró ni siquiera.

Al mismo Valle-Inclán, quien despotricaba en los cafés contra el dictador y su política, y que fue detenido en una ocasión espectacularmente, Primo de Rivera lo puso en libertad, y, en una nota oficiosa donde relataba el hecho, calificaba al autor de las *Sonatas* de “ilustre escritor y extravagante ciudadano”. Y es que a Primo de Rivera no dejaba de serle simpática la rebeldía.

La censura se ejercía benévolamente, y, en muchos casos, de modo frívolo. En Valladolid llegó a ejercerla un guardia de Orden público. Este censor improvisado llegó a tener verdadero pánico a los artículos que yo escribía. En el periódico teníamos un ordenanza de cortos alcances, que era quien llevaba las galeadas a la censura. Ya *El Norte* había sufrido diversas sanciones por originales publicados que pasaron por la censura, y el gobernador juzgó que iban contra el régimen y no debían haber pasado indemnes. Una noche escribí yo un artículo, en el que describía un paisaje, y que no tenía la menor intención política. Tardaba en venir el ordenanza con la prueba censurada, y, como era tarde y yo tenía la seguridad de que aquel artículo pasaría, di orden de que entrase la plana en la rotativa. Ya empezaba a tirarse el periódico, cuando apareció el ordenanza con el artículo totalmente tachado.

—¿Qué es lo que ha ocurrido? —pregunté.

—Pues mire usted —dijo el ordenanza—. El guardia ha leído el artículo varias veces, por arriba y por abajo, y al fin me ha dicho: “Yo no sé lo que debo hacer con este artículo, porque no entiendo nada de lo que en él se dice. Debe de tener alguna intención esto del paisajito, pero yo, la verdad, no la encuentro.” Entonces yo —continuó el ordenanza— le dije: “Pues en esa duda lo mejor será que usted lo tache, no vayamos a tener otro disgusto.”

Aunque esta anécdota sea llevar el asunto a la caricatura, creo que la censura, en todos los tiempos, se ha llevado de un modo semejante. La facultad crítica es una virtud muy difícil. Toda decadencia se nos presenta con una ausencia de facultad crítica, tanto en los gobernantes como en los gobernados. Pues bien: quien ejerce la censura ha de poseer un fino sentido de la crítica. Lo en apariencia más innocuo puede ser un corrosivo. Lo más violento, lo más ineficaz. ¡Cuánto ganarían los gobernantes que usan de la censura si la impusiesen no sólo para los ataques, sino para los elogios! Mas se necesita un censor muy inteligente para que llegue a saber en qué grado la adulación daña a quien ejerce el poder personal. A Fernando VII, por ejemplo, le hicieron mucho daño quienes lo elogiaban. Y es que una escuela de servilismo suele rechazarla el pueblo.

## 21

Cuando el juez especial dio por terminadas sus actuaciones, no resultando cargo alguno contra Alba ni contra sus amigos, enviamos a Primo de Rivera un escrito, en el que pedíamos, como era justo, que se publicase el resultado del proceso, aun teniendo en cuenta que el Tribunal Supremo había declarado incompetente a aquel juez. Pero el proceso estaba ultimado, sin que el juez, en sus minuciosas investigaciones en los Bancos y en las sociedades de que Alba era consejero pudiese encontrar un asomo de culpabilidad, ni para él ni para sus amigos y colaboradores, ya que los que habían sido encarcelados, como medida previa, habían sido puestos en libertad. Primo de Rivera se hizo el sordo a esta reclamación, aun dejando para la historia un manifiesto, en el que, apoyándose en una falacia grave que él recogería, sin duda, de

buena fe, se acusaba a don Santiago Alba de un modo concreto, no de sus errores políticos, que, por ser públicos, estaban dispuestos a las disputas de los hombres, sino de delitos de venalidad y cohecho.

En el curso del proceso, con técnicos que revisaban documentos de contabilidad, movimiento de fondos, correspondencia pública y privada, sin dejar ni un cabo suelto en la rebusca de delitos de los que no había en la acusación una realidad concreta, en Valladolid especialmente, hubo una temporada de apasionadas discusiones. No hay que olvidar que sus adversarios políticos, la mayor parte de ellos pasados con armas y bagajes a la Unión Patriótica, aseguraban por todas partes que aquellos delitos existían. Al marcharse el juez especial con las manos vacías, hasta los mayores enemigos callaron, aunque Primo de Rivera no quisiese dar las explicaciones pedidas. Desde luego, el tema del peculado, en todos los tiempos, ha sido el arma más poderosa para desprestigiar a los políticos caídos, mas no creo que a ninguno se le haya sometido a la prueba a que se sometió a don Santiago Alba. Éste, en aquella ocasión, escribió dos cartas: una para el rey, otra para el marqués de Magaz; ninguna de las dos fue contestada. Mas ni aun la liquidación favorable del proceso moderó la actitud de sus adversarios.

Escribí yo entonces un artículo de reivindicación que la censura no dejó publicar en España. La mandé, entonces, al periódico *La Razón*, de Buenos Aires, donde fue publicado, comentado y reproducido en muchos periódicos de América, y aun llegaron sus ecos a algunos de Europa. Un grupo de amigos de Alba reprodujo este artículo en una hoja especial, enviándolo particularmente a muchas personas. No pensé nunca que un artículo, en el que no hacía sino relatar hechos con una veracidad absoluta, pudiese traerme ningún contratiempo. El artículo no era otra cosa sino un servicio a la amistad y a la justicia.

Una tarde, sin embargo, ya al anochecer, se presentó en mi casa Eugenio Bellogin, hombre sumamente simpático y generoso, consejero de *El Norte de Castilla* y muy amigo de Alba. Era farmacéutico, y a su rebotica, frecuentada de noche por amigos de todas las ideas, llegaban las informaciones sensacionales antes



que al periódico. Bellogin me traía la noticia de que estaba decretada mi deportación a Larache para el día siguiente por la mañana. La noticia, aun siendo muy reservada, se la había hecho llegar el capitán general, sin duda para que yo la supiese y pudiera eludir la arbitraria sanción. Mi criterio era esperar los acontecimientos, pasara lo que pasare, mas mi mujer, espíritu muy activo y con una intuición muy sensible, decidió que aquella misma noche saldríamos para Francia.

Ella se dispuso inmediatamente para la organización del viaje. Yo empecé a recoger y ordenar papeles, y fueron unas horas febriles, no porque todo aquello no se hubiera podido organizar rápidamente, sino porque en toda marcha no voluntaria, y más si la motiva la amenaza de una sanción que puede ser muy grave, el tiempo cobra una calidad especial y los minutos empiezan a ser rápidos. Yo, sin embargo, en aquellas horas, me sentía preocupado, más que por la amenaza, por la conmoción que esta noticia había producido en mi casa. No pude disuadir a mi mujer de que se quedase ella. Mis hijos, que acababan de venir de los colegios, andaban errantes en torno de nosotros, pues aun sin saber lo que ocurría, ni atreverse a preguntarlo, comprendían que la normalidad de la vida se había roto y que allí pasaba algo extraño que ellos no debían ni preguntar ni saber. Ni siquiera a nuestras familias quisimos darles noticia de nuestra decisión ni del motivo que la había producido.

Ya recogidos mis hijos y la servidumbre en sus cuartos, mi mujer dio los últimos toques al equipaje, que era bastante voluminoso, pues ignorábamos el tiempo que habíamos de permanecer fuera.

Nos sentamos ante un balcón que daba vista a una plazoleta que hay delante de nuestra casa. Era a finales de noviembre y la calle aparecía sumergida en una niebla que rompían perezosamente las luces de los faroles. De tarde en tarde se oían pasos, interrumpiendo el silencio. El expreso para Francia salía de Valladolid a las dos de la madrugada, y teníamos pedido el coche a la una y media. A las doce se detuvo un coche en la plazoleta. No podía ser el nuestro, y mi mujer se inquietó pensando que la orden de mi detención podía haberse adelantado. A mí aquello

me habría satisfecho para terminar súbitamente una situación tan equívoca. Además, en una deportación obligada no juega nuestra voluntad, y si mi marcha se llevaba a cabo sin ningún incidente, mi expatriación voluntaria podía representar todo el tiempo que durase el Gobierno de Primo de Rivera. El coche misterioso se fue, mas al poco tiempo percibimos entre la niebla dos sombras que paseaban delante de nuestra casa. Mi mujer pensó que eran dos policías que esperaban allí para impedir nuestra salida. Al fin estos misteriosos observadores se fueron.

Llegamos a la estación diez minutos antes de la salida del tren. No encontramos en la sala de espera a ningún conocido, y los guardias de la puerta me saludaron como a persona conocida. En el tren encontramos un departamento con dos camas. Mi mujer no durmió en toda la noche; yo, sin embargo, después de las emociones del día, caí en la cama y dormí profundamente hasta que un rayo de sol me dio en el rostro cuando llegábamos a San Sebastián. Mi mujer me advirtió que no me hiciese demasiado visible al pasar la frontera española, por si se había recibido allí aviso de nuestra partida. Yo no le hice caso, y pasamos la línea de Hendaya sin ninguna novedad.

Era este paisaje tan familiar para nosotros que mi mujer, ya tranquila, iba asomada a la ventanilla por ver si en el andén de las estaciones, que cruzábamos rápidamente, encontraba alguna cara conocida. Y así saludó con la mano al jefe de la estación de Guethary, que agitaba, en respuesta, el banderín verde, y al cruzar el tren por un paso a nivel vio a René, el hijo del carnicero de Bidart. Es agradable, después de todo, emigrar a un país conocido.

Era un día de sol, y el verde de los tamarindos acariciaba levemente la brisa, frente a un mar abierto que se extendía desde Hendaya a la playa de los Vascos, de Biarritz. La luz, sin embargo, no era tan viva como en el verano, y aquellas playas, tan populosas en la época estival, aparecían desiertas. Llegamos, al fin, a Biarritz, y desde la estación de la Negresse partimos al hotel. La ventana de nuestro cuarto se abría sobre el mar en el camino que va de la gran playa a la roca de la Virgen. Nos echamos a la calle. Biarritz descansaba del tráfico veraniego. Los pocos tran-

seúntes que había en la plaza del Ayuntamiento caminaban lentamente, como si no tuviesen nada que hacer. Nos cruzamos con la vieja Dominique, la vendedora de periódicos, que nos reconoció. Era la primera persona conocida que encontraba desde la salida de mi casa. A ella no le extrañó que nos encontrásemos allí en aquella época. No hay nada en nuestra vida que nos produzca tanta perturbación como encontrarnos en un lugar sin fin ni objeto, y sin saber, además, cuánto tiempo tendremos que permanecer en él.

Tardamos tres días en tener noticias de nuestra gente. Nos decían que se había comentado mucho mi marcha, y Federico Santander me escribió diciéndome que había comprobado que mi deportación era cierta y que el capitán general se había alegrado de mi partida. No así el gobernador civil, el señor Verdaguer, que era el encargado de realizar mi detención, y que al día siguiente mandó hacer un minucioso registro en mi casa. Me aconsejaba asimismo que no volviese hasta que la situación se aclarase y desapareciese el peligro de ser detenido. No tenía ninguna gana de trabajar, y mi mujer y yo comíamos en restaurantes pintorescos, paseábamos por las playas, y a la tarde íbamos a tomar chocolate en los soportales de Bayona, en la casa Guillot. Fuimos viendo a gentes conocidas de país, y bien pronto se hizo pública mi salida de España y la *Gazette de Biarritz* publicó la noticia, al mismo tiempo que me ofrecía su hospitalidad. Un periodista de *La Petite Gironde* intentó hacer una entrevista conmigo, pero yo rehúí el diálogo en cuanto afectaba a la política española.

A los ocho días se le planteaba a mi mujer el conflicto de tener abandonada su casa. Como mis hijos estaban estudiando, no le parecía oportuno traerlos con nosotros, y más por distraernos que por hallar una solución a nuestra estancia en aquel país, nos dedicamos a ver casas que se alquilaban y que en aquella estación eran mucho más baratas que en el verano. Biarritz, en realidad, había dejado de ser estación de invierno después de la guerra del 14. La mayor parte de los hoteles estaban cerrados y no funcionaba más que el Casino Municipal.

Visitamos muchas casas, y al fin encontramos una que nos encantó. Se llamaba Villa les Épis, y estaba situada en la Cham-

bre d'Amour, en lo alto, junto al faro de Biarritz y lindando con el campo de golf. Era de construcción vasca, pero muy capaz y confortable, y tenía muebles de la época de Luis Felipe y buena pintura de la escuela francesa. El jardín era amplio, con gran profusión de flores, y su variedad de rosales era verdaderamente notable. Cuidaba del jardín un jardinero muy parlanchín, pero que era un artista.

Nos decidimos y la alquilé por un año. Mi mujer estaba decidida a traer los chicos y los criados. Hizo la distribución de las habitaciones y, en el último piso, me preparó un cuarto para que trabajase yo. Estaba un poco abuhardillado, pero tenía espléndidas vistas sobre el campo de golf. Estábamos tan encantados con la casa como si fuese nuestra, y todas las tardes íbamos de paseo a ella, y, encerrados en un pequeño salón, en dos cómodos sillones, frente a frente, hacíamos planes y proyectos para el futuro. Después de todo, los chicos, que era la única preocupación que teníamos, podían ir desde allí todos los días al Liceo de Bayona.

Cuando ya estaba decidido que saliera de Biarritz mi mujer para buscar el resto de la familia se presentó mi amigo el conde de Güell para hacerme un encargo. Se trataba de editar en París el catálogo de su colección de esculturas en madera policromada. Esta colección, laboriosamente conseguida, la había hecho en una gran parte con mi colaboración, recorriendo pueblos de Castilla y de Andalucía, y en ella estaban representados todos los imagineros españoles de los siglos XVI, XVII y XVIII. Deseaba hacer un gran volumen en edición numerada, y no más que de mil ejemplares, quinientos en castellano y quinientos en francés. Traía el texto escrito por él, para que yo lo revisase y pusiese un prólogo. Las reproducciones habían de hacerse lo más perfectas posible, y aspiraba a que fuese un excepcional libro de bibliófilo.

Con esto, nuestros planes se frustraban. Lo más práctico era que yo me fuese a París y mi mujer regresara a España en tanto durasen mis trabajos. Desde luego, volvería a esta casa con los chicos, en primavera.

Cuando yo llegué a París ya había en el Café de la Rotonde grupos de conspiradores. Yo, sin embargo, rehuí su trato íntimo, y hasta oculté el motivo de mi expatriación, aunque alguno de

estos amigos lo sabía. Con el único que hablé de política fue con Eduardo Ortega y Gasset, hombre bondadoso y cordial y de un republicanismo desbordante, aunque un poco infantil.

Me apliqué al trabajo que me habían encomendado, e informándome debidamente, llegué a la casa Dujardin, la única que en Francia, y posiblemente en Europa, tenía un taller de heliograbado. Era una casa histórica, en la recogida calle Vavin, detrás de los jardines de Luxemburgo. No se advertían en ella los talleres, y desde fuera parecía más bien un palacio. El mobiliario de su salón y sus despachos era de estilo Imperio, de la misma época de la casa, y sus alfombras, sus cortinajes y su decoración le daban un aspecto respetable, como correspondía a su clientela de reyes y aristócratas de todo el mundo.

Regentaba la casa monsieur Pietri, pariente del entonces ministro de la República, y con el que muy pronto hube de hacer amistad. Sin perjuicio de sus gastos de artista, era muy comerciante, y me costó no poco trabajo hacer con él un proyecto de contrato que había de aprobar Juan Antonio Güell. Le envié a éste, asimismo, unas pruebas de heliograbado sobre varias de las obras de su colección, que le entusiasmaron. Hizo entonces un viaje a París, para ultimar todos los detalles, y, para empezar la obra, elegimos papel y tipos de letra, que hubo de fabricar para estrenarlos en esta edición. El presupuesto, sin contar la retribución de mi trabajo, rebasaba la cifra del millón de francos.

En todos estos preparativos se invirtió bastante tiempo, ya que aspirábamos a que la obra apareciese de un modo perfecto.

En primavera, mi mujer, con los chicos, apareció en Biarritz. Yo fui a unirme con ellos, y durante aquel verano hice dos viajes a París. La casa Dujardin me había encargado asimismo algunos trabajos propios. Como refugio de mi actividad parisiense, recuerdo lo grato que era para mí el descanso en aquel jardín lleno de flores, en el que por las tardes mis chicos jugaban, acechando detrás de un lindero de mirtos a que cayese dentro de nuestro recinto una pelota de golf. Aún no sabíamos si habría pasado el peligro para que yo pudiese dar una vuelta por Valladolid, y al año justo de mi expatriación recibí la noticia de que podía volver con absoluta garantía. Recuerdo que este regreso no me hacía

mucha gracia, pero era inevitable, pues el periódico, que pasaba por la crisis y dificultades que le imponía su situación, me reclamaba. A principio de otoño hice mi regreso, suspendiendo mi acción directa en el libro que se editaba en París, de donde me mandaban pruebas y observaciones.

Mi regreso fue comentado, y de nuevo hube de sumirme en aquella desagradable lucha de pequeñas pasiones políticas. Observé, sin embargo, por la gran difusión que había conseguido nuestro periódico, que los entusiasmos que la Dictadura provocó en los primeros momentos, al menos en aquella ciudad, habían decrecido. Y no es que nosotros hiciésemos una oposición abierta, entre otras razones porque no podía hacerse, sino porque nuestros comentarios tenían un tono más abierto y libre que en los otros periódicos locales.

Yo entonces continué con mi colaboración diaria, que no había interrumpido desde Francia, y entre artículos de puro sentido literario intercalaba algunos de intención política: valiéndome, ya del apólogo, ya de comentarios de textos de la antigüedad clásica.

Entre estos artículos publiqué uno titulado *Cazadores de gorras*. Se acababa de crear el Somatén, y se organizó una concentración en la ciudad de todos los somatenes de la provincia. Acudieron, pues, estos beneméritos ciudadanos, llevando cada cual una escopeta de caza. El desfile fue grotesco. Hay que considerar que en Castilla no existía antecedente de esta organización, y que es difícil improvisar una institución de este tipo en donde no existe de ella ningún apoyo tradicional.

Recordaba en el artículo, claro que sin citar al Somatén, cómo en Tarascón no había sino una sola liebre y que todos los domingos salían los cazadores capitaneados por Tartarín a cazar al astuto animal. Mas como nunca conseguían ni siquiera verlo, a la vuelta, para que funcionasen las escopetas, lanzaban sus gorras al aire y tiraban sobre ellas, y al que más agujeros había conseguido en su gorra le declaraban vencedor.

El artículo, quizá por su ligereza, provocó muchos comentarios, y llovieron sobre el periódico cartas de los somatenes, protestando, y algunos anónimos injuriosos. La censura crea en

la sensibilidad fenómenos de hiperestesia verdaderamente inconcebibles, y yo nunca pensé que aquel comentario, en el que dominaba la nota de humor, produjera en la opinión aquellos efectos tan desproporcionados.

Mi mujer, con muy fino instinto y un sentido práctico del que yo carecía, me aconsejó que tomase el primer tren y me fuese a París. Yo no hice caso, pensando que aquella broma, en la alta política que creía desarrollar Primo de Rivera, no podía tener consecuencias, y mucho menos dar motivo para un procesamiento u otra sanción cualquiera, ya que yo en el artículo no citaba al Somatén. Y así prolongué mi estancia en Valladolid, aunque tenía que ir a París una semana después.

## 22

Comenzaba la primavera, y yo salí de casa aquella mañana con la mejor sonrisa. Todo parecía convidar a la divagación. Seguí la ruta de los soportales hacia la plaza Mayor, deteniéndome ante los escaparates de algunas tiendas. Y en la Fuente Dorada, contemplando los libros nuevos de una librería, se acercó a mí, tímidamente, un muchacho que yo creía era un forastero que deseaba alguna referencia, o quizá un transeúnte que se me acercaba solicitando lumbre para su cigarro.

El desconocido sujeto, antes de hablar, me mostró una chapa de metal que tenía oculta debajo de la solapa. Comprendí que era un policía.

—¿Qué es lo que usted desea? —le pregunté.

—Está usted detenido, y sígame usted hasta su casa, en donde pienso que no le van a dar buenas noticias.

Yo emprendí tranquilamente el regreso, y acompañado por el policía subía las escaleras, ignorando la sorpresa que me iban a dar. La puerta estaba abierta, y en la antesala de entrada estaba mi mujer con otros dos hombres, conversando con ellos en tono muy vivo.

—¿Qué pasa aquí? —pregunté.

Y uno de aquellos sujetos me alargó un sobre.

Saqué de él un documento, firmado por el gobernador, y en el que, fundándose en un artículo de la ley de Orden público, se me desterraba a Chafarinas. El apoyo legal era verdaderamente absurdo, ya que la pena de destierro que pueden imponer los gobernadores no puede ser superior a cien kilómetros de distancia. “En virtud de las atribuciones que me confiere el artículo...” Cuando, en realidad, tal artículo no le confería tales atribuciones. Pero esto, en aquellas circunstancias, no tenía importancia. El simple arbitrio de una autoridad era suficiente para deportar a un ciudadano, sin especificar el delito que se le imputaba, a un islote del norte de África. Mi geografía no era demasiado fuerte para determinar el lugar donde me mandaban.

De palabra me conminaron para que mi viaje se hiciese dentro del tiempo de doce horas, y durante él no podría salir de mi casa, en la que quedaba detenido bajo la vigilancia de aquellos dos policías, que eran quienes me habían de acompañar en el viaje. Yo pregunté si los gastos de este viaje corrían de mi cuenta, y uno de mis guardianes telefoneó al Gobierno Civil para preguntarlo. De allí contestaron que debía tomar el primer tren de la noche que salía para Madrid y que, desde luego, los gastos del desplazamiento corrían de mi cuenta, de no ser que prefiriese ir conducido por guardias civiles, por carretera. Yo doy por descontado de que de nada de esto tenía información Primo de Rivera, y que uno de los inconvenientes mayores que tienen las dictaduras es de que todos sus subalternos se creen dictadores, y piensan que no existen ni normas ni leyes para ellos, y que su voluntad es suficiente para legalizar cualquier atropello. Los policías que quedaron de vigilantes en mi casa tenían orden de que yo no recibiese visitas. He aquí un viaje inopinado, al que no podía acompañarme mi mujer. Dispuse, pues, mi equipaje, ayudado de mi mujer, que se pasó el día diciendo pestes de Primo de Rivera y de la Unión Patriótica. No hay nada tan grotesco en estas situaciones de fuerza como el querer constituir en ella el monopolio del patriotismo. Yo me resigné a mi destino con ánimo sereno, aunque aquel viaje sin límite fijo, y más no siendo un político profesional que en el destierro puede labrar su porvenir, entorpecía mis trabajos urgentes. Mi mujer hizo que diesen de



comer a los policías, y éstos, por la tarde, se humanizaron, tuvieron bromas con mis hijos, que encontraron divertida aquella situación, y dejaron que me visitasen algunos amigos.

—Señor Cossío —me dijo uno de mis guardianes—, nosotros comprendemos que esto que nos ordenan hacer es una barbaridad; pero no hay remedio: hay que hacerlo, porque el que manda, manda.

Ya dispuesto para el exilio, salimos en coche a la estación a las doce y media de la noche, para tomar un tren que partía a la una. En la estación me esperaba un grupo numeroso de amigos. El gobernador había mandado a la estación parejas de Orden público por si se producía algún incidente.

Recordado ahora con la debida perspectiva, y ya aquietadas las pasiones que nos movían en aquellos momentos, me parece este episodio de mi deportación un poco pueril. La agitación de aquellos amigos en torno mío podía reducirse al absurdo, pues todos venían a despedirme como si aquel viaje fuese el último que había de hacer en mi vida, cuya actividad mayor la he desarrollado en los viajes. Debía, sin embargo, agradecerles aquella prueba de afecto, pues en ello arriesgaban en tal ocasión bastante, y aquella despedida tenía el carácter de una manifestación política. El grupo iba haciéndose cada vez más numeroso, y yo desde la ventanilla lo contemplaba, y quizá me sentía un poco héroe de las circunstancias. Al arrancar el tren, se oyó un grito lanzado por una garganta anónima:

—¡Viva la libertad!

Luego sonó un aplauso y su tableteo se fue perdiendo en mis oídos con las últimas luces de la estación. Y, después, al recluirme en el departamento, pensé: “¿Y qué quiere decir esto de la libertad? Esta palabra, en el curso de la historia, se ha repetido tanto, incluso por los enemigos de la libertad, cuando la reclaman para ellos, que se ha ido desgastando hasta perder todo significado.” En aquella ocasión hubiese sido más claro el grito de “¡Viva la ley!”, pues cuando la ley es letra muerta, y las decisiones del gobernante se fían a su puro arbitrio, es muy incómodo vivir en tal país. Allí marchaba yo hacia un islote desconocido, confinado, sin saber hasta cuándo, sin conocer la ley que yo había concul-

cado ni el código donde se halla consignada la penalidad que se me imponía. Se me mandaba a Chafarinas por pura frivolidad, sin que el Gobierno ni la sociedad sacasen ninguna ventaja de ello.

Los policías que me custodiaban paseaban a lo largo del pasillo. Estaba muy cansado, como si en aquellas horas hubiese realizado un penoso trabajo físico. Encontré un departamento en el que no había ningún viajero, y pude tenderme en un asiento para dormir. En el diccionario enciclopédico me había documentado sobre el lugar adonde me conducían, y así, al cerrar los ojos, se me presentó un punto insignificante que no se consigna ni en los mapas, en pleno Mediterráneo, donde yo iba a tener mi morada hasta que el Gobierno creyese oportuno relevarme del confinamiento porque a los “cazadores de gorras” de la provincia de Valladolid se les hubiese acabado el disgusto.

Al amanecer, cuando el olor de la sierra entraba por las ventanillas, me senté en el asiento y contemplé a mis guardianes. El tren se había detenido, y en un farol de llama vacilante alcancé a leer en grandes letras: Ávila. De los dos policías, uno era más risueño que el otro. Ambos pertenecían a la vieja promoción de policías, cuando aún las novelas policíacas no habían influido en el oficio. Ello daba a mi viaje cierta emoción romántica. El gesto de los policías era magnífico. El puro gesto policíaco que en viejo melodrama corresponde a una función delicada y secreta. Mas yo me propongo transformar este gesto, hasta ganar en una comunicación sin palabras su fisonomía, que será tanto como ganarlos a ellos. El primero que se hace mi amigo es el de la sonrisa. El otro, el serio, continúa impenetrable, mas poco a poco se muestra dócil a los estímulos de la conversación, y, ya que no simpático, procura hacerse servicial. A nuestra llegada a Madrid es el primero que recoge mis maletas.

Domingo de Madrid, con buen sol y corrida de toros. La calle de Alcalá rebosa gente que inunda las terrazas de los cafés. Yo, entre mis dos policías, después de haber dejado mi equipaje en la estación del Mediodía, camino por el paseo del Prado, sin conocer a nadie, y seguro de que ningún transeúnte piensa que yo voy acompañado por dos agentes de la autoridad, y que soy

un delincuente. La censura ha prohibido publicar la noticia de mi confinamiento, y cuando en el curso de mi paseo me encuentro con algunos conocidos, me saludan con la misma naturalidad que si me hubiesen visto el día anterior.

Tomamos el aperitivo en un café de la Puerta del Sol, y entonces me acuerdo de que no hemos desayunado. No obstante, los policías beben alegremente, y ya la frontera que nos separa se va achicando. Les invito a almorzar. Ellos se resisten, quizá pensando en el cohecho, y al fin me dicen que si vamos a un lugar que sea barato, cada uno pagará su parte, ya que sus exiguas dietas de viaje no les permiten grandes gastos. Como no me interesa hacerme visible, nos refugiamos en el reservado de una taberna. Comemos copiosamente, con el mejor apetito, y ellos se me muestran grandes bebedores de vino e inteligentes sobre su calidad. Ya estamos en un plan de buenos amigos. ¿Y si fuésemos a los toros para hacer más corta la tarde? Esto no les parece discreto. Ellos tienen orden de realizar mi conducción con la mayor reserva posible. Pasamos la tarde en el Retiro, pues el tiempo era espléndido, y ya al anochecer nos refugiamos en el Café del Prado.

Cuando ganamos el correo de Andalucía con destino a Málaga, me acordé que apenas había dormido. Les pregunté si me autorizaban para que tomase una cama, pues necesitaba dormir, y ellos, que tampoco habían dormido, cruzaron entre sí una mirada, consultándose mutuamente, y no opusieron ninguna objeción a mi deseo. Ellos quedarían vigilándome en el pasillo del coche cama. Pero, ya acomodado en mi departamento, me instan para que comparta su cena. De esta cena que les han preparado en una taberna cercana a la estación ha de nacer nuestra buena amistad. Cuando encienden unos habanos que les ofrezco, empiezan a ser mis confidentes. Son cerca de las doce de la noche cuando me dispongo a dormir. ¡Cómo agradece mi cuerpo las sábanas!

Quien viniendo de Castilla no haya despertado una mañana en Andalucía no sabe lo que es un dulce despertar. Empieza a tenderse el sol en los campos y los olivos, a crear la sombra andaluza, sedante para aquietar toda pasión. La tierra es de un ver-

de suave y las hojas tienen un polvillo gris que no consigue lavar el rocío de la mañana. No debemos dejarnos sugestionar por la luz viva del sol, y, para ver las cosas con claridad, acojámonos a la sombra de Andalucía, sombra de olivo, de muro blanco, de pestañas...

La guardabarrera nos sonríe con la bandera roja en el brazo y una flor en el pelo; y en ella, aún más que la mujer, nos parece que nos sonríe el paisaje. Habitados a la austeridad castellana, tardamos algún tiempo en comprender la gracia ligera del campo andaluz. Suaves ondulaciones en la llanura pregonan en un paso alado los olivos. En los pequeños andenes de las estaciones rurales nos va conquistando el acento. Las sílabas se duermen perezosamente en el aire, y los pregones de los vendedores empiezan a tener música. Nadie diría que este camino tan florido y de tan suave sonoridad es el camino del destierro.

Y en cada lugar del paisaje hallo un motivo que me invita al descanso. Cerca de esa casa blanca y cuadrada, con mesas bajo el emparrado, a cuya sombra unos hombres con guayaberas blancas y sombreros anchos hablan pausadamente ante unas copas doradas. A cada paso del tren la vida se hace más lenta. Diríase que aquellos hombres renuncian a toda conquista después de haber conquistado el sol.

Converso con mis guardianes. Uno de ellos no ha visto el mar nunca. El otro me descubre que es andaluz, de cerca de Córdoba, y se le alegran los ojos al decirme que ha parado el tren cerca de su pueblo. Pero ya estamos llegando a Málaga.

Al fin descendemos del tren, y allí nos enteran de que el vapor correo de Melilla no sale hasta el día siguiente a las cuatro. Así entramos en la ciudad al trote largo de los caballos, a una fonda modesta, pues los policías dicen que no pueden ir a un buen hotel y que yo se lo pague. Málaga es una gran calle que desemboca en el puerto. En torno de ella, otras estrechas y sinuosas, con ese aspecto colonial que tienen las ciudades que negociaron con América. ¡Qué bien se mira Málaga con el mar! Yo diría que es la ciudad más bella de España, si no fuese porque en ella se acaba España.

Me dan en la fonda un cuarto blanqueado, con las puertas y las ventanas pintadas de verde. La cama es de hierro, pero con colcha y sábanas blanquísimas. Estoy terminando de afeitarme cuando me avisan que abajo, en el pequeño comedor, me esperan unos amigos. Aún intento bañarme en un balde de cinc lo suficientemente estrecho para que llene de agua el pavimento de mosaico blanco y negro, y al fin desciendo al comedor, en el que me aguarda un grupo numeroso de amigos. Las verdes persianas prestan un aspecto de acuario, y veo a aquellos amigos envueltos en una luz tan difusa, que no consigo conocer a ninguno. Se adelanta para abrazarme José García Guerrero, político albista, que fue gobernador civil de Valladolid. Se han enterado de mi llegada por el representante de la Transmediterránea, que ha recibido orden de su Compañía para que me acompañe y me dé cuanto necesite. García Guerrero es un solterón de edad indefinida, muy acicalado y como encorsetado, sumamente cordial y simpático, y con ese señorío andaluz que ofrece siempre una hospitalidad alegre. Me dicen que están todos dispuestos a acompañarme hasta mi partida, y que en las veinticuatro horas que debo estar en Málaga nos divertiremos. Yo señalo a los policías, y ellos son quienes tienen que decir hasta dónde es prudente mi exhibición por lugares concurridos de la ciudad. Un muchacho alegre y decididor y con aspecto de juerguista se encarga de catequizarlos.

Yo les digo que me encuentro muy cansado, que haré un almuerzo ligero, y después me acostaré. Así quedamos citados para las siete de la tarde.

Aquella noche, después de cenar, me llevan a un teatrillo de género frívolo. Han tomado tres palcos, y uno de ellos lo destinan para los policías. Éstos, ante la arrolladora simpatía andaluza, no pueden resistirse. Desde el teatro, tenemos en un colmado una sesión de cante y baile. Nos acompañan algunas artistas del teatro. Se bebe copiosamente y se come mucho jamón y mariscos. Los policías deben de encontrar aquello agradable, porque de vez en cuando sonríen y, en un momento, por sorpresa, advierto que el policía andaluz está haciendo las palmas a un *cantaor* flamenco. Nos acostamos a las tres.

Al día siguiente, como despedida, nos ofrecen un almuerzo, a la una, en la Caleta. Los policías, ya embalados, nos ponen dificultades, y el administrador de García Guerrero, andaluz típico, ya proveyecto, pero flexible como una caña, los acompaña a comer a un reservado inmediato a donde nosotros comemos. Excelente vino andaluz y magnífica sopa de pescado. Ya mediado el almuerzo, aparece el administrador, y me dice confidencialmente:

—Los policías están ya bien puestos. No sé cómo podrán llegar al barco. Si usted quiere, puede marcharse. Lo que sí le aseguro es que no le siguen a derechas ni veinticinco pasos.

Yo sonrío. Es curioso que sea yo quien tenga que embarcar a los policías.

Estamos junto al mar, y miro melancólicamente el horizonte. Hacia allí deben de caer las islas de mi destierro. Zumban las moscas en la playa, y en una habitación inmediata rasguea una guitarra. El aire enervante me va ganando minuto a minuto... ¿Quién piensa salir de aquí? Andalucía es una sugestión demasiado fuerte para un prisionero. Y durante esta comida yo pienso que son dos prisiones las que pesan sobre mi espíritu. Pero, ¡arriba el corazón!, no hay que dejarse ganar por la tristeza andaluza. El barco espera en el puerto. Naveguemos hacia las misteriosas islas y pongamos un poco de olvido sobre España.

## 23

Bella noche de mar. Las aguas no se mueven y el Mediterráneo parece un gran lago rebosante de luz de luna. Los policías, que han entrado en el barco un poco mareados, se recogen en sus literas, y mareándose mucho más por su inexperiencia en travesías marítimas, no bajan al comedor a la hora de la cena.

Viajan con nosotros militares que van a incorporarse a su destino, negociantes de la guerra y artistas de *music-hall*. Entre éstos, un prestímano, que se hace mi amigo, y me descubre misteriosamente el secreto de sus juegos. Es un hombre ágil e ingenioso que asombra a los militares y al capitán del barco a la hora de la cena. La velada se prolonga, y es muy tarde cuando me recojo a dormir. Al despertar, siento un ruido de cadenas, y por el ojo

del camarote percibo un puerto lleno de soldados, entre grandes montones de naranjas, y una ciudad cercada de murallas, que parecen de arcilla cocida.

Melilla es una gran ciudad que ha creado la guerra. Barrios hebreos con muchos bazares y moros ricos por las calles, caminando majestuosamente. Por todas partes se siente el paso del oro, y, por la noche, en los barrios extremos, los militares continúan la guerra... con los corchos de las botellas de champán. Los negociantes se han hecho insensibles al dolor y la muerte. Pasan las camillas con los heridos del último combate, y la música del café continúa sonando.

No bien desembarcamos, dimos un paseo por la ciudad para hacer tiempo a que nos recibiera el gobernador militar. Entré en su despacho a las once de la mañana. Ocupaba este cargo el general Castro Girona, que hubo de acogirme con mucha amabilidad. No tenía la menor noticia de mi confinamiento, y hube de explicarle la forma en que se había realizado y el posible motivo de él. Cuando le dije la idea general del artículo que molestó a los somatenistas de Valladolid, rió de muy buena gana, y me dijo que si lo hubiera conocido Primo de Rivera se hubiese reído también.

—Desde luego —añadió—, no creo que el general tenga la menor noticia del caso de usted, porque si la deportación hubiese sido cosa suya yo lo sabría. No tengo, pues, nada que decirle.

Le advertí entonces que hasta allí me habían acompañado dos policías de Valladolid.

—¿Y esos policías están aquí?

—Esperan en la secretaría...

Entonces el general pulsó un timbre, y apareció un ayudante.

—Creo —dijo— que esperan ahí dos policías, que han venido acompañando al señor Cossío. Deles usted un volante que diga que este señor está bajo mi jurisdicción, y que me hago cargo de su entrega. Y que ellos pueden retirarse a su destino.

Y después, dirigiéndose a mí, dijo:

—En cuanto a usted, queda en absoluta libertad y puede hacer lo que quiera. Puede usted incluso escapárseme, pasar a Argelia, y desde allí ir a Francia.

Yo le atajé en seguida:

—Muy agradecido, mi general; pero le confieso que lo más cómodo para mí es cumplir mi condena. No creo que ésta se dilate mucho, mientras que mi expatriación voluntaria podría colocarme en situación de no volver a España mientras dure el gobierno de Primo de Rivera.

Cuando me puse en pie para despedirme, anunció un ayudante que había llegado el comandante de Chafarinas. Castro Girona le hizo entrar inmediatamente. El comandante no tenía tampoco noticia de mi deportación. La orden de acogerme bajo su jefatura no le había llegado todavía.

—Pues a usted lo entrego —dijo Castro Girona—. Por mi parte, ya le he dicho que puede hacer lo que quiera.

—Y por la mía también, ya que hasta este momento no sé nada de este señor. Ahora bien: le aconsejo que se venga conmigo. En Chafarinas lo pasará usted bien. Ahora, además, es el mejor tiempo. Creo que durará poco su cautiverio. Y si yo no recibiese en quince días orden ninguna de retenerle allí, le proporcionaría la salida para que pasase usted a Francia.

Castro Girona me despidió muy cortésmente, y quedé mano a mano con el comandante de la isla. Éste era hablador y muy comunicativo. Conocía a todo el mundo, y a todos, moros y cristianos, les daba palmadas en la espalda. Entraba en las tiendas como si fuesen suyas. Cogía sin pedir permiso los objetos y los sacaba a la luz. Hizo copiosas compras, pues me dijo que en Chafarinas no había nada de nada. Solamente buena ginebra, buen whisky, buen coñac.

—De alcohol y tabaco, lo que usted quiera. En cambio no tenemos agua, ni falta que hace, dicen algunos, mirando el mar. El agua nos la tienen que traer en barcos aljibes desde Málaga. Mas con todo esto, conocerá usted un pequeño país muy agradable. En cuanto al correo, va cada ocho días. Hoy, a las cuatro, precisamente, sale. Llegará usted el día justo.



En nuestras idas y venidas, nos encontramos con los policías que, en la puerta de una tienda llena de alfanjes, gumías, chilabas, caftanes, almohadones, pipas..., que se derramaban profusamente hasta el centro de la calle, regateaban unas babuchas, frente a un viejo hebreo, de barba puntiaguda y ademanes muy suaves. Se los presenté al comandante, y éste, inmediatamente, con su natural alegría y frivolidad, intervino en la transacción y consiguió un precio tres veces menor que el que les pedían. Me despedí de ellos, agradeciéndole las atenciones que habían tenido, y el más joven y simpático me dijo al estrecharme la mano:

—Para nosotros ha sido un honor el venir con usted. Fiamos en su caballerosidad, y no nos hemos engañado.

Y me quedé solo con el comandante, quien me invitó a comer en un restaurante del centro, en el que había muchos oficiales comiendo y hablando a gritos de unas mesas a otras. Servían unas muchachas con cofias, vestidas de negro, que pasaban por el breve trecho que dejaban las mesas como sombras. Los clientes eran oficiales que venían con permiso de las posiciones, y que se preparaban una noche alegre que les compensase de los rigores de la campaña.

El comandante los conocía a todos, y para cada uno tenía la frase conveniente. Entonces me convencí de que aquel jefe era en la zona de Marruecos un hombre popular, a quienes todos querían. Con su apariencia de hombre ligero, pude observar más tarde, en mi trato con él en la isla, que era un hombre enérgico, con esa energía que no admite discusión que tienen los aventureros. El gobierno de una colonia penitenciaria, en la que había más de dos mil reclusos, exigía un carácter así.

El comandante de Chafarinas, don Arsenio Fuentes, era un levantino que en su mocedad fue periodista. Hombre de mediana estatura, ojos muy expresivos, y todos sus miembros con movilidad extraordinaria. Hablaba mucho, y aunque saltaba de unos asuntos a otros, siempre tenían sus parlamentos un tono de coherencia. En el café convida a todo el mundo; da buenas propinas a los criados; a cualquier transeúnte lo detiene para hacerle campechanamente un encargo; tiene entrada franca en todos los lugares; conoce antes que nadie las noticias, y como en Chafarinas

se vive en un gran aislamiento, siempre que viene a Melilla pone telegramas, extractando las informaciones de los periódicos. Bien pronto, a lo largo de su charla, mi vigilante se convierte en mi amigo.

El barco en el que salimos para Chafarinas, el *Gandía*, es un pequeño paquebote muy marinero. Su capitán, don José Ors, grande, risueño y cordial, levantino también, me hace subir al puente con el comandante, y ya el barco en plena mar se sienta con nosotros y se derrama en efusión.

Vamos siguiendo la costa, desde Melilla a Cabo de Agua, y la tierra perfila a nuestro paso, sobre el azul, una línea amarilla, tan fina y brillante, que parece trazada con un rayo de sol.

Después de tres horas de navegación divisamos una niebla lejana: allí están las islas.

Fijo mi vista en ellas, no llego a saber si soy yo el que avanzo o si son las islas quienes se aproximan a mí. La solitaria isla del Congreso, que se adelanta hacia nosotros de un modo decidido, cubre las otras dos. Mas a poco empiezan a surgir tras ella la de Isabel II y la del Rey. Ésta es la más pequeña de todas, y en ella se descubren unas tapias blanquísimas, de huerto o palomar andaluz: es el cementerio. Un cementerio sin tierra, sobre roca, en la que penetran los muertos para ser apisonados con piedras. La de Isabel II es la única habitada, y desde el barco se nos ofrece como un promontorio de roca, áspero y seco, limpio de vegetación, cercado por una breve muralla que da a la isla el único perfil militar; con largas edificaciones de un solo piso, en lo más alto el viejo presidio, y en los extremos de esta extensión, que tiene forma de ballena, la Comandancia y el faro.

Estas islas están muy próximas a la frontera argelina. En enero de 1848 las ocupó quien había de ser general Serrano, tomando posesión de las mismas en nombre de España. Francia intentó quedarse con ellas en 1849; pero, por fin, reconoció el mejor derecho de nuestro país. Casi desde los comienzos de la dominación española hubo en ellas un presidio, y a este recinto, al comenzar las guerras coloniales en las Antillas y Filipinas, vinieron confinados los más notables cabecillas cubanos y filipinos.

Se adelanta un bote a nuestro encuentro. En él viene a recibirnos el elemento oficial. Voy a tomar tierra en una isla en la que no hay apenas tierra. La isla no es sino un barco informe, anclado en medio del mar. Al lado del comandante asciendo por una pendiente hacia su residencia.

El fuerte sol de África nos envuelve amablemente, ya preparándose el atardecer, y todo es tan luminoso que los ojos buscan la única sombra posible, la de la muralla, que de cerca parece una muralla de teatro. Poco después de la ocupación se trajeron unos cañones prusianos, procedentes de la guerra del 70. Pero, por las apariencias, estos cañones jamás dispararon, y hoy aparecen enmohecidos por el mar, rojos por el orín y atacados con corcho como vulgares botellas.

Llegamos a la Comandancia y nos tendemos en los divanes de la entrada. Un gran silencio nos envuelve. Es como si hubiésemos soltado todas las amarras que nos sujetan al mundo. El comandante va de un lado para otro dando órdenes; le presentan un montón de papeles para que firme, y su ayudante le da al oído noticias reservadas. Dos moros, a la puerta, sentados en el suelo y con las piernas cruzadas, aparecen imperturbables, como si, en su inmovilidad de estatuas, no pareciesen seres vivos.

Tras un breve descanso, en el que consumimos unos vasos de whisky, el mismo comandante me lleva a la celda que se me destina.

—Por mi gusto —me dice— viviría usted conmigo en la Comandancia, pero esta gente de aquí es muy envidiosa, y no quiero establecer preferencias. Ahora bien: usted estará sometido a un régimen especial, y en mí tendrá siempre, no al jefe, sino al amigo.

Un corto pasillo de entrada con un corralillo al fondo; cuatro paredes blancas y una ventana abierta sobre el mar. En las puertas, ni cerrojos ni pasadores. Todo está seguro por la misma naturaleza del confinamiento. Quizá los orígenes de la delincuencia se hallen en los caminos para huir. Aquí las aguas que nos cercan, bajo altos acantilados cortados a pico, son nuestros guardianes, a quienes no se puede sobornar como a los humanos.

En un ángulo de la celda descubro la cama; en otro, una mesa; un taburete y un lavabo completan el menaje de aquel pequeño recinto. Sobre la cama, dos mantas, una roja y otra gris, y en la pared un quinqué de latón, en el que sólo falta el nombre de un pueblo, como en los quinqués de las estaciones de ferrocarril.

Sentado en la cama, mientras cae la tarde, pienso que estoy en la sala de espera de la estación de ese pueblo apartado al que el tren mixto no acaba de llegar nunca.

En ninguna parte recuerdo haber sentido la emoción de la soledad como en aquel lugar, al que me habían conducido, dejándome en un total abandono. Sólo el mar que me cerca me habla lentamente al oído, queriendo ensayar el primer diálogo conmigo. Este mar que va a ser durante mi destierro mi mejor confidente. La celda me va dando, en tanto, la lección justa de lo necesario. Sólo mis maletas de piel, con nombres de hoteles de distintas ciudades, desentonan en aquel ambiente austero. Mis maletas y mis libros, recién desembalados, que se amontonan en la mesa. Recinto demasiado estrecho para mis meditaciones de confinado, aunque a mí se me ofrecen estas paredes blancas como cuatro cuartillas de papel que me brinda el Estado español para escribir mis reflexiones y proyectos.

Se me presenta un soldado. Es el ordenanza que me ofrece el comandante para mi servicio. Un muchacho muy joven, rubio y con cierto aspecto rural. Me pregunta si quiero que me traiga para cenar el rancho o prefiero lo que me prepare el señor Zamora, cocinero del hospital. Yo le he oído al comandante que allí el rancho es magnífico, y que él muchas veces lo encarga para comerlo. Me decido, pues, por el rancho. A poco regresa con un potaje de garbanzos y arroz, y, flotando en él, unos cuantos langostinos. Me ofrece, además, media botella de vino y dos grandes naranjas de Argelia. Un verdadero banquete.

Cuando termino y recobro de nuevo mi soledad, la lejanía se va tornando gris. Enciendo la lámpara, y el mar se borra de la ventana, en tanto que la llama traza sombras sobre la pared, como un dibujante malhumorado. Trato de apretar mi memoria para recordar todo lo cotidiano de mi vida. Mis chicos viniendo de los colegios; mi mujer que no sabe de mí, y quizá piense que

mi vida corre peligro; la redacción del periódico, en la que se estará recordando mi ausencia; aquel rincón del café donde, a la madrugada, se reunían cómicos y artistas, y se hablaba de los estrenos y de los grandes actores ya muertos... Todo esto ¡qué lejano, y que impotencia la mía para acercarme a aquéllos!

Y, sin embargo, pensaba que la libertad física da a esta palabra un sentido mucho más profundo que la libertad moral. El no poder salir, el estar encerrado, presta a nuestro pensamiento serenidad. Es la imposibilidad material de optar.

Nada nos atormenta tanto en la vida como la opción: que nuestra voluntad tenga que decidir entre hacer o no hacer. Aquí, en este aislamiento del que no puedo salir, mi voluntad descansa totalmente por primera vez en la vida. Podrán llegar a mí las más graves y lamentables noticias, mas yo, desde mi confinamiento, nada he podido hacer para remediar aquello. Cuando nos creemos libres, juega con nosotros, muchas veces, la fatalidad. La fatalidad, en cambio, aquí no nos hostiga; el mal o el bien que nos traiga es ajeno a nuestra acción u omisión.

Se ha ido haciendo la noche, y, detrás de la ventana, empieza la luna a descubrir plateadas imágenes. El sonido del mar llega a mí muy leve y lejano. Y, de pronto, en este silencio, que me hace pensar que me hallo en una isla desierta, llega a mi oído algo así como el zumbido de una abeja. Me acerco a la puerta, y entonces advierto que frente a la mía, al otro lado del pequeño pasillo, hay otra puerta, y por sus rendijas salen unos rasguños de luz. De allí proviene el ruido. Me acerco entonces a la puerta, y llamo levemente con la mano. Una voz fuerte contesta desde dentro:

—Entre quien sea.

Es una estancia idéntica a la mía, y en ella todo el suelo está ocupado por una ciudad en miniatura. Calles, plazas, iglesias, rascacielos, jardines..., y ante una mesa, moviendo con el pie una máquina de marquetería, bajo el reflector de la luz, aparece un hombre extraño en mangas de camisa. Al entrar se pone de pie. Es alto y muy magro, y a su semblante, desde la sien, lo cruza una profunda cicatriz.

—¿Es usted el nuevo vecino? —me pregunta.

—Yo soy —le respondo—, y no contaba tener un compañero tan próximo.

—Poca compañía podré hacerle. Vivo muy retraído y apenas salgo. Por el día leo libros de física y astronomía, y por la noche me dedico a hacer piezas de marquetería. Como usted ve, ahora estoy construyendo una pequeña ciudad.

—Son admirables su habilidad y su arte.

—Por la noche, para dormir, es posible que le moleste un poco.

Hago signos negativos con la cabeza.

—No, no niegue usted. Es, sin duda, un ruido muy molesto. Mas no se desespere, es cuestión de tiempo: todos han acabado por acostumbrarse.

—Pues buenas noches, entonces; no le importuno más. Y puede manejar la máquina cuanto quiera.

—Agradecido, y si usted necesita algo llámame a cualquier hora, pues yo no duermo —y diciendo esto, me volvió la espalda y se puso de nuevo a trabajar.

Yo entré en mi celda y no podía quitarme de la imaginación el efecto que me produjo aquella cicatriz. No sabía ni quién era aquel hombre ni cuál su nombre, ni por qué estaba allí, ni cuándo ni cómo se había producido aquella cicatriz... Me decidí al fin a meterme en la cama, y confieso que más que el zumbido de su máquina no me dejó dormir en mucho tiempo la impresión que me produjo el semblante de aquel hombre.

Y, al fin, después de muchas vueltas y de ahuyentar mis pensamientos con las manos, como a moscas impertinentes, conseguí un sueño profundo y reparador.

Y mi último pensamiento fue: “Mañana, con la nueva luz, tendré nuevas ideas.”

## 24

Al abrir los ojos, toda la celda se ha inundado de luz. En el primer momento desconozco el lugar; mas de pronto vienen a mí todas las imágenes del día anterior. Será preciso, en cuanto me vista, echarme fuera y reconocer la isla. Es, en cierto modo, el

despertar de un naufrago, y aun me parece que tengo las ropas mojadas, como si aquella tierra firme la hubiera pasado nadando.

Antes de salir a la calle entro en la celda inmediata, a saludar a mi compañero de prisión. Es éste un comandante de caballería, de la Escolta Real, condenado a cadena perpetua por parricidio. El comandante Verdugo. Fue actor de un drama conyugal, que tuvo unas semanas de viva actualidad en España, pues la víctima era una actriz conocida: Margarita Robles. Por haberle prohibido actuar en el teatro, cuando se casó con ella, se produjo una desavenencia que los separó. Ella se contrató como primera dama en una compañía. Una noche, el comandante Verdugo penetró en el escenario durante la representación, y en el escenario, y frente al público, la actriz cayó muerta de un disparo de revólver. Un segundo disparo fue a hacer blanco en el cuerpo de un tramoyista, que también murió. Ante la consternación general, el comandante volvió el arma contra sí y se disparó contra su sien. Cayó también herido, mas la cirugía logró salvarle. El recuerdo tangible de aquel drama lo lleva el comandante en la cicatriz que cruza su rostro.

Es este recluso un hombre de mundo, pero no habla apenas. En cada hora vive una hora equivalente del pasado, y por las tardes, en el rincón más recogido de su celda, mitiga su aburrimiento como un elegante puede hacerlo en un club. Ha adornado su celda con papeles de distintos colores que, pegados a la pared, hacen el efecto de azulejos, y sus manos se ejercitan con singular ingenio en labores de marquetería.

Aún está en la cama cuando yo entro, y a su lado tiene una botella de coñac, un caneco de ginebra y un montón de libros. Apenas sale de su celda y no se asoma al mar más que los días de correo. Estos días, desde las tres de la tarde, otea el horizonte, y cuando ve aparecer el barco sale reposadamente al puerto. Es como si esperase una noticia importante que no acaba de llegar nunca.

Me despido de él, y al pisar la calle he de entornar los ojos para que no me ciegue la luz. Es la calle principal y casi única de la isla. Va cuesta arriba, desde la Comandancia militar hasta la plaza, y encontramos en ella el hospital, el telégrafo y una taber-

na que tiene una mesa de billar. La puerta de mi celda está al final de esta calle, y desde ella se divisa un trozo de mar, el único trozo de mar que modera un poco nuestra sensación de abandono, pues más que un mar parece un lago que se extiende desde las costas de Cabo de Agua a nuestro puerto. Por aquí se desciende al muelle, y raro es el momento en que este lugar no nos ofrece una estampa colonial.

En esta primera mañana llegan a Cabo de Agua los comerciantes marroquíes. Las chilabas de color de tierra oscura se recortan en el aire, y los más próximos a la costa parece que las han tendido sobre el mar, salpicando el azul de minúsculas islas oscuras. Ponen sobre el suelo sus productos: los higos chumbos, las naranjas, los plátanos, las gallinas..., y hasta las puertas de la residencia del comandante llegan las primicias de estas mercaderías, pues los moros, ante la autoridad, sienten un desprendimiento supersticioso.

Entre los vendedores pasan los prisioneros moros que trabajan en las obras del puerto. Es una hilera ininterrumpida de hombres cobrizos, vestidos muy ligeramente, que empujan carretillas y alzan al aire palas y azadones. Con el blanco turbante secan de vez en vez el sudor de su frente. Todos los pechos desnudos se arrugan con la fatiga del sol, y sólo sonríen los que tienen el agua a la cintura, este agua transparente del Mediterráneo, que cerca de los muelles toma una negrura de abismo.

Entro en la Comandancia para saludar al comandante, y aquí los colores coloniales se acentúan. En la gran galería de cristales cuelgan de los muros tapices árabes; hay por el suelo alfombras orientales, y a todo lo largo divanes llenos de almohadones.

La Comandancia parece desierta. Zumban las moscas en torno mío, y de una estancia próxima me llega el rasgueo de una pluma corriendo sobre el papel. Me tiendo en un diván y espero. Tras de los cristales se siente el mar, y la luz penetra por ellos atropelladamente, derramándose por alfombras y almohadones, robándoles el color, y saliendo después perseguida por las moscas.

Empiezo a sentir la lentitud del tiempo; este tiempo que no lo sabe medir mi reloj. ¿Qué significan los minutos y las horas



en la isla? Es tan hondo el silencio que me rodea que tengo miedo de él. Por un silencio así, como el equilibrista sobre el alambre, debe de venir la muerte. Y salgo de nuevo fuera. Ya en la calle, lanzo al sol mi tarjeta de desafío. Voy a recorrer la isla.

¿Pero es esta isla una isla habitada? Y por unos instantes me olvido de los vendedores y de los que trabajan en el puerto, en tanto que busco al transeúnte europeo con quien poder cruzar la palabra y con quien jugar a la vida continental.

Mas hacia mí se acerca un moro magnífico, de chilaba gris perla y turbante amarillo, a quien acompaña un esclavo negro, con blanca camisa de pechera rizada y un bombacho de paño azul. Muley Mustafá Raisuni, antiguo bajá de Arcila. Viene a mí sonriendo, y me saluda con esas reverencias inimitables que sólo pueden dibujar en el aire los moros, y que son como la esencia de la elegancia. Más que la boca, que se enmarca en una barba muy negra, sonríen los ojos de Mustafá; los ojos que despiden una luz mate de azabache empañado. El esclavo aguarda a leve distancia, y hay en esta escena cierto color de Epifanía. Nuestra vista busca tras estos dos personajes ese séquito de camellos cargados con cofres que tantas veces hemos visto en los museos, decorando con la pompa oriental el misterio del nacimiento de Jesús.

Mustafá me llama compañero, se encoge de hombros y sonríe. ¡Qué estoicismo más admirable en esta sonrisa!

—Hay que esperar —me dice.

Y en el momento de marcharse, siguiendo su camino, como último comentario, me lanza una frase perfecta, que encierra toda la filosofía de Mustafá, cautivo:

—Gobierno estar gobierno.

Es decir, la autoridad sobre todas las cosas, justas e injustas, en tanto que la autoridad es fuerte y nos domina. Yo le veo alejarse reposado y solemne hacia la Comandancia. Los moros, a su paso, se inclinan hasta rozar la frente con el suelo.

Subo hasta la plaza. Ya no hay en la isla sino un punto más alto: la torre de la Conquista. Un fortín en ruinas, con unos cañones desmontados. Aquí, en la plaza, cerrada por un lado por la iglesia y abierta por otro en una terraza sobre el mar, comien-

za a percibirse el sentido de la isla y el valor de las palabras “aislado” y “aislamiento”.

El agua nos cerca y aprisiona, inmovilizándonos para toda aventura. Estamos en la cima de una montaña que un lejano cataclismo sumergió en el mar; pero una cima tan seca y pelada, que la paloma bíblica no hubiese podido en ella hallar una rama con la que dar fe, en el arca, de tierra próxima.

Esta dureza e inmovilidad con la roca contrasta con el eterno fluir del agua que la ciñe. Se puede dar la vuelta completa a la isla por un paseo que le llaman de los Tristes. Breve paseo, pues el diámetro de la isla no llega a dos kilómetros. Es fuerte y hondo el acantilado. El mar se rebela contra la roca en un cerco de espuma, y detrás de la espuma se marcan caminos sobre las aguas, igual que los pequeños caminos de la montaña, que se entrecruzan y se pierden sin llevarnos a ninguna parte. En estos caminos, los isleños de Chafarinas tienen siempre puestos los ojos.

Desde el faro se domina toda la roca, y también su desolación. Se ve bien, desde esta altura, la higuera de la Comandancia, el único árbol, y también unos geranios que crecen a la entrada del hospital. Pero en ninguna parte nada que anuncie la existencia de una fuente.

El agua han de traerla desde Málaga, con dieciséis horas de navegación. Dos veces por semana llega el barco aljibe, y en estos días la roca, muerta de sed, parece que descansa y refresca. Y pienso en un instante: “¿Cómo sería la vida en esta roca para quien no haya salido nunca de ella? ¿Podrá este recluso resistir un año y otro a la tentadora sugestión de las aguas?”

El torrero, a la puerta del faro, riega unos tiestos. Hay en su semblante una extraña expresión de soledad. Por no tomarse, sin duda, el trabajo de hablar conmigo, entra en la casa precipitadamente, y, por la puerta, a medio abrir, percibo un patio andaluz, con reflejos azules y blancos. Por entre esta fuerte claridad pasa corriendo una mujer. Es la primera mujer que he descubierto en Chafarinas.

Continúo dando la vuelta, y el mar acaba por confundirme. Todo lo gran dialéctico que es en una playa, en la que las olas argumentan sobre la arena, es de sofista en las islas. Diríase que

quiere ganar la tierra que cerca por el engaño. Cada ola trae una dirección distinta, y no podemos reconocer la ola directa, de España, que trae un mensaje de nuestros amigos. Buena experiencia tienen de lo que es una isla quienes cierran sus ojos al mar. Pero, sin darme cuenta, he llegado ya de nuevo al puerto. Aquí los botes se balancean en el mar, invitándonos a salir, y de Cabo de Agua se acerca una motora llena de moros. Son más vendedores, pues todo lo que se consume en la isla hay que traerlo de fuera. El moro, sobre el mar, adquiere el aspecto de una gran pintura. Chilabas y turbantes se extienden con el viento igual que las velas, aunque la inmovilidad musulmana parezca hecha para la calma, cuando las telas deshinchadas no encuentran el temblor ni del viento ni de la brisa. Cada moro parece posar para un retrato, y, a su lado, los cestos con frutas dan a la escena un color pictórico. ¡Qué color más limpio, de paleta recién estrenada, el de una pirámide de naranjas, recortada en el azul del mar!

Mas el sol me ha vencido. Este sol engañador de África, que llega embozado en ráfagas de viento caliente. Y huyendo del sol, me refugio en la taberna de Curro.

Curro es el primer poblador de la isla. Nadie conoce el mar de Melilla a Cabo de Agua como él, y nadie sabe tampoco la historia de la isla de un modo tan perfecto. Toda la familia de Curro se halla establecida en Chafarinas, y él no siente la necesidad de otro mundo para vivir. Curro habla perfectamente el árabe, pero no se ha contaminado con las costumbres indígenas. Es un auténtico español en un lugar donde parece que todo el que ha llegado ha perdido su nacionalidad. Curro ha vivido siempre entre militares, y es antimilitarista. En una ocasión salvó a unos naufragos exponiendo su vida, y la recompensa la otorgó el Gobierno al comandante militar. Cuando Curro cuenta este episodio, su discurso estalla en una indignación arrolladora. Después se calma y pasa al relato de pescas maravillosas, de cacerías en el Muluya, de tormentas y temporales, y de trágicos episodios de la vida penitenciaria. Todo el pasado de Chafarinas, desde su ocupación, lo sabe Curro. Y, además, en todos los sucesos, de modo más o menos directo, ha intervenido él. Ocupada la isla por el general Serrano, el padre de Curro puso en ella el primer esta-

blecimiento de bebidas. Quizá el alcohol es el primer mensaje que el descubridor lleva a un país.

En la isla no hay otro remedio sino beber. Hay que combatir el microbio que se cría en el aislamiento. Todas las horas son buenas para tomar ginebra y, a la tarde, los habitantes de Chafarinas empiezan a surgir en la calle sonrientes. Parece que todos ellos pasean con una ilusión continental. Paseos arriba y abajo de la plaza, como en el salón de un casino que tuviese pintada al fondo una buena marina.

Como en la isla no se tarda nada en encontrarse la gente, hasta mí llega el comandante para ver si he descansado. Manda sacar una botella y comienza a hablar, animado del más bullicioso optimismo. El comandante está seguro de que he de estar allí muy poco tiempo y, además, de que el día que me autoricen volver a la Península lo he de sentir. Luego me da una noticia que cree que me ha de interesar. Ya no voy a estar solo como preso político, y arroja sobre la mesa un telegrama. El Gobierno ordena al comandante que prepare tres celdas: para el profesor Jiménez de Asúa, para un abogado santanderino y para un estudiante madrileño. El anónimo de estos dos confinados excita mi curiosidad. El Gobierno ni siquiera recuerda sus nombres.

La noticia, sin que pueda evitarlo, me hace sonreír. El comandante sonrío también y termina diciendo:

—Usted lo verá, nos vamos a divertir mucho. Cuantos más vengan, mejor.

Yo entonces reacciono de mi primera sonrisa, y comprendo que aquello es triste.

Nos levantamos. ¿Quién piensa en penas con este vino andaluz recién desembarcado? El comandante camina a mi lado, agitando su fusta en el aire, y, de tiempo en tiempo, se para y me dice, con el semblante más risueño que pueda imaginarse:

—Esto empieza a ponerse divertido.

En la isla no se tiene una noción demasiado clara de los días, de los meses y los años, y quizá por esto, desde el primer momento, me parece que conozco a sus habitantes de toda la vida. En una ciudad hemos de ir a buscar al amigo a su casa o a los sitios que frecuente, y sólo por azar nos encontramos con él por

la calle. En Chafarinas nos encontramos todos en todos los sitios, y cuando dejamos de ver a alguno es porque éste, buscando soledad, se ha cerrado en su celda, voluntariamente, como en una cura, durante una semana. Y es que para las relaciones sociales, en la isla, no hay término medio: o juntos a todas horas o absolutamente solos.

Esta extraña vida de sociedad, a la larga, crea enemistades y odios reconcentrados que sólo de tarde en tarde hacen explosión en palabras o actos. Lo frecuente es que todos se muestren correctos en sus conversaciones y saludos; pero al despedirse, descubrimos en ellos una expresión de desconfianza. Esta desconfianza tratan de transmitirla inmediatamente al recién llegado.

—Viva usted atento —le dicen en un grupo.

—No se fíe usted de los demás —le dicen en otro—. Tenga usted mucha cautela con estas personas, que no son lo que parecen.

Y en este ambiente de recelo se cruzan cien veces al día las agrias rivalidades, los celos comprimidos, las sordas envidias... De tiempo en tiempo, la tempestad estalla, y dos convecinos dejan de saludarse. ¡Embarazosa situación! En todas partes se encuentran y han de permanecer distraídos e indiferentes, aunque, en el fondo, se deseen la muerte.

Estas situaciones personales van moldeando día a día el carácter de los habitantes de la isla, y todos hacen por aparecer comedidos, reservados y prudentes. Ninguno se vuelca en un desbordamiento de intimidad. Tales estados de alma los agrava la falta de trato con la mujer. Las pocas mujeres que hay en la isla no salen de casa sino contadas veces, y no se las ve sino de un modo fugaz.

Pocos días antes que yo ha llegado un capataz de las obras del puerto con una hija de dieciocho años. Nadie la ha visto en realidad, pero todos afirman que se trata de una verdadera belleza. Detrás de una ventana, en el fondo de una estancia, se ve pasar de vez en cuando una silueta blanca, y todos sospechan que esta rápida visión que han descubierto en la penumbra corresponde a la mujer misteriosa. La figura de esta muchacha va adquiriendo cada vez proporciones más ideales.

A los pocos días todos creemos conocerla, cuando, en realidad, ni siquiera sabemos su nombre. No es una ilusión, sin embargo; la mujer existe. A mí mismo, habiendo pasado mi ilusión por tantas mujeres de tantos países y de tantas razas, me inquieta esta muchacha. Un día se aproxima a mí su padre, el secuestrador, como le llaman los penados de la isla, y me dice que su hija, muy aficionada a leer, desearía conocer alguna de mis novelas. Yo no tengo allí ninguna mía, mas poseo algunos libros que pueden interesarle, y yo iré a llevárselos. Voy a la casa y la conozco. Es una muchacha vulgar, sin ninguna belleza, pero en aquella soledad se pasa la vida leyendo, pues su padre no la deja ni asomarse a la ventana. El simple hecho de haberla visto crea en torno mío, por parte de mis compañeros, un ambiente de recelo, quizá de envidia. Nadie me pregunta, mas comprendo que quieren saber algo. Yo a ninguno digo nada. Sólo al comandante le digo que aquella mujer es insignificante. Él también la ha visto, y se ríe estrepitosamente. ¿No serán así todas las ilusiones que nos forjamos en la vida? La ocupación fundamental de la isla es la de leer novelas. Sin duda, aquí es preciso crearse una vida fingida, a medias con el alcohol y la literatura novelesca. Pero he observado que no gustan las novelas de aventuras, y mucho menos las policíacas. Son preferidas las narraciones eróticas en un ambiente urbano.

Es el ansia de revivir en la lectura la vida disipada de la ciudad. La ciudad con sus salones, sus grandes hoteles, sus calles bulliciosas, y también los teatros alegres, los cafetuchos equívocos, los *cabarets* y aun los lupanares. Novelas que den sensación de multitudes, de distancias y de mujeres fáciles; en las que haya automóviles y trenes, medios, en suma, de evadirse, de escapar. Se necesita allí literatura urbana, naturalista, y, a ser posible, francesa. Comprendo bien todo esto, como asimismo que allí no tengan nada que hacer ni la filosofía ni la historia. Tampoco interesan gran cosa los periódicos. Muchos no leen nunca, y algunos llevan en el bolsillo, días y días, cartas, incluso de su familia, sin abrir.

Llega el correo dos veces por semana, y al principio todos nos echábamos a recibirlo con verdadero júbilo. Es nuestra unión

con el mundo. Mas pasan los días, y bien pronto comprendemos que aquella ilusión es un puro espejismo. Las nuevas del correo cada día tienen menos interés para nosotros. El cinturón de agua, en torno de la roca, es demasiado apretado. Somos como las víctimas de un naufragio, que izáramos cada día de buena gana una bandera cada vez que advertimos un barco en el horizonte. Esta situación nos hace egoístas y, al cabo del tiempo, llegamos a desentendernos de las cosas del mundo. Lo que venga del otro lado es como si ocurriese en otro planeta.

## 25

Unos días después de mi llegada vinieron en el vapor correo los tres nuevos confinados. Bajé yo al puerto, con el comandante, para recibirlos. Del bote pasé a la escala del *Gandía*, y pude darles la bienvenida el primero. Jiménez de Asúa me saludó con una sonrisa efusiva y me presentó a los otros dos compañeros: Arturo Casanueva, abogado y escritor, envuelto en un capote militar de la Legión Extranjera, con un kodak en una mano y una máquina de escribir en la otra, y a Salvador María Vila, estudiante de la Universidad de Madrid, aún sin sombra de barba ni bigote en el rostro, y con unos ojos infantiles detrás de las gafas. Los tres parecen interrogarme con la mirada, pero son ellos quienes tienen más que decir.

Casanueva, inquieto y bullicioso, revoluciona un poco la vida de Chafarinas. Va de unas celdas a otras recitando versos; lee largas cartas que escribe relatando su cautiverio e intima con Mustafá Raisuni, quien le promete, el día que esté libre, regalarle una esclava. Ha comprado Casanueva un mosquitero azul, y por la noche se sumerge en él sobre la pequeña cama de su celda, como podría sumergirse en el fondo del mar. Casanueva halla sus momentos más inspirados a las horas de las comidas.

Comemos en la casa del cocinero del hospital, el señor Zamora, y nos acompañan a la mesa el cura de Chafarinas, que también está allí recluso, cumpliendo una condena; el practicante del hospital, compañero mudo, a quien no hemos podido oír ni una sola palabra; un teniente de Intendencia, gallego, enfermo

por la doble nostalgia de su país y de una novia lejana, y uno de los telegrafistas, hombre que no interviene sino en los momentos graves y, por lo general, para agravarlos más. A los pocos días el cura se nos muestra como un exaltado. Pero, en realidad, ¿hay alguna persona en la isla que no lo sea? Todos se resignan a estar un poco locos, y todos llegan a creer que lo está más que ellos su interlocutor. Esta triste convicción les hace benévolos para las ajenas extravagancias y rarezas. Cada cual tiene su experiencia propia de que la isla, al cabo de algún tiempo, trastorna.

—Ya lo verán ustedes —nos dicen— cuando lleven aquí un año.

Casanueva frunce el entrecejo, y diríase que ya siente los primeros síntomas de la locura isleña.

En Chafarinas hay dos trasnochadores: el cura y el funcionario de Correos. Cuando todos nos hemos recogido, ellos pasean hasta la madrugada por los acantilados, y en estos paseos hacen el balance de los sucesos locales, saliendo muchas veces del mundo de los hechos al de las intenciones. Cuando el mal tiempo no les permite recorrer los acantilados, suelen recluirse en el pabellón del teniente de Intendencia.

Jiménez de Asúa y yo paseamos también por la noche. Apenas nos llegan cartas ni periódicos, y vivimos en una ignorancia completa de lo que ocurre por el mundo. ¡Inolvidables noches en Chafarinas, en las que el cielo es una inmensa cúpula sobre las islas, y el mar una seda violeta, levemente ondulada! No es posible ver cielo y mar más unidos, ni tampoco trazar en torno nuestro un círculo más perfecto de infinito. Las estrellas errantes se entrecruzan, y los astros y las olas establecen rápidas comunicaciones, incomprensibles para los hombres. ¡Qué sensación de soledad, de alejamiento y aun de desprendimiento entre nuestra vida presente y el pasado! ¡Qué pequeñas, ante esta inmensidad, nuestras pasiones y luchas políticas! Evocamos, lejanamente, el rincón del café, la mesa de la redacción cargada con los últimos periódicos y las últimas noticias, el salón del Ateneo... ¡Qué vanas contiendas y exaltaciones!

Un refugio tenemos los cuatro confinados para sentir por la tarde el eco de la vida continental. No olvidaremos nunca la hospitalidad que nos brinda el matrimonio Torres. El farmacéutico



del hospital y su mujer han creado en la isla un hogar confortable y acogedor. A esta casa suele venir también Mustafá Raisuni, gran jugador de mus. Yo desconozco la marcha de este castizo juego español, pero disfruto oyendo al moro las expresiones que matizan los envites, y que hemos aprendido en nuestros sainetes populares, tales como *envido*, *órdago* y *amarraco*. La sagacidad mora halla en cada jugada un recurso admirable para asegurar la ganancia.

Mustafá, después de jugar, pone cátedra de filosofía. La esencia de esta filosofía se halla en la palabra “esperar”. A fuerza de elegancia, este fatalismo pierde todo lo que tiene de humillante. Esa elegancia pasiva que sólo el moro posee, y cuyos resortes se hallan en saberse sentar.

Diríase que el secreto de la vida para el árabe no es otro que sentarse bien. Mustafá es hombre rico, tiene grandes negocios en Tánger; procede, además, de una alta dinastía; se ha casado tres veces y ha conseguido lo que el moro considera como suprema felicidad: muchos hijos; posee un buen número de jóvenes y bellas esclavas; habita en Arcila un palacio en el que rebosa el lujo oriental... y aquí le vemos en una celda de presidio, sin más servidumbre que un esclavo, y en todo momento sonriente. ¡Si Mustafá nos pudiera regalar esa sonrisa para las horas de la adversidad!

Un día nos invita a comer. Invita también a un jefe prisionero, Sa Mohamed Aia, un fuerte hombre de montaña, que representa una aristocracia rural, amante de la agricultura y de la guerra. Gran festín moro en el que Mustafá quiere darnos muestra de su esplendor y riqueza. La riqueza mora, como la riqueza bíblica, se caracteriza por la abundancia. Ni tasas, ni llaves, ni medidas. La riqueza es la hartura; la pobreza, el hambre.

Ha comprado Mustafá un carnero jovencito que nos sirven, asado a nuestra vista, prendido en un asador primitivo. Comemos también carne en pinchos, que deja la boca ardiendo por las especias; mero cocido y gallinas asadas rellenas de pasas. Y en todo momento, mucho té. El clásico té con hierbabuena, hirviendo en los vasos, y que los moros beben en largos y ruidosos sorbos.

Mustafá está magnífico. No come para poder atender mejor a sus invitados. Libre de la chilaba, nos recibe con un caftán, blanco como el alba, atado con un cingulo morado, y en la cabeza un turbante de damasco, de un amarillo pálido, que el sol convierte, en ráfagas, en un casco de oro. De tiempo en tiempo se levanta de los almohadones en los que permanece sentado, para ofrecernos el pan. Arroja el pan sobre la mesa como si quisiera sembrar paz en los comensales. A los postres, Casanueva recita versos, y los ojos de Mustafá se humedecen de emoción.

Algunas noches vamos a la Comandancia. En el despacho del comandante, un aparato de radio nos trae los ecos remotos del mundo. Así los estrépitos del jazz-band, y en torno de ellos adivinamos parejas de danzarines llevando el compás. Pero no queremos oír. Esta música viene a perturbar nuestra paz. El comandante, en nuestras horas de decaimiento, procura comunicarnos su optimismo inagotable. Todas las cuestiones, por complicadas que sean, las resuelve en un instante, y todas las circunstancias le parecen favorables para nuestros deseos.

Un placer que nos brinda la isla es el despegar por la mañana de la roca en una barca que conduce un hijo de Curro, y dibujar a golpes de remo su contorno. El agua es transparente y nos descubre los secretos del fondo. Las olas no producen espumas, y podría decirse que el mar se nos ofrece desnudo. Apenas se distingue la roca del aire de la roca del agua, que vemos reflejada, y los peces nadan a plena luz, absortos por la maravilla del sol.

Sólo el Mediterráneo, cerca de las rocas, puede darnos esta visión transparente y descubrírnos de un modo puro, como dentro de un fanal, las maravillas submarinas. ¡Qué bien marcha una barca en la mañana sobre estas aguas fluídas! Cuando el sol calienta demasiado, entramos en las grutas que socavan los cimientos de la isla. Toma aquí la superficie del mar un tono verdoso, que hace más vivo el rojo de los corales, en tanto que las copas de ginebra se balancean en la proa...

Me han traído una lámpara de acetileno muy buena. Quizá no hay en la isla una luz más brillante, como no sea la del faro, que la que esta lámpara arroja por mi ventana. El quinqué de petróleo está apagado, y con la nueva luz puedo leer desde la cama

cómodamente. Todas las noches se asoma mi compañero Verdugo a mi celda, y no es para saludarme, ni para decirme algo importante, sino más bien para expresar su disgusto por la lámpara.

—No me gusta esta lámpara. No podría trabajar con ella.

Yo ni le contesto siquiera, y continúo mi lectura. Verdugo se recluye de nuevo en su celda, y continúa trabajando en su ciudad, que ya apenas le cabe en el suelo.

El cura, algunos días, me hace confidencias. Una noche se quiere confesar conmigo. Me dice por qué está allí, y sin saber hasta cuándo. El cura es un valiente y ha estado propuesto para la laureada; el expediente está en curso, pero esto nada le importa; él ha cumplido siempre con su misión, porque ése es su deber. Un día, en una posición avanzada, recibió un telegrama en el que le anunciaban que su padre estaba muy grave en un pueblo de Aragón, y su jefe le dio un permiso de ocho días para que fuese a la Península con este triste motivo. Llegó a Tetuán, en ocasión de que el barco no salía hasta el día siguiente, y allí se reunió con unos amigos para pasar la noche.

—La noche fue alegre, no lo niego, y yo me retiré a la fonda un poco disipado ya de madrugada. El caso es que perdí el otro barco. No faltan en esos casos delatores, y allí me cogieron el tercer día, cuando iba a partir ya para la Península, y aquí me mandaron, sin que yo sepa por cuánto tiempo, por el delito, dicen, de haber abandonado la posición, cuando yo tengo mi permiso escrito, mi permiso de ocho días...

—¿Y su padre? —le pregunté.

—Cuando yo llegué a Tetuán, ya había muerto; era inútil mi viaje. Mi drama es que si yo sigo aquí, tendré que tirarme al mar.

Estábamos en el mes de mayo, y a este cura, que la mayor parte de los días no celebraba misa (él decía que por falta de asistencia de los fieles), se le ocurrió organizar las Flores de mayo. A las cinco de la tarde sonaba la campana, y unos por cortesía, otros por matar un rato, y los menos por devoción, íbamos unas quince o veinte personas. El cura predicaba con facilidad de palabra y mucho fuego, y una tarde su sermón versó sobre cómo teníamos que ser moderados en la bebida y en el juego. Refiriéndose especialmente al juego, advirtió que ciertas manipulaciones

para darse las cartas más convenientes para ganar la jugada era pecado, porque aunque el juego tenía por fin ganar al contrario su dinero, arriesgábamos también el nuestro, pero no así en el caso de la alevosa manipulación, en que se iba francamente a robar el dinero del amigo. Al decir esto, el cura miraba fijamente a Casanueva, y éste, inquieto, lanzó al cura una mirada de ira.

No creí yo aquel sermón muy a propósito para unas Flores de mayo, pero no le di importancia. Salimos todos a la plaza, y los grupos se fueron dispersando. Casanueva quedó esperando a la puerta. Cuando salió el cura, se fue violentamente hacia él y, a grito herido, le increpó:

—Usted, señor cura, es un sinvergüenza de la peor especie. Hoy a tratado usted de recordar en plena iglesia una jugada de póquer que hice yo y en la que perdió usted cuatro duros. Nadie puede poner en tela de juicio mi corrección en el juego, y si no fuese por esos hábitos, ahora mismo lo abofeteaba a usted.

—Por estos hábitos no lo deje, señor Casanueva; siempre que ha sido necesario para que mi ministerio no sufra detrimento, me los he quitado —y rápidamente se despojó de su sotana, quedándose en pernetas y en mangas de camisa—. Ya estamos iguales; yo no haré otra cosa que defenderme, para que no se pueda decir que un cura pega a nadie.

Casanueva se lanzó sobre él, quitándose una pantufla árabe, y le golpeó con ella en la cabeza. Después se enzarzaron en una lucha muy empeñada. Yo fui a acercarme a ellos para separarlos, mas un recluso, hombre de pocas palabras y siempre ensimismado, me apartó, diciéndome:

—Déjelos usted que se maten. ¿Quién le mete a usted en estos líos? Los dos han sido legionarios, y este cura es un golfo; está bien que le peguen de vez en cuando.

Lo curioso es que este incidente, tan pintoresco, no fue comentado por nadie. Ni por los interesados, que estuvieron varios días sin hablarse, aunque después hicieron las paces y hasta jugaron juntos. El cura, con quien no hacía migas era con Jiménez de Asúa. Le tenía por un ateo, y él toleraba la juerga, la borrachea, los cuentos verdes y hasta las conversaciones procaces...; lo que no podía consentir es que se faltase al dogma...

—Para mí el dogma es intangible —decía—. Que nadie me toque el dogma porque me da la locura.

Desde lo alto de la isla del Congreso, isla deshabitada, nuestra prisión tiene un aspecto más agradable. Está muy próxima a nosotros y, sin embargo, es como una ciudad muy lejana que descubriésemos con la ayuda de un catalejo.

Todo parece envuelto en una calina dorada, y los muros blancos devuelven la luz lo mismo que espejos. Desde esta altura las ventanas que descubrimos a lo lejos nos comunican una emoción muy penetrante. Todas abiertas y sin ninguna curiosidad. Indiferentes al paisaje, a la marina, al aire y la luz, y aun a los acontecimientos. Quisiéramos descubrir unos ojos en una ventana. Cada ventana sabemos de quién es, y, en cierto modo, ha tomado la fisonomía del dueño. Ventanas que miran para dentro, hacia la sombra, con los ojos entornados, por el hastío del sol. Todas estas ventanas, en un panorama que forman en semicírculo, nos dan la impresión de un teatro desierto.

Aquí, en la isla del Congreso, han pasado cosas extraordinarias. Hoy este islote no tiene razón de ser, y si el mar se lo tragara haría un favor a las demás islas, la habitada y la de los muertos, unidas por un malecón.

Las rocas no quitarían vista, y los barcos, al pasar, sentirían compasión por los hombres de Chafarinas. La isla del Congreso quiere dar importancia al archipiélago, y, sin embargo, no sirve para nada.

Sirvió en tiempos para cumplir las ordenanzas. En esta isla habían de vivir constantemente dos soldados. Hoy está poblada de los largos silencios de estos dos hombres, unos centinelas hipotéticos, vigilantes no más que de las olas y de las puestas de sol. ¡Qué largos los días en aquella cumbre sobre el mar!

De vez en vez estos soldados, que encendían sobre un mástil, cada noche, un farolillo, cumplían una misión trascendental: dar a la isla habitada un motivo dramático. Comenzaba el temporal y no era posible comunicar con aquellos dos hombres. Seguía el temporal y a los centinelas se les acababan los víveres y el agua. Dos días más de temporal, y la aventura culminaba en lo trágico. Los botes que se echaban al agua para socorrerlos da-

ban contra las rocas hasta romperse. He aquí una buena ocasión para mostrar el heroísmo. Unos cuantos valientes conseguían salvar a los centinelas, y las ordenanzas se habían cumplido como deben cumplirse las ordenanzas.

Alguien pensó, sin embargo, que aquellos dos centinelas se jugaban la vida inútilmente, y los suprimió. Quedó entonces la isla no más que con una luz roja, y, esto, en la noche, le da un aspecto de ser vivo, que contempla las cosas, y aun se recrea con ellas. Yo algunas noches, en mi celda, suspendo la lectura para contemplar esta luz.

Una tarde hicimos una excursión a la isla del Congreso y trepamos hasta su cumbre. Íbamos los cuatro exilados acompañados por el inevitable Curro, que era quien conocía aquellos vericuetos. Entonces, el estudiante Vila tuvo la idea de que escribiésemos en un papel nuestros nombres y las fechas, y dejásemos aquello allí, resguardado por piedras, perdido para siempre, pensando que, un día, cuando nosotros no existiéramos, llegaría allí un explorador y haría un descubrimiento. Nuestro instinto de inmortalidad nos lleva a estas puerilidades.

Jiménez de Asúa redactó el documento, y lo firmamos. Lo firmó también Curro. Alguien pensó que los elementos naturales lo destruirían en muy poco tiempo, y Casanueva vació en su bolsillo un tubo de aspirina. En él enrolló el documento, en tanto que Vila elevaba con trozos de roca un pequeño obelisco, en el fondo del cual habría de colocarse aquella huella auténtica de que nosotros habíamos estado allí durante la dictadura de Primo de Rivera. De esto viven la arqueología y la historia. Pasado el tiempo, quizá los siglos, nosotros, desconocidos seres en la sucesión de las generaciones, seremos un momento, no lo que hemos sido, sino lo que nuestro descubridor quiera que seamos. Quizá unos naufragos, quizá unos viajeros curiosos, quizá unos piratas...

Yo estoy seguro de que hasta ahora nadie habrá encontrado esta referencia de nuestro paso por aquel peñón. Es posible que nunca pase nadie, y, si pasa, que no haga excavación ninguna para encontrar nada. Mas siempre este tubo de aspirina estará allí esperando a que una mano que busque tesoros lo saque a la luz.

Cuando no hay acción, argumento, los recuerdos no hacen sino vagar. No es posible someterlos a una disciplina coherente, como cuando soñamos, que muy pocas veces podemos referir el sueño del principio al fin. Así estos recuerdos míos de Chafarinas, que me parecen más soñados que vividos. Para mí la deportación fue un paréntesis. Aprendí, sin embargo, hasta qué punto los valores humanos de los delincuentes son superiores a los de los moralistas. Don Perfecto Caballero no tendría nada que hacer allí, bien porque sabría refrenar sus pasiones, bien porque no las tendría. En un caso o en otro, tendría que reconocer su insuficiencia humana. Por esto, sin duda, yo dejé muy buenos amigos en Chafarinas. Amigos que se han ido perdiendo en el tiempo y en mi inquieta vida de viajero. También las cosas que usé y contemplé allí están en mi memoria un poco desordenadas, como las piezas de un *puzzle*.

Todos estos objetos que me sirvieron para el uso o la contemplación tenían allí un sentido especial y un lenguaje distinto al que tendrían en otro lugar del mundo. Así, por ejemplo, las maletas, las lámparas y la mesa de billar.

Las maletas, cuando estamos reclusos, y más si la reclusión es una isla, adquieren un poder de evocación extraordinario. Esos hombres que vemos sobre su piel, ennegrecidos por el uso y por el humo de las estaciones: Hotel Oriente, Palace, Términus, Fonda Nueva..., cada vez que los contemplamos nos traen un recuerdo, algo confuso, de ayer. Sobre estas maletas he examinado planos de ciudades y mapas de países, y al soltar sus cerraduras me llega allí un poco de impaciencia, como cuando pensamos que un tren se nos va a marchar. Al no tener ningún proyecto de viaje, estas maletas están llenas y desordenadas, no se pueden cerrar. Rebosan de ellas los libros que me han ido mandando, y parecen decirme en su abandono: “¿Cuándo nos marchamos?” En la celda de mi compañero de prisión, sus maletas han perdido para siempre su esperanza de viajar. No se sabe dónde están sus llaves; los cierres no encajan, y guardan objetos absurdos, que no son para viaje. Nada tan desolador como una de estas maletas

estáticas, y más que ninguna esta que tiene un papel blanco en el que se lee: París.

La mesa de billar es también aquí un mueble extravagante. ¿Dónde está el billar más lejano de mi recuerdo? ¿No era allí, detrás de la Universidad, entre el Derecho romano y el Derecho político? Aquí el billar deja de ser un objeto urbano para convertirse en un objeto campesino. En Chafarinas su paño verde es algo que corresponde a la naturaleza. Sobre esta superficie de paño hay mucha luz, y la caoba que la enmarca posee un brillo delicioso. Siento una extraña sensualidad al mancharme de tiza azul las solapas, y cuando veo correr las bolas de marfil buscándose unas a otras, pierdo el sentido de las distancias. Aquella superficie verde ya no es grande ni pequeña, porque nuestros ojos no ven otra cosa que ella, y no puedo establecer relación ni contraste. La mesa de billar es la única pradería de Chafarinas, y no hay descanso mayor para el espíritu que, después de haber contemplado el mar, arrojarle de bruces sobre la hierba verde.

El practicante del hospital estudia latín. La celda que ocupa el cura está en la plaza, y después de la comida hacemos nuestro paseo arrullados por las declinaciones. El cura, humanista y buen discutidor, grita a cada paso. El practicante, hombre silencioso y reconcentrado, no se inmuta. El objeto de su latín no es otro que el de ganar el aprobado en una carrera que piensa emprender. En sus ojos se adivina que no comprende todo el sentido humano de una lengua muerta. El latín es para este practicante, en lo religioso, la misa, y en lo profano, el aprobado. Y el cura, lector de Virgilio y de Horacio, y que tiene sobre la mesa *La guerra de las Galias*, que ha hecho muchas oposiciones y defendido tesis complicadas, quiere inútilmente enseñarle un latín con el que se pueda penetrar en toda la profundidad del pensamiento clásico.

Casanueva, desde la calle, se apoya en el barandal de la ventana, y se asoma a la estancia, como si quisiera ser testigo de la lección. El cura hace alarde de sus conocimientos. Acabamos de entrar todos en la celda, y la lección termina. El cura nos ofrece coñac e inmediatamente plantea una peligrosa cuestión de teología. Su eterna preocupación es el dogma. Es un hombre irritable, susceptible y agresivo. No puede jugar a ningún juego por-



que el perder le produce un disgusto de varias horas. Los días de correo muestra una gran inquietud. En todos los correos espera una carta con el perdón. El vicario no le escribe, y cuando le escriba será para recargarle la pena. Después del correo se encierra el cura en su celda rechinando los dientes. Estos días el practicante pierde la lección de latín, y se agudiza el humorismo del señor Vela, el telegrafista. Este humorismo, en cualquier momento, puede provocar una tragedia.

En Chafarinas hay un espectador admirable: el señor Zamora, nuestro cocinero. El señor Zamora, en una esquina del comedor, con su chaqueta blanca, atiende al servicio, siempre sonriendo y ajeno a nuestra conversación. Es un contemplador admirable, y en la contemplación pone una sonrisa de eclecticismo. Para él todas las ideas son respetables, y todas merecen una sonrisa. En este diario trato, no consigo saber si el señor Zamora tenía alguna convicción sobre algo. ¡Inolvidables comidas del señor Zamora, con mucha conversación y absoluta libertad de pensamiento! Y, además, y esto es lo importante, sin miedo al espionaje y a la traición, porque en Chafarinas podría haber bastantes criminales y ladrones, pero todos se creían caballeros.

La plaza, al atardecer, tomaba un aspecto muy triste. Jiménez de Asúa y yo, abstrayéndonos del ambiente, paseábamos a lo largo, ahondando una intimidad que sólo puede producir el confinamiento. Han pasado muchos años, quizá en estos años se han modificado y aun cambiado nuestras ideas, aquellas que creíamos más inmovibles, pero en mi recuerdo ha quedado algo permanente: estos paseos por la plaza de Chafarinas, entre la iglesia y el mar, hablando una noche y otra sobre España.

La plaza, cuando se hacía la noche, tomaba un aspecto triste. Era la hora en que los prisioneros moros subían a recogerse. Hora, para ellos, aún más que de descanso, de recelo y desconfianza. En grupos de tres o cuatro marchaban sin hablar, temerosos de pronunciar una palabra que pudiera escapárseles. Estos moros, aunque yo no distinguía apenas unos de otros, eran mis amigos; y ellos lo sabían y me saludaban con grandes reverencias. Ya recogidos, antes del rancho de la noche, se soltaban a hablar, reían

y cantaban, confusa algarabía de destierro. Más tarde, apenas sonaba un toque de corneta, se hacía un largo silencio.

Unas grandes estancias, como almacenes, llenas de colchonetes sobre el suelo, con una sola puerta de cárcel, con fuertes cerrojos. En la puerta, en el centro, una mirilla, y por delante de la puerta, paseando, dos centinelas. Yo, algunas noches, me asomaba a esta mirilla, con unos ojos amigos. Los diálogos se iban apagando de unas colchonetas a otras; al fin no quedaban sino los secretos, cuchicheándose con las bocas muy próximas... Después, el sueño, arrullado por las últimas oraciones. ¡Cómo pesaban los cuerpos sobre el suelo, y cuánto trabajo y cuánto dolor en este peso! Triste sueño vigilado, y sin secretos posibles. Yo he presenciado el momento en que, aun por encima del sueño, se advertía el paso del olvido. Respiraban entonces los pechos al unísono, y había algo de mar en este movimiento. Las luces, muy pálidas, dibujaban largas sombras en las paredes, y los rostros morenos, sepultados en las barbas, tomaban una consoladora expresión de estoicismo. Una mirilla cohibiendo la libertad del sueño, en tanto que los dos centinelas paseaban a un lado y a otro. Me apartaba entonces de allí, como si hubiese robado a aquellos hombres la esencia más íntima de su espíritu, el ritmo de su sueño... Y para borrar un poco aquellas ideas me aproximaba al mar, en busca de una lejanía. La luz del faro, jugando su semicírculo sobre las aguas, me escamoteaba cada cuarto de minuto la lejanía.

Algún día subí por la escalera de caracol del faro. Los cristales de aumento me hacían pensar en una isla mayor. De las cosas más limpias que podemos ver, son los faros. Relucen abajo, junto a la romana con sus pesas, las brillantes zafras de petróleo, y, desde allí, donde tiene el torrero el libro de sus observaciones y sus prismáticos, todo es reluciente. Por cualquier parte que pisemos sobre el pavimento de un faro, hemos de pensar en la pureza. En la torre del faro, cuando su máquina luminosa está envuelta por una funda de dril a listas, hay un poco de torre de suplicios. Antes de llegar al círculo de cristales, para asomarnos a la breve barandilla, hay que pasar por una abertura muy estrecha. Después, en la altura y al aire libre, salvada la angosta escotilla,

todo sacrificio está compensado. Mi cabello y mi corbata, indóviles, se van con el viento, y la luz corre delante de mí en un torbellino dorado.

El faro de Chafarinas no ve tierra sino alargándose mucho, y con muy buena vista, los días muy transparentes. Sus dominios, pues, son inmensos, y aun de día, cuando parece dormir, encauza sus reflejos por los caminos del mar. ¡Qué lejos parece todo desde el faro de Chafarinas! Las ideas y los recuerdos sobre las aguas se hacen un poco confusos, y la luz me expulsa irremediablemente a la tierra.

En el patio andaluz, con zócalo de azulejos, hay unos tiestos de geranios. En las estancias próximas al patio se oye una voz de mujer... Cuando salgo fuera y piso de nuevo la roca, me parece que acabo de caer de otro mundo.

Salvador María Vila, el estudiante, es el niño mimado de la deportación. Vila, por su gusto, estaría deportado toda la vida; y de ahí su rostro siempre sonriente, detrás de unos cristales redondos. En realidad, es algo extraordinario, como para que los nietos no lo crean, haber sufrido persecuciones siendo estudiante. Vila, en esto, ha ganado a todos los estudiantes de España. Para que Vila esté contento no le falta más que una carta de la madre aprobando su conducta. Y la carta llega por fin. Esta carta de la madre parece que nos alcanza a todos.

Vila va de unas partes a otras con la chaqueta al brazo, y parece que anda sobre las puntas de los pies. El comandante le ha dado la mejor celda, la mejor cama, las mejores mantas, el mejor quinqué... Los amigos le escriben entusiasmados y le mandan dinero; le llegan también cartas femeninas... Vila, en pocas horas, se ha hecho un héroe popular.

Jiménez de Asúa, más reflexivo; Casanueva, más alborotado, y yo, más escéptico, nos hemos de acercar muchas veces a Salvador María Vila para que nos dé un poco de fe. Los dioses, sin embargo, llaman a sus elegidos jóvenes. Salvador María Vila, en el Alzamiento Nacional, fue fusilado en Salamanca. Y en este triste destino le siguió Casanueva, quien fue asesinado por las hordas en Santander.

La primera noticia de nuestra liberación nos llega en casa de Torres. El comandante empieza en seguida a poner telegramas y a decir que ha acertado. El comandante siempre acierta. Mustafá Raisuni, tendido en un diván, ha suspendido el juego de damas para ponerse un poco triste, porque a él no le llega la gracia. Sobre la mesa, el telegrama donde viene la orden tiembla un poco. Aquel día, nos dicen –porque en Chafarinas andamos mal de memoria–, es una gran festividad real, y entonces advierto que Mustafá luce un caftán y un turbante magníficos. Es el único que se ha vestido de fiesta, y el único que no recibe gracia.

–¿Qué te pasa, Mustafá?

Mustafá sonríe, y dice al fin:

–¡Gobierno estar gobierno!

¡Admirable moro! Aún faltan dos días para que llegue un barco a buscarnos. Entonces veo que la tristeza no está en la adversidad, sino en dejar las cosas. En dejar aquella celda, en la que no hay sino lo necesario; en dejar aquella ventana, que me enseñó a medir grandes distancias; en dejar aquellas cuartillas sobre la mesa, en las que iba a escribir algo que no podré escribir más en la vida; en dejar unos amigos desgraciados, que no sé cuándo volveré a encontrar.

Al disponer mi marcha y ordenar mi equipaje, me dispongo a dejar a mis amigos, como recuerdo, algo de lo que no me puedo llevar. Así mis libros. Verdugo, mi más próximo compañero de prisión, observa, mudo y como ausente, mis preparativos. Contemplo entonces mi lámpara, y le digo tímidamente:

–No sé que me da el ofrecérsela. Pero quisiera que como recuerdo mío se quedase con mi lámpara. Ya sé que a usted no le gusta, me lo ha dicho muchas veces, pero yo no puedo llevármela, y quiero que usted, viéndola, me recuerde alguna vez.

Hubo un silencio. El comandante Verdugo se acercó a mí, como para decirme algo al oído, y me abrazó fuertemente. Después, a media voz, me dijo:

–No puede usted dejarme una cosa que me guste más –y dio media vuelta y, por el movimiento de los hombros, comprendí que iba llorando.

Ors, el capitán del *Gandía*, nos recibe con los brazos abiertos. ¡Hombre extraordinario! Antes nos han saludado las sirenas del barco con esa alegría que sólo saben poner las sirenas cuando festejan. También las sirenas, en las horas tristes, saben gritar ahogadas por las lágrimas.

Como me asegurasen que no corría riesgo alguno reintegrándome a mi casa de Valladolid, hice el regreso directamente, para ver a mi familia y arreglar mis asuntos para emprender inmediatamente mi viaje a París. Hice el viaje hasta Madrid en compañía del general Riquelme, por aquellos días destituido de su mando en África. Por un puro azar me encontré con él en mi cabina del expreso. Pasamos, pues, la noche sin dormir, conversando, ya que a mí me interesaba lo que él pudiera decirme con relación a la política española, y él parecía interesarse por lo que yo pudiera pensar sobre el gobierno de Primo de Rivera. Él fue mucho menos cauto que yo, pues, de sus labios me enteré de que el ejército español estaba dividido y de que la conducta del dictador, con relación al arma de Artillería, había de tener fatales consecuencias. Me hizo el efecto de que el general iba agraviado por algo y que en su juicio sobre la política del momento se ocultaba cierta pasión de tipo personal. A mí, sin embargo, aquel general joven, sereno y reflexivo, y a quien no habría de ver más en mi vida, me fue simpático, aunque sospeché que él no lo era a quienes mandaban entonces el ejército de África. Yo me abstuve de aventurar ninguna opinión particular, entre otras razones porque, en aquella ocasión, regresando de un confinamiento, y sin haber leído periódicos, ni apenas cartas, yo no podía discurrir sobre nada de lo que pasaba en mi país. Las noticias que me iba dando el general las veía yo como demasiado apasionadas, mas algo saqué en limpio de aquellas referencias: el que se había producido durante mi ausencia un choque funesto en la familia militar, y que en esta situación las fuerzas que habían elevado a Primo de Rivera al poder se habían convertido ya en bandos antagónicos y aun enemigos. Que la unidad del Ejército se había quebrantado, y que aquel suceso podría ser grave para la monarquía.

Mi llegada a Valladolid constituyó una novedad apasionante. Muchas visitas en mi casa, y en el casino, y en la redacción del

periódico en tono de efervescencia que me alarmó bastante, haciéndome pensar que mi estancia en aquella ciudad no iba a ser nada tranquila. La inquietud y descontento que advertí en mi largo diálogo con Riquelme, tomaba ya un tono general en elementos conservadores del país. El golpe militar, prolongado indefinidamente en el poder, no era agradable a cuantos militaron en los diversos partidos políticos, y a estos descontentos se agregaron otros que lo estaban por motivos personales. Lo cierto es que mi calidad de perseguido me daba cierta aureola de víctima, que la Unión Patriótica era un partido inoperante, de puro aluvión, de pescadores de negocios y prebendas, que las gentes hablaban mal, sin recatarse, de la Dictadura, que las notas de Primo de Rivera habían entrado en una fase cómica, por su propia frivolidad, y que, con todo esto, la monarquía había perdido prestigio, y el Rey, al ceder su facultad de poder moderador, se lo había jugado todo. Estábamos, pues, en el principio del desprestigio total de la institución monárquica.

En mi ausencia se había hecho un registro en mi casa, de noche, estando mi mujer sola, con sus hijos y los criados. La policía revolvió todos mis papeles, en los que, verdaderamente, no había nada importante, mas se incautó de un paquete de cartas, y cuando iba a retirarse, el jefe llamó aparte a mi mujer, y le dijo en tono cortés y confidencial, entregándole las cartas sustraídas:

—Señora, guarde usted estas cartas en un lugar seguro, pues en ellas hay conceptos que pueden comprometer a su marido. Yo me he limitado a cumplir una fórmula, por orden de la superioridad, y estas cartas no las he visto.

Esta actitud del policía indicaba que tampoco estaba satisfecho de la marcha de los acontecimientos, y que trataba de hacer méritos para una posible sustitución de poderes. La Dictadura, pues, tenía enemigos, más o menos encubiertos, en todas partes.

Estos síntomas a mí no me agradaban, pues desinteresado absolutamente de la política, posiblemente por mi incapacidad para ejercitarme en ella, veía, aun siendo un agente pasivo, motivos suficientes para que perturbasen de nuevo mi tranquilidad.

Y como tenía un asunto en París en suspenso, y que exigía mi atención, decidí mi viaje quince días después.

## 27

Por aquellos días, los españoles que estaban en París, bien en virtud de una expatriación voluntaria, bien obligados por el gobierno de Primo de Rivera, se hallaban en una efervescencia extraordinaria. Se conspiraba, se discutía, se discurseaba, se escribían hojas anónimas y panfletos, se buscaban ayudas para este movimiento político en embrión en los periódicos, y los políticos franceses, y la misma masonería, en su residencia de la calle de la Pompe, no era ajena a este movimiento subversivo. Acababan de llegar a París Unamuno y Rodrigo Soriano, de su deportación de Fuerteventura, y en torno de ellos giraba un grupo de expatriados de menor categoría, algunos profesores que ampliaban sus estudios en París y muchos estudiantes españoles y americanos de habla española. Todas estas gentes se reunían en el Café de la Rotonde, en Montparnasse. Y el animador, y podríamos decir el presidente de esta reunión, era Eduardo Ortega y Gasset, gordo, optimista y siempre risueño. Con una cartera, inseparable de él, bajo el brazo. Éste conocía a todos los emigrados españoles, les buscaba hospedaje, les enseñaba la ciudad, les hacía mención de los restaurantes recomendables de París, y de los precios, y, por la tarde, los presentaba en la tertulia del café. Recién llegados de España, traían noticias sensacionales. Entre estos elementos no había ningún socialista, ya que por entonces, con Largo Caballero, ministro del Consejo de Estado, y la organización, con ayuda del poder público, de las Casas del Pueblo, el partido socialista era el partido mimado por el dictador. Había, en cambio, no pocos anarquistas, algún comunista y elementos disgregados de los viejos partidos políticos, que añoraban el poder que la monarquía les ofreciera esporádicamente, y que, perdidos en el ostracismo, deseaban recuperarlo fuese como fuese. Republicanos, en realidad, acogidos a la ingenua tradición del republicanismo español, que tan grave fracaso sufrió en la primera República, no había ninguno. El gran esfuerzo de Eduardo

Ortega y Gasset era aunar en un programa mínimo a todos estos elementos caóticos para cooperar en una acción común a la obra de derribar la monarquía.

Ortega y Gasset era sumamente bondadoso. Procedente de un partido monárquico, su republicanismo era muy superficial, y su posición de una irreductible animosidad contra el Rey, a quien hacía culpable de haber entregado el país al arbitrio de un grupo militar. Pero tenía, aún más que ambición política, vocación, y en este ejercicio, que me atrevo a llamar profesional, era un orador brillante, y como periodista poseía una dialéctica hábil. Su misión en este absurdo grupo de personas, en el que cada uno pensaba de aquello algo diferente, era el concertar voluntades para una acción común. Cuando alguien, que él creía bueno para la causa, no se acercaba a él, iba a buscarle. Y, así, iba creciendo esta tertulia de conspiradores, verdaderos fabricantes de noticias sensacionales, casi siempre falsas.

Yo solía ir a tomar café a ella de dos a tres de la tarde, puesto que tenía mi trabajo en un lugar muy próximo a la Rotonde, en la calle Vavin. Mas, por lo general, permanecía en ella silencioso, y a veces traicionaba a los conspiradores yéndome a una mesa lejana con amigos míos, pintores y actrices de teatro. Desplazado Montmartre como reducto de artistas y bohemios, este extraño mundo de independientes e inadaptados se trasladó a Montparnasse, más próximo al Barrio Latino, y en el que habían puesto estudios de lujo los pintores americanos, en el momento en que el cubismo llegó a su apogeo. Por allí se veían pintores como Picasso, y Juan Gris, y Matisse, y el japonés Fugita, y escultores como Manolo Hugué, y Pompón, y Mateo Hernández. Más tarde el Café Le Dôme partió esta clientela con el de la Rotonde. Ambos cafés estaban frente por frente, y bien podía decirse que éste era el centro de París, en el que, a primera hora de la tarde, concurrían todos los tipos excéntricos, inadaptados, revolucionarios y con deseos de notoriedad que cada día caían sobre la urbe desde cualquier parte del mundo, con el propósito de buscar la celebridad. Así las mundanas viejas, los príncipes destronados y aun los fundadores de nuevas religiones. En aquel tiempo había uno vestido con una túnica blanca, sin costura, su-



jeta con un cíngulo, que no comía sino fruta y que algunas veces se subía a una banqueta para dirigir un sermón a aquella extraña sociedad. Nadie le escuchaba, las conversaciones no se interrumpían, pero él no se sentía nunca defraudado y continuaba su oración hasta el fin. Después salía del café paso a paso, como si fuese una aparición, con un manojo de plátanos en la mano.

En este café conocí yo a la infanta doña Elvira de Borbón, la hermana de don Jaime, el pretendiente a la corona de España. Viuda de un pintor italiano, se dedicaba ella en los ratos de ocio a pintar miniaturas y pequeñas tabaqueras, y tenía dos hijos que eran chóferes de taxis, con los que hacían servicio de noche, a la salida de los teatros y cabarets. Ella no vivía con sus hijos, sino en un modesto hotel del bulevar Raspail, y se pasaba el día en bares y cafés, bebiendo copiosamente, y, cuando tenía dinero, se iba a jugar a Montecarlo, y allí se estaba hasta acabar con su numerario. En su cuarto de París tenía en un baúl todo su pasado palatino y guerrero, cartas, retratos y recuerdos de familia, y no faltaban entre estos documentos cartas de don Alfonso XIII, a quien acudía ésta en los momentos de apuro. Los dos coches que tenían sus hijos para el servicio público eran regalo del rey. Esta debilidad de la infanta arruinada llegó en aquellos momentos a cotizarla Quiñones de León, que era entonces embajador de España en París, rescatando estas cartas por mediación de un agente secreto, que convivía, sin que nadie más que yo lo supiese, con los conspiradores. Era un hombre de mundo, sumamente simpático, y cuyos servicios fueron más eficientes para la Dictadura que los que le prestaron en Francia, públicamente, Manuel Bueno y José María Carretero. Doña Elvira no se resignaba a perder completamente su rango, y luchaba por mantenerse en él cuanto era posible. La guerra había terminado de arruinarla, y todos los días se levantaba con un proyecto para hacer dinero. Lo que más la entretenía era el estudio de combinaciones para jugar a la ruleta a la hora en que no había cero.

Un rato de conversación al lado de esta mujer era la lección más provechosa que pueden recibir los humildes para no ambicionar el brillo de los poderosos. El pecado de la infanta fue siempre de rebeldía. Resistencia a creer lo que no vimos; a acep-

tar los prejuicios de casta; a someterse a las reglas inflexibles que señalaba la tradición de su casa...

—Siempre he odiado la mentira —me decía—. Lo único que he admitido alguna vez es revestir la verdad, poéticamente, para disimular sus impurezas. Un niño, por ejemplo, pregunta, y en muchas cosas hay que ofrecerle la verdad, no como se la ofreceríamos a una persona mayor, sino un poco engalanada, para que su imaginación no se enturbie con imágenes sombrías y sucias. Yo recuerdo que la duquesa de Parma, que solía tener un hijo cada año, anunciaba siempre el acontecimiento a sus otros hijos diciéndoles que, dentro de unos días, un nuevo hermanito saldría del cáliz de una flor.

Se conoce que el mito de la cigüeña no era propio para propagarlo en las familias de alta estirpe.

Los muchachos estaban consternados ante un misterio tan admirable que ellos nunca podían comprobar, y que se repetía periódicamente.

—Un día preguntaron a mis hijos: “Nos han dicho que os van a traer un hermanito. ¿Vendrá dentro de una flor como hemos venido nosotros?” “No —respondió el más pequeño—. Eso ocurre con otros niños; pero con nosotros, no. Nuestra madre nos quiere demasiado para dejar que nos traigan de fuera. Nuestra madre nos tiene dentro de sí, dentro de su corazón.

Este pequeño, que ya es mayor, aquí, en París, se puso muy enfermo. Hubo que llevarle a una clínica, y al día siguiente tenían que hacerle una operación quirúrgica. A las diez de la noche la infanta entró en un bar de Montparnasse y, dirigiéndose a mí, me dijo:

—Venía a buscarle; necesito un amigo con quien charlar toda la noche, con quien olvidar. ¡Es horrible! No tenía dinero. Jaime me ha dado, pero le tango saqueado. ¿Y qué adelanto con estar-me llorando toda la noche en el cuarto? En la clínica, a su lado, no puedo estar. ¿Qué me aconseja usted que haga?

Yo callo unos momentos compadecido, y la infanta continúa:

—Dios es un pillo que me ha jugado muy malas partidas. Después, todo se arreglará; dispone estas cosas para hacerme rabiar. Yo le quiero mucho.

Y tras una pausa:

—¡Qué mal se ha portado Cristina con nosotros! No le deseo que sus nietas acaben como yo, fumando cigarrillos en un café bohemio de París para olvidar lo que fueron, y siempre temiendo el porvenir.

Al día siguiente la acompañé a la clínica, y el muchacho salió perfectamente. En el cuarto, cuando volvió de la anestesia, me presentó a él, diciéndole que yo era el mejor amigo que ella tenía en París. Dos meses después salía yo con unos amigos, ya de madrugada, de un restaurante de la altura de Montmartre. En la plaza de Termes tomamos un taxi. Dejé a mis amigos en su casa, y en el mismo taxi seguí hasta mi hotel. A esas horas los marcadores de los taxis de París no funcionaban. Había que pagar lo que el taxista quisiera. Me acerqué al conductor para preguntarle lo que había de pagar. Era el hijo de doña Elvira.

—Le reconocí a usted desde que subió al coche —me dijo—. Y permítame que le invite. Le ruego que no diga de esto nada a mi madre. Aunque ella cree que está limpia de prejuicios, aún le quedan algunos. De vez en cuando se acuerda de que ha sido hija de un rey.

Yo le estreché la mano y él me brindó una sonrisa de príncipe.

Doña Elvira va estrechando su intimidad conmigo. Un día me dice que ha hablado de mí a su hermano, y que éste tiene deseos de conocerme. Al día siguiente me anuncia:

—Mañana, a las cinco, le espera a usted Jaime en su casa. Estoy segura de que han de simpatizar mucho. Jaime es alegre y usted también. A Jaime le gusta divertirse, especialmente por la noche, hasta la madrugada, y a usted también.

Se va a cumplir, pues, un deseo que varias veces me asaltó en la vida, sin poder realizarlo: el de conocer a don Jaime. Hay en este deseo un poco de devoción familiar. Yo no puedo olvidar la lealtad que puso mi abuelo materno, el primer maestro de don Jaime, al servicio de la causa legitimista, y hay también un poco de curiosidad por conocer a este hombre sobre el que se ha escrito tanto y dado de él tantas noticias confusas y contradictorias. ¿Qué era, pues, don Jaime de Borbón, duque de Madrid, pre-

tendiente a la corona de España, y, por el conde de Chambord, heredero de la corona de Francia?

Voy, pues, a verle a la hora convenida. Se ha detenido el coche ante un edificio que no es precisamente el que corresponde al palacio de un príncipe. Me abre la puerta un criado con cierto aspecto rural. Se llama Restituto, “Resti”, le llama el príncipe y sus amigos, y es de Rueda, en la provincia de Valladolid. Este criado se lo proporcionó a don Jaime mi primo Antero Samaniego en la época en que fue secretario del presidente. Con el trato diario con el príncipe ha perdido el fingido gesto de la servidumbre, y más bien que criado parece un escudero, a la manera que lo son los de nuestras comedias clásicas.

—El señor no está en casa —me dice—, pero llegará de un momento a otro.

Más adelante, ya en mi íntima amistad con el príncipe, advierto la rigurosa puntualidad que tiene para las citas. Paso a un pequeño salón. Buenas alfombras, muebles cómodos, con tapicería francesa del siglo XVIII, excelentes pinturas que don Jaime ha traído de su castillo de Austria. En todos los detalles se advierten los vestigios de la vida suntuaria de los grandes palacios, en los que se ha ido remansando una tradición artística a través de muchas generaciones. Estoy contemplando una tela de Tiépolo cuando la puerta se abre.

Un hombre fuerte, alto, de largos mostachos, frente despejada y cabello gris, peinado hacia atrás, se adelanta y me tiende la mano con franqueza muy española. Es un hidalgo de buena planta, como tantos otros que podemos conocer en los pueblos de Andalucía y de Castilla. Mas, sin embargo, en su semblante se descubre una expresión que la da cierta superioridad y jerarquía. Su sonrisa abierta y cordial infunde respeto. Inquieta un poco su mirada penetrante cuando interroga, ya que a don Jaime le gusta preguntar y escuchar, más que hablar. Después, en el trato diario que he de tener con él, averiguo que esta sonrisa no es otra cosa que comprensión.

Sabe ya muchas cosas de mí; su hermana le ha prevenido, y por ello inicia la conversación hacia temas literarios y artísticos. Después son los viajes, las guerras y los árboles. Don Jaime ha

recorrido todo el mundo con curiosidad más de vagabundo que de viajero, y ha sido en los distintos lugares soldado, príncipe y turista. Al hablar de los árboles y cómo deben cultivarse, y los beneficios que reporta la repoblación de los bosques, no se conforma con la nota técnica, sino que evoca paisajes, todos muy lejanos de este rincón de París. Él conoce a los mejores plantadores de árboles de Alemania. Es una ciencia muy difícil, me dice. La palabra de don Jaime, firme, segura, autoritaria, como quien está acostumbrado a mandar escuadrones, tiene un acento campesino, como de hombre que ha vivido mucho tiempo en contacto con la naturaleza. Quizá algunas veces ha huído de la ciudad y sus perversos refinamientos para refugiarse en los bosques. Pero en el tránsito, por su exaltación, de lo que parece que le gusta más, la guerra y los bosques, se descubre un fondo de melancolía y escepticismo. Este escepticismo le lleva a la comprensión de las cosas, y esta comprensión, a la tolerancia.

En tanto que le escucho en esta primera entrevista, voy pensando que si este hombre hubiese sido rey tendría del mundo una concepción completamente distinta. No sabría ni lo que era la guerra ni lo que era un hombre; ignoraría lo que era el trabajo duro, la justicia de difícil y la libertad de necesaria; no miraría con los ojos entornados y gesto de buen catador esta tabla primitiva italiana que decora uno de los muros... Para comprender las cosas no basta ser inteligente. Hace falta haber vivido la vida novelesca que ha vivido este príncipe: una vida a la que la tragedia se asoma muchas veces, y cuando no es la tragedia es la aventura, y, aún más que la aventura, el azar.

Después de una pausa, me pregunta por España:

—Hace mucho que no me asomo a España. Mis noticias son muy viejas... ¿Cómo son los hombres de España? ¿Qué políticos tienen talento? Es doloroso lo que ocurre en mi patria —termina.

Y me alarga un cigarrillo para aliviar un penoso silencio que no me atrevo a interrumpir.

Ya de pie, para despedirme, me dice:

—Al marqués de Estella, ¿le hicieron marqués de Estella por liberal o por carlista? Da lo mismo, la monarquía ha vivido desde la Restauración, y más desde la Regencia, secuestrada, siendo

juguete de los partidos políticos. Yo, en cambio, he vivido al aire libre. ¿Rey absoluto? Yo no sé lo que es eso. Yo pienso que el rey debe ser como el padre de los súbditos, pero siempre adelante, el primero de todos, renovando sus ideas cada día, no asustándose por las más avanzadas conquistas de los tiempos. Aun así, es posible que un día el monarca quede retrasado y no pueda cumplir los anhelos de su pueblo. Ese día el rey debe alejarse silenciosamente, y dejando el puesto conductor el primero de todos, quedarse el último, al lado del más humilde de sus vasallos, para poner también su esfuerzo al servicio de su patria.

Indudablemente, este príncipe no podría ser rey, y si lo fuese, tendría que sufrir. Sabe mucho de la vida y de los hombres, y comprende las ideas y los actos a través de un escepticismo demasiado benévolo.

## 28

A partir de este día se fue acreciendo mi amistad con el príncipe, hasta que llegamos a vernos diariamente. Solía ir a buscarle a las ocho, y cenábamos juntos, bien en el club, bien en restaurantes alegres con atracciones. Su entrada en cualquier lugar producía siempre sensación, y a su paso se inclinaban los servidores dándole el título de monseñor. También algunas noches íbamos a ver las novedades de los teatros. No se retiraba nunca a su casa antes de las dos de la madrugada, y más de una vez vimos amanecer en un restaurante de los mercados, cuando llegan los camiones de abastecimiento, donde muchos trasnochadores ponen fin a la crápula, animándose ante aquel bullicio y tráfago con la reconfortante sopa de cebolla.

Don Santiago Alba, a quien veía yo cada mañana en su cuarto de un hotel de los Campos Elíseos, cerca del Arco de la Estrella, se admiraba de mi adaptación a la vida del gran mundo de París, y a la extensión de mis relaciones en las altas esferas sociales. El arte, la literatura, la aristocracia y también los bajos fondos, a los que los privilegiados se aproximan con una curiosidad malsana.

Don Jaime tenía muchos amigos rusos, que la reciente revolución bolchevique había dispersado por el mundo, y así supe hasta qué punto había caído la aristocracia rusa, y cómo los grandes señores que han tenido criados, cocheros y chóferes, el oficio que primero aprendieron es el que ellos habían visto ejercitar a su servicio. Alguna noche teníamos que tomar un taxi, y don Jaime se paraba al borde de la acera esperando a que pasase un coche libre que lo condujese un ruso. Los conocía en la cara. Ya dentro del coche, se ponía a hablar en ruso con el conductor.

—De doce idiomas que hablo —me decía—, el que hablo peor es el castellano. Una vergüenza, y eso que en mi casa se hablaba siempre en castellano.

Una tarde, sentados en el jardín de Luxemburgo, frente al estanque, me habló por primera vez de política.

—De mí pensarán en España —empezó diciendo— que soy un hombre retrasado, de otros tiempos. ¡Cuánto se equivocan! Yo he visto cómo se gobiernan los pueblos más prósperos de Europa; yo sé, quizá mejor que ningún rey, cómo puede ser únicamente un rey en nuestro siglo. Pero ahora España está pasando una prueba muy difícil. No supo aprovechar las ventajas de la neutralidad durante la guerra, y si ahora se sostiene de pie es porque las naciones que intervinieron en la contienda están peor que ella. Es decir, no vive en virtud de su esfuerzo, sino por la ajena debilidad. Yo no veo un desenlace favorable a esta aventura militarista. Tengo grandes entusiasmos por el ejército español, pero creo que, manteniéndose en el gobierno del país indefinidamente, corre a su desprestigio. Ni es tampoco propio de un militar revisar cuentas municipales y presidir las juntas de abastos. Otro absurdo también es que el jefe de esta situación sea Primo de Rivera. Leo sus notas y aclaraciones en los periódicos españoles, y me parece imposible que tales frivolidades y ligerezas puedan salir de la pluma del jefe de un Gobierno. Yo, aún más que en lo anecdótico que ustedes comentan, me fijo en sus declaraciones propiamente políticas, en el concepto que tiene del derecho, de la autoridad y aun de la dignidad personal de sus gobernados. Por no tener, ni siquiera tiene actitudes de dictador. Es demasiado campechano y frívolo para eso. Habla mucho y

hace poco; cuando ha de imponer las sanciones, es débil y tímido; prefiere ganar los amigos por el favor, por el soborno. ¿Se habla en España de una situación de fuerza? No, de ningún modo. La fuerza no se ve por ningún lado. Digamos que es ésta la dictadura de las pequeñas molestias.

Hace una pausa don Jaime, y yo tengo que confesar que conoce la situación de España mejor que muchos de mis compatriotas. En realidad, sigue día a día los sucesos españoles, y los sigue fríamente, por amor y simpatía a España, sin sombra de pasión, de interés personal ni de malicia.

Después de una pausa, continúa:

—No comprendo tampoco la actitud de la corona. ¿Ha fracasado el régimen? Pues es evidente que ha fracasado la monarquía constitucional y parlamentaria, que era lo que la caracterizaba. Al fin y al cabo, entre las pocas iniciativas que la derruida Constitución concedía al monarca, se hallaba la facultad de elegir y separar a sus ministros. ¿Se han agotado todos los hombres de España para el gobierno del país? Yo creo que no; pero si así fuese, aún le quedaba al poder moderador el recurso de descubrir otros nuevos. No se puede abominar de un régimen del que se forma parte y gracias al cual subsiste la monarquía desde su restauración. Además, hay que darse cuenta de que cuando se restablezca la normalidad, si permanece aún el trono, ningún gobierno podrá hacerse responsable de los actos realizados por el monarca durante la situación excepcional. Con ello la corona pierde el sostén más fuerte que le presta la Constitución: el de que su persona sea sagrada e inviolable. Indudablemente, por España ha pasado una ráfaga de locura; pero no se me alcanza el remedio. En una república no hay que pensar en mucho tiempo. No hay ni organización, ni masa, ni directores. Hoy una república moderada no hay que esperar que la traiga el pueblo. El pueblo va mucho más allá en sus aspiraciones políticas. Una república no la puede traer nadie más que la burguesía, y la burguesía española no está preparada para luchar. La clase media española no quiere aventuras; teme los cambios aún más que la aristocracia.

—¿Y Blasco Ibáñez? —le pregunto.



—No creo que Blasco haga la revolución. Hace muchos años, quizá; ahora es más difícil. Le conozco muy bien; es mi vecino de Menton. Sé cuánto romanticismo y cuánto desinterés ha puesto en esta última aventura, pero no creo que haga la revolución. Además, la acción de Blasco se ha americanizado un poco, y esto no da resultado en los pueblos latinos. Hace unos meses estaba yo en Niza, y una mañana leí en los periódicos que Blasco había cogido en Menton una buena cosecha de naranjas. Como yo tengo tanta afición a los árboles, me propuse ir aquella tarde a casa de Blasco para que me enseñase el prodigio. Antes de apearme del coche me llamó el novelista, que estaba en el jardín, en mangas de camisa, regando un macizo de flores.

—Vengo a que me enseñe usted los naranjos. He visto en los periódicos...

—No haga usted caso —me contestó Blasco—. Dicen que son de mi cosecha, pero son unas naranjas que han llegado en el tren y que mandan unos amigos de Valencia.

Y cogiéndome del brazo, me llevó detrás de la casa a un lugar abrigado, y me enseñó media docena de naranjos en unos tiestos. Así pienso que es la revolución de Blasco, mucho ruido en los periódicos, y, después, seis naranjas en unos tiestos.

El amigo más íntimo que don Jaime tenía en París era un judío millonario llamado monsieur Canson. Vivía en una gran casa de la avenida de Víctor Hugo, pero los negocios los tenía en un palacio con jardín en los Campos Elíseos. Poseía un laboratorio de perfumería y productos de tocador, un taller de reproducciones artísticas, y este palacio era un verdadero museo, pues compraba antigüedades de primer orden. Construía y decoraba casas de gran lujo y después las amueblaba y las llenaba de plata, de porcelana, de lámparas y de esmaltes. Trabajaba con expertos que recorrían Europa buscando obras de arte de los grandes maestros, y con arquitectos que, en diversas partes del mundo, le construían las casas que le encargaban los millonarios para que él se las entregase ya para habitarlas, valorando su coste con el precio de las obras de arte que las enriquecían. Este negocio combinado de construir, decorar y amueblar, debía de ser fabuloso.

Don Jaime tenía reservadas en este palacio algunas estancias, que eran como los salones que debiera tener el pretendiente de la corona de España en su propia casa. Todos los criados y dependientes de monsieur Canson, no sólo daban a don Jaime tratamiento de monseñor, sino que le guardaban la reverencia que podían prestar a un rey, y cuando los leales del tradicionalismo venían en peregrinación a visitar a su señor, eran recibidos en estos salones entre estatuas, tapices, muebles y pinturas de los mejores maestros. En casa de monsieur Canson tenía depositadas don Jaime muchas obras de arte, y este extraño personaje era, en una pieza, su tesorero, su secretario, su mayordomo, su montero y su sumiller. La silueta fina y enérgica de monsieur Canson representaba, además, en la vida de don Jaime, algo muy importante para el príncipe: la disciplina, la voluntad inflexible, el trabajo... Era este hombre un trabajador incansable; llegar hasta él en sus oficinas era una cosa difícil; obreros suyos trabajaban en Francia, en Inglaterra, en Italia, en América; yo le he visto en su despacho cómo resolvía en un minuto, por medio de un cable, una huelga que se había planteado en Bolivia, y por una sencilla orden por teléfono, el procedimiento de envase que había de dar a un nuevo producto de su laboratorio.

Otro personaje importante de aquella casa era el doctor Larat. Estaba al frente de los laboratorios y era el médico del príncipe, al que don Jaime consultaba cada día sus imaginarias dolencias. El doctor Larat era serio, circunspecto, metódico; sabía escuchar de un modo admirable; sabía poner un poco de humorismo en las réplicas; era amablemente racionalista; era, en suma, un buen médico palatino.

Muchas tardes me citaba don Jaime en esta casa para después ir a cenar juntos. Departábamos en un gran salón del piso principal, y algunos días nos acompañaban monsieur Canson y el doctor Larat. Don Jaime, entonces, en francés, para que sus interlocutores le entendieran bien, desarrollaba planes de política.

—Mi política —decía don Jaime— sería elemental: fomentar mucho la riqueza agrícola en España, con nuevas máquinas y diciendo a cada agricultor lo que tiene que sembrar, porque esto

aún no se ha estudiado seriamente. Plantar muchos árboles hasta convertir la mayor parte de la meseta central en un inmenso bosque; suprimir en una gran parte el Ejército; claro está que en esta disminución, que sería lenta, yo respetaría los derechos adquiridos. Supresión de casi toda la marina, y digo casi toda por tratarse de una península. Si España fuese una isla, la suprimiría toda. Cuanto más hay que guardar, más barcos hacen falta, y puesto que la potencia económica de España no le permite tener la marina necesaria para su litoral, mejor es que no tenga ninguna y que se confíe a la buena fe de las grandes potencias. En el problema de Marruecos, que hoy es el problema más agudo, llegar a cumplir las mínimas obligaciones con una línea fortificada muy reducida. Yo llevaría a Madrid a todos los personajes moros importantes, los invitaría a cacerías y fiestas en palacio, y hablaría con ellos siempre en árabe, nunca por medio de intérprete. Esto para el moro es la suprema muestra de estimación; un rey español comprensivo, tolerante y poco guerrero, que además hablara el árabe, estoy por decir que podría él solo pacificar toda la zona del Protectorado. Por lo demás, buscar para el Ejército gloriosos hechos de armas en unas escaramuzas de política colonial es un absurdo. Si el ejército español ansiaba glorias militares, bien cerca de sí tuvo la última guerra, en la que se puso a prueba el valor y la sabiduría de todos los ejércitos del mundo, y, sin embargo, en aquella ocasión el Ejército se inclinó a la neutralidad. No creo, sin embargo, que esta actitud fuese equivocada, y, por último, en España hay que crear muchas escuelas, pero en las que se enseñe algo más que a leer. En las que se enseñe el respeto a las ideas y los sentimientos ajenos.

El programa era un poco elemental y simplista, mas teniendo en cuenta las fórmulas de arbitristo, indica en un aspirante a rey una preocupación por lo que debe ser el gobierno de un Estado.

—¿Y la cuestión regional? —pregunto.

—Habría que llegar a las concesiones más amplias... La cuestión regional afecta principalmente al sentimiento. El problema administrativo se resolvería fácilmente, si antes se había resuelto el sentimental. Es peligroso herir sentimientos cuyas raíces hay

que buscar en la historia y la tradición. ¡Quién sabe lo que retardó la obra del Protectorado marroquí el que puso en una iglesia de Nador una imagen de Santiago matando moros! Mucho cuidado con las creencias y con las cosas que representan creencias. El Directorio ha estado muy torpe en la cuestión regional, y especialmente en Cataluña.

Con estas ideas atrevidas y casi revolucionarias de don Jaime, se comprende que hombres como Vázquez de Mella y Pradera se hubiesen apartado de él. Todo el ideario del pretendiente fue falsificado por los dirigentes de la política tradicionalista. Tenían, en la realidad, un hombre moderno, y se obstinaron en crear un símbolo vetusto que se caía a pedazos con sólo mirarlo.

—Quizá muchos de mis leales —siguió don Jaime— no sepan a ciencia cierta cómo pienso. Yo, sin embargo, no puedo abandonarlos e iré donde quieran llevarme. Ellos se han sacrificado por mí, yo debo sacrificarme por ellos. Es decir, sacrificios no, porque en el cumplimiento del deber no puede haber sacrificio.

Después de escuchar a monseñor estos programas elementales de política, un día me llamó a su despacho monsieur Canson, y me dijo, del modo directo en que él planteaba sus negocios:

—Yo pienso, amigo Cossío, que el actual rey de España está en un equilibrio inestable, y tendrá que caer y marcharse de España cuando a Primo de Rivera lo echen. No puedo creer que los republicanos traigan la república, y yo he pensado en el señor. Es inteligente, simpático, moderno..., un rey, en suma, como para sí lo quisieran en muchos países. Verdad que está soltero, y esto pudiera ser un inconveniente, pero aún está en edad de casarse y de tener un hijo... Yo creo que todo esto se podría negociar con estos emigrados, que hablan de poder instaurar una república. Dígame francamente, ¿cuánto dinero cree usted que costaría el hacer rey de España a don Jaime de Borbón?

Yo me sonreí y le dije sencillamente:

—Esto no es cuestión de dinero.

A lo que me replica monsieur Canson:

—Todo en la vida es cuestión de dinero. Yo, con dinero, he hecho cosas que parecían imposibles. Medite usted sobre ello.

Dos días después me entregó don Jaime unas notas para que yo las sintetizase en un manifiesto que pensaba dirigir a los españoles.

—Pienso que todos los que tenemos una intervención más o menos directa en la política española debemos hablar. La historia ha de juzgarnos a todos, y yo debo velar por el prestigio de las tradiciones que me están confiadas.

La redacción del manifiesto fue laboriosa; el príncipe nunca estaba satisfecho del todo. Quería decir mucho en pocas palabras. Al fin dimos por terminada la obra. Avisó a Valencia para que viniese su secretario político, el marqués de Millares. Canson se encargó de imprimir el documento y de realizar la distribución por España, empleando todos los medios, incluso la aviación, para lanzarlo sobre los pueblos.

—Tratarán de hacerle el vacío —dice—; no importa. Yo he fijado una actitud y he ofrecido a mi país una solución. Nadie creo que piense que tengo la ambición de ser rey de España. ¡Se está tan bien así!

En efecto, siendo rey, perdería don Jaime todas las ventajas de que disfruta, y no ganaría nada. Perdería sus correrías de Mónaco, sus apasionadas noches de club, sus rincones íntimos de París, sus luchas de boxeo con su criado, sus bromas con las muchachitas del bulevar... Para comprender todo lo que representaba la libertad en la vida de don Jaime, hay que verle por las calles de París corriendo detrás de un taxi.

—Yo tengo que cumplir con mi deber —me decía algunas veces, y, al decirlo, descubría un matiz de melancolía en sus palabras. Pensaba, sin duda, que es la suya una vida truncada en todo momento, movida por pasiones, intereses y caprichos ajenos; pensaba que se creía libre porque corría por las calles de París, y, sin embargo, en su vida no tuvo ni libertad para hablar el idioma de su patria. Vivió siempre separado de su familia; para estudiar la ciencia militar tuvo que llegar a la corte de los zares, y adoptar como expresión de su juventud el idioma ruso; las princesas de las casas reales le estaban vedadas, pues los reyes no querían agraviar a la corte de España; las millonarias que conoció en sus correrías por América y a las que podía halagar un matri-

monio con un príncipe como el de los cuentos, tampoco le servían para el matrimonio, porque ello significaría la renuncia de sus derechos y la claudicación ante unos deberes históricos... Tuvo que luchar por una patria que no era la suya; tuvo que sufrir la humillación de un secuestro en su castillo de Austria durante la guerra del 14, mientras los jefes de su partido, en España, fingían una inteligencia entre don Jaime y el káiser. Además, en la vida de don Jaime se proyectaban las sombras funestas de dos mujeres que, a cada momento, torcieron su destino: doña Berta y doña Cristina. No tenía el recuerdo de una infancia apacible ni de una juventud alegre... Por esto, sin duda, este gesto melancólico en la meditación, que deformaba su natural carácter, impetuoso, apasionado, comunicativo.

Ya el manifiesto va a circular. He aquí otro frente de enemigos que le sale a Primo de Rivera: los tradicionalistas. Han llegado a París jóvenes jaimistas. Ha llegado asimismo el marqués de Millares, que es quien en aquellos momentos asume la jefatura del partido. Millares es un hombre fino, simpático, suave de palabra y de ademán, y en sus opiniones y juicios muestra el equilibrio y la moderación de un hombre fundamentalmente bueno. La devoción y el entusiasmo de estos tradicionalistas por don Jaime son extraordinarios. Don Jaime, aquella mañana, se dedica a firmar retratos, muchos retratos para sus amigos.

¿Qué pensarían de don Jaime estos amigos, si viesen a don Jaime a la luz que yo lo he visto muchas veces? ¿Qué pensarían ante su elegante escepticismo, ante su libre sentido crítico, ante su comprensión de todas las conquistas modernas?

Monsieur Canson, en la sombra, sigue trabajando con una idea fija y oponiéndose a todas las resistencias para lograrla. Yo vivo alejado de estas maniobras. Monsieur Canson organiza una comida de gala a la que asistirán los carlistas importantes que hay en París y a cuya asistencia yo consigo excusarme. Al día siguiente, monsieur Canson me dice que estuvo aquello muy bien, que hubo gran entusiasmo y que la cosa marchaba. Y, después, confidencialmente, acercándose a mi oído:

-¿Qué gran empresa habríamos realizado si consiguiéramos hacer rey a este hombre!

Cuando de Fuerteventura llegó a París don Miguel de Unamuno, bajaron a la estación a recibirle media docena de amigos españoles, y estos amigos le buscaron alojamiento en un hotel modesto, cerca del Arco de la Estrella, y le llevaron aquella misma tarde al Café de la Rotonde.

Don Miguel fue siempre un hombre de “peña”. La tertulia de un café constituía para él una necesidad imprescindible. Y es que así como muchos se producen leyendo o meditando, o simplemente viendo, don Miguel se producía hablando. No era exigente con el auditorio; se conformaba con que fuese tal auditorio: con que oiría. Y a veces con menos, con que estuviese presente. Para don Miguel los hombres representaban lo que la pared para el pelotari: una superficie sobre la que arrojar la pelota para recogerla en la cesta y lanzarla de nuevo. Estos amigos, pues, que bajaron a la estación, al ofrecerle un diván de café, con un grupo de oyentes, le hicieron el mejor obsequio que pudieran hacerle en París.

Todas las tardes, a las dos en punto, entraba don Miguel en la Rotonde, con ese aire decidido que sólo él tenía para atravesar las puertas, aun por aquellas que advierten en un letrero que “se prohíbe la entrada”. La “peña” estaba en el fondo, pegada a la vidriera del bulevar Raspail. Cuando aparecía don Miguel, no solía haber aún sino dos o tres contertulios. Le hacían un hueco en el diván, se sentaba echando atrás el sombrero, pedía inmediatamente el café y lo pagaba, extraía del fondo de un bolsillo de su chaqueta azul una bola de masilla y, cumplidos todos estos requisitos rituales, comenzaba a hablar. Eran las noticias recién venidas de España, los últimos chistes contra el Directorio, una novísima lista de atropellos y arbitrariedades, la lectura de una carta que acababa de llegar... A cada contertulio nuevo que se sentaba, don Miguel le repetía sus comentarios y noticias; el corro iba haciéndose grande; los últimos que aparecían no encontraban sitio donde escuchar. De tiempo en tiempo el gerente del café rogaba un poco de silencio...; había que bajar la voz.

Por este café han desfilado todas las rebeldías. Fue el caso de Lenin antes de la revolución rusa, fue el café de Picasso antes de

la revolución cubista... Todos los tipos extraordinarios que, de los cuatro puntos cardinales, llegaban a París, se han sentado, aunque sólo sea un minuto, ante una mesa del Café de la Rotonde. Es el ambiente más propio para la corbata atrevida, para el sombrero absurdo, para el indumento exótico, y también para las ideas audaces. Es el punto de cita de las ilusiones que acaban de llegar, con los viejos fracasos. En este café, en el que los sexos perdían sus líneas propias, confundiéndose —mujeres con camisas de hombre y con pelo cortado; hombres con melenas y camisas de mujer—, hay un rostro para la exaltación, otro para el escepticismo, otro para el sueño, otro para el ocio..., y sólo un perfil enérgico, fuerte, sano, como el de un campesino, el de don Miguel, quien mientras habla lanza bolitas de masilla, con rara habilidad, contra los espejos y los cuadros de pintura, pobres cuadros de vanguardia, asfixiados por el humo y por la indiferencia. Don Miguel, en el café, acentúa sus rasgos religiosos. Habla como un apóstol, y cuando mira a una de estas muchachitas de pelo cortado, que fuman en boquilla y que van al café para inquietar a las inglesas ricas, lo hace con esa benevolencia elegante de quien lo comprende y lo perdona todo.

Don Miguel siempre está contento, y con cualquier pretexto vaticina el fin de la Dictadura. Por todas partes le rodea el escepticismo, pero no le hace mella. De tiempo en tiempo se exalta, golpea la mesa, pronuncia palabras fuertes... Sólo las noticias oficiosas de Primo de Rivera obran en él como un sedante.

Don Miguel lleva en el bolsillo los papeles, las cartas, los recortes interesantes que han caído en sus manos, desde que salió de Salamanca, desde que le arrancaron de su casa de Salamanca. Todos los días dice que va a comprar una carpeta de hule. Ya el sobre blanco no puede con tanto contenido. El sobre blanco en cuyo anverso, finamente dibujada, con un trazo fino de profesor de dibujo, hay una cabeza de un niño de Fuerteventura. Dentro del sobre no falta el manifiesto del 13 de septiembre, y en él, subrayadas por el propio don Miguel, las frases que éste juzga más bochornosas: “La masculinidad bien caracterizada.” “La invitación a la denuncia secreta...” Dentro del sobre van también los sonetos. Nos lee el último soneto, el del día anterior, y cuando



llega un nuevo contertulio, le lleva aparte y le lee todos los sonetos, del primero al último.

Los españoles que llegan a París se asoman a esta tertulia. Traen noticias recientes, aún con el calor del horno. Los cuellos se alargan y las cabezas convergen en el centro de la información:

—Nadie está conforme con el Directorio —dicen—; pero nadie se mueve. En España hay mucho miedo. Miedo a perder el destino o la clientela, a ganarse el destierro o la cárcel. Aún más que el terror, es la sospecha de que pueda complicárseles la vida.

Son asiduos a la tertulia un grupo de pensionados, especialmente médicos. Entre éstos descuella Luna, siempre escuchando con un gesto melancólico y romántico. Trabaja en un laboratorio toda la mañana, reanuda sus tareas a las tres de la tarde, pero ninguno falta una hora al lado de don Miguel. Entra en el café muy de prisa, con sus bigotes lacios y su barba atrasada, y suele llevar en el fondo de los bolsillos del gabán frascos llenos de moscas, a los que trata con un cuidado exquisito. Siempre he recordado a Luna con ese su gesto de oyente devoto, acercando el oído para oír mejor, mientras limpia los cristales de sus lentes con el pañuelo.

Otro de los devotos de don Miguel es Urbano. Urbano tiene los ademanes afeminados y una voz atiplada, y habla con un acento extranjero; pero, si escuchamos bien, con un acento andaluz. Reparte su vida entre Alemania y Francia; vive de sus rentas; sabe muchas cosas inútiles, muchas anécdotas, mucha Historia; habla correctamente varios idiomas; lee todos los periódicos que caen en sus manos; de tarde en tarde va a pasar un mes a una casa que tiene en Granada... Urbano es el más asiduo compañero de don Miguel en sus largos paseos. Algo fundamental, sin embargo, los separa: Urbano es comunista. Tiene dinero, propiedades rústicas y casas, pero quiere que todo esto, un día, se reparta equitativamente entre todos los hombres. En realidad, Urbano no es otra cosa sino un buen diletante. Yo le cobro una gran simpatía, aun a sabiendas de que a nadie es simpático. Un día disputa acaloradamente y riñe en el café. Le insultan, le agravan, le amenazan... Urbano lo soporta todo resignadamente, pe-

ro desaparece y no volvemos a saber de él. A poco le veo de lejos, en Versalles, y advierto que huye de mí.

No faltan nunca en la tertulia unos cuantos valencianos. Son antiguos diputados, senadores y concejales que se acercan a París para hablar con Blasco Ibáñez. Entre ellos se hace muy visible la figura del periodista Esplá. Llega todos los días cargado de periódicos y cartas y siempre nos dice que tiene muchas cosas que hacer. Detrás de él, como su sombra, aparece el respetable y misterioso señor Franco, sonriendo constantemente y dando a la reunión una nota de mesura académica de Ateneo.

Entre los periodistas más asiduos recuerdo a Corpus Barga, José Pla y Paco Madrid, casi siempre acompañados por Ortega y Gasset. A Eduardo Ortega le llaman Ortega el Bueno, en recuerdo de una anécdota de Burell, cuando era ministro. Cierta día su secretario le anuncia la vista de Ortega y Gasset, y Burell, con su voz áspera y bronca, grita:

—¿El bueno o el malo?

Burell se fue a la tumba con el secreto de quién era el Ortega bueno y quién el malo. Estos amigos de París han despejado la incógnita, llamando a Eduardo Ortega el Bueno.

Otro de los asiduos es el señor Toda, que es el hombre que todo lo sabe, todo lo resuelve, todo lo adivina. Ha sido fotógrafo y diputado, y, de este modo, habla como en el Parlamento y mira y se mueve como si estuviese al lado de un aparato fotográfico y con la pera de goma en la mano. Más bien que convenir a su interlocutor, diríase que lo quiere retratar.

De tiempo en tiempo viene el senador Manteca. Es amigo de Alba, y acude a París solamente para charlar con su jefe. El senador Manteca pone una gran pasión en sus palabras, y hace a cada momento protestas de fidelidad. Algunos días se acerca don Luis Hoyos, con ese paso suyo de corto de vista, tanteando con las manos las mesas, las sillas, los abrigos... A última hora, y para marcharse inmediatamente, aparece Mario León, con los ojos entreabiertos. A cualquier hora del día o de la noche que veamos a Mario, diríamos que se acaba de levantar de la cama. Es un muchacho rico, muy simpático y servicial, que se ha convertido en un verdadero parisiense. La política no le interesa, y con frecuen-

cia viene a buscarme a mí para decirme que ha encontrado un rincón maravilloso, al que acuden de tapadillo grandes señoras, para divertirse, y que es un lugar que no conoce casi nadie de París, y desde luego vedado para los turistas.

José Pla no para mucho en el café. Es éste quizá el periodista español más inteligente que en estos años de dictadura española hay en París. En el café le confunden con un japonés, y visto por detrás, con su sombrero hongo de ala recogida y su gabán angosto, desabrochado, se le tomaría por uno de esos tipos tan parisienses que pasan la vida entre la Bolsa y las carreras de caballos. Oyéndole hablar, se le tomaría por un buen comisionista catalán con el estómago a prueba de todas las cocinas y el cuerpo a los vaivenes de todos los ferrocarriles. Y, sin embargo, no es nada de esto. José Pla ha nacido para que todos nos equivoquemos con él. Quizá cultiva el diletantismo de confundir a la gente. Era como esos muchachos que en el Carnaval tienen la pretensión de que no los conozca nadie. Yo no me ufano tampoco de haberle conocido, pero sí de haber conversado con él largamente en los rincones de los cafés y a lo largo del Sena, por la noche, de un puente a otro, pues el río es nuestra frontera; Pla vive a un lado del río, y yo a la otra orilla.

Quizá esta frontera existe también en nuestras ideas, pero procuramos salvarla del mismo modo, paseando a lo largo de ella, de un puente a otro. El frío y la niebla no interrumpen nuestras charlas peripatéticas, y alguna noche nos acompaña una señora holandesa, que manda artículos a los periódicos de su país, y con la que posiblemente a Pla le conviene casarse. En tales noches discurrimos sobre el amor, la amistad y el matrimonio.

Pla es un catalán muy catalán, con todas las supersticiones catalanas metidas hasta los huesos. Ello quiere decir que siente un desdén olímpico hacia Castilla, sin que nunca se haya detenido a reflexionar sobre lo que el concepto “Castilla” significa. El profundo humorismo de Pla ha llegado a mitigar todas sus supersticiones sobre España y los españoles, menos ésta. Hablando, pues, de Cataluña y de Castilla, no se diferencia gran cosa de cualquier fabricante de Tarrasa o de cualquier diputado de la Mancomuni-

dad. Claro está que Pla ha sido diputado de esta institución, pero yo también he sido concejal en Valladolid, y nadie me lo conoce.

Así, mis fervores por Castilla y aun por las reivindicaciones agrarias de mis conterráneos no me ciegan para comprender que Cataluña es una región admirable, que su paisaje es de una suavidad encantadora, y que el Mediterráneo a pleno sol es uno de los mejores espectáculos que la naturaleza puede ofrecernos a los hombres de tierra adentro. Por lo demás, el problema de la desmembración no me preocupaba. Cataluña separada de España sería un país pintoresco, más pequeño que Portugal, con la desventaja de no tener colonias. Tendría un presidente venerable y un poco poeta; sus dandis, condenados por patriotismo a vestir con géneros nacionales, mostrarían en el club unos pantalones con rodilleras, y sus escritores, al cabo de algún tiempo, ansiosos de universalidad, si no se decidían a escribir en francés, en cuyo caso habrían ganado poco con su independencia, optarían por este endiablado idioma de Cervantes.

Pla no se exaspera con estas bromas. Los dos nos ejercitamos en el humor y tenemos el buen gusto de ponernos de acuerdo antes de que la discusión pueda degenerar en disputa. Pla milita en el grupo catalanista, y aquí, en París, se le ve acompañado de señores misteriosos que buscan los rincones más sombríos de los cafés para hablar en voz baja. Pertenecen quizá a las huestes del señor Maciá, y posiblemente conspiran, ya que Primo de Rivera no ha cumplido sus promesas, y hoy forman un frente dispuestos a sumarse a cualquier grupo que les asegure la autonomía. Mas de esto no hablamos nunca. Hablamos de arte, de literatura, de periodismo; nos ejercitamos en un torneo de paradojas, que llenan de confusión a nuestros acompañantes.

Cuando se disuelve la tertulia del café, a las tres y media, cada uno marcha a su quehacer. Se han consumido algunos litros de café y de leche; se han comentado las noticias de España, se ha execrado la Dictadura; se ha convenido en que la revolución es una cosa necesaria..., y allí ha terminado toda la acción de los revolucionarios de París. En realidad, estos hombres hacen lo que pueden. Todos ellos han de luchar para ganarse la vida en

tierra extranjera; sería mucho exigirles que además hagan la revolución.

Don Miguel se levanta y espera en la puerta a los que han de acompañarle hasta su casa. Un paseo a pie de dos horas. Don Miguel vive cerca del Arco de la Estrella. Yo suelo acompañarle las tardes que estoy libre, y en estos paseos recojo lo más íntimo, lírico y generoso que hay en su espíritu. Todas las virtudes de la ciudadanía residen en él. Ama los libros, pero ama igualmente la calle, y piensa, más que nada, que ningún movimiento del poder público debe sernos indiferente. Don Miguel reacciona ante cualquier atropello, arbitrariedad e injusticia, y la que menos le duele es la que han cometido con él. Los meses de Fuerteventura han sido fecundos. Ha aprendido a conocer el mar, o la mar, como la llaman ahora. Todo el proceso del extrañamiento está condensado en sus sonetos del destierro. Del insulto agudo y la frase agresiva salta, en estos sonetos, a las más bellas y sutiles explosiones poéticas. En estos diálogos con el mar se ha exacerbado el egocentrismo de don Miguel.

—Después de todo —me dice—, es posible que la historia de este triste período español, lo único que recoja sea mi colección de sonetos.

Una tarde, apoyados en el Puente Nuevo, veíamos correr las aguas. Era una tarde gris de octubre y las barcazas negras que surcaban el río parecían enormes ataúdes. Entonces yo le dije:

—¡Qué sentido más hondo tiene el verso del duque de Rivas “desde las tristes márgenes del Sena”!

Don Miguel me leía al día siguiente un soneto que empezaba con este verso, para seguir aludiendo al duque de Rivas con el *Don Álvaro*, el sino y el destino. Uno de los que escuchaban la lectura advirtió que aquel verso no era del duque de Rivas, sino de Martínez de la Rosa, escrito desde París a la muerte de la duquesa de Frías. Don Miguel no dijo nada, mas cuando publicó el libro no se atrevió a excluir el soneto tal como lo había escrito, y me lo dedicó a mí. Debajo de él había una nota que decía: “Cuando yo escribí este soneto creía, y otros conmigo, que el primer verso era del duque de Rivas. Alguien que estaba en lo cierto, afirmó que tal verso era de Martínez de la Rosa. Yo le he

dejado como estaba, porque, después de todo, ¿quién sabe?” Esta anécdota define el carácter de don Miguel de un modo perfecto.

Un día marchamos por la avenida del Bosque de Bolonia. Ha consumido toda la tarde adivinando el porvenir de España. Él piensa que España no ha hecho aún la revolución que más tarde o más temprano han hecho todos los pueblos de Europa. Don Miguel cree que puede ser él el hombre providencial para mover la definitiva revolución española. Hay tanta fe y tanto entusiasmo en sus palabras, que yo me siento vencido. No está el fuerte de don Miguel en la dialéctica, sino en la elocuencia: es un gran orador. De repente se para y se ríe, como se pudiera reír un loco.

—¿Y después de hacer la revolución, qué invento yo para no aburrirme?

Le miro fijamente. Quiero descubrir si aquellas palabras son una máscara detrás de la cual se ocultan las lágrimas. Pero no, es un rostro de campesino vasco, un rostro que pide la boina y al que se asoman unos ojillos socarrones. Yo no pronuncio una palabra. Mis entusiasmos se han helado. Después el semblante de don Miguel se transforma; es que va hilando un nuevo soneto por el camino. El poeta quiere sacar partido de lo que ha dicho el campesino. Las revoluciones son una cosa que ha inventado Dios para matar el tedio.

### 30

El día que don Miguel cumple los sesenta años ha venido a París míster Frich. Este inglés, traductor a lengua inglesa de *El sentimiento trágico*, es uno de los más devotos amigos de su autor. Fue a Fuerteventura sin otro objeto que el de acompañar al maestro una temporada en su destierro. Vamos con él a pasar la tarde en el Bosque de Vincennes. Recordamos entonces los bosques de Tudanca. Don Miguel nos prometió, camino de la Valsemana, pasar el día de sus sesenta años en los Picos de Europa. Sus propósitos no se han cumplido, y entre aquellos árboles tiene don Miguel un recuerdo para los bosques de España. Míster Frich,

como siempre, escucha en silencio; pero yo le veo emocionado, empañados sus ojos por el vapor del llanto. No cabe un patriotismo más pegado a las raíces del alma que este que siente don Miguel. Después va descendiendo en el tono, hasta quedar desnudo el aldeano, el buen aldeano vasco, malicioso, pleitista, socarrón, tacaño... Son como dos hombres distintos que viven perpetuamente juntos, y que jamás dialogan entre sí. Cuando el uno habla, calla el otro. Diríase que el aldeano escucha con respeto al filósofo y poeta, y éste deja al aldeano ocuparse de los cuentos de vecindad y de las pequeñas minucias domésticas, porque en el fondo le gusta tener un administrador tan atento, razonable y práctico. Se ha hablado mucho de las contradicciones de don Miguel, y esto es porque el crítico no se detiene a discernir cuándo habla el aldeano y cuándo el filósofo. De tanto luchar entre sí, el hombre razonable y el soñador se confunden. Mas don Miguel no quiere diálogos ni consigo mismo, vive en un perpetuo monólogo, y cuando pregunta alguna cosa, es por disimular, pues ya tiene preparada la respuesta. Y, sin embargo, ¡cómo se le pegan las ideas de los demás! Para él las ideas de los demás son una primera materia. Es como el molino y el batán, necesita ideas ajenas para molturarlas y refinarlas, y después ponerles su sello.

Del café va todas las tardes a su hotel atravesando el parque de Luxemburgo, el bulevar Saint-Michel, la calle de Rivoli, la plaza de la Concordia y la avenida de los Campos Elíseos. Tiene un paso firme y decidido, y no le arredran ni el frío ni la lluvia ni la nieve; sortea en los pasos difíciles automóviles y autobuses, como en un juego, sin pensar nunca en el riesgo. Diríase que tiene un secreto amor al peligro. Lo mismo que por la calle pasa por la vida y por las ideas. Para don Miguel no hay obstáculos: siempre quiere llegar por el camino más corto. Hasta para la divagación busca la línea recta.

Una tarde, ya próximos a la casa de don Miguel, nos dice un amigo que acaba de morir Anatole France. La residencia del novelista está muy cerca, debajo de la avenida del Bosque de Bolonia. Don Miguel me propone que vayamos allí. Atravesamos un jardín silencioso y llegamos a la puerta. Llamamos al timbre y nadie acude. La puerta aparece a medio abrir, y don Miguel pe-

netra en el zaguán con decisión, como en lugar conocido, y así recorremos los salones de la planta baja. A nuestros oídos llegan los martillazos de quienes están preparando la capilla ardiente. Pisamos alfombras persas, contemplamos los muebles, los cuadros, los libros, las vitrinas en donde hay colecciones de porcelanas y marfiles, todo a una luz difusa, como si los últimos rayos del sol poniente no se atreviesen a entrar allí. Nadie aparece para interrogarnos o cortarnos el paso. Por cerca de nuestras piernas se deslizan dos gatos negros, con ojos encendidos, que enarcan lúgubremente el espinazo. A poco atraviesa el salón una mujer enlutada, con el cabello blanco, muy de prisa, y ni siquiera repara en nuestra presencia. Salimos, al fin, a la calle, al aire libre, y yo siento una extraña opresión en el pecho, como si nunca hubiese sentido la muerte tan cerca de mí, tocándome la frente con sus manos heladas. La imagen de aquellos dos gatos negros me persigue, y recuerdo muy vagamente las novelas de este hombre, que me entusiasmaron en mi juventud, y cuya pluma, que ya no escribirá nunca más, he visto abandonada sobre una mesa. Don Miguel camina un largo trecho sin hablar, con las manos enlazadas a la espalda. Luego se pone a contemplar la luna, que aparece muy velada en un cielo violeta, encima del Arco de la Estrella, como si se fuese a derrumbar sobre él.

Hemos sentido el aliento de la muerte en la casa del genio, y don Miguel parece no haberse inmutado. Aun los sucesos más culminantes que ocurren en la ciudad parece que no le interesen. Pasa muchas horas tendido en la cama, leyendo; siente en cualquier momento la nostalgia del mar y los montes; en los ocios inventa nuevas pajaritas de papel; rehuye la compañía de los sabios; ahora prepara un nuevo libro, en francés, sobre la lucha o agonía del cristianismo; visita todas las iglesias de París, y de vez en vez asiste a los oficios de una capilla protestante.

Yo comprendo que todos estos recuerdos son un poco lacónicos e incoherentes. Pero así es la vida de don Miguel, y cuando en ella se rompe el equilibrio humano, es inútil que nos esforcemos por reconstruir lógicamente su historia. La vida de Unamuno marcha a saltos, como esos ríos de montaña, llenos de pasión para todas las pendientes, y tan sombríos y misteriosos



en los remansos. ¿Hay alguien que haya conocido enteramente a don Miguel? ¿Acaso llegó él a conocerse a sí mismo?

En Navidades recibe don Miguel la noticia de que a su familia le ha correspondido el premio mayor de la lotería. Su mujer jugaba una participación de cinco pesetas. En esta sonrisa del azar ve don Miguel la mano de la Providencia. El Gobierno le arroja fuera de su patria; no se le forma proceso; ningún tribunal legalmente constituido le juzga; no se le oye; se le impone una pena que no existe en ningún código; se le desposee de su cátedra, y aun se le calumnia diciendo que la tiene abandonada..., y en compensación de tales arbitrariedades, el azar nacional le entrega unas pesetas por medio de la lotería. Con este motivo, que representa un desahogo en la economía familiar, vendrán a visitarle su mujer y sus hijas. Esto debiera ser para don Miguel una gran alegría; pero, en el fondo, le contrista. Diríase que, como un héroe caballeresco, al salir de Salamanca, juró no entregarse a los goces familiares, ni comer pan a manteles, ni quitarse de encima sus arreos, ni dormir en lecho blando hasta que tornase victorioso. Esta visita de su mujer y sus hijas puede ser un portillo sentimental por el que su fuerte voluntad se asome y reciba la tentación de su casa de Salamanca, de las piedras doradas de la catedral, de los porches de la plaza, de la carretera de Zamora... Sin embargo, llega la familia, y don Miguel continúa fuerte.

Quieren ver los museos, y a don Miguel no le gusta ni la pintura, ni la porcelana, ni los esmaltes, ni los salones de los palacios... Quieren ver detenidamente los grandes almacenes, y a don Miguel no le gustan las tiendas, y mucho menos estos comercios tumultuosos y gigantes, verdaderas enciclopedias de enseres, prendas y objetos, por orden alfabético, y en los que, como las enciclopedias escritas, hay todo lo que necesitamos, menos aquello que se nos ocurre comprar o saber en un momento determinado; quieren ir a la ópera, y don Miguel detesta la música. Lo único que le gusta de París es la soledad de la plaza de los Vosgos, que le recuerda la plaza de Salamanca, y la tertulia del Café de la Rotonde, pero allí no se atreve a llevarlas, comprende que aquello sería demasiado detonante. Don Miguel es ya popular en París. Los retratos, entrevistas y artículos que han publicado en

París sobre su vida y sus obras, le han hecho un hombre del día en esa explosión efímera que todas las celebridades producen en París. Su atuendo y su perfil son, además, inconfundibles. Las gentes, en los bulevares, se detienen para contemplarle. Y así pasea estos días por las calles de la gran ciudad, produciendo curiosidad y hasta sensación, aquellas tres mujeres que le acompañan, con aire provinciano y muy pegadas a él, para no perderse. La mujer le ha insinuado que debe hacerse otro traje y comprar un sombrero. Don Miguel deniega tozudamente con la cabeza. Ha de entrar en Salamanca con los mismos arreos que saliera. Aún más fuerte y más rojo que cuando le hicieron partir, y con el pelo y la barba más blancos, sobre el raído traje azul.

La figura de don Miguel es tan extraordinaria, que cuando los hombres del porvenir puedan verla con la perspectiva de la historia, quedarán maravillados. No hay un solo suceso español de su época en el que no se proyecte su sombra; no hay una sola protesta justa en la que no se escuche su grito entre todos los gritos; no hay un solo movimiento de vida española en el que no se sienta el soplo de don Miguel. En aquella crisis de ciudadanos que padecíamos, entre los hombre públicos que pudieran ofrecerse a las multitudes, como ejemplo de voluntad fuerte, de amor a la justicia, de carácter íntegro, de inteligencia sana..., a don Miguel podríamos haberlo presentado como símbolo y como ejemplo.

Terminado el trabajo de la obra del conde Güell, que yo había dirigido, antes de decidirme a la tirada y después de haberle mandado las capillas a Juan Antonio, y la reproducción de los heliograbados, recibí una carta de éste diciéndome que fuese a Barcelona, donde él estaba, para tener un cambio de impresiones. Al mismo tiempo recibí un telegrama de mi mujer en el que me decía que bajo ningún concepto viniese a España. Por lo visto se me consideraba como uno de los conspiradores que en París escribían hojas anónimas y panfletos injuriosos. Yo, sin embargo, me decidí a correr esta aventura y me dispuse a acudir al llamamiento de mi amigo. Los catalanes estaban ya frente a Primo de Rivera, por no haber cumplido éste las promesas que les hizo cuando el golpe de Estado, que se fraguó entre ellos, y aun

por haberse excedido en medidas de tipo unitario que ofendían a su tradición, incluso en aquellas que herían su sensibilidad, como la orden que prohibía que en ningún acto público se tocara ni se cantara la sardana. Estas informaciones las tenía por José Pla, que tan íntimamente estaba ligado a los catalanes que acudían a París, y por don Santiago Alba, que había tenido una conversación con el señor Cambó, después de un año de estar incomunicado con él, y en una relación de amistad muy tirante. El frente, pues, contra el dictador se había extendido a todas las agrupaciones políticas del país, presagiándose con ello su funesta caída. Nada de esto, sin embargo, me arredró para emprender mi viaje.

Llegué a Barcelona una mañana de mucho sol, y en la estación me esperaba el conde de Güell. Como yo le preguntase si mi libertad correría peligro haciéndome visible, él me contestó que creía que no, mas, sin embargo, si yo prefería permanecer oculto, estaba atracado en el puerto el barco de la Compañía Transatlántica *Infanta Isabel*, y podría vivir en él y celebrar así nuestra entrevista. Yo preferí ir a su casa.

Vivía en lo alto de Pedralbes, en una residencia maravillosa por su situación y por el bello jardín que aun en invierno estaba lleno de flores. Recuerdo que Juan Antonio me habló más de política que de su libro. Su llamada, pues, era más para enterarse de lo que se decía y hacía en Francia. Tenía noticia de la entrevista de Cambó y Alba, y sospechaba que yo sabía de lo que habían tratado. Puso cerco a mi discreción, y él por su parte me dio cuenta de lo que pensaba el rey, que era prescindir de Primo de Rivera y formar un gobierno, volviendo a la normalidad constitucional, del que serían clave estos dos políticos. Yo le dije entonces que con Alba desde luego no podría contar, y que sería difícil que Cambó se decidiese a dar un paso tan aventurado. Al conde de Güell, como buen monárquico y contando con la intimidación de don Alfonso, le conturbaron estas noticias. No creía en los republicanos, porque no los había en España, pero tenía miedo, con un raro don profético, al caos.

Permanecí en la casa todo aquel día, sintiéndome un poco prisionero, y sin que él me animase a salir. Pero después de cenar,

siendo como yo soy un trasnochador impenitente, le dije que me gustaría dar un paseo por Barcelona. Él no pensaba salir, pero puso a mi disposición su coche. Di con él una vuelta por la ciudad, entré en un café de la plaza de Cataluña, sin encontrar ninguna cara conocida y, al pasar por las Ramblas, vi que el Teatro Liceo estaba abierto, y me decidí a entrar.

Entre las muchas tradiciones a las que Barcelona rinde culto, una de las más brillantes es la de la ópera. La sala del Liceo es centro donde se exhibe toda la alta sociedad catalana, y penetrar en este recinto es como ponerse en contacto con la acometividad y riqueza de la ciudad. Se representaba la ópera *Luisa*, de Carpentier, una obra que evoca todas las melodías parisenses y que en sus estampas muestra escenas que nos dan una impresión viva de París, en ese aspecto romántico y sentimental que los novelistas, desde Balzac hasta Dumas hijo, han sabido exaltar. En el curso de la representación me parecía no haber salido de París, aunque la ópera se decía en italiano.

Al comenzar el tercer acto me marché a casa. Me pesaba, como nunca me ha pesado la soledad, y me parecía estar en un país extranjero al que no había ido como turista ni para hacer nada importante, y en torno mío sentía algo extraño, quizá un vacío que yo no podía llenar ni siquiera con nostalgia.

Al día siguiente, en el expreso, salí para París. En las horas que estuve en Barcelona, mi incógnito se había cumplido estrictamente. El paso de la frontera, lo mismo al entrar que al salir, se había hecho sin que nadie hubiese puesto el menor reparo a mi pasaporte, y, solo en el *singler*, tardé mucho tiempo en dormirme. Saqué de la maleta el último libro de André Gide, y no pude fijar mi atención en él. Cuando en una página encontraba una frase que me impresionaba, volvía atrás en la lectura para coger el hilo. Después apagué la luz, y mi fantasía fabricaba extrañas imágenes, que ya eran policías que seguían mis pasos, ya una mujer que se me acercó a la puerta del teatro ofreciéndome unas flores, ya Juan Antonio Güell, frente a don Alfonso, vaticinando el caos... Ese estado en el que fabricamos un sueño y aun una pesadilla, sin habernos dormido aún.

Cuando, a la mañana, en el ángulo profundo de un taxi, irrumpí en París, a lo largo del Quai d'Orsay, viendo las grises aguas del Sena bajo esa luz entre plomo y violeta que matiza en esta ciudad suavemente las ideas y nos inspira un secreto deseo de vivir, respiré anchamente, como sintiéndome en un ámbito universal en el que todas las ideas son lícitas, en el que el recién llegado se siente acogido por la comprensión y la tolerancia, en el que los transeúntes nos parecen amigos, en el que cualquier innominado con genio puede adquirir la fama en un minuto.

Allí me esperaban mis amigos. Pero yo no quería hablar de política, y, así, hice el propósito, y lo realicé aquella mañana, de telefonar a una bella amiga para que almorzásemos juntos en el Café de París, que aún era la catedral de la buena cocina... Mi amiga acudió, oliéndome a ese perfume de París que no puede exportarse, porque lo da, no la cosmética, sino la ciudad, y me entretuvo en una conversación frívola y alegre que, al llegar a los postres, había borrado todas las imágenes tristes de la noche. Así pensé que París es la única ciudad del mundo que puede acoger todos nuestros fracasos, porque su ritmo vital nos advierte que a la vuelta de cada esquina puede surgir para nosotros la riqueza, el amor o la gloria.

### 31

Cuando llega Blasco Ibáñez a París, acaba de dar la vuelta al mundo. Comienza, pues, en su vida una nueva era. Hay en la existencia de Blasco una división secundaria, pero a la que él no deja de conceder importancia.

—Esto ocurrió —decía algunas veces— cuando yo tenía barba.

Hay, pues, un Blasco con barba y otro sin ella. Pero la división fundamental la hace su viaje alrededor del mundo. Queda, así, del otro lado, el Blasco viejo, el de Europa y América, y del lado de acá, el Blasco nuevo, el de Asia, África y Oceanía. Cuando Blasco dice “mi viaje en torno al mundo”, sentimos materialmente, bajo los pies, la esfera del mundo, así como esas grandes bolas que manejan los equilibristas. Entonces Blasco Ibáñez era como un enorme atlas vivo con muchos mapas complementarios.

Al aparecer en París, ya tenía escritos los dos primeros tomos de su viaje; su casa de Menton estaba llena de recuerdos de todas las ciudades del mundo, y él no deseaba otra cosa que descansar una temporada en París gustando amablemente de las sugestiones de la gran ciudad, y apartándose de todo lo que significara inquietud, preocupación, movimiento. Tras un breve descanso terminaría su libro del viaje y prepararía su discurso de recepción en la Academia Española. Los “inmortales” le habían ofrecido un sillón, y lo único que le exigían era que prometiese apartarse, definitivamente, de las luchas políticas. Sus amigos sabíamos que en cuanto le otorgasen esta merced, la Academia de Estocolmo le otorgaría el premio Nobel. Esta gran novela viva que se llama Blasco Ibáñez iba a tomar la cima de su desenlace. Un desenlace a gusto de los burgueses, que en toda novela de aventuras desean que el héroe, en el último capítulo, se pase al bando del lector.

Blasco, pues, se disponía a enterrar a su inseparable compañero el hombre de acción. Bastante había batallado en la vida; hora era de tomar unos años de descanso. Iba aproximándose a los sesenta; tenía dinero, consideración social, gloria; había levantado para el invierno una residencia en la Costa Azul, que era un recuerdo de lo que soñara en su adolescencia; acababa de adquirir un palacio en París para la primavera y los otoños; poseía buenos libros, buenos vinos y buenos quesos, sus tres grandes placeres... ¿Qué le faltaba? Blasco piensa, para el caso de que le concedan el premio Nobel, destinarlo íntegramente a la creación de una recompensa a la mejor novela española que se publique cada año. Algo parecido al premio Goncourt de Francia. No se conforma con su fama. Quiere estimular a los demás para que la conquisten, quiere ayudar a los novelistas que empiezan. Tal es el panorama que Blasco nos ofrece a sus amigos, recién llegado a París.

Y un día toma distraídamente un periódico, y se entera de que en España existe un gobierno como dictadura militar.

—¿Qué es esto? —pregunta Blasco.

Sus amigos se lo explican. Todo ha pasado en tanto que el *Franconia* tomaba rumbo hacia el Extremo Oriente. Blasco no sa-

be nada de lo que durante un año ha pasado en este pequeño rincón occidental que se llama España. En el gran transatlántico no viajan sino tres españoles: una mujer de Zaragoza al servicio de una dama argentina; un cocinero del barco, natural de Valencia, y él. Los millonarios ingleses y americanos no pierden el contacto con sus países: la política, los deportes, la moda, las diversiones, los negocios... Solamente las notas políticas de Primo de Rivera se pierden en la inmensidad del mar sin que las antenas del buque se estremezcan. Al año de dictadura, pues, él no sabe absolutamente nada de lo que ha ocurrido en su patria. Sus primeras palabras son de incredulidad. A Blasco no le cabe en la cabeza que el ejército derrotado en Annual se haya hecho dueño del país. Pero la realidad se impone, y el novelista se entera en una hora, un poco desordenadamente, de todo lo acaecido en doce meses de dictadura.

—¿A quién han fusilado? —pregunta.

—A nadie —le responden.

—¿Qué sanciones han impuesto por las responsabilidades militares?

—Ninguna.

—¿Quién ha tenido la culpa de la fuga de Annual?

—Los viejos políticos.

—Entonces, ¿qué se ha hecho con los viejos políticos?

—Nada, como no sea injuriarlos, calumniarlos y echarles la culpa de todos los desastres de España.

Blasco, en el primer momento, no comprende lo que le dicen; después, con su sagacidad de novelista, va urdiendo la novela de la Dictadura. Ya no necesita más informaciones, no las quiere; se ha dado cuenta de todo.

Blasco ya no escucha, en aquel momento ha adoptado una resolución irrevocable: tomar plaza en el combate. El silencio en momentos tan graves para la dignidad y el prestigio del país significa una cobardía. Sólo le resta formular una última pregunta:

—¿Qué hacen los catedráticos, los escritores, los periodistas?

La respuesta no tarda:

—Nada, absolutamente nada.

Entonces, Unamuno y Blasco se miran largamente, y Blasco se levanta como en sus mejores tiempos de juventud. Es otra vez el Blasco político, el que removía a las multitudes valencianas; el que las hacía clamar por la república; declararse por el partido de Zola en el proceso Dreyfus; apasionarse por la nueva música de Wagner. Es el hombre de acción acostumbrado a dar el pecho el primero de todos; el gran director de orquesta en las sinfonías políticas, sin que el silbido de las balas le haga perder ni un solo compás. Blasco se olvida de su dinero, de su sillón académico, de su premio Nobel, de la apacible quietud que le brinda Menton.

—Yo sí opinaré —dice—. A ningún hombre que puede tener eco en España y el mundo le es lícito callar en estos momentos. El que calla, debiendo hablar, sabe por qué calla; pero no olvide que, en su día, así lo reclama la justicia, se exigirán todas las responsabilidades por acción, y también por omisión. Si en España no se puede hablar ni escribir, hablaré y escribiré fuera. No se me tache de mal patriota si expongo ante la faz del mundo las vergüenzas políticas de mi país.

Cuando se queda solo, habla en él la sensualidad y el amor a la vida amable. ¿Para qué quijotismos? ¿Acaso no ha luchado bastante? Además, ha prometido al presidente de la Academia Española no volver a intervenir en las contiendas políticas. Pero la suerte está echada; hay que espantar las tentaciones. Y aquella misma noche escribe a don Armando Palacio Valdés una carta de disculpa. Pide perdón a la Academia, y pide también que le releven de la palabra que ha dado. Él no pensó nunca que España podía caer en una dictadura; él tiene el deber de intervenir en la contienda y de abandonar por algún tiempo la literatura para dedicarse a la política. Le contestan los inmortales: la Academia reconoce loable el motivo; don Antonio Maura aplaude el acto de civismo; la pluma amable de Palacio Valdés escribe: “¿Usted cree que con la república se arreglarán las cosas?”

Blasco Ibáñez cree que sí, que con la república se arreglaría todo. Es toda la fe de sus años mozos, cuando iba a París, desde Valencia, para recibir órdenes de Ruiz Zorrilla, emigrado.

Unos días más tarde, Blasco comienza su propaganda. Es en un acto de protesta organizado por la Liga de los Derechos



del Hombre. Hablan en él Eduardo Ortega, Unamuno y Blasco. Los dos primeros hablan en francés; Blasco, el último, en español. A pesar de que la entrada es de pago, el teatro está absolutamente lleno, hasta en los pasillos hay gente. En la calle han quedado muchas personas sin poder entrar. En el auditorio hay un grupo muy nutrido de obreros españoles. Se ven también algunas damas elegantes, inglesas y americanas, apasionadas por el autor de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*. Aun los que no entienden el castellano, se sienten arrebatados por el fuego y los ademanes del orador. Es todo su pasado de agitador político el que resucita en un momento. Se ha olvidado absolutamente de lo que es, para pensar nada más que en lo que fue. En el auditorio hay grupos de adversarios. Unos dicen que son los amigos de Soriano, aunque éste ya se ha marchado de París; otros, que los socialistas; otros, que las huestes reducidas del portugués Homem Christo, único defensor que en París tiene el Directorio. Aún no han llegado como refuerzos Manuel Bueno y José María Carretero. A las primeras acometidas, Blasco domina a los interruptores. Habla de que hay que hacer una revolución, y un oyente le ataja con voz vibrante:

—¡En seguida!

—¿Quién ha dicho en seguida? —pregunta Blasco. Y tras una pausa, en un silencio expectante, continúa—: Los españoles todo lo esperan del milagro. Haremos la revolución pronto o tarde, cuando se pueda o cuando se deba.

En aquellos momentos, Blasco Ibáñez, más que un orador, es un domador. Cada uno de sus ataques suena en la sala como un trallazo, y cuando termina, el público, puesto en pie, le aclama. En el escenario le estrujan, le zarandean, quieren elevarlo en hombros. Blasco sonríe a todos, y no se cansa de estrechar manos. Goza de nuevo su juventud política; es posible que sueñe con que al día siguiente hay unas elecciones que quizá terminen a tiros a la hora del escrutinio. Las damas inglesas y americanas le asaltan también. Demandan la firma del escritor en el programa.

Blasco, que suda copiosamente, se refugia en un café, y, después de apurar de un trago un *bock* de cerveza, comienza a hablar de nuevo. Pero ahora no es de política; habla de la vuelta al

mundo. Van a cerrar el café y aún está contando las excelencias de la civilización japonesa.

Ha compuesto su folleto contra el rey en tres o cuatro tardes. Lo dicta a Luis de Benito. No quiere ningún dato documental, y cuando no recuerda bien un hecho o una fecha, no se detiene por ello, y sigue adelante. Su lema es “nada de Primo de Rivera ni de Martínez Anido: si queremos echar a pique el barco, debemos tirar al casco, no desperdiciar proyectiles para destruir la arboladura”. Comienzan unas semanas de agitación. Blasco vivía modestamente en el Hotel Louvre. Tan sólo un dormitorio y el cuarto de baño, y en esta pequeña estancia concentra en estos días una gran actividad. El teléfono funciona a cada paso, y desde las diez de la mañana una larga fila de visitantes espera en el corredor. En el *hall* del hotel aguardan los que aún no han hecho sino anunciarse. En aquel barullo de gente advertirá un observador perspicaz, un poco de incoherencia. Se entremezclan en la espera la política, la literatura y la cinematografía. Los reporteros se suceden unos a otros; Blasco, en las pausas, cae en una butaca agotado con tanta solicitud. Todos los periódicos franceses, ingleses y americanos publican diariamente sus declaraciones. Cuando alguien pide su retrato, advierte a su secretario: “Si quien lo pide es una mujer, dele usted uno de los que no tiene barba.”

El esfuerzo de Blasco es muy grande, porque delante de él nadie puede hablar. Su egocentrismo se diferencia del de don Miguel en que éste se cree superior a todos los seres que le rodean, en tanto que Blasco se cree único. Su egolatría es tan desinteresada, que, lejos de molestar a sus oyentes, les resulta agradable. Nadie se esfuerza por quitarle la palabra. ¡Es tan interesante y tan pintoresco todo lo que dice! El mismo Unamuno, delante de él, calla. Una tarde, Blasco canta las excelencias de París. Amablemente empuja a Unamuno hacia la vidriera del balcón. La perspectiva es magnífica: todo lo largo de la avenida de la Ópera a las cinco de la tarde, cuando el sol pone reflejos de oro en las grandes lunas, y el majestuoso edificio de la música transforma en violeta sus grises cenicientos. Diríase que en aquella avenida se ofrece un compendio de nuestra civilización.

—¿Qué tiene usted que objetar a esto, don Miguel? —pregunta Blasco—. Éste es, sin duda, uno de los lugares más hermosos del mundo. ¿Qué echa usted aquí de menos?

Don Miguel se vuelve de espaldas, se mete las manos en los bolsillos del pantalón y dice, con la mayor naturalidad:

—¿Qué es lo que echo de menos en este lugar? ¡Gredos!

Al día siguiente, comentando esta réplica de don Miguel, me dice Blasco:

—Comprenda usted que es un hombre absurdo. ¿Qué tiene que ver Gredos con la avenida de la Ópera? Es como si quiere comparar la cabra hispánica con una de estas mujeres tan graciosas que aquí, en París, nos sonríen sin conocernos.

Blasco, por las mañanas, recibe a sus visitas vestido con un pijama rameado. La cama está aún sin hacer. Sobre una silla, tirados, la camisa y el *smoking* de la noche; la mesa, abrumada por el correo, y en primer término las invitaciones del día. Sobre la mesilla de noche, amontonadas, cuatro o cinco novelas. A veces se reúnen en el cuarto ocho o diez personas. Agotan las sillas y se sientan en la cama o sobre un baúl de cuero. Acuden muchachas que demandan una recomendación para trabajar en el cinematógrafo; poetas hispanoamericanos que piden prólogos para sus libros; vendedores de naranjas establecidos en París, que entran sólo un momento para darle un abrazo...

Cuando Blasco anuncia que repartirá su folleto por medio de aeroplanos, comienzan a acudir, para ofrecérsele, aviadores de la Gran Guerra, propietarios de aviones que quieren deshacerse de ellos o alquilarlos. De vez en vez, entra Esplá y pronuncia al oído de Blasco algunas palabras. Es el anuncio de algún español indigente que solicita del novelista una ayuda pecuniaria. ¡Inolvidables mañanas del Louvre, en las que Blasco, poseído de una verdadera fiebre, presentaba a sus oyentes las más bellas fantasías y los proyectos más audaces! Cuando Blasco, ya vestido, salía para almorzar, era como un emperador. Todas las conversaciones del *ball* se suspendían; se detenía la gente en la escalera para verle pasar; doblaban los criados el espinazo... Blasco descendía en silencio, sin inmutarse; sólo cuando descubría algún

grupo de mujeres, se calaba el monóculo para contemplarlas a su sabor.

La vida de Blasco corresponde íntegramente a la cinemática. Hasta su reposo se proyecta como el paisaje en el cinematógrafo, en virtud de una serie de imágenes superpuestas. Digamos que la vida de Blasco es un *film*. Quizá por esto, los Estados Unidos de América ha sido el primer país del mundo que ha sabido comprenderle. Con la simple lectura de sus obras no es posible que le conozcamos. Después de tratarle íntimamente, sus libros, en una nueva lectura, comienzan a descubrirnos secretos que ni sospechábamos siquiera. En realidad, es que, a través de la novela fingida, vislumbramos retazos de la novela viva y real del escritor.

Ha comenzado a circular el folleto por España, y empiezan a llegar a París sus efectos. Blasco permanece indiferente a la campaña que se hace en contra suya. Le llegan los periódicos difamatorios, y ni rompe su faja siquiera. Un día le anuncian que el general Aguilera va a venir a desafiarle. Blasco sonríe y dice:

—Perderá el viaje. Yo no me desafío más que con el rey o con el dictador. ¿Aguilera? Que se desafíe primero con Sánchez Guerra.

### 32

Algunos días, después de almorzar, recogía a Blasco en su hotel para dar un paseo. No iba nunca al Café de la Rotonde, ni a ningún lado donde pudiera cortarle la palabra un desconocido. Solíamos pasear, las tardes de sol, por el jardín del Palais Royal, que más bien es una plaza de provincia, en el mismo corazón de París. En el centro había un restaurante económico, entre cristales, y bajo los porches, tiendas antiguas, que ya vendían objetos raros para el caprichoso, ya otros para fomentar la vanidad, un comercio de condecoraciones, posiblemente el más importante de Europa, pues en él se vendían todas las condecoraciones del mundo. Ello podría servir auténticamente lo mismo al esplendor de una fiesta de gran gala, que a la caricatura que con sus placas

y bandas se hiciese en un baile de máscaras. Blasco se detenía muchas veces ante las vitrinas y me decía, señalando con el dedo:

—Ésa la tengo yo, y ésa también... —pero con una naturalidad que correspondía, más que al vanidoso, al coleccionista.

Yo, que no poseía ninguna condecoración, ni posiblemente las he merecido, las contemplaba, bien sabe Dios que sin envidia, como una colección de objetos curiosos, más bien para mujeres que para hombres, que demostraban hasta qué punto llega la puerilidad humana. Me parecía aquella tienda como un almacén de regalos para la distribución de premios en un colegio. Cerca estaba la calle de Montpensier, una calle sin tránsito, que tiene en sus casas, ya viejas y en apariencia humildes, no pocos recuerdos históricos, y en la que había un renombrado restaurante, el de monsieur Ravel, en el que Blasco y yo almorzamos no pocas veces. A él acudían actores y actrices del Palais Royal, y señoras y caballeros del cuerpo diplomático. Era uno de estos restaurantes que hay en las grandes ciudades, y que son desconocidos de los turistas. Monsieur Ravel había sido cocinero del señor Quiñones de León, y por esto confeccionaba muchos platos españoles, excepto la paella, pues decía que el agua de París no servía para paellas. Había traído agua de Valencia, pero con ella tampoco salía bien. Sería cuestión del aire, decía el cocinero. Monsieur Ravel, con su gorro blanco y sus bigotes caídos, ofrecía a sus clientes una larga lista para que eligiesen los platos que deseaban, mas una vez revisada minuciosamente, y puestos los comensales de acuerdo sobre lo que habían de comer, monsieur Ravel desechaba aquella elección con argumentos convincentes, y terminábamos comiendo lo que él quería. La especialidad de la casa no podía encontrarse en ningún otro sitio de París sino en ése: los huevos fritos con chorizo. Poseía este hombre un álbum en el que elogiaban su cocina las celebridades más eminentes del mundo en el arte, la ciencia y la política. Y también de individuos que fueron célebres una temporada y cayeron después en el olvido. En este álbum había asimismo dibujos de los mejores pintores de la época.

A Blasco, a quien fortalecían los ataques políticos, le afectaban mucho las críticas literarias que le eran adversas. A él no le

hubiera gustado ser un escritor de minorías, como ahora se dice, pues pensaba que Shakespeare y Cervantes no escribieron nunca para pocos, sino para todos. Entre los críticos que más le habían censurado estaba Jean Cassou, en el *Mercur de France*. Como yo era amigo de Cassou, le propuse organizar una cena para que el crítico y el novelista se conociesen. La madre de Cassou tenía en su casa un salón literario al que acudía yo algunos sábados, pero era preferible que se conociesen estos dos adversarios y dialogasen largamente en la intimidad. Blasco me preguntó que en qué restaurante me parecía bien que cenásemos, y yo le indiqué que en La Tour d'Argent.

—Ése es el más caro de París —me dijo Blasco—. Iba mucho a él en mi época americana, cuando yo era un poco rastacuero. Entonces el dinero no tenía valor para mí. Yo soñaba con empresas fabulosas, que me convertirían en multimillonario. Pero la fortuna me vino por donde menos pensaba, por la literatura. En todo lo demás fracasé. ¡Cuántos recuerdos tiene para mí ese restaurante! Por aquella época yo era amigo de todos los millonarios argentinos, y, como ellos, algunas veces me asomaba a París desde Buenos Aires, no más que una semana. “¿Vamos a París?” “Vamos.” Y regresábamos a América en el mismo barco que nos había traído a Europa. Nos conformábamos con pulsar la civilización y la cultura de París en el centro mismo de la plaza de la Concordia, a la sombra del obelisco egipcio. Para ello hacía falta mucho dinero, pero América lo tiene esto muy bien organizado. En Buenos Aires hay una calle en la que están todos los Bancos de la ciudad. Estos Bancos se han creado para facilitar dinero a la gente. La técnica de pedirlo era muy sencilla: se llega al Banco y se forma cola frente al despacho del director. Todos los que estábamos allí, íbamos a lo mismo: a pedir dinero. El director va recibiendo por turno, de pie, recostado en una esquina de su mesa. La entrevista ha de ser muy rápida, nada de fórmulas de cortesía ni de palabras inútiles. Se pide el dinero lisa y llanamente, y puede ocurrir una de estas cosas: que se lo den a uno o que con la mayor naturalidad diga el director: “No me interesa la operación.” En este caso, no hay sino hacer una reverencia, dejar plaza al que sigue y marchar corriendo a otro Banco. Cuando yo

me enteré de esto, pensé que me hallaba en el país más admirable del mundo. Un hombre emprendedor, como yo, tenía lo más importante para triunfar, la primera materia, el dinero. Pero llegó la guerra, y todo vino a caer por el suelo. Mis negocios iban mal, el capital argentino comenzaba a retraerse, y un buen día recibí avisos de todos los Bancos que me habían dado crédito, en los que me daban un plazo para reponer fondos. Yo quedé desconcertado, y no bien me vestí, me encaminé al Banco que era mi principal acreedor. “¿Qué es esto?” –pregunté al gerente, presentándole el aviso. “Esto es –me respondió–, que tiene usted que devolvernos el dinero que le hemos dado.” Yo vacilé unos segundos. ¿De dónde iba yo a sacar tanto dinero? Todas las tiendas en las que se vendía dinero estaban cerradas. “No me es posible, señor, por el momento –le dije–. Pero voy a advertirle algo importante. Ustedes no tienen aquí ninguna ciudad como Brujas o como Toledo; ningún Museo como el Louvre o como el Prado; ninguna catedral como la de Burgos o Reims; ningún escritor como Anatole France o como Kipling... ¿Por qué creen ustedes, entonces, que he venido aquí? Porque tenían dinero, sola y exclusivamente por eso. Ahora resulta que no, que tampoco tienen ustedes dinero. Ya no me interesa el país. Me marcho mañana mismo.”

Blasco dice esto con una naturalidad encantadora, como un hombre que viviese más allá del bien y del mal. Después de una pausa, agrega:

–Afortunadamente, ya he podido pagar mis deudas.

Todas las conversaciones de dinero le sugestionan a Blasco. Así, me cuenta su amistad con los reyes del dinero. Los hombres más ricos del mundo le festejan con una comida en Nueva York, a raíz de su triunfo en los Estados Unidos con *Los cuatro jinetes*. Aquellos hombres se maravillan de que haya podido entrar en la cofradía de los dominadores del dólar un novelista. Blasco Ibáñez no habla inglés, y el fabricante Ford le pregunta:

–¿Cómo es posible que habiendo obtenido usted su mayor éxito como novelista en América, no se haya decidido a aprender inglés?

Blasco, imperturbable, le responde:

—Para hablar el inglés tendría que invertir un año de trabajo. En este año no podría escribir ninguna novela; una novela puede valerme medio millón de dólares...

—Comprendido, comprendido —le ataja Ford—; no es negocio. No aprenda usted inglés en la vida.

Cassou y yo convinimos un día para cenar con Blasco. A las ocho fuimos a buscarle al hotel. No estaba cerrada por dentro la puerta de su cuarto, y entramos. El novelista, tendido en la cama, se retorció de dolor. Estaba a medio vestir, en mangas de camisa, con el cuello desabrochado. El *smoking* tirado sobre una butaca, y sobre una mesa una jeringuilla de inyecciones.

—¿Qué le pasa? —preguntamos.

—Un maldito cólico hepático, que me da con frecuencia. Muy doloroso, pero poca cosa. Ya me he puesto una inyección de morfina, cargadita. Estas cosas me las curo solo.

Nosotros le dijimos que podíamos dejar la cena para otra noche, pero él protestó. Y dijo que de ningún modo, que ya empezaba a sentir los efectos de la inyección.

—He esperado a última hora para no frustrar la comida.

En este día comprendí lo que significaba la voluntad de Blasco, y su temperamento arrollador. Un hombre que hacía frente al dolor y a la muerte para hacer lo que se había propuesto hacer. Allí tendido en la cama, parecía un boxeador al que había derribado el adversario y que, mientras el árbitro contaba los segundos, se disponía a levantarse para emprender de nuevo el combate. Un detalle de Blasco descubre la firmeza de su carácter. En un cajón del cuarto del hotel tenía siempre pan y queso. Siendo como era un gran comedor, la mayor parte de los días, cuando en la mesa tenía interlocutores, de tanto hablar ininterrumpidamente se quedaba sin comer. Cuando regresaba al hotel, sentía que no había comido. Y entonces se encerraba en su cuarto y se daba un atracón de pan y queso. Se puso, al fin, de pie y nos obsequió con una sonrisa.

—Ya estoy en caja. Salgamos.

Yo le ayudé a hacerse el lazo de la corbata. Mas advirtió que, en la lucha con el dolor, se le había arrugado la camisa.



Se la quitó casi a tirones y buscó otra en un armario. Entonces advertimos que tenía el rostro de un Hércules.

Decide que vayamos a Prunier para comer una buena langosta. No ha podido limpiarse del todo de los aires de rastacueiro que él mismo declara haber tenido alguna vez. Conoce bien el ritual de los grandes restaurantes, pero concede a este rito demasiada solemnidad. Nos deja a nosotros elegir en la lista, reservándose él la autoridad de discernir sobre los vinos. El sumiller, con su delantal azul, le contempla como a un gran inteligente, y no por sus novelas, sino por su experiencia en vinos. Después se cala el monóculo para investigar lo que nosotros hemos elegido. Pero lo importante no es la comida, sino la conversación, o, mejor dicho, el monólogo de Blasco. Nos hemos reunido a las ocho, son las once y continúa hablando. Desde allí vamos al Café de los Italianos, donde hay buen café y coñac. A las doce y media marchamos a lo largo de los bulevares, hasta el *faubourg* Montmartre. Es la una y media y continúa hablando. Ha comido él sólo media langosta termidor, y no se acuerda del cólico.

Al pasar por el bulevar de los Italianos, una muchachita rubia y de ojos verdes mira a Blasco, y él la detiene:

—¿Tú no me conoces? —le pregunta.

—No —contesta ella, con un rostro inocente e inexpresivo.

—Estás hablando —dice Cassou— con uno de los hombres más famosos de nuestro tiempo. Con monsieur Blasco Ibáñez. ¿No has leído ninguna novela suya?

La muchacha no se molesta en recordar. Dice que no ha leído ninguna novela suya, y que nunca ha oído hablar de tal señor. Blasco hace un gesto de disgusto. Sin duda es la primera persona con que se encuentra que no le conoce de nombre. Y esto ocurre en París, que dicen que es la sede de la cultura del mundo. La muchacha dice sencillamente:

—Pues entonces, si eres novelista, podrías hacer una buena novela con mi vida.

—¿Y cuál es tu vida? —pregunta el novelista.

—Me llamo Georgette, ahí tienes el argumento —contesta.

Y dicho esto, viendo que allí no hay negocio, da media vuelta y se va, repiqueteando el suelo con los tacones.

—Estas francesitas de la vida galante no saben una palabra de nada —dice Blasco—. ¿Han visto qué contestación?

Me dice su nombre, y me dice que un nombre de mujer es suficiente para un argumento.

Cassou, cuando nos quedamos solos, me dice:

—Blasco Ibáñez es más de lo que me figuraba. Pero esta muchacha del bulevar me ha dado a mí la razón como crítico. Blasco se encuentra por la calle una muchacha que hace su vida galante, y le da su nombre. Con estos antecedentes, ¿para qué quiere el novelista más argumento? Pero este novelista es tosco, y, por lo tanto, incapaz de percibir los matices del *esprit* francés.

Las dos de la madrugada nos dan en la avenida de la Ópera, y en todo este tiempo apenas ha interrumpido el relato de su vida. La vida de Blasco es sobradamente conocida, y, sin embargo, hay que escuchársela a él para darse cuenta de su valor. No es el hombre, es el novelista el que habla; no puede haber nada, con él mismo, que dé a su expresión verbal un colorido más vivo. Se ven los paisajes, se conocen los hombres, se tocan las cosas; llegan a nosotros ruidos, olores, luces... Es siempre la pantalla de cinematógrafo que él procura poner delante de sus palabras. Estas proyectan como un haz de rayos luminosos.

Cassou me dice en un aparte:

—Nunca he dedicado un estudio serio a la obra literaria de este hombre. Declaro, no obstante, que no creo que exista en nuestra época una vida de acometividad y de aventura más maravillosa.

Blasco es incansable. Ocho horas de monólogo, y no se rinde. A la puerta del hotel, cerca de las tres de la madrugada, aún sigue hablando. Ha dejado para lo último su exaltación por las cosas de España. A este hombre, que afirma que no cree absolutamente en nada, que blasona de poseer un concepto materialista de la vida, se le humedecen los ojos de lágrimas cuando nos refleja sus impresiones de Filipinas. Aún no ha publicado el tomo que falta de su viaje, mas nos repite casi literalmente el capítulo que dedica a este país, que fue de España. Blasco es un ferviente defensor de la colonización española.

—Sin la colonización española —dice—, el filipino hubiese llegado a los tiempos modernos en un estado de cultura elemental. Ahora, que a España, en su dilatada colonización, le correspondió el trabajo más ingrato y menos agradecido: el de poner cimientos. Llegaron después los pueblos modernos, los últimos que triunfaron, y se encargaron de los adornos de la fachada, de todo lo que supone refinamiento suntuario y atrae la admiración del transeúnte. Un edificio, para remontarse, ha de reforzar sus cimientos. Así, estos pueblos, si quieren hacerse más grandes, tendrán que ahondar en la tierra, y entonces hallarán las virtudes del primer constructor: la paciencia, la tenacidad, el desinteresado espíritu de aventura y la fe de los españoles.

Quien habla así ha llevado el nombre de su patria a los más apartados lugares del planeta; sus obras se han traducido a todos los idiomas del mundo. Hasta veinte novelas suyas tiene traducidas al japonés. En la bolsa de colaboraciones, su firma se cotiza, en los Estados Unidos, a la par que las de Kipling y Wells; en la cinematografía universal es una de las primeras potencias... Sólo de España ha recibido desaires, sinsabores, menosprecio..., y, sin embargo, Blasco, en todas las partes del mundo, no ha tenido sino palabras de devoción para su patria. Por ello, por lo que él creía su dignidad y su libertad, sacrifica la paz de su vida, un sillón académico, el premio Nobel... Y una parte de la opinión española, la única que puede hablar en una época en la que el Gobierno cierra todas las válvulas de la expresión, excepto la de la adulación al poder público, califica a Blasco Ibáñez de mal español. Pero ante esto sonrío, sonrío siempre.

Dice a pulmón lleno que no cree en nada, y yo confieso que no he tratado a un hombre de una fe más infantil: cree en la República española.

A través de la verja del hotel, le vemos subir la escalera: juraríamos que va hablando solo.

### 33

Mi lealtad y el afecto que le profesaba, hicieron que, a lo largo de mi residencia en París, Santiago Alba me hiciese su más íntimo confidente.

La última vez que la expresidente del Consejo de Ministros español, don José Sánchez Guerra, visitó a Santiago Alba en París, fui yo testigo de la conversación de los dos hombres públicos, y de su despedida.

—¡Cómo le envidio a usted! —dijo Sánchez Guerra—. Aquí espera su día rodeado de amigos y de libros, en un rincón apacible y lejos de las pasiones que luchan en torno de nosotros en España. De mí sé decirle que todas las mañanas, al levantarme, lo primero que pienso es: ¿qué nueva humillación, qué nuevo vejamen, qué nueva deslealtad me salpicará hoy el rostro?

Alba sonríe con esa sonrisa abierta, tan suya, que no pienso que ha sido para él funesta. Una sonrisa en la que los amigos han visto demasiada protección, y los enemigos demasiada ironía.

Por este tiempo, la hora del correo, solía ser la más amarga. Aquellos papeles solían traerle cada día una defección, una ingratitud, una cobardía. Esto no le impresionaba sino unos minutos. Después se asomaba al balcón, respiraba ensanchando los pulmones sobre la avenida de los Campos Elíseos, y decía, sonriendo:

—Me siento más ligero, más libre, mejor. Es buena cosa que el destierro, de tiempo en tiempo, nos ponga a prueba la amistad y, sin embargo, es un suceso doloroso. Se ocupa un alto puesto, se otorgan mercedes, se conceden ventajas, se aguantan imperatinencias, y los amigos acuden. Se vuelven las tornas: el hombre influyente perdió su poder, no hay esperanza de nuevos favores, soplan malos vientos, y los amigos se van. He aquí un fenómeno constante, desde que el mundo es mundo, y que no sirve a los poderosos ni para prevención ni, mucho menos, para el escarmiento. Leyendo la historia de don Álvaro de Luna, el gran privado, al llegar a su fin, he pensado que el dolor de este hombre no era el recuerdo del poder perdido, de su fortuna deshecha, de la próxima muerte; su dolor más penetrante, que anulaba los demás, era el ver a sus amigos, a los que él había aupado en las horas prósperas, imperturbables, al pie del cadalso.

Cuando surgió el golpe de Estado, Santiago Alba llegó a tener la “culpa” de todas las cosas desagradables, inmorales y trágicas que ocurrían en España. En Castilla se empleaba como ar-

ma electoral, que desatendía los intereses castellanos, en beneficio de Cataluña; los catalanes, en cambio, aseguraban que era su enemigo jurado al alentar en la ciudad condal el partido de la Unión Monárquica; los militares le acusaban de las derrotas de Marruecos: Alba, desde Madrid, daba orden de que no disparasen los soldados y, éstos, por disciplina, se dejaban matar; el rescate de los prisioneros fue por humillar al ejército y hacer un negocio a medias con el jefe enemigo; se había enriquecido con la administración de almadrabas; había concertado tratados de comercio dañosos para el interés nacional y beneficiosos para él. ¿Dónde hallar las causas de este frente único que se formó en contra suya? Hallaremos la razón con un breve recuerdo de su vida ministerial. En el Ministerio de Instrucción Pública suprimió en las escuelas la enseñanza obligatoria del catecismo e incorporó al sistema general de la enseñanza dos Escuelas Normales: la de Huesca y la de Mallorca, cuyo profesorado estaba constituido íntegramente por monjas. Ministro de la Gobernación, y con motivo de la huelga textil de Barcelona, promulgó el decreto de las tres mil horas de trabajo, que provocó los más duros ataques de la clase industrial, y principalmente de los elementos patronales de Cataluña. Ministro de Hacienda, en sus famosos proyectos de reconstrucción, los más fundamentales y decisivos que se trazaron en este departamento desde la muerte de Villaverde, los referentes a los beneficios de la guerra y al régimen jurídico y fiscal de la propiedad inmueble, levantaron contra él una polvareda de odios entre los plutócratas, muchos de ellos recién enriquecidos, y los viejos terratenientes, que por primera vez en España vieron amenazadas sus inmoderadas ganancias. Y, por último, en el Ministerio de Estado, preconizó Alba con una política previsora, que el mismo Directorio se vio obligado a adoptar, la supremacía del poder civil. Alba restituyó al ejército a su función exclusiva; relevó cinco generales y preconizó que las iniciativas y las responsabilidades del Protectorado debían recaer sobre el Gobierno, siendo éste el que mandase, y el ejército el que debía obedecer. Este breve índice de motivos será suficiente para advertir que las más fuertes instituciones del país, clero, plutocracia y ejército, estaban interesadas en hundir a Santiago Alba.

En esta situación, Alba, en París, se mantiene en una actitud pasiva. ¿Qué hace Alba —preguntan muchos—, qué espera? Cuando en Alba se duerme la voluntad, su perfil toma cierta melancolía árabe. Posiblemente espera a que el cadáver de su enemigo pase por delante de su puerta. Mas en el destierro, sin asistir a actos públicos, sin tener el menor contacto con los conspiradores, ni escribir cartas ni programas, Alba es el centro en el que convergen todas las miradas. ¿Qué piensa Alba? —preguntan los amigos del rey y del Directorio—. ¿Qué dice Alba? —demandan los políticos del viejo régimen en sus rápidos viajes al otro lado de la frontera—. ¿Qué planes tiene Alba? ¿Cuándo se decide a hacer unas declaraciones terminantes? —murmuran los directores de los partidos extremos, que desean hacer una revolución y buscan hombres eficaces para hacerla. Unamuno le alude constantemente en sus charlas, y trata de sonsacarme a mí los secretos planes del político; Blasco Ibáñez le dedica los más halagadores comentarios en un famoso folleto; don Jaime de Borbón le defiende de un modo elegante en un manifiesto al país; y el mismo Primo de Rivera, de vez en vez, dedica un comentario a su recuerdo, comentario que quiere ser un llamamiento a la concordia, una vuelta a aquellos tiempos en el que él solicitaba de Alba un acta de Senador por Cádiz, y en el que le felicitaba por su clara visión en el problema de Marruecos y por el rescate de los prisioneros. ¿Y son simplemente alusiones y recuerdos? ¿Acaso en el tornar de unos meses, no se ha vuelto, con relación a África, a su política, a la que estaba de acuerdo con las posibilidades españolas? No son sólo los hombres los que se enveredan por el campo de la justicia, la justicia que después de una investigación minuciosa ya ha fallado definitivamente rehabilitando al político; es el tiempo también, el tiempo inexorable, que es quien, a la postre, se encarga de deshacer todas las falacias históricas.

Alba calla, y hay un zumbido de colmena en torno suyo. Es como una de esas comedias de emoción en las que el espectador no se conforma con esperar el desenlace, sino que él mismo quiere hacer un desenlace a su gusto, vulnerando las leyes de la acción dramática. A buen seguro que en España, ni en París, nadie se preocupa por averiguar lo que piensan los otros jefes de

los viejos partidos, ya que Maura, el más venerable de todos, permanece en la actitud digna e inquebrantable que presidió todos los actos de su vida. Y es que en estos momentos, las dos fuerzas políticas que, de un modo invisible, están jugando frente a la Dictadura, son Alba y Cambó. He aquí los dos únicos hombres que no han perdido de la mano ni uno solo de los hilos de los acontecimientos. Sólo estos dos políticos, libres de intrigas del momento, se mueven conforme a una mecánica inteligente. Se ha barajado mucho en este tiempo el tópico de que había que acabar con los partidos. ¿Acaso había partidos en España? Y al no surgir hombres nuevos, con experiencia para eludir la intriga, con calma para afrontar el ataque, con prontitud para devolver el golpe, con sabiduría para explicar el programa, con elocuencia para mover a las multitudes, con voluntad firme para la acción decisiva..., es decir, nuevos políticos, que el uno en la adversidad y el otro en el ostracismo, han sabido día a día mantener el gesto, el tono y la actitud.

¿Qué piensa Alba? Quizá he sido yo quien más veces en París he escuchado esta pregunta, y la he escuchado aun de muchos que ayudaron con sus desaforados juicios a su caída. Diríase que estos hombres quieren que hable Alba para tener nuevos argumentos en contra suya. Callado, no hay pretexto para combatirlo; todas las viejas acusaciones carecen ya de interés en los mentideros nacionales. La maledicencia pública reclama otros temas de mayor actualidad.

Y Alba, sí, en sus largas conversaciones conmigo, me dice muchas veces lo que piensa. Piensa que los conspiradores republicanos no podrán hacer nada, si no caen en el regazo de la demagogia, atados de pies y manos; piensa que, al mismo tiempo que el dictador decline su mandato, la monarquía estará irremisiblemente perdida, porque se han liquidado los hombres que la sirvieron con lealtad y que ahora pudieran ayudarla; piensa que el barco de la Dictadura navega a la deriva, con todos los que se embarcaron en él. Pensamientos para el diálogo íntimo aquí, en París, en este rincón de su estudio, en el que trabaja diez horas cada día, para poder vivir en el exilio, o, en las sobremesas, en un restaurante silencioso, apartados del bullicio de las gentes.

En las pausas, yo me pierdo en el laberinto del pasado.

Hace tres años, Alba, en las alturas del poder, con una guardia agobiadora de cincuenta diputados y cuarenta senadores, no podía, aunque quisiese, pensar libremente. Las pasiones, los intereses, las ambiciones de los hombres, le movían como una pluma en el viento. Ahora, a solas conmigo, sufre, como en un sanatorio, la cura de sus viejos errores y flaquezas, y quizá, por primera vez en la vida, su pensamiento es una facultad absolutamente suya. He ido presenciando, día a día, la transformación de su sonrisa. Ya hay en ella más escepticismo, más benevolencia, una comprensión más aguda de España y los españoles.

Mariano Martín Fernández es el amigo más fiel que Alba tiene en París. Informador político muy sagaz, que disfruta de la intimidad de todos los jefes de Gobierno, porque todos fían en su probada discreción. Sus crónicas diarias en *El Norte de Castilla*, en España, y en *La Prensa*, en Buenos Aires, dormidas ahora en las hemerotecas, servirán de guión inapreciable para el historiador que desee reconstruir puntualmente la historia de este agitado y confuso período de la política española. Este inteligente amigo envía a don Santiago una carta diaria, en la que, detalladamente, relata en anécdotas, en frases, en declaraciones, en actos públicos y privados, todo el proceso de la Dictadura. Martín Fernández no ha hecho un solo viaje a París, prefiere permanecer firme en su puesto de cronista para que a su jefe no le falte ni un solo antecedente, para que tenga un juicio claro de lo que está pasando. Un día se recibe una carta en la que se dice que en una concentración nacional, organizada en Madrid, y a la que han asistido representantes de todas las provincias de España, los de Valladolid desfilan con una pancarta en la que se lee: “La Unión Patriótica de Valladolid, en donde no ha nacido Alba, saluda al salvador de España.” Otro día otra carta, en la que se consigna que el Ayuntamiento de Valladolid ha nombrado hijo adoptivo a Primo de Rivera. La agresión es tan injusta, y el agravio muestra una ingratitud tan manifiesta, que Alba, al leerlo, sonríe.

—Esa sonrisa —le advierto— significa demasiado escepticismo.

—Sonríó —me replica— porque me he propuesto no llorar por nada.



A los dieciséis meses de destierro, escribe Alba dos cartas. Hace en ellas un llamamiento a la justicia. No quiere que su caso se liquide por el olvido. Una carta es para el rey, otra para el marqués de Magaz. Ambas cartas quedan sin respuesta. En esas cartas no se pide sino que se haga público el resultado de todas las investigaciones que se han hecho en torno a su persona. En los ministerios, sin perdonar ni un papel ni una investigación; en los Bancos y en las sociedades de las que fue consejero, saltando los preceptos de las leyes mercantiles; en su casa, no omitiendo el cajón de ningún mueble, y empleando la palanqueta, cuando no servía la ganzúa. Ni un solo papel hay ya en curso en los tribunales españoles. ¿Qué ha ocurrido? Alba hace un llamamiento a la caballería. Nadie responde, pero el recuerdo queda hecho.

Rehuyendo Alba cuestiones políticas, penas y conversaciones de ocasión, a todo el mundo que lo desea recibe y atiende, mas con cierta cautela. Sus dos grandes amigos y políticos extranjeros son Daladier y el italiano Nitti. No falta nunca en París a ninguna manifestación de vida española. Pintores, escultores, músicos, poetas, tienen en don Santiago un admirador entusiasta, una ayuda silenciosa y un amigo cordial. Así ha ganado adeptos entre los hombres alejados de España por azar, y que no saben nada de política. Se pierden algunos amigos, pero se ganan otros.

¡Aleccionadores meses de destierro! ¿Qué hombre público que haya amado a su patria y haya luchado por engrandecerla y hacerla mejor no ha sufrido algunos daños de alejamiento y abandono? Cuando sobre un gobernante cae el desprecio de sus compatriotas, el hombre está perdido. Si lo que cae es la injuria, la falacia, la calumnia, hay de seguro un hombre para la Historia.

Uno de los factores más decisivos que crearon este ambiente, fue un periódico sensacionalista, en una campaña difamatoria sin precedente, que desencadenó un director, de cuyo nombre es mejor no acordarse. Este director cometió la imprudencia de escribir una carta al financiero don Julio Guillén, que regentaba el diario *La Libertad*, y gran amigo de Alba, diciéndole que cesaría en la campaña a cambio de la entrega de cincuenta mil pesetas. Cuando a Alba se le comunicó esta proposición, la rechazó in-

dignado, prohibiendo a sus amigos que dieran un solo paso en este sentido, ya que ello significaría declararse culpable de todas las enormidades que se le atribuían.

Ya caída la Dictadura, el director de este periódico, ofendido por un artículo mío publicado en *La Razón*, de Buenos Aires, planteó una cuestión personal que había de terminar en un duelo, en condiciones graves, que se verificaría en una finca de El Escorial, como punto intermedio de la residencia de los contendientes, pues yo estaba entonces en Valladolid. Uno de mis padrinos era Arsenio Martínez Campos, el marqués de la Viesca. Enterado de este asunto César Alba, hermano de don Santiago, creyó que yo no debía batirme por un motivo que afectaba al honor de su hermano, o, al menos, que él debía tener la primacía. Y, así, decidió buscar a este sujeto. Supo que el famoso director iba todas las mañanas al bar Pidoux, y allí se encaminó con el propósito de agredirle. En efecto, allí estaba, y llamándolo aparte, lo abofeteó, derribándole en el suelo. Con esto se produjo una cuestión personal que se anteponía a la mía. Al reunirse los padrinos para deliberar, uno de ellos mostró a los del director panfletista la carta que había escrito éste a don Julio Guillén y, en el acto, ante la indignación de dos generales que le representaban, se redactó un acta descalificándole. Aunque el suceso no merece la digresión que le dedico, al permanecer vivo en mi memoria, creo que vale la pena el consignarlo. Aquel director, en cuya caballería creyeron primero Maura y luego Primo de Rivera, tenía, en cierto modo, una disculpa para ejercitarse en un periodismo de encrucijada. Era padre de muchos hijos y no ganaba por el camino recto bastante dinero para sacarlos adelante.

La primera vez que en mi expatriación pude hacer un viaje a España, ya en las postrimerías de la Dictadura, bajó Santiago Alba a despedirme a la estación. Antes de partir el tren, después de abrazarme, me dijo:

—¡Qué solo me quedo, amigo mío! Todas las mañanas, al despertar, sentía alegría pensando que estaba usted en París. ¡En fin, qué le vamos a hacer!

Yo le contesté que mi viaje sería de ida y vuelta, que nos veríamos pronto, que la Dictadura estaba agonizando, y que en se-

guida entraría en España, triunfador. Sus últimas palabras fueron:

—Entraré, sin duda, en España, pero no triunfador, se lo aseguro. Mis vaticinios son tristes. No sé lo que pueda ocurrir en mi patria, lo que sí sé es que yo no tengo medio ninguno para remediar lo que ocurra, y que pienso que no será nada bueno. Que no se olvide usted de mí —y me estrechó la mano.

Y desde la ventanilla de mi departamento le vi alejarse, un poco encorvado, apoyándose levemente en su bastón. De espaldas, cuando caminaba, vi que se llevaba un pañuelo a los ojos. Y éste era el hombre que, incluso muchos de sus amigos, decían que no tenía corazón.

### 34

Uno de los grandes amigos que tuve en París fue el escultor español Mateo Hernández, una de las voluntades más fuertes e indeclinables que he visto. Hijo de un cantero de Béjar, no habiendo hecho apenas otra cosa en su primera juventud que trabajos de cantería, en un buen momento decidió marcharse a París, de cuya ciudad había oído hablar, y que no sabía de ella ni siquiera buscarla en el mapa, pero en la que pensaba que podría ver lo que allí hacían los escultores, y que si resultaba que no servía para escultor, trabajaría en su oficio de cantero. Salió, pues, con muy poco numerario, y sin saber el idioma que más tarde aprendería como un perfecto parisiense, hasta el punto de que le costaba trabajo hablar en castellano, en el castellano rural del campo de Salamanca, que era el primer idioma que aprendió en su ciudad. Béjar es uno de los maravillosos pueblos que hay en España. Pueblo de montaña, colgado entre verdura, y con el río Cuerpo de Hombre, cuyas aguas son tan favorables para el apresto y tinte de sus paños.

En París alquiló una buhardilla en un barrio extremo, sin más ajuar, que un diván viejo y sus herramientas de trabajo. Sus principios fueron muy penosos, porque no encontraba trabajo y el dinero se le iba acabando. Mas al fin pudo trabajar en el adoquinado de una calle, con lo que ganó los primeros francos en un

país del que no iba a salir nunca. Cuando se retiraba del trabajo, se llevaba a su casa un par de adoquines de granito. Con estos adoquines empezó en París sus ensayos de escultor, en talla directa, pues él no concedió importancia nunca a quien trabajaba en materia blanda, y ponía después su obra en manos de los sacadores de puntos o de los fundidores. Él quería trabajar como pensaba, sin que lo hubiese leído en ninguna parte, que trabajaban los egipcios. Los golpes que por la noche daba en la piedra, en aquel improvisado estudio, eran tan violentos y constantes, que los vecinos casi se amotinaron contra él, y hubo de trasladarse a otro lugar. Mas los estudios a ras de tierra para los escultores eran muy caros, y encontró al fin una buhardilla, debajo de la cual había almacenes, y por la noche estaban cerrados y sin habitantes. Así empezó su trabajo de escultor, ya en serio y con una fe extraordinaria en el porvenir.

Cuando yo le conocí, tenía el estudio en una calle cercana al cementerio de Montparnasse, y aunque ya era un escultor célebre, el estudio, si bien espacioso y en planta baja, no tenía apenas muebles, y éstos, viejos y desvencijados. En el fondo, oculta con unas cortinas de cretona muy sucias, se veía la cama, y sobre ella, tiradas, las pocas ropas que tenía, también viejas y sucias. Él vestía botas fuertes, pantalón de pana y una pelliza muy cerrada, por cuyo cierre asomaba una camisa de color indefinible. En torno al estudio estaban las estatuas, cabezas de mujer y animales del Jardín de Plantas, que él se obstinaba en no vender, hasta que la necesidad le apretaba y no tenía más remedio. Los agentes de las casas de reproducciones artísticas le ofrecían grandes precios por reproducir sus animales —corzos, panteras, focas, hipopótamos, búhos, águilas..., nunca animales domésticos—, pero él se negaba rotundamente a que sus obras se reprodujesen. El estudio tenía una puerta que se abría a un corral, en el que había una fuente, que era donde él se lavaba, y en el centro una jaula que había mandado construir para tener en ella a sus modelos. Cuando yo le conocí tenía un tigre que había comprado a un circo alemán, y me decía que muchas noches lo soltaba y jugaba con él en el estudio. Lo cierto es que el tigre se pasaba la mayor parte del día durmiendo.

La relación más íntima que tenía era con una admiradora suya. Una institutriz flaca, de mirada triste y una sonrisa bondadosa, muy rubia y muy frágil, que regentaba una escuela de aquel barrio. Todas las mañanas iba al estudio para barrerlo, y también le cepillaba y le repasaba la ropa. Esta relación era extraña, pues el escultor apenas la miraba, y aceptaba los trabajos que ella se imponía por él, sin dar muestras de la menor gratitud.

—¿Cómo llegué a ser conocido? —me contaba una vez, cuando yo deseaba saber sus orígenes—. Fue antes de la guerra del 14. Ya empezaba a sonar mi nombre en las reuniones de artistas, y medio París me conocía por verme trabajar en el Jardín de Plantas, al aire libre, frente a todos los ejemplares de bichos de aquella colección. Por entonces hice mi pantera negra, que envié a un salón, y fue admitida, no sin antes discutirla el jurado. El caso es que la crítica echó las campanas a vuelo, y hasta llegó a decir que aquella era la mejor pieza escultórica que se había producido desde hacía mucho tiempo. Con estos elogios, que yo acababa por creer justos, pensé que vendería esta pieza, o, al menos, que recibiría algún encargo. Pero no ocurrió nada de esto. Y cerrado el salón, tuve que devolver aquella obra, que tanto barullo había armado, al estudio. Aquel esfuerzo me había costado mucho dinero y pasaba por una crisis económica muy seria. Una mañana estaba yo en el estudio, medio dormido, cuando llamaron a la puerta. Yo entonces me tiré de la cama y abrí. Ante mi vista apareció un viejo fuerte, con el pelo gris, de ojos muy enérgicos, y con un abrigo de pieles bastante deteriorado. La pantera negra estaba frente a la puerta, y en la penumbra parecía una pantera viva. Me saludó el desconocido muy lacónicamente y me dijo que deseaba comprar aquella obra, y que cuánto dinero pedía por ella. Yo me lo quedé mirando, y sin poderme contener, solté mi indignación. Mire usted, señor, usted ha entrado en mi casa sin previo aviso, y me ha encontrado en la cama del modo lamentable en que me ve. ¿Qué hubiese ocurrido si cuando usted estuviese en su alcoba yo me presento súbitamente a proponerle un negocio? De seguro que hubiese llamado a sus criados, y éstos me hubiesen echado de allí a empujones.

—Tiene usted mucha razón —me replicó con una voz suave—, pero ya no tiene remedio. Quizá esta indiscreción mía me ha servido para conocerle a usted, al natural, sin afeites y sin cortesías. Pero yo soy hombre de realizaciones rápidas y no malgasto las palabras. ¿Cuánto quiere usted por la pantera?

Yo miré mi obra y sentí que se me partía el corazón. Cerré los ojos, y en virtud de un esfuerzo, dije:

—Cincuenta mil francos.

He aquí una cifra muy excesiva entonces, pero que la tenía yo clavada en la cabeza, porque hacía unos días que Rodin la había cobrado por una escultura suya. Aquel hombre, después de escucharme y, rápidamente, se despidió, diciéndome:

—Ya sé cuanto quería saber, y siento haberle molestado.

Yo no pensaba haberme vestido aquella mañana, porque hacía mucho frío y no tenía ganas de trabajar. Me asomé a la vidriera, y vi que estaba comenzando a nevar. Pero ya de pie, me decidí a salir. Mi salida del taller era siempre penosa, porque debía dos meses de alquiler, y a veces tres, y la portera acechaba mi salida y me insultaba, sin que yo tuviese autoridad para la réplica. Estuve fuera todo aquel día, y cuando volví me encontré que delante de la puerta de mi casa había un coche y una pequeña camioneta. La portera salió a mi encuentro, pero no para insultarme, sino muy sonriente, para decirme:

—¿Pero dónde ha estado usted todo el día, señor Hernández? Un secretario del barón de Rothschild le espera a usted en el estudio.

Un caballero muy bien portado, de una elegancia británica me esperaba de pie junto a mi obra. Sin saludarme, me dijo:

—Por encargo del señor barón de Rothschild, vengo a llevarme esta pantera. El trato quedó concertado esta mañana por él mismo. Aquí tiene usted un cheque —y arrojó un papel sobre la mesa.

—¿Pero se va usted a llevar mi obra?

—Inmediatamente; es la orden que tengo; supongo que usted no creerá que ese cheque necesita provisión de fondos.

Tan confundido estaba, que no sabía qué decir. Subieron unos mozos y cargaron con la pantera. Me temblaban las pier-

nas y tuve que sentarme. ¡Qué dolor sentía por haber vendido aquella obra que me había costado hasta sangre! Recogí el cheque, lo arrugué con las manos y me puse a llorar.

Después Hernández fue muy amigo del barón, quien iba frecuentemente a su estudio y le hacía encargos. La pantera negra quedó instalada sobre una plataforma de caoba, en el centro del salón de los Rembrandt.

El carácter de Mateo Hernández era rudo, mas en su fondo aparecía una ingenuidad infantil. Rechazaba muchos encargos, y su resistencia a vender era cada día más obsesiva. Una tarde, estando yo en su estudio, apareció en él un matrimonio inglés, de singular elegancia. El marido deseaba que Mateo hiciese a su mujer un busto, con una diorita rosa que el escultor acababa de comprar en los Inválidos, como residuo de la tumba de Napoleón. Hernández miró fijamente a la señora, y debió de parecerle un buen modelo, y dirigiéndose al marido le dijo:

—No tengo inconveniente en hacer el busto en esa diorita a su señora, pero tengo que advertirle que yo soy un escultor muy poco amable. Necesito para hacer ese busto dos meses, con sesiones de dos horas diarias, y sin que el modelo se me mueva. La diorita es muy dura.

—¿Y por qué no ensaya usted en mármol rosa? —insinuó la señora.

—Porque yo quiero hacer obras para siempre. Cuando en este mundo no haya vida y sea un astro como la Luna, quiero que mis estatuas permanezcan en él viviendo por mí.

El marido y la mujer se miraron, como si estuviesen hablando con un loco. Al fin habló la mujer:

—Perfectamente. Vendré a su estudio durante dos meses dos horas diarias. Pero ni un día más —y dedicó al escultor una sonrisa.

—Quizá sea algún día menos —respondió el escultor.

Aquel caballero era el director del *Times*, de Londres, y aquel busto atrajo hacia Mateo Hernández una buena clientela inglesa.

Por el estudio de Mateo Hernández desfilaban todos los artistas importantes que había entonces en París: Zuloaga, Picasso, Juan Gris, Braque, Utrillo..., y los escultores Manolo Hugué, Cla-

rá y Pablo Gargallo. El escultor Pompon, que era también animalista del que había reproducciones en todos los comercios de arte de París, sostenía grandes discusiones con Hernández. No podían entenderse. Con quien se entendía mejor era con Gargallo, porque los dos tenían un origen semejante. El uno era hijo de un herrero, y el otro de un cantero. Gargallo, cuando se liberó del sentido clásico, trabajaba con metales, y Mateo trabajaba con piedras. Hernández no se indignó nunca por el movimiento cubista, en el que cayó últimamente Gargallo.

—Cuando ya nadie haga arte cubista —me dijo— se verá todo lo que el cubismo ha traído a la plástica. Esta interpretación nos hace ver lo profundo que hay en la forma exterior. Yo, en cierto modo, hago cubismo porque me interesa más el esqueleto que la piel.

Pero aún más que los hombres le interesaban a Mateo Hernández los animales. Y, así, a todos los trataba como amigos y ellos le conocían. Había, pues, que ver a este escultor en el Jardín de Plantas, preparando su trabajo.

La pantera negra se pasaba todo el día en la jaula midiéndola a pasos lentos, incansable, dando la vuelta con esa flexible elegancia que algunas mujeres han aprendido de los felinos. Mateo Hernández, día a día, se fue haciendo su amigo. Ya le conocía y le esperaba, y conforme iba surgiendo del bloque de granito su figura, se detenía para contemplarla, y aun adoptaba posturas elegantes para posar. Las focas, con una inteligencia tan sensible, inteligencia de equilibristas, le seguían inmóviles con los ojos afilando sus bigotes al sol, y miraban el mazo y el cincel del escultor como si fuesen peces que ellas pudieran atrapar en el aire.

Llegó una vez un hipopótamo joven, y no quería abandonar el fondo del estanque. Los guardias decían que nadie le podía hacer salir del agua. Llegó Hernández y llamó al hipopótamo viejo, con la señal que él tenía por costumbre, y éste se acercó a él, nadando, moviendo con efusión su enorme cabeza. Y no bien le acarició el escultor, se sumergió totalmente y, a poco aparecía acompañado del hipopótamo joven, y le acercó a la orilla para que el escultor lo conociese y acariciase. Éste, en su ingenuidad infantil, dijo, por único comentario:



—Indudablemente ha bajado para decirle: “Sal aquí fuera, que quiero que conozcas a un amigo.”

Esta frase se hizo popular en París: “¿Cuántos hipopótamos son amigos nuestros?”, comentaba un caricaturista.

En una jaula muy alta había un gran orangután. En sus movimientos, en su expresión, en su mirada, en la que brillaban destellos de inteligencia, se descubría casi un hombre. Todas las mañanas se acercaba a la jaula a las doce en punto, un individuo alto, desgarbado, con los brazos largos, la nariz chata, la boca grande, con un traje de dril y un sombrero de paja. Traía a la bestia frutas, y el orangután lo recibía como pudiera hacerlo a un amigo íntimo. Por simples señas, en una mímica expresiva, se entendían perfectamente, y era emocionante presenciar estos diálogos mímicos, en los que el orangután adquiría naturaleza humana y el hombre descendía en sus movimientos y expresión a la categoría de un animal de la selva. La amistad se hizo tan fuerte, que diez minutos antes de las doce, el orangután escalaba lo más alto de la jaula, y oteaba en torno, con impaciencia, la venida del amigo, poniendo la mano ante los ojos, de visera. Un día el guarda, que presenciaba estas escenas, le dijo a Mateo Hernández:

—¿Qué le parecería a usted si hoy abriésemos la jaula y le dejásemos entrar al hombre para ver lo que hacían juntos.

Y se abrió la jaula y se produjo una escena emocionante, que puso lágrimas en los ojos del escultor. La bestia y el hombre se abrazaron durante largo rato, y el orangután, de tiempo en tiempo, se apartaba de él, le contemplaba y volvía a abrazarlo, dándole palmadas en la espalda.

Unas Navidades, Mateo Hernández nos invitó a unos cuantos amigos a celebrar la Nochebuena en su estudio. No invitó más que a sus amigos españoles. Recuerdo entre otros, a Manolo Hugués, a Regino Sáinz de la Maza, que por entonces daba conciertos de guitarra en París, a Luis de Benito y a Mario León, al bailarín Vicente Escudero y al tocador de guitarra Fabián de Castro, que fue a principios de siglo a París, con un conjunto de baile y cante flamenco, que fracasó, y no se quiso marchar. Lo que le ocurrió a este grupo, que aún no se llamaba folklórico, dicen que fue el motivo que inspiró a los hermanos Álvarez Quin-

tero su zarzuela *La patria chica*. Del elemento femenino, unas muchachas, suripantas de un teatrillo de París, que llevó Luis de Benito, gran amigo entonces de Raquel Meller que, con Chevalier, arrebató al público en el Palace, asistieron Antonia Mercé, “La Argentina”, recién llegada de una gira por América, y la institutriz que cuidaba a Mateo. Ya a los postres llegó el pintor Bacarissas, uno de los escenógrafos más importantes que había entonces en París, acompañado de una actriz del Palais Royal.

La mayor parte de los que estábamos allí sentíamos en tal fecha la nostalgia de España, pero, poco a poco, esta nostalgia se fue disipando hasta estallar en una desbordante alegría.

Mateo Hernández, que tenía fama de tacaño, se desbordó aquel día. Había comprado un salmón, y él mismo había guisado un cordero en caldereta, al estilo que lo hacen los pastores de Béjar. No quiso que faltase un buen borgoña y el champán, y para después de la cena, cuando empezó el canto y el baile, las botellas de manzanilla, con lonchas de un jamón francés que no desmerecía en la fama al jamón serrano español.

“La Argentina” y Vicente Escudero, por rivalidad de oficio, reñían constantemente y se reconciliaban después. Allí la reconciliación fue con unas seguidillas gitanas que bailaron juntos, acompañados por la guitarra de Fabián y palmeados por todos. Conservo el recuerdo de la pasión que estos dos bailarines ponían en la danza, y cómo allí, en la intimidad, parecían olvidados de nosotros, como oficiantes de un rito sagrado. Cuando alguien no aceptaba una propuesta que hacía Mateo Hernández, éste amenazaba con soltar la pantera que había en el patio, y Antonia Mercé decía:

—Que la suelte, a mí no me importa, yo no he tenido miedo en la vida a nada.

Salimos de casa de Mateo al amanecer. Aunque había coches para todos, yo preferí salir a pie. En un pretil del Sena estuve viendo cómo el día iba derramándose poco a poco sobre el río. Después, pasando el Puente Nuevo, llegué a Notre Dame. Ya estaban sacando los tenderetes las floristas, y las flores, en carritos, daban la impresión de que estaban muertas. Me interné después por la isla de San Luis. Hasta mí llegaban las primeras cam-

panadas de la iglesia. Empezaban a navegar por el Sena grandes barcas con carbón, con hierro, con sacos oscuros..., y este desfile afinaba el gris acerado del río. La ciudad se iba despertando de su sueño, y volviendo la vista atrás, la torre Eiffel, tan grácil y ligera, parecía taladrar un cielo del color pálido de las lilas. ¡Inolvidable noche e inolvidable amanecer en París! Y entonces cayó sobre mí el velo de la nostalgia. ¿Cómo habrían pasado la Nochebuena los míos? Sentí muy agudamente el dolor de la expatriación, y poniendo toda la fuerza de mi evocación en España, me dispuse a buscar un taxi que me llevase al hotel para que el sueño, lo antes posible, pusiese en mi conciencia el olvido.

### 35

Quiero consignar en este punto algunas impresiones literarias, pero que afectan a mi sensibilidad de aquel tiempo sobre cosas, personas y sucesos de París que impresionaron mi calidad de espectador. Después de mi larga estancia de espectador en esta ciudad, he vuelto a ella desde esta lejana fecha muchas veces, salvando los paréntesis, el de la guerra del 14 y el de la otra gran guerra. He visto, pues, la evolución de París paso a paso, y es lógico que mi recuerdo sienta la nostalgia de mi juventud, ante los parajes desaparecidos y que me eran familiares, ante las muchas personas que yo conocí y traté, que han muerto, y ante unas costumbres que han evolucionado. No es que no me guste el París de hoy, es que, para mí, es otro.

Quiero empezar dedicando una evocación a la calle de la Gaieté. Esta calle de la Alegría, en uno de los barrios más alegres de París, salía a nuestro paso, cerca de la estación de Montparnasse, como la calle mayor de una provincia. Esa calle de la que siempre se enorgullecen todos los provincianos del mundo. Hasta para que no le faltase detalle, tenía un tranvía eléctrico, un tranvía de provincia, con una campana provinciana, para que se apartase la gente, clara de voz y amable en sus nerviosas vibraciones. ¡Qué cerca de ella está París, que en algunas ocasiones intenta asaltarla! Pero la calle se defiende.

Todos los provincianos que estamos en París pisamos por esta calle con más seguridad que por ninguna otra. Los escaparates de las tiendas nos son familiares, y asequibles a la bolsa y al gusto provinciano todos sus objetos. Conocemos a las porterías que por las mañanas salen a la acera a sacudir los fieltros; es amigo nuestro el fotógrafo de la esquina que hace todas las fotografías de las cosas y personas del barrio; nos saluda con una sonrisa el taquillero del teatro cuando a las doce en punto abre su taquilla para despachar localidades de una comedia de provincia, porque antes que allí se han representado con buen éxito en otro teatro del bulevar, todas las obras que se hicieron viejas en los teatros importantes y que éstos envían a los teatros de las afueras como los restos de un naufragio.

A las tres de la tarde se siente en esta calle una gran paz. Los comerciantes salen a las puertas de sus comercios, y unos a otros se miran en silencio, con cierto rencor mal contenido. Después contemplan el cielo, por ver si el tiempo mejora, y vuelven a hundirse en la oscuridad de sus almacenes.

Pero la hora crítica de la calle de la Gaieté es cuando se enciende la primera luz. Aún no se ha ido del todo la del día, y ya esta luz impaciente lanza en el aire su rúbrica, invitando a encenderse a todas las demás. A esta hora empiezan a bajar los pintores de los estudios, y salen, como en la ópera sale el coro, por todos los practicables del escenario, temerosos de llegar tarde cuando el director de orquesta señale su intervención con la batuta.

Y a esta hora y en este momento es cuando advertimos, más que en otro momento, que es una calle de provincia, en la que faltan las personas respetables de la provincia. Aparece llena de provincianos, pero los más locos de cada provincia. Muy cerca de los tejados de esta calle, estos muchachos que veíamos correr de una parte a otra, son los artistas que los trenes de París lanzan a la ciudad cada día para que sueñen con esa idea tan vaga, y tan fácil en los sueños, que es la fama, la gloria, la celebridad.

\*\*\*

El día de Viernes Santo llega a mí el recuerdo de la tristeza de esta festividad en España. ¿Tristeza? ¿Acaso dan una nota triste

los grupos de muchachas con mantillas y claveles que sonríen al volver de cada esquina, y que taconeán por la acera cogidas del brazo? Quizá esta escena rompa por algunos momentos la tristeza del Viernes Santo, mas para dejar luego la calle más triste todavía, esperando la luz difusa del atardecer para el paso de la Soledad, cuando la procesión desfila con lánguidos vaivenes, al compás de una marcha fúnebre, seguida por soldados con fusiles a la funerala.

Silencio en los campanarios; no hay coches ni tranvías; solamente el coche de caballos de un hotel vetusto y el de un médico achacoso o racionalista. El obispo y las altas autoridades pasean a pie para visitar las iglesias; el dueño del café cierra a las siete y sólo deja una entrada entreabierta para no hacerse visibles los clientes menos religiosos. Los ácratas circulan invitaciones para un banquete de promiscuación. A la puerta de la catedral los muchachos hacen girar sus carracas impacientes por el fin de las tinieblas. En las cofradías, antes de la procesión, corren jarras de limonada... Banderas a media asta en los edificios públicos; cornetas roncadas al paso de la Dolorosa; el general con todas sus cruces y el gobernador con un frac pasado de moda.

Así me venía el recuerdo de la tristeza de nuestro Viernes Santo, en pleno bulvar, mientras parten coches y autobuses para las carreras; las orquestas de los cafés se asoman a las aceras; los hombres-anuncio invitan a los transeúntes a los *cabarets* de moda; los restaurantes ofrecen en sus vitrinas las más apetitosas viandas, y todos corren febrilmente a su trabajo. Es como si la ciudad tuviese empeño de olvidar la conmemoración de la muerte de Jesús. ¿Dónde se hallan los cristianos de París? Verdad que unos jóvenes entusiastas a la puerta de las iglesias, a grandes gritos, ofrecen el periódico de León Daudet. Pero este periódico, como otros que, a imitación suya, salían en España, defendía más bien intereses políticos que ideas religiosas. No esperábamos, pues, que *L'Action Française* restableciese en París la tristeza del Viernes Santo.

A las cuatro fui a la iglesia de San Eustaquio. Es esta iglesia, en el mismo centro de París, como una de nuestras catedrales. ¿Oficios divinos? Un concierto. Esta tarde, en todas las iglesias

de París hay conciertos sacros. En San Eustaquio nada menos que la *Pasión de San Juan*, con música de Bach. Grandes solistas, coros, orquesta, órgano. San Juan, con voz de tenor, hace el santo relato, dolorosamente, y en él intervienen todos los personajes del drama. El pueblo unas veces acusa, otras implora, otras asciende hasta las alturas de los ángeles para entonar la grandeza del Señor. El pueblo de siempre, inconstante y apasionado, que acusa, que sacrifica, que se arrastra pidiendo perdón y que, a la postre, olvida.

Toda la tristeza del Viernes Santo parece recogida en un remanso en las naves de San Eustaquio, en tanto que el pueblo grita: “¡Crucifícadle!” Y de los rasgados ventanales se va alejando, poco a poco, el sol de la tarde.

¡Qué lejos de París estuve en este tiempo! ¡Qué lejos y que cerca! A la puerta de la iglesia nos está esperando la ciudad con sus ruidos y sus locuras.

\*\*\*

Cada día podía descubrir en París un nuevo rincón. El rincón para leer, para pasear despacio, para tomar el sol, para comer... hay que buscar el rincón del pequeño restaurante, el de los veinte clientes iniciados, en el que la cocina pertenece a la historia o a las bellas artes. Todo esto, claro está, asequible a los bolsillos modestos.

Estos rincones para comer eran difíciles porque el restaurante barato, en París, servía a miles de personas. Los manjares se condimentaban en cazuelas fabulosas y siempre con recetas de química industrial. Los camareros patinaban por las grandes salas, y más bien que camareros parecían unos malabaristas que supiesen las leyes de un equilibrio para el circo. Los clientes solían comenzar en un humeante guisado de cordero y terminar en una mandarina.

El pequeño rincón para comer era todo lo contrario. No hay anuncios ni reclamos luminosos; sólo los iniciados en los secretos de París llegan hasta él, y cuando entrábamos, el dueño nos recibía como a unos invitados a quienes espera, y ya nos dice el plato del día, el que sabe que ha de gustarnos. Era admirable es-

te rincón de *L'Auberge du Père Louis*, verdadera posada del siglo XVIII, son sus vigas, su escalera de castaño para los aposentos, la gran chimenea de leña para los asados, y, de un modo imprevisible, un cerdo o un grupo de gallinas que surgen en el local. Un cerdito muy blanco y con un lazo azul al cuello, al que las damas acarician como si fuese un perro. Pero éste es un rincón demasiado selecto, y un poco caro, con clientes elegantes y las bellas *vedettes* del Folies Bergère.

Por otro estilo, entre los económicos, también era curioso uno con mesa redonda, en el *faubourg* Montmartre, como en los hoteles del siglo pasado, y en el que se sirve cada uno a discreción de la fuente que le pasa una camarera con cofia blanca. En este restaurante el pago era adelantado, y en las paredes se leían letreros como el siguiente: “Vigilad vuestros abrigos”, “El dueño de este establecimiento se entrega a la buena fe de los clientes para el consumo del pan”.

Y voy a recordar el restaurante más pequeño que encontré en aquel tiempo. Estaba casi siempre lleno, ya que en él no cabían sino veinte comensales, y no anchos. En el centro había todas las noches un espectáculo para amenizar la comida. Las paredes tenían un color anaranjado, pues los verdes, los azules y los rosas de los lienzos pintados, que decoraban las paredes, consiguieron unificarse y fundirse a fuerza de años y de humo. El color característico de París parecía que había entrado dentro del restaurante. Escenas campesinas y ciudadanas de la buena época de Alfonso Daudet. Las pinturas eran como viñetas de sus novelas. Un París un poco lejano, con modas que ya empezaban a ser históricas, mangas de jamón, faldas con muchos volantes, enaguas almidonadas por las que asomaban pies diminutos con altos tacones, y grandes sombreros de plumas.

¿Cuál fue el espectáculo de una de estas noches? Un ventrílocuo, que empezó a actuar con sus muñecos cuando se marcharon dos bohemios que tocaban la guitarra y la bandurria. El ventrílocuo tenía un éxito resonante. A veces la gracia decisiva surgía cuando la boca estaba llena, y el comensal sufría la tortura de sofocar la risa mientras tragaba.

¡Bellos rincones de París para todas las aficiones y actividades de los hombres! Para el estudio, para la meditación, para la soledad, para la virtud y para el pecado. Sin estos rincones, París sería una ciudad que tendría lo que otra ciudad cualquiera, pero carecería de su mayor encanto: el de ofrecer en cada rincón una sorpresa.

### 36

En los Jardines de los Campos Elíseos, con las cabezas juntas, como tres buenos hermanos, había tres burritos, con sus monturas de terciopelo, que esperaban la llegada de los niños aficionados a pasear montados en una cabalgadura. Se dan buena vida estos burritos, que a cierta distancia parecen de cartón, como los del ti vivo, pero su dueño, hombre materialista, y, además, sin una idea muy clara de lo que en la vida moderna debe representar un burro, ha ido a colocar estos tres burritos, amigos de todos los niños de París, en el lugar de más circulación y bullicio de la ciudad. Los burritos asomados a la gran avenida de los Campos Elíseos, se encuentran en ridículo.

¿Qué piensan los tres burritos, con las cabezas juntas, en una tarde de niebla, en la que no ha acudido ninguno de sus habituales clientes? Piensan, sin duda, en que la vida es una cosa absolutamente absurda. Que los hombres van demasiado de prisa, y no se sabe por qué. Estos tres burritos son amigos de la paz y el reposo, y se muestran dóciles al padre amante que los conduce por la cabezada, mientras el hijo tira de la brida. Pero ellos presienten que hay otro burro más natural: el burro aventurero que va de feria en feria, y conoce a todos los gitanos del mundo, el que camina por las pequeñas ciudades, de una casa a otra, el que carga con el viejo de la copla y la guitarra, o con la espigadora y sus hijos; y, más que ninguno, ese burro de acción, imagen de lo que significa el ejemplo de la voluntad, que va siempre delante, como guía, tirando del carro, y a cada momento, en los caminos, pone cátedra de cómo hay que sacar un carro del atolladero. Éste es el más burro de todos los burros, que es como si de un hombre dijéramos que era el más hombre de todos los hombres.



Así, frente a estos tres burritos, que meditan con las cabezas juntas, mientras por delante de ellos pasa el tumulto de la civilización de París, he evocado a través de la niebla, la carretera entre rastros, el repecho de la montaña cuando se sube por leña, el camino de la fuente, trotecillo musical en el que los cántaros, dentro de las aguaderas, entrechocan como en un brindis; y, finalmente, las ferias, ferias españolas con humo, polvo, molinillos multicolores de papel y pitos de cristal, adornados con flores.

Éstas han de ser las imágenes de un burro normal, no deformado por los rigores de una educación artificiosa. Estos tres burritos no tienen en el fondo de sus ojos ese paisaje aldeano, que es toda la vida interior del burro. Por los ojos de estos burritos no pasan sino automóviles, miles de automóviles, en cuyo barniz se refleja todo el artificio de la ciudad. No hablan entre sí, juntan sus cabezas y meditan. Diríase que se sienten avergonzados de someterse a la arbitrariedad de su dueño. Ignoran el impulso necesario que lleva a la libertad de una carretera, a pleno sol, sin otro premio que la paja húmeda de la posada y los palos del mendigo.

Aquella tarde era buena para la meditación. Los niños no han bajado a los Campos Elíseos porque hay mucha niebla, y los burritos parecían abismados en los pensamientos de los destinos que se frustran. Lo habían conseguido todo: fortuna, consideración social, buen pesebre y buenas vestiduras; todo, menos la libertad del campo, en un camino, al trote musical de las aguaderas. Un burro en los Campos Elíseos me pareció una cosa tan triste y tan absurda, que ni me hizo reír ni pude comprender. El explotador de estos tres burritos me pareció un monstruo.

Leyendo después un libro de Juan Ramón Jiménez, dedicado a un burrito de su propiedad, que contemplaba las estrellas reflejadas en un charco, y comía violetas, pensé que este héroe exaltado por el poeta era también un burro desviado de su destino natural, y, en el fondo, lo peor que puede ser un borrico: cursi.

\* \* \*

La ciudad, los domingos, me daba como impresión de pereza. Y esta pereza de París, de los domingos, se reflejaba, especialmen-

te, en los espejos de un café. Resbalaba por sus cristales, como la fronda de los árboles sobre las aguas del estanque, cuando el aire es tranquilo. Los espejos tomaban pátina de cuadro antiguo, próximo a los honores del museo, y diríase que se negaban a reflejar perfiles, y los colores detonantes que puedan desentonar en el cuadro de un café de París en domingo. Poco a poco entre el humo de los cigarros y el murmullo de las conversaciones a media voz, me fui apartando de la realidad, desinteresándome de todo lo que es tangible y sugestionándome con las imágenes de los espejos, por los que la vida resbalaba lo mismo que los sueños.

Y, así, en la lejanía de un espejo descubro un cuadro muy parisiense, que el espejo refleja con diafanidad, sin esa confusión que los espejos tienen para reflejar las escenas de amor. Una mujer, joven aún y demasiado suntuosa, abrumada por el peso de sus pieles y de sus perlas, ha llevado a su hijo a merendar. El hijo es un muchacho de doce años, fuerte, rubio y risueño, con la gorra de colegial hasta las cejas, y el traje de marinero, de un azul profundo, con el abandono de un niño que se viste de prisa, que rueda por el patio en los recreos y que frota con las mangas el hule del pupitre para dejarlo brillante. El chico ha pedido el helado más decorativo del café, relleno de frutas, y al que rocían con champán, y mientras la música musita una fantasía de ópera italiana, lleva el compás con la cucharilla. Todo lo iba viendo en el espejo, que no se contentaba con reflejar la imagen, sino que penetraba en los espíritus para interpretar un paisaje sentimental, y aun abría una perspectiva en el fondo, tratando de reflejar el porvenir.

El chico ha terminado la merienda, y entonces se echa sobre el hombro de la madre, hundiendo la cabeza en las pieles, y cierra los ojos con sensualidad, fingiendo que está dormido. La madre está segura del engaño, mas, como si estuviese realmente dormido, pasa la mano por la cabeza del rapaz, como podría pasarla por el lomo de un gato. Éste es el momento en que yo descubro el drama de esta mujer. Quiere gustar todos los encantos de la maternidad y tiene miedo. ¡Qué felicidad la del chico; que dolor más penetrante el de la madre!

Y, al fin, salen del café, saltan a un auto y parten hacia el colegio; el chico, a encerrarse allí hasta otro domingo; la madre, hacia su vida, abrumada por el peso de sus pieles y de sus perlas.

Y así, esta escena de una apariencia vulgar, quedó grabada en mi recuerdo. Una tarde de domingo, en un café de la calle Royal, en la que un niño se refrotaba, con los ojos cerrados, sobre un abrigo de pieles, en tanto que una mano suave pasaba por su cabeza, desmayándose cada vez, para empezar de nuevo.

\* \* \*

Una tarde como otras muchas, la dediqué a ver galerías de pintura. Sólo en tres calles del *faubourg* Saint-Honoré hay lienzos pintados para llenar de cuadros las casas de una ciudad. Como no hemos ido sino a las galerías más importantes, no hemos visto sino pintura que ya podría incorporarse a un museo, pintura antigua y moderna. Allí vemos el cubismo, ya pasándose de moda, y las nuevas tendencias que lo reducen al absurdo. Me acompaña un amigo, el inquieto pintor Ismael Gómez de la Serna, y a cada instante me interroga con la mirada. Al fin tengo que hacer una clasificación. Todos estos cuadros que marcan la evolución y la muerte de las nuevas tendencias, me parecen buenos, y no me atrevo a opinar sobre ellos. Me limité a decir qué cuadros, de aquéllos, me gustaría tener en mi casa, y cuáles no me gustaría tener, aunque me los regalasen. Este retrato, por ejemplo, de la época azul de Picasso, no quisiera tenerlo colgado en una pared de mi casa, aunque reconozco que la pintura es excelente.

Y sin querer, me di cuenta de por qué en París hay tantas tiendas de cuadros. Porque en el mundo existen muchas paredes en que colgar cuadros, y esto crea la necesidad de un gran centro mercantil, para que cada muro tenga su cuadro o sus cuadros correspondientes. Los museos son un asilo para los cuadros sin dueño. Pero todo pintor, cuando se pone ante un lienzo para pintar, lo primero que piensa es que aquella obra que va a emprender necesitará una pared para colgarse.

Me parecía, pues, admisible, esta clasificación. Cuadros que nos gustaría tener en nuestra casa, ventanas que abrimos en los muros, o, aún más exacto, que nos abre el artista para que cada

día nos asomemos a ellas, y cuadros que no nos gustaría poseer, aun siendo buenos. El pintor que se olvide de que en el mundo hay paredes para colgar cuadros, podrá gozar de admiración, le elogiará la crítica, y aun alcanzará en la cotización artística grandes precios, pero su obra caerá en manos del esnob o del coleccionista. No sirven, en suma, estos lienzos para que nadie viva contemplándolos todos los días. Esto ocurre con la naturaleza: hay paisajes extraordinarios para verlos, pero que no nos gustaría vivir frente a ellos.

Hay que rendir, pues, tributo a la pintura que podemos contemplar todos los días, y que llega a formar parte de nuestra vida. Que nos sirva para gozar la vista cuando paseamos por la estancia un poco fatigados, que nos alivie de la visita impertinente y del libro enojoso, que nos ayude para la divagación y para el sueño. ¿Que esta doctrina es un poco burguesa y no corresponde a los elevados fines de la estética? Y yo digo: si un cuadro no es para esto, ¿para qué puede ser? ¿Para que se escriba de él en los periódicos? ¿Para que discutan sobre él unos amigos en la peña del café?

Todos los días arribaban a París unos centenares de viajeros que acudían de las más apartadas regiones del mundo, en busca de un cuadro para una pared. Aunque un pintor pinta para la inmortalidad, no se olvida nunca de ese hombre que se sube a una silla y que, con un martillo y una escarpia en la mano, después de haber tomado sus medidas, se dispone a colgar un cuadro en la pared. La pintura se ha hecho para este hombre.

### 37

En el Museo Cluny hay una sala destinada a los zapatos. Estas vitrinas tienen el aspecto de las que vemos en los Museos de Historia Natural, con mariposas, pájaros, tortugas, roedores, animales que se van apolillando y que muestran por los agujeritos de su piel el relleno del algodón. Tuve que fijarme mucho para convencerme de que eran zapatos. Zapatos de la zapatería de la Historia, que esperan un erudito remendón que les ponga unas medias suelas.

¿Quién o quiénes han sido los encargados de conservar estos zapatos a través de los siglos? Pensaba, entonces, que son los zapatos de los muertos, los zapatos que la familia conserva como reliquias, sin atreverse a regalárselas a la portera; zapatos que apenas anduvieron por el mundo, con el destino frustrado, hechos ya de una manera especial para la curiosidad del futuro. También algunos de estos zapatos pueden ser zapatos que no se usaron nunca porque salieron pequeños.

Lo que más me impresionó de esta instalación fue el saber que se trataba de unos zapatos auténticos y que formaban una colección única. A mí me parecieron a primera vista, esos zapatos de guardarropía que antes de comenzar la ópera de un tema histórico, vemos taconear por debajo del telón, antes de que éste se eleve para descubrirnos la escena.

Pero alguien nos dijo que esto no se ha formado para la divagación, sino para el estudio. Empecé entonces a comparar el zapato más antiguo con el más moderno, y, así, salté desde el zapato de una dama de Luis XI, a este otro zapato que aún no ha entrado a formar parte de la exposición, y todavía camina en el pie de una espectadora que aparece frente a mí. Esta sencilla observación me demostró que la aspiración de todos los zapateros que han existido desde que el zapato, en su proceso, llegó a la Edad Media, fue dar a la mujer la mayor estatura posible, y la de fingir que el pie es pequeño. El tacón alto se mantiene a través del tiempo, como una fórmula, aunque absurda, indiscutible.

Lo demás, las telas, las pieles, los botones, las correas, constituyen un simple accidente de la moda. Y viendo que la ciencia de los zapatos no mueve mi interés, penetro en la atmósfera de las evocaciones. Las sombras humanas que se elevan sobre estos zapatos, los pasos que han dado, los senderos de los jardines, las flores de las alfombras, los rasos de los almohadones... Y también el taconeo de la impaciencia, de la alegría, de la desesperación, y el puntapié airado, o el pisotón inadvertido, o el que anuncia, ya el comentario indiscreto, ya el aviso amoroso, bajo la mesa, en el transcurso del banquete. Lo interesante que puede ser la historia de los pies dentro de los zapatos. Y, así, aparecieron ante nosotros los largos caminos, el cansancio de los viajes, las

penosas ascensiones, los alegres giros de la danza y, finalmente, el descanso de la muerte, cuando ya los pies no tocan el suelo.

Los hombres de todos los tiempos han llegado a la fonda de la Historia y, como es de rigor, antes de acostarse, han dejado sus zapatos a la puerta del cuarto.

\*\*\*

Con el título de “Ronsard y su tiempo”, la Biblioteca Nacional de París organizó una exposición. Paul Valéry estuvo en ella la misma tarde que yo, y mirando el fino perfil del poeta del *Cemeterio marino*, inclinado sobre las vitrinas, pensaba yo: “¿Qué idea podrá tener un poeta moderno —ya Valéry ha dejado de ser moderno— sobre el tiempo de un poeta antiguo? ¿Cómo es el tiempo de un poeta que, por sus dotes de adivino, se ha evadido del tiempo?” Quizá en el campo hubiésemos podido sentir una vibración del tiempo de Ronsard. Vano empeño éste de querer resucitarlo entre estampas, libros y escrituras. En los anaqueles de una biblioteca aparecen los restos mortales del tiempo, comidos por la polilla. La exposición, sin embargo, era un regalo para el bibliófilo y el erudito, mas un desencanto para el poeta de hoy, que ve allí palpablemente lo deleznable que es el tiempo de un poeta.

Las modas, la religión, la política, el teatro, la guerra..., de todo hay un poco en esta exposición del tiempo de Ronsard; pero entre tantas alusiones anecdóticas, el verdadero tiempo del poeta no lo encontramos en ninguna vitrina. Quisiéramos ver un solo minuto de su inspiración, de sus dudas, de sus desengaños, para ver el tiempo de Ronsard dentro de él mismo, aunque fuese traspasado por un alfiler, como las mariposas del naturalista.

En este dibujo de Pierre Doumontier, en el que aparece el rostro de Enrique IV, antes de casarse con la hermana de Carlos IX, es posible que descubramos como a través de una niebla, algo del tiempo de Ronsard. Y a mi memoria llegan unos versos del poeta.

Et prenant le papier et l'encre de colère,  
du le temps malheureux j'écrivis la misère.

Así, de estos versos y de este relato podemos saltar a *Le discours des misères de ce temps*, y aun a *Les amours de Pudidon et de Psyché*, pero todo ello con esfuerzo, teorizando sobre lo que pudo ser el tiempo de Ronsard, “tomando el papel y la tinta de la cólera, para escribir la miseria de un tiempo desgraciado”.

Mientras cae la luz de la tarde, me llegan imágenes de aquel tiempo remoto. ¿Qué manos y qué ojos se habrían posado sobre estas primeras ediciones del poeta, que ya no son para leer, sino para contemplarlas en una vitrina? Y, a la salida, en esta tarde gris de otoño, entre el fulgor de la electricidad y el estrépito excesivo de la civilización, mientras funcionan la política, los teatros, la moda, la religión, otros poetas de hoy se dispondrán a escribir versos, y es posible que también con el papel y la tinta de la cólera, para lamentarse de la miseria de su tiempo.

Toda la tristeza del desgraciado tiempo de Ronsard, se me había metido en el alma.

\*\*\*

La muerte de Lucien Guitry produjo en París una dolorosa impresión. Era el último gran actor de una escuela que ya en aquel tiempo empezaba a agonizar. Como director de la Renaissance y de la Comedia Francesa, hizo, sin duda, discípulos, pero estos discípulos no se veían por ninguna parte en los teatros de París. La realidad es que las escuelas de actores son una ficción. Las obras son las que crean actores. Guitry señala el tránsito del tono melodramático de Sardou, con el realismo de principios del siglo, y, quizá por esto, los éxitos más resonantes los obtuvo en el teatro de Bernstein, en el que había de alternar el acento neorromántico con la artificiosa naturalidad del teatro de Capus. Así, en España tuvimos una generación de actores, entre los que descollaban Morano, Fuentes y Tavallí, que aun sin haber visto, posiblemente, a Guitry, poseían una manera de interpretación semejante a la suya. Tres actores españoles que, de Echegaray, pasaron sin transición al teatro de Benavente.

En el curso de los años la naturalidad fue adueñándose de Guitry de tal modo, que para él el escenario era un rincón de su casa. Esto proporcionaba a sus interpretaciones una cierta frial-

dad que sólo se rompía en un momento culminante. En este trance los espectadores sentían la emoción máxima, y, puestos en pie, aclamaban al actor. El arte de Guitry consistía en averiguar, aún más que por intuición, por un acto reflexivo, dónde se hallaba este momento, y preparar todos los recursos para llegar a él de un modo elocuente. Era como la reserva del divo, en la ópera, que todo lo espera de la romanza. Pero en Guitry la reserva no era producto de un cálculo, sino de su arte. Sabía, sin duda, lo peligrosos que en el teatro son los arranques extemporáneos, y se conformaba en cada obra con una genialidad de segundos. Lo curioso es que estos momentos no los buscaba el actor en las escenas más culminantes, sino, a veces, en un sencillo saludo, en una observación ligera e intencionada, en una frase de humor. Últimamente trabajaba en el Teatro Eduardo VII, con su hijo Sacha, autor de ingenio, y un gran actor, quizá demasiado ligero para su padre. Mas en esta ligereza encontraba Lucien Guitry un campo propicio para su naturalidad. En estas comedias diríase que no representaba, sino que vivía.

Las dos últimas obras que le vi representar fueron *El misántropo*, de Molière, y *El tribuno*, de Bourget. En la primera la crítica le discutió mucho; en la segunda no había ni un resquicio para discutirle. ¡Cuánta semejanza con nuestro Morano, en los arranques bruscos, en los apóstrofes violentos, en la sencillez para decir los largos parlamentos! En estas dos comedias podían estudiarse todas las excelencias y todos los defectos de la interpretación escénica de Guitry. En *El misántropo*, el defecto podría ser que interpretaba un misántropo, no la misantropía. En *El tribuno*, por el mismo sistema de crear un personaje, interpretaba un político, no la política. Ello nos descubría el secreto de su arte. Para él, en sus interpretaciones, no existían hombres simbólicos, sino hombres vivos. Cuando había que crear un carácter personal, triunfaba; cuando el dramaturgo le ofrecía un carácter con una intención universal, no llegaba a esa altura. Para Guitry, por ejemplo, Hamlet no era la duda, sino un hombre de carne y hueso que, por circunstancias especiales, dudaba. La característica del teatro naturalista es la de ofrecer casos. Así, el héroe de Bourget



es un caso particular, en tanto que el de Molière es un símbolo universal.

Efímera gloria la del actor. Los que no vieron a Lucien Guitry no sabrán nunca en qué consistía su genio. Se escribirá sobre él, quizá más de lo que se escribió en su vida, pero las generaciones sucesivas que no le vieron representar, no sabrán por qué, en un momento inesperado, simplemente por la dicción de una frase, levantaba bravos y aplausos, por qué cuando aparecía en escena se hacía un silencio en el que podría oírse el rasgar de un papel en el escenario... yo pensaba entonces que Guitry era el último actor naturalista de Francia, y que con él iba a morir un repertorio dramático, que no resucitaría nunca.

\* \* \*

Ya por aquella época se hablaba en Europa de crisis teatral, pero París era la excepción, como sigue siéndolo en nuestro tiempo. Y pensaba que esto ocurría porque el gran templo del teatro dramático que existía en Europa, era la Comedia Francesa, manteniendo día a día la tradición del teatro. Gracias a la Comedia Francesa, todavía existe en el mundo un teatro solemne, con ceremonia, en el que el espectáculo toma un aspecto trascendente, y en el que la tradición, tan respetada por la sensibilidad parisiense, no se interrumpe. Por eso se mantiene allí la vieja costumbre de que el teatro no sea un hábito, sino una fiesta a la que se acude de tarde en tarde, vistiéndose para asistir a ella, y cenando pronto, para no perder el sonido de los tres martillazos que el tramoyista da para que se levante el telón.

La Comedia Francesa es una escuela en la que se aprende a amar al teatro. Todo en ella está organizado para que los mayores continúen teniendo del teatro una visión infantil. La Comedia Francesa es como un gran teatro de papel, como el que en los viejos tiempos existía para que los niños jugasen al teatro. Un teatro para recortar con tijeras, en muchos pliegos de papel. El de la embocadura, el del telón de boca, el de las bambalinas, y el de la posada, el bosque, el palacio real, la casa pobre, la calle y los accesorios, las consolas, los candelabros, las cornucopias, el cántaro de agua de la mazmorra... Y después, los personajes,

muchos personajes para recortar. ¡Qué difícil de recortar ese de la peluca de Luis XIV, con perfil de moneda, hebillas de plata y tacón rojo en los zapatos!

Para gozar en el teatro hay que volver los ojos a los días de la infancia; que sentirse niños, con un teatro de cartón, fabricado por nosotros, y muchos hilos invisibles en la mano. Todos estos hilos para mover los personajes dramáticos, significan la tradición. Suenan los martillazos del tramoyista en tres golpes secos, el telón sube con lentitud, para hacer más larga la espera, las bambalinas se mueven como olas. ¿Qué función queréis ver? Yo evoco ahora una comedia cualquiera, recordaré una noche con una comedia de Alfredo de Vigny, *Quitte pour la peur*. Los personajes son el duque, la duquesa, Tronchin, Rosette, un lacayo... Hay casacas, pelucas blancas, escotes de nácar, pomposas faldas de raso, tabaqueras para el rapé, bastones de ébano con puño de oro, y grandes espejos, consolas, candelabros...

Todo el moderno teatro para personas mayores está muy apartado de lo que tiene que ser el teatro. Es un absurdo el teatro realista, y no digamos el neorrealista, que trata de engañarnos con sus personajes de carne. Los personajes de teatro tienen que ser de papel y, además, estar movidos por las manos de un niño. De este modo la Comedia Francesa triunfaba de la competencia del cinematógrafo, y sostenía con su ejemplo todos los teatros de París. Ella moderaba las innovaciones, las audacias y las extravagancias. Llamaba a ella los cómicos más experimentados, seleccionaba a los jóvenes para el porvenir y cuidaba de todo el anti-guo repertorio como se cuidan las piezas de un museo. Para que un pueblo tenga teatro, lo primero que tiene que hacer es mantener el mito del teatro. Y si no lo tiene de otro tiempo, crear un edificio para representar, solemne y con gran proscenio, en el que el telón se levante lentamente.

\* \* \*

Es conveniente, estando en París, acudir algún día a las clases de la Sorbona. En cualquier momento había temas sugestivos, y cuando no lo eran, lo era el profesor, y, en último término, los oyentes. Los oyentes de la Sorbona eran unos tipos curiosos, y

he de recordar que entonces los tipos más interesantes, al menos para mí, eran los de la Facultad de Filosofía y Letras. Lo menos importante de la Sorbona eran los estudiantes considerados como grupo social independiente del de los estudiosos. Así, como era en nuestro país, el estudiante clásico de la calle Ancha de San Bernardo, que corría detrás de los perros con un rimero de libros bajo el brazo, vociferando, que decía chicoleos a las muchachas y que en los mismos claustros universitarios silbaba y cantaba la última zarzuela. Todo esto no lo escribo como censura a nuestra Universidad. Yo, en mis tiempos, encontraba bien que hubiese bulla en la Universidad, y que el catedrático metiese miedo a los muchachos con los exámenes, y que, por la noche, después del café tuviéramos que estudiar de prisa y corriendo una lección para el día siguiente. En fin, todos estos accidentes constituyen para mí gratos recuerdos de mi vida estudiantil, incluso el del profesor que no sabe ni una palabra de la asignatura que explica, ni de nada. Lo que sí encuentro censurable es que en la Universidad española no existan, sino por azar, oyentes, que no acuden a ella para conseguir un título académico, sino para aprender, desinteresadamente.

Por no ser esto así, los asistentes a una cátedra de la Sorbona eran muchachos y aun provecitos con siluetas de futuros sabios, lentes demasiado gordos, pantalones con rodilleras y abrigos viejos. Y la mayor parte de los profesores, con una fama universal. Da un poco de pena ver cómo estos hombres de máximo prestigio tengan que ir todos los días, aunque nieve, a un anfiteatro de la Universidad, a hacer partícipes de su sabiduría, aunque yo llegué a sospechar que alguno de aquellos oyentes no iba allí para aprender, sino para calentarse.

Yo asistí a un curso que monsieur Gilson daba sobre la filosofía de San Agustín. Este joven profesor, que tenía un poco el aspecto de gerente de un buen restaurante, con su americana con trencillas y su pantalón a rayas, era entonces, sin duda, uno de los hombres más interesantes de la Facultad de Filosofía de París. Era quizá más un historiador que un filósofo, aunque se le consideraba como un especialista en la interpretación de la filosofía religiosa de la Edad Media, atemperándola a los términos de la

filosofía moderna. Un año antes de conocerle yo, había publicado una obra fundamental sobre la filosofía de San Buenaventura. En su aspecto de historiador, sabía poner pasión en su relato, y así, a través de sus doctrinas, para mí, la interpretación que este profesor hacía de las *Confesiones* de San Agustín, se me ofrecieron como una cosa viva y actual. Su palabra era de una convicción académica, y de su discurso surgía una corriente de emoción estética, que hacía que, al final, a la hora justa, cuando recoge sus notas, un poco azorado, y sale de su cátedra, los oyentes aplaudamos fervorosamente, como en el teatro, cuando un actor hace un buen mutis.

Entre los oyentes hay más mujeres que hombres, y más viejos que jóvenes. Nos fatiga, sin embargo, ver tantos aprendices de sabio. Es buen síntoma, para diagnosticar la cultura de un pueblo, que los viejos vayan a la Universidad. Tantos individuos que en su pueblo serán ya sabios, y tanto futuro sabio. Se echa de menos allí al estudiante sin otro fin que el de aprobar la asignatura. En el patio de la Facultad de Letras hay demasiado silencio y paz. Y es que al estudiante de París no se le encontraba en la Universidad, o se le encontraba aislado. Estos grandes grupos de estudiantes alegres y ruidosos, aún más que en la Sorbona, los veíamos en el boulevard Saint-Michel, o bajo las frondas del Jardín de Luxemburgo, y se iban deshaciendo poco a poco, según caminaban hacia la Universidad.

### 38

Yo abandoné Valladolid, con rumbo a la Argentina, el año 1930. La Dictadura estaba agonizando, y teniendo proyectado mi viaje, publicó Primo de Rivera, a los altos mandos del ejército, un manifiesto para ver si contaba con ellos para continuar en el poder. El acto inusitado, constituía no sólo un golpe de Estado, sino un evidente agravio al monarca, que quedaba relegado en tan graves momentos a actuar como mero espectador. El ejército, que se dio cuenta de la gravedad de aquella decisión, le dio la negativa de su apoyo, y el 27 de enero, el rey lo relevó de su cargo de presidente. Los sucesos que se sucedieron después, a partir del Go-

bierno Berenguer, no vale la pena relatarlos, que están en la memoria de todos cuantos vivimos aquella época, y las generaciones que no pudieron alcanzarlos, pueden reconstruirlos revisando los volúmenes de una hemeroteca.

Este mi primer viaje transatlántico me relevó de presenciar el desdichado proceso político que acabó por derrocar la monarquía, ya que yo regresé a España en vísperas de proclamarse la República.

Otra vez puse el olvido sobre los acontecimientos que llevaban a España a un desastre, no teniendo, como no tenía, posibilidad de evitarlos. Embarqué en un barco de la Transatlántica Española, e íbamos en él muy pocos pasajeros. Me acompañaba un agente suizo de una compañía publicitaria, y los dos llevábamos proyectos de publicidad con relación al “número de las cosechas” que, por entonces, publicaba *El Norte de Castilla*.

Entre los viajeros españoles iba el profesor de Química, don Enrique Moles, y un hijo suyo de diez años, con quien yo solía jugar todos los días en la segunda cubierta. Moles hizo todo el viaje completamente mareado, sin tomar otro alimento que champán helado con frutas, y la mayor parte del viaje la pasó tumbado en cubierta, al aire libre, pues decía que en el camarote el mareo le era insufrible. Sin embargo, su pasión científica le llevó a realzar un experimento por el que tenía gran ilusión. Le dijo al capitán que le agradecería que le avisase cinco minutos antes de que le barco pasase la línea ecuatorial. El capitán le advirtió que, como hacía mucho calor, con su mareo, no le vendría bien subir hasta el puente. Pero él se obstinó, y en cuanto le avisaron subió, no sin trabajo, apoyado en el brazo de su mujer. Ésta llevaba en la mano una damajuana con envoltura de paja. Yo, por curiosidad de ver cómo se recogía y se envasaba aire del Ecuador, subí también. La cosa era bien sencilla: vaciar el agua de la damajuana, no bien el capitán dio la voz de que estábamos pasando la línea, y una vez que la botella estuvo vacía y, por lo tanto, llena de aire, la taponó herméticamente, le puso lacre y un precinto. Este experimento que él iba a realizar, no lo había hecho nadie desde hacía ochenta años que lo realizara el barón de Humboldt,

y a partir de entonces, los medios del análisis químico habían avanzado mucho.

Relato este hecho porque tuvo un desenlace cómico. Al llegar a Montevideo, Moles me anunció que tenía que quedarse allí, para desarrollar un curso en la Universidad, y que me agradecería que llevase yo la damajuana a Buenos Aires, y que él había avisado a la Universidad para que salieran al puerto a recogerla.

Yo llevé, pues, a mi camarote este engorroso encargo, y durante toda la travesía del Río de la Plata fui vigilando la damajuana con más atención que mi equipaje. Las aduanas de la Argentina eran muy benévolas. En realidad, no había sino dos productos de vigilancia rigurosa, por devengar grandes derechos: la seda y los perfumes. Yo me puse ante el mostrador de la aduana con todo mi equipaje y la damajuana en la mano, sin querer apartarla de mí, por temor a que se rompiese. A mis maletas les pusieron el signo de revisadas, sin abrirlas siquiera. Mas cuando iba a partir, el vista me preguntó:

—¿Y que es lo que lleva usted en ese botellón?

Yo le contesté con naturalidad:

—Si le digo a usted la verdad de lo que traigo en él, no me va a creer.

—Pues decláremelo. ¿Qué contiene esa vasija?

Y yo, casi ruborizándome, le dije:

—Aire del Ecuador.

El vista se me quedó mirando con una sonrisa, y entonces me advirtió amablemente:

—Menos bromas, señor. Esa botella hay que abrirla.

Fueron unos segundos de incertidumbre, por la gravedad que para la ciencia química tenía aquella determinación. En aquel momento divisé a un funcionario con la gorra galoneada, que miraba a todas partes como buscando a alguien, y le llamé. Vino a mí y era el conserje de la Facultad de Ciencias. Yo le entregué la botella, y salí satisfecho de haber cumplido finalmente mi misión. Ignoro el resultado de aquel análisis, y este es el día que no estoy muy seguro del aire que analizaría el señor Moles. Lo que sí sé es que dio una conferencia sobre este asunto. Lo leí meses después en un periódico, y no pude menos de sonreír.

Mi suegro tenía un hermano, don Pedro Corral, que en su juventud fue a la Argentina y allí consiguió una gran fortuna, especialmente con el saquerío y el yute. Éste había leído por la mañana en un periódico mi llegada, pues desde Montevideo, donde en el barco me hicieron los periodistas una encuesta, lo habían comunicado a Buenos Aires, y, así, cuando atracó el barco, vi en el muelle a tres muchachas muy guapas, que me contemplaban con curiosidad. Al descender por la escala, se acercaron a mí, y después de cerciorarse de quién era, prorrumpieron en una risa abierta y me fueron abrazando, eran mis primas, que venían a recibirme. Yo les dije que iba al Hotel Plaza, pero ellas se negaron terminantemente.

—De ninguna manera —me dijo Delia, la mayor—, vos vendrás a casa del viejo. ¡Menudo disgusto le darías si no fueses con él!... Te está esperando en el coche, fuera, porque está siempre cansado.

No pude resistir a la insistencia de mis primas, y cuando salí fuera de la aduana, vi que descendía de un “Packard” un hombre menudo de cuerpo, magro y cetrino, que representaba más de sesenta años, pero con unos ojos vivos y juveniles; era el tío Pedro. Avanzó para abrazarme, y después, sin hablar, me empujó al fondo del coche. Desde que partió a la Argentina no había hecho sino un solo viaje a España, hacía bastantes años, y aunque de tarde en tarde, se escribía con mi suegro, y las primas con mi mujer, apenas sabía nada de nosotros. A mí tan sólo me leía frecuentemente en *La Prensa* y *La Razón*, así es que en cuanto el coche arrancó, me abrumó a preguntas, saltando de temas, teniendo una idea un poco confusa del tiempo y preguntándome por todos, y especialmente por su hermano.

—Yo fui el más loco de todos —decía—, y no pudieron hacer carrera de mí; y así me vine yo por estas tierras a hacer fortuna.

—Y por lo que veo, la hizo usted.

—Más de lo que quisiera y menos de los que cree la gente.

La familia de mi suegro era de Castroverde de Campos, en el corazón de la tierra de Campos, y quizá de la región donde mejor se habla el castellano de España. Los cuarenta años que llevaba aquel hombre en Buenos Aires, no habían conseguido borrar

en él ni la justeza de su sintaxis ni su acento. Y eso que casó con una criolla, la tía Delia, que tenía por única distracción escuchar la radio, sin moverse de una butaca, y los modismos y acentos de esta señora muchas veces me hacían reír. La casa era magnífica, un palacio. El tío Pedro me dio una llave y me dijo:

—Aquí tienes la misma libertad que en el Hotel. Nosotros almorzamos a la una y cenamos a las nueve. Quien no está a esas horas, pues yo soy muy metódico, no se le espera. Tienes a tu servicio un criado y un coche. Y ahora puedes hacer la vida que quieras, sin que nadie te estorbe. ¡Buenos disgustos has dado a mi sobrina Mercedes con la dichosa política! ¿Y qué me dices, qué le va a pasar al rey de España? Yo, sin poderlo remediar, soy muy monárquico. Aquí, en Buenos Aires, con nuestra república, estamos llenos de gentuza. Este estado de cosas repercute en los negocios, y se están poniendo las cosas que no sé cómo va a terminar esto.

Yo le anuncié, para tranquilizarle, que no pensaba hacer ninguna declaración política, que detestaba la política y que rehuiría todo diálogo en este sentido. Pero que por los síntomas, presagiaba que la monarquía no iba a tener remedio.

La primera visita que hice, por la tarde, fue al doctor Sojo, propietario del periódico vespertino *La Razón*. Aquél me recibió con verdadero afecto. Grueso, con ese aspecto optimista que tienen quienes, siendo gordos, se dan buena vida, y con una sonrisa permanente en el rostro, que era asentimiento, reconvencción o cordialidad, cuando en una réplica se coincidía con lo que él estaba pensando.

Sojo me puso inmediatamente en contacto con el secretario de redacción, Enrique Diosdado, para que me acompañase y me sirviese de guía, para cuanto necesitara y quisiera saber de la ciudad.

—Él conoce a todo el mundo, está muy bien ubicado, visita las altas esferas; en suma, usted lo conocerá y comprenderá que no le doy por compañero a ningún atorrante.

Diosdado era un *gentleman*. Sabía escuchar de un modo perfecto: apenas iniciaba una conversación, y se limitaba a dialogar con lo que quería su interlocutor, con singular elegancia. Alto,



esbelto, con el cabello que empezaba a grisear por las sienes, y tan reposado en sus palabras y ademanes, que parecía que guardaba acatamiento con la misma naturalidad a los poderosos que a los humildes. Él fue quien me puso en contacto con la sociedad del Jockey Club.

Buenos Aires era una ciudad plana, con edificios de poca altura y con cierto desorden arquitectónico, pues los arquitectos locales, si los había, no podían recordar ninguna tradición local, y los extranjeros, especialmente alemanes e italianos, imponían a los argentinos el gusto de sus países. Así, las construcciones domésticas no respondían al clima de la ciudad. Con todo, era una ciudad alegre y muy animada, y que en su organización urbana había adoptado cierto estilo parisiense. Cuando yo estuve, contaba ya con dos millones de habitantes, y las grandes vías ofrecían un tráfico como el de cualquier gran ciudad de Europa. Sin embargo, en el mismo centro, estaba la calle Florida, sin tránsito rodado, que daba a la ciudad un aspecto provinciano. Era, en general, un tránsito distinguido, pues por ella, a las doce de la mañana desfilaban elegantes mujeres para verse unas a otras, y para que las viesen pasar. En esta calle había dos centros de alta sociedad, el Jockey Club, en cuyo pórtico había siempre grupos de socios, y, enfrente, el bar Richmond, en donde se tomaban copetines, como allí se llamaba a los cócteles.

A mí me gustaba pasear sin acompañamiento por la ciudad, para observar su estructura, su color, su vitalidad, y también los tipos, las conversaciones y el acento. En estos paseos fui comprendiendo todo el proceso de formación de Buenos Aires, desde que la ocupara Pedro de Mendoza; cuando la constituye como ciudad urbana Juan de Garay, en 1580, sesenta y tres años después, cuando ha de alejar allí a los piratas ingleses y holandeses. Había leído el libro de Azcárate de Vizcay, en el que en 1617 nos dice que Buenos Aires no contaba sino con cuatro mil habitantes, y con una pequeña muralla y un fortín para defenderse de las incursiones de los posibles asaltantes. Como en este fortín se relevaban todos los ciudadanos, no había ni uno sólo que no hubiese sido capitán. Ése era el único título que tenían los argentinos, el de capitán, que más adelante fue sustituido por el de doc-

tor. Las casas entonces estaban construídas con barro, y los tejados con lastras y paja. Este carácter primitivo y propiamente local se conservaba en algunos barrios extremos. Su riqueza empezaba a ser muy grande en pieles y cueros, pues la ganadería es la que daba mayor rendimiento, y de todos los puertos de Europa venían barcos para llevar esta mercancía. Los primeros compradores, sin embargo, eran los ingleses. En 1630 tenía ya dieciséis mil habitantes, y el tercer virrey, don Pedro Ceballos, inició su transformación urbana. Crea la primera imprenta, y funda los Estudios Públicos, de donde procede la actual Universidad. Con todo esto, los progresos urbanos eran tan lentos, que en el 1725 sólo había en Buenos Aires tres casas con chimenea. En el virreinato del marqués de Sobremonte (1806) ya se había construído un teatro y una plaza de toros. En esta época, estando el virrey en una fiesta, se anuncia que unos barcos ingleses desembarcan tropas para apoderarse de la ciudad. Los ingleses, después de una lucha en la que intervienen todos los habitantes y en que cada casa es un fortín, son rechazados por dos veces. Quienes dirigen la defensa son Pueyrredón y Liniers. En 1810 surge la revolución contra España, y se pierde tan extensa región, entonces apenas habitada, pero con una riqueza evidente que aseguraba su porvenir. Al frente de los insurrectos, la mayoría de los cuales son españoles, surge Manuel Rosas, de triste memoria. Mas el gran empuje para llegar a la grandeza y la prosperidad de nuestra época se la da al presidente don Julio Argentino Roca, que vino a ser a Buenos Aires lo que Haussmann a París.

En esta lenta evolución, desde que la ocuparon los primeros pobladores hasta que surge Roca, veía yo el signo que tiene toda civilización americana. Únicamente en algunas repúblicas de América Central descubrimos la huella de los colonizadores en el arte arquitectónico, que no se aparta del sentido local, en las costumbres, y en el haber sabido aprovechar todo lo indígena que procedía de una evolución ancestral. Buenos Aires me hacía el efecto de una ciudad recién creada por un conjunto de países y de razas que formaban una mezcla difícil para tener una cultura propiamente nacional. A los españoles no los estimaban; despectivamente los llamaban “gallegos”, y si algún español era bien

acogido, la causa que les movía a la hospitalidad era que estos españoles llegaban allí con un marchamo extranjero, y si era de París, mucho mejor. Todos los argentinos soñaban con ir a París, y las clases elevadas hablaban más frecuentemente francés que castellano. Las librerías estaban plagadas de libros franceses, y los millonarios tenían en sus casas colecciones de pintura moderna, representada por todos los pintores franceses de la segunda mitad del siglo XIX. Pensé que en Buenos Aires había más pintura francesa impresionista, entre auténtica y falsificada, que en el propio París.

Esto no obstante, en la sociedad más elevada se encontraban caballeros, ya provechosos, con todo el aire de unos hidalgos españoles. Así don Matías Errazuri, chileno, casado con una Alvear, que poseía en la avenida más aristocrática de Buenos Aires un palacio, lleno de objetos fundamentales de España. En el *hall* de entrada, cuya monumental chimenea de mármol fue esculpida por Rodin, quien hizo un viaje expreso a Buenos Aires para realizar esa obra, aparecía una extraordinaria pintura del Greco, y sobre una mesa central un ejemplar de la edición príncipe del *Quijote*, en sus dos partes, la de Madrid y la de Valencia.

Don Matías tenía barbas de apóstol y ademanes y apostura de uno de aquellos caballeros pintados por Pantoja. Yo le había conocido en París, y me recibió con una cordialidad española, como si me hubiese tratado toda la vida. Daba comidas todas las noches, distribuyendo su sociedad en diversos sectores, y a mí me invitó para que fuera los sábados, el día señalado para la intelectualidad. En aquellas comidas conocí a los escritores y artistas nacionales y extranjeros ilustres que visitaban Buenos Aires, y también a políticos argentinos de altura que militaban en el partido conservador.

Recordaré siempre aquellas sobremesas en el gran *hall*, que tenía aspecto de catedral, y en las que se tocaban especialmente cuestiones artísticas y políticas. Allí, sí, España interesaba, pero debo reconocer que yo daba noticias de diversos matices, españolas, que juzgaba elementales, y que a ellos les sorprendían como hechos que ni podían sospechar. En esta casa hice amistad con Julio Roca, el hijo del ilustre ex presidente, con Uriburi y con

el general Justo, que habían de ser los tres hombres que dirigirían la revolución que muy próximamente había de derrocar a Irigoyen.

Enrique Diosdado intervino para que me dieran una tarjeta de socio transeúnte distinguido del Jockey Club, y Errazuri me hizo socio del Círculo de Armas, el club más inasequible de Buenos Aires, en donde la clase de alto rango social es sumamente cerrada. El Jockey Club era un palacio magnífico, en el que había obras de arte de primer orden y una biblioteca muy copiosa, especializada en libros que tratasen de América o de escritores americanos. En esta biblioteca pasé yo muchas tardes, enterándome de cosas de América que ignoraba, y que sería conveniente que los españoles, desde la instrucción primaria, empezasen a aprender. Algunas mañanas salía con amigos del club, para almorzar en las carreras y presenciar después los pugilatos de las cuadras de potrillos argentinos, en las que se jugaban diariamente miles de pesos en fuertes cantidades.

Las dos grandes pasiones deportivas de América del Sur eran las carreras de caballos y el fútbol. A las carreras se jugaba no sólo en el hipódromo de Belgrano, sino en los cafés y en cualquier centro de reunión. El fútbol interesaba de tal manera, que los domingos, en los partidos culminantes, se suspendía la circulación rodada en la avenida de Mayo, donde estaban instalados los altavoces que voceaban las incidencias del partido, desde los muros de los periódicos La Prensa y La Razón. Una multitud compacta permanecía allí a pie firme, sin moverse, y en el descanso se producía en oleadas con un vocerío. A veces las discusiones eran ya disputa airada que podía terminar en agresión.

Estando yo en Montevideo dando un curso de conferencias, coincidí en una final entre argentinos y uruguayos. A Chaliapin, el famoso bajo ruso, y a mí, el gerente del hotel nos proporcionó dos localidades, que eran muy difíciles de encontrar a ningún precio.

El espectáculo era imponente, porque el de Montevideo es un estadio enorme —me dijeron que el mayor del mundo—, y no había ni una sola localidad desocupada. De Buenos Aires habían venido barcos especiales con miles de aficionados. Estábamos

el cantante y yo en la última fila del graderío. Chaliapin era fuerte y casi un gigante, y me confesó que era la primera vez que veía un partido de fútbol, y que desconocía las reglas de tal espectáculo. A mí me pasaba, poco más o menos, lo mismo. Apreciamos así, más que la calidad de las jugadas, la pasión que en el curso de la contienda iba inflamando al público. Un gol que disparó un jugador del equipo uruguayo, y cuya legitimidad se discutía por lo visto, produjo tal indignación en los argentinos, que bien pronto vimos que las protestas pasaron a la acción y que en diversos lugares del graderío había palos y bofetadas. Tales extremos llegaron al lugar donde estábamos, y Chaliapin, con su aspecto hercúleo, se puso en pie, protegiéndome, y gritaba con su mejor voz, que podía haber empleado en el aria de “la calumnia” de *El barbero de Sevilla*, en francés, para hacer más ostensible su protesta:

—¡Nosotros somos extranjeros, extranjeros!

Yo no me atrevía a hablar, temeroso de que mi castellano pudiera llevarme a ser actor de uno de los dos bandos. La policía, un ejército de guardias, logró apaciguar los ánimos, y nosotros, por un milagro, logramos salir indemnes. Nos marchamos fuera cuando llegó el descanso. Ya en plena libertad, Chaliapin dijo:

—Esto es peor que la guerra.

Y por este mal rato, pensé yo, pagamos diez pesos oro uruguayos, que era lo que costaba oír cantar a aquel gran artista el *Boris*, una de sus más geniales creaciones.

### 39

Coincidió mi estancia en Buenos Aires con la de Pedro Sáinz Rodríguez. Este profesor, gordo y optimista, que había ido a América para estudiar la distribución de libros de la editorial Ciap, era noctámbulo como yo, y nos dedicábamos a descubrir sitios pintorescos y típicos, sin que ningún argentino nos acompañase. Una noche le introduje yo en un club de lujo, en el que no entraban sino personas de absoluta confianza del dueño, y aun esta entrada era muy difícil. Por un pequeño corredor del restaurante se pasaba a un vestíbulo oscuro del que partía una angosta escalera, también a media luz, que desembocaba en una antecá-

mará donde estaban los guardianes de aquel antro, y de allí se pasaba a los salones. En ellos había salas de conversación y, en uno, juego, una ruleta en la que se jugaba con cartas de baraja francesa, que había estampada en el paño. El juego estaba prohibido en Buenos Aires, pero aquel lugar debía de estar bien protegido por la policía, y quizá por el mismo ministro, y quién sabe si por el presidente. Con Irigoyen, el caudillismo, que era sinónimo de nuestro caciquismo, había renacido con pujanza en aquella etapa. Y la tolerancia del juego, siempre que éste fuese clandestino, debía de dar buen resultado para la obtención de votos. En aquel lugar corría la plata con frenesí. A Sáinz Rodríguez, que no entendía de juego, y menos si era clandestino, no le hizo gracia, aunque el dueño nos invitaba con insistencia a beber whisky o champán, lo que fuese, pues allí, estando él, que tenía aspecto de gran señor, luciendo un frac impecable, no pagaba nadie. Bastante contribución era la del juego, pues me parece recordar que aquella pintoresca ruleta tenía dos ceros. Algo más le alegraron a Sáinz Rodríguez las muchachas y señoras alegres que concurrían allí, con trajes de París y cargadas de joyas.

La especialidad de Sáinz Rodríguez era la de descubrir divertidos restaurantes de noche. Y de todos ellos nos gustaba ir a El Tropezón, un local alegre, con una fila de reservados, pequeños, como para una sola pareja, separados entre sí por un tabique de madera. En este restaurante he conocido yo, en cualquier guiso, la mejor carne de buey que pueda comerse en parte alguna.

Por aquella época se hizo en el Teatro de la Ópera una semana dedicada a Charlot, desde su primera película hasta *El circo*. En esta exhibición se veía cómo había evolucionado el gran artista hasta encontrarse a sí mismo de un modo definitivo. En su iniciación había conseguido el tipo, pero no había dado aún con el carácter. Empezó en los primeros *films* teniendo niños, suegra y perros, y poco a poco fue abandonando la sociedad doméstica hasta sentirse lo que él era en realidad: un solitario. A partir de este hallazgo, Charlot había creado ya un tipo universal, el del vagabundo sin responsabilidad, en choque siempre con la sociedad organizada. A las incidencias de esta vida errabunda, tocan-

do todos los medios sociales, los de la miseria, los de la burguesía y los de lujo, llegaba a veces un hálito de poesía. Charlot, que acariciaba a un niño, que socorría a un perro escuálido, que olía una flor, que se enamoraba, sabiendo de antemano que para él era imposible el amor. Y todo esto realizado con pura mímica, sin palabras. Si la vida de Charlot, con la maravillosa inventiva de incidentes, se hubiese escrito un libro, este libro sería ejemplar, como los de Cervantes o los de Dickens. En el año 1930, la popularidad de Charlot, Carlitos, como le llamaban allí, era enorme. Y así, esta semana cinematográfica dedicada a él, llenó totalmente el teatro. Distintos conferenciantes —o conferencistas, como dicen en aquel país— pronunciaban antes de comenzar la proyección una conferencia, y a mí me invitó la dirección a actuar una tarde. Hablé sobre un tema general del teatro, centrándolo en Charlot. El título de mi conferencia era “Las máscaras de nuestro tiempo.”

La Compañía de Arte Ruso, dirigida por Tairof, actuaba por la noche en el mismo teatro, y Tairof me escuchó. Aunque no hablaba bien nuestro idioma, me dijo que la había entendido perfectamente y que poseía yo una fonética muy clara y un acento muy severo, que se veía que era de Castilla, de donde había oído decir que se hablaba el mejor castellano. Lo cierto es que simpatizamos en aquel breve diálogo y que, sucesivamente, durante la actuación de su compañía, nos vimos varias veces. Él, para todas las representaciones, a partir de mi conferencia, me enviaba a mi casa un palco.

Las creaciones de Tairof eran verdaderamente extraordinarias. La mayor parte del público no conocía el ruso, mas seguía las incidencias de la representación con el más devoto silencio, comprendiéndolo todo, en virtud de la mímica de aquellos intérpretes, sin otra ayuda que la de haber leído el argumento. La compañía constaba de cincuenta actores, y cada uno, en su especialidad, era un primer actor. Había uno que hacía papeles de actor de carácter, que, además de ser un trágico a la manera italiana —recordaba a Zaccagni—, era un extraordinario bailarín. Otros eran, además de actores, músicos, o malabaristas, o acróbatas. A la cabeza de las actrices figuraba una gran trágica, la verdadera

diva de aquella compañía, Alice Koonen. Una noche, a Tairof y a la actriz les ofrecí una comida en un restaurante cercano al puerto. Aceptaron, y ese día comprendí todo el talento de esa actriz. Vista en la calle, era una mujer extraña, sin un solo detalle de coquetería, más bien hombruna. Vestía modestamente, calzaba zapatos con tacón plano, y cuando echaba atrás las manos y se detenía para decir algo, parecía, más bien que una mujer, un muchacho melancólico. Alta, flexible, con un pecho apenas iniciado y las facciones angulosas, no trataba en ningún momento de mover ningún resorte sugestivo. Esta mujer, no bien salía a escena, se transfiguraba. Ya en el camerino tardaba mucho tiempo en su maquillaje y caracterización, y cuando el papel exigía que fuese una mujer hermosa, deslumbraba su belleza. Ella me dijo:

—En la vida real hago una falsa vida. No sé cómo interpretar mi papel en el mundo. En cambio, comprendo que en los fingidos papeles de teatro me siento a mí misma y empiezo a vivir. Allí tengo voluntad, pasión, arrebato, dulzura, femineidad..., lo que haga falta. Y lo tengo sin esfuerzo, con absoluta naturalidad, como si hubiese nacido para ser así. En cambio, en la vida, soy como una pluma en el viento; cuando quiero actuar en ella de verdad, todos los resortes de mi espíritu me fallan. Simplemente por entrar en el camerino a vestirme, ya me siento protagonista de lo que voy a ser en el escenario. Y cuando traspaso esa invisible línea que separa los bastidores del proscenio, siento que renacen en mí sentimientos, impulsos, adivinaciones, que yo ignoraba que pudiera tener. Si no existiese teatro, yo no sería nada, porque en la vida no sé fingir, lo que equivale a que no sé representar el papel que me ha correspondido en el gran teatro del mundo.

—He aquí una mujer —afirma Tairof en una pausa— a la que soy incapaz de hacer ni una sola advertencia, porque aunque haga lo contrario de lo que yo quisiera que hiciese, cuando la veo en la representación, me convengo de que es ella la que tiene razón.

Yo le pregunto por qué lleva actores que, además de ser actores, tienen actitudes de artistas circenses.



—Le diré a usted —me contesta—, aunque es difícil de explicar. Cualquier actividad de un artista, además de la declamación y el sentido de lo que debe ser un personaje en el escenario, es útil. Además, quien en un arte espectacular ha conseguido algo que exige muchos años de paciencia y diario ejercicio: por ejemplo, un malabarista, el oficio de actor lo aprende en una semana. Lo tengo sabido. Así, cuando algún actor a quien no conozco quiere ingresar en mi compañía, lo primero que le pregunto es: “¿Y usted qué sabe hacer?” Él suele quedarse confuso. Si me contesta no más que sabe declamar, no me sirve. A no ser que sea una declamación genial. Y esto no puede saberse así de momento. En cambio, si me dice sé tocar el violín, pasar el alambre, o he domesticado a veinte perros para el circo, ya empieza a interesarme.

En la temporada vi representar a esta compañía cinco obras dramáticas, además de dos operetas: *Antígona*, de Halesenever; *Salomé*, de Wilde; *El negro* y *El amor bajo los álamos*, de O’Neil, y *Ariadna Lecouvreur*, de Scribe.

Al preguntarle yo por qué al interpretar escénicamente una obra por él dirigida, la cambiaba de ambiente, me respondió:

—Esto es muy sencillo. Como director de escena, soy un creador de la comedia que me he propuesto que se represente. No le concedo al autor meterse en mi terreno. Si el autor se resiste, le devuelvo la comedia, y acabado el asunto. Soy como un pintor que contempla un paisaje que le admira, y después de mirarlo se decide a pintarlo. Desde aquel momento, el paisaje deja de ser lo que es para convertirse en un estímulo de creación personal. Yo me he decidido, por ejemplo, con O’Neil, a trasladar una tragedia que ocurre en los bajos fondos de Nueva York, a una aldea ucraniana. Y usted ha visto el efecto que produce *El amor bajo los álamos*.

Como español, me he enorgullecido de mi idioma. En esta temporada teatral, la compañía era rusa y hablaba en ruso. Los espectadores eran argentinos, españoles, italianos, casi en una mitad; alemanes, franceses e ingleses, es decir, un público tan cosmopolita, que no puede reunirse sino en un teatro de Nueva York o de Buenos Aires. Pues bien: el teatro tenía nombre espa-

ñol, las localidades se anunciaban en castellano y aun nos aventajaban con la bella palabra de luneta. Los programas estaban igualmente escritos en castellano, e incluso el argumento de la obra, para que el espectador que no supiese ruso se enterara de lo que allí pasaba. Pues bien: en el intermedio, advertía que aquello no podía ser sino un homenaje a nuestro idioma, pues el vestíbulo se convertía en una nueva Babel, y allí oía todos los idiomas, y estaba en minoría el nuestro. Esto quería decir que España sembró allí algo muy difícil de desarraigar, y que esto fue la palabra, que ni el más exaltado separatismo pudo arrancar de su propio espíritu para echarla fuera.

Conocí entonces a muchos escritores argentinos. Los que parecían más avanzados, en tendencias afectas a escuelas modernas, eran los jóvenes del Centro de Cultura Católica: Julio Fingerit, Francisco Luis Bernárdez, Jacobo Tiquero, Dimas Antuña... Del grupo avanzado en ideas políticas y sociales, a Nicolás Olivari y Enrique Tuñón. La amistad más íntima la tuve con Julio Fingerit, y también con Delfina Bunge y el novelista Manuel Gálvez, el excelente periodista Serchunoff y Jorge Luis Borges. Para todos ha quedado en mí un recuerdo, con esa nostalgia de acentos, palabras, expresiones y teorías que en curso de nuestra vida han sido motivos para el diálogo y de los que nos hemos alejado quizá para siempre.

Don Enrique Larreta, el autor de *La gloria de don Ramiro*, vivía recluso en su casa palacio. Allí le fui a visitar dos veces. Su permanencia en Ávila, documentándose para su novela, influyó mucho en su personalidad para transformarse en su héroe. Ello le llevó, al regresar a la Argentina, a convertirse en un hidalgo español del Renacimiento, y al mismo tiempo a posar en la vida lo mismo que le obligó a posar Zuloaga para su retrato, que presidía una de las estancias. Este palacio era triste, con rejas y cristales, muebles y damascos de tipo español, de los que ha venido llamándose estilo Renacimiento, moda que, por fortuna, va pasando. Bien están las casas antiguas que tuvieron siempre estos muebles y que, con ellos entre los muros que les sirvieron de apoyo, crearon un ambiente histórico, mejor diríamos, un perfume del pasado. Es artificioso, en cambio, querer crear esta atmós-

fera encargando a los anticuarios telas, bargueños, tallas y lámparas. Aun siendo todo auténtico, despojos de cien almonedas, al no estar en su lugar de siempre, con el peso de un confinamiento de siglos, nos parece una falsificación. Cuando las cosas viejas están en su lugar propio, nos dan la impresión de un remanso del tiempo. Es peligroso, lo mismo que trasplantar árboles, trasplantar muebles. Este ambiente español del siglo XVI de la casa de Larreta, aun reconociendo el valor suntuario artístico de los objetos que encierra, me dio melancolía, algo así como si en mi visita estuviese velando a un muerto.

Esto no obstante, recuerdo con agrado la amable hospitalidad del novelista y el acento cordial que puso en su diálogo conmigo en aquel palacio que, habiéndose elevado en Buenos Aires, aspiraba a ser un palacio de Ávila en el siglo XVI. ¡Quién sabe si este ilustre escritor, en este ambiente de don Ramiro, se siente más español que se sentiría en una casa de tipo moderno! Quizá por esto es feliz viviendo en un museo.

#### 40

Alguna mañana vi salir de su casa en un taxi al presidente Irigoyen. Desde el balcón de mi cuarto se veía su modesta residencia. Le esperaba un taxi como a un ciudadano cualquiera, y en él marchaba a la Casa Rosada. A Irigoyen, a quien se le conocía por el nombre de *el Peludo*—y, en efecto, tenía un aspecto selvático—, le acompañaba la simpatía de las clases populares, porque más que el dueño del país, que es lo que era en realidad, parecía para quienquiera que se acercase a él, un camarada. Habiéndose constituido en dictador, en realidad, en lo que más intervenía era en las pequeñas cosas; gustándole mucho las muchachitas jóvenes, todas las maestras que solicitaban una escuela pedían una audiencia para realizar una gestión directa. A todas las recibía, y después de acariciarlas personalmente, les otorgaba la plaza solicitada, si eran guapas, y las rechazaba si eran feas. A mí me contaron que una vez se presentó a Irigoyen una maestra sumamente delgada. Le expuso su pretensión a Irigoyen, quien después de tantear hombros y espaldas de la señorita, le dijo sencillamente:

—Volvete, volvete cuando estéis más gordita.

Anécdota bien representativa para definir un gobierno. El presidente se divertía con pequeñas arbitrariedades, y esto daba motivos para que los ministros, atentos a sus intereses políticos y personales, las realizaran mayores. Los cargos públicos los repartía Irigoyen por amistad o por capricho, y así pudo nombrar al boxeador argentino Suárez, canciller del consulado de Nueva York. Con este sistema de gobierno, los elementos del partido conservador estaban indignados, y todos conspiraban para derribarle. En tanto, Irigoyen vivía feliz con sus amigos de la pampa, sin preocuparse gran cosa de los asuntos del país, y pensando que lo importante para permanecer indefinidamente en su mandato era otorgar favores, cerrar los ojos ante el cohecho y exhibir constantemente su austeridad aldeana como un argentino más rural que ciudadano. Una de las características de su indumento era que sus trajes le estaban estrechos y que, de frente, mostraba siempre un cinturón de cuero, que no llegaba a cubrir el chaleco. Como personaje de teatro habría sido inverosímil, pero como hombre real resultaba simpático. La única fuerza que le mantenía en aquella altura era la ambición de mandar.

Los dos periódicos que en Buenos Aires sostenían esta situación dictatorial eran *La Época* y *La Calle*. *La Razón*, sin ser un periódico irigoyenista, en muchos aspectos elogiaba la política del Gobierno. *La Prensa* y *La Nación* eran, dentro de un tono moderado, adversarios del Gobierno. Así las cosas, en aquellos días hubo un gran revuelo político. Las campañas contra Irigoyen se hacían violentas, y las represiones gubernamentales, lejos de moderar la situación, la exaltaban. Se percibía en el país un ambiente de revuelta. Yo iba casi todas las tardes a *La Razón*, y el doctor Sojo trataba de sonsacarme las conversaciones íntimas de los prohombres conservadores que acudían al Círculo de Armas. Mi condición de extranjero no me permitía mezclarme en la política interior argentina, y además, le decía al doctor Sojo que su secretario, Enrique Diosdado, sabía más que yo.

Por aquellos días me ofrecieron una comida íntima, en el Club de Embajadores, un grupo de amigos. Recuerdo que entre otros asistieron: el embajador de Méjico, don Manuel Sabuccio;

el doctor Enrique Zárate, muy amigo de Irigoyen y entonces director del Banco de la Nación; el arquitecto Martín Noel, que tomó tanta parte en las construcciones de la Exposición de Sevilla; don Alberto Julián Martínez, el doctor don José Luis Irigoyen, don Héctor Ramos Mejía, el señor Sagastí, Carlos Fleuriot, Francisco Serra y Enrique Diosdado. Como única asistente femenina la bellísima y última viuda de Enrique Carrillo, a quien yo había conocido y tratado íntimamente en París. La comida transcurrió muy agradablemente; la señora de Gómez Carrillo estuvo encantadora de ingenio y de amabilidad, y únicamente, cuando encendimos los cigarros, se tocó el tema político. La noche era espléndida, y Enrique Diosdado, como socio del Jockey Club y simpaticizante con el movimiento conservador, me dijo que su impresión era que para restablecer la paz pública era preciso que Irigoyen abandonase el poder, y en este sentido se lo había aconsejado aquella tarde al vicepresidente Martínez.

Al día siguiente comenzaron las algaradas, y la fuerza pública disparó contra un grupo de estudiantes, y cayó muerto uno de ellos. Esto excitó mucho los ánimos, las manifestaciones subversivas se sucedieron a lo largo de la avenida de Mayo y frente a la Casa Rosada, y todo hacía presagiar un alzamiento militar apoyado por una gran masa de argentinos. A la mañana siguiente de estos sucesos, me avisó telefónicamente el doctor Zárate, que me esperaba a almorzar a la una. Me dirigí a su casa, y mi sorpresa fue grande cuando me presentó al vicepresidente de la República, señor Martínez. Éste era un hombre sin ningún rasgo que señalase en su semblante una personalidad fuerte y decidida, como la que exigían las circunstancias. La mujer del doctor Zárate era encantadora, y después de estos acontecimientos, la hube de tratar durante una semana en que estuve hospedado en una casa que Zárate poseía en Córdoba, en Pozo Negro, residencia espléndida cerca de la ciudad y recostada en las montañas, que tanta semejanza tienen con las de la Córdoba andaluza. Cuando nos sirvieron el café, la señora de Zárate nos dejó solos a los tres.

He aquí una de las situaciones más embarazosas que he tenido en mi vida, pues el doctor Zárate me llamaba, nada menos, que para que yo, como extranjero, bien informado de la situación

por mis amigos conservadores, desinteresada y lealmente, les dijese qué solución era la que me parecía más acertada con relación a que resignase los poderes el presidente Irigoyen, o bien si debía continuar en el poder, apoyado en la fuerza del ejército. Yo me defendí de dar mi opinión, por razones que son obvias, mas el vicepresidente intervino y dijo suavemente, pero de una manera persuasiva:

—Aquí estamos tres amigos en absoluta intimidad, y nada de lo que aquí se diga por ninguno de los tres, saldrá de aquí. La situación es muy peligrosa, usted lo está viendo. Creo que la permanencia en la presidencia de Irigoyen puede desencadenar una revolución. Yo soy un hombre gris que, en mis funciones casi nulas —pues no compete a mi cargo sino esperar—, me he conducido con moderación, y creo que tengo simpatías en el país, incluso en el campo conservador. ¿Podría ser yo árbitro, en caso que declinase su mandato don Hipólito, desde la Casa Rosada, bien para hacer unas elecciones presidenciales debidamente garantizadas en su legalidad, bien, si las fuerzas del ejército me otorgaran su confianza, para ofrecer a mi país una política de pacificación, constituyendo un gobierno, del que incluso podrían formar parte algunos conservadores de prestigio?

A mí me pareció entonces el doctor Martínez sumamente discreto, y hube de decirle que su fórmula me parecía perfecta, aunque quizá fuese ya un poco tardía. Lo que a mí me parecía, dentro del poco conocimiento que tenía de la política del país, era que la desaparición del presidente Irigoyen de la presidencia era ineludible.

—Esta tarde —continuó el vicepresidente— tengo una entrevista con don Hipólito, y estoy seguro que declinará sus poderes en mí, como previene la Constitución. Y mañana veremos.

Y levantándose, mientras me tendía la mano, terminó:

—Yo no he de ser obstáculo para ninguna solución de concordia. Soy hombre de paz.

Cuando volvió el doctor Zárate de despedirle, quiso darme una explicación:

—Le he llamado a usted porque quería un testigo de calidad en esta entrevista, siendo además, como es usted, amigo del ge-

neral Uriburu, que es quien está al frente del movimiento. Las ideas que ha expuesto el doctor Martínez son mías, y está dispuesto a mantenerlas como suyas, y yo quería que una persona neutral, de buen criterio y de absoluto desinterés en nuestra política, las escuchase de los propios labios del vicepresidente.

Aquella noche daba yo una conferencia en los Amigos del Arte. La inquietud era tan grande en la ciudad, que había muy escaso público para escucharme. Al día siguiente almorzaba en casa del arquitecto Martín Noel. Durante el almuerzo llegaban a nosotros noticias alarmantes. El general Uriburu, apoyado por el ejército, había iniciado una marcha sobre Buenos Aires para apoderarse, si se le oponía resistencia, del palacio presidencial. Cuando a las cuatro de la tarde me puse en pie para despedirme, Martín Noel me dijo que creía aventurada mi marcha. Que debía quedarme allí esperando los acontecimientos, pues pensaba que en el centro la revuelta sería grande, y posiblemente sangrienta. Yo no quise atender esta generosa y prudente invitación.

La casa de Martín Noel estaba lejos del centro, y aquellos parajes estaban desiertos y sin circulación de coches ni tranvías. Seguí con dirección a la calle Florida, y en el centro de la calle vi que el Jockey Club estaba cerrado. Seguí avanzando con dirección a la avenida de Mayo, pues quería pasar al otro lado, y un guardia, después de pedirme mi documentación, me dijo que no podía pasar, que las entradas de la avenida de Mayo estaban tomadas por las fuerzas del Gobierno. Pensé volverme atrás, pero tomé por una calle transversal, cerca de la Diagonal. Allí me di cuenta de que me había metido en un lugar peligroso, pues llegaban los disparos de los fusiles. Una bala rompió el cristal de un escaparate. Los portales estaban cerrados y yo me pegué al ángulo de una portalada, hasta ver si podía salir sin riesgo de aquel lugar. No tenía precisamente miedo, pero sí me recriminaba mi estupidez.

Estando en estas reflexiones vi un hombre que, corriendo por la calle desierta, venía a refugiarse donde yo estaba. Era delgado y llevaba un sombrero de paja; casi ni me fijé en sus facciones, más sí percibí su palidez. Miré hacia el final de la calle, y vi que venía por ella, a paso largo, un muchacho como de veinte

años. Sonó un disparo, y aquel muchacho dio media vuelta y cayó al suelo herido de muerte. Me impresionó la escena, y cuando volví el rostro para ver lo que decía aquel hombre que se había guarecido donde yo, advertí que éste había desaparecido, sin que yo me explicase por dónde. ¿Cuánto tiempo permanecí en aquel lugar, sin moverme? Sólo sé que los disparos dejaron de oírse y me decidí a salir de allí.

Me costó mucho trabajo atravesar de acera a acera la avenida de Mayo. La invadía una multitud, y entre ella, grupos de manifestantes que vociferaban y llevaban en alto pancartas injuriosas para Irigoyen. Una de estas manifestaciones se abría calle por el centro, y vi que arrastraba, atado por el cuello con una cuerda, un busto de Irigoyen.

Logré alcanzar la puerta del Hotel España, y me refugié allí. El comedor, los pasillos, los salones, todo estaba invadido por gentes que habían buscado el mismo refugio que yo. Mas contra este hotel se dirigían las turbas. Era, por lo visto, un centro en que se reunían los amigos del presidente. Al poco de estar allí, oímos que unos manifestantes, los mismos que habían prendido fuego al edificio donde se editaba el periódico *La Época*, habían penetrado por una puerta accesorio del hotel, dispuestos a incendiarlo. Un camarero nos condujo hasta las cocinas y nos franqueó una puerta que daba a una calle, entonces desierta, que se abría a la espalda del hotel. Ya allí me encontré en lugar seguro, y pude seguir sin contratiempo.

Al llegar a mi casa, vi que los muebles de la residencia de Irigoyen los habían tirado a la calle, y haciendo con ellos un montón, los estaban incendiando. Sin embargo, los informes que me dieron eran muy contradictorios. Parecía ser que el vicepresidente Martínez, que creía tener el ejército a su lado, al resignar sus poderes el presidente, que salió de Buenos Aires, se había hecho fuerte en la Casa Rosada; que Uriburu, al frente de las tropas adictas había penetrado en el palacio presidencial, y que Martínez le había transmitido el poder sin resistencia.

A la mañana siguiente, a eso de las diez, vino a verme Enrique Diosdado. Éste ya me dio informes más concretos. Uriburu penetró en la Casa Rosada y se hizo cargo del poder. El periód-



co *La Razón* estaba en peligro. Aunque se había evitado que las turbas lo asaltaran, corría riesgo de una incautación. Para evitar esto, al doctor Sojo se le había ocurrido que podría salvarle. A este efecto yo tenía ya concedida una entrevista a las tres y media por el general Uriburu, y allí me traía el salvoconducto firmado por él. No hablaría para nada en favor de *La Razón*; yo era un periodista extranjero que deseaba unas declaraciones del presidente para mandarlas a la prensa de España. En el primer momento vacilé antes de prestarme a acceder a este deseo de Sojo. Mas mi vocación periodística me empujó a aceptar este procedimiento, en virtud del cual iba yo a ser el primer informador de los propósitos del general Uriburu, y que éste me había elegido a mí para realizar esta función, con lo que prestaba un servicio al general y, si era posible, un favor muy grande a mi buen amigo Sojo. Le advertí, sin embargo, a Diosdado, que si Uriburu me hacía a mí aquellas declaraciones, exclusivamente para que las transmitiera al extranjero, yo no podría decir nada de ellas a los informadores argentinos. Diosdado me dijo entonces que fiaba en mis dotes diplomáticas, y que estaba seguro de que Uriburu no quería que el diario *La Razón* desapareciese, y quizá pensase darle un marchamo, a través mío, siendo Sojo el primero que tuviera sus declaraciones.

A las tres y cuarto estaba yo en la Casa Rosada; todas sus galerías y estancias estaban vigiladas por soldados, con la bayoneta calada en sus mosquetones. Me acompañaba un repórter fotógrafo, que tenía también salvoconducto. A las tres y media en punto se abrió la puerta del despacho del nuevo presidente. Un secretario me invitó a entrar, y ya dentro de aquel recinto, vi al general, de uniforme, que avanzaba hacia mí alargándome la mano.

Me invitó a sentarme en una butaca, y él se sentó frente a mí en una silla. Uriburu, magro y moreno, con unos bigotes muy negros y brillantes, tenía en aquellos momentos una seriedad imponente. Mas a las primeras palabras surgió el amigo de club, y su charla se desarrolló en un tono familiar. Me dijo puntualmente los motivos y el desarrollo del alzamiento, los propósitos que él desarrollaría para restablecer la normalidad política en su país.

Él no tenía ambición de mando y no quería, en modo alguno, suplantar las funciones del poder civil. Aunque le veía vestido de uniforme, él en aquel lugar no era un militar, sino un ciudadano. La Argentina había echado fuera una dictadura, y sería pueril que él se propusiera implantar otra. Yo no había llevado papel ni lápiz, y procuré retener sus palabras en la memoria para que no se me fuese ningún matiz de lo que el general me decía. Al despedirme le pregunté qué uso podría yo hacer de aquellas declaraciones.

—Estoy seguro de que usted sabrá interpretarme fielmente y que lo que le he expresado, al escribirlo usted, resultará mejor que dicho por mí. Además, no le he comunicado ningún secreto, y usted puede transmitir o comunicar estas declaraciones como le parezca. En ellas soy algo más expresivo que en el manifiesto que he dirigido al país.

Al abrir la puerta vio que esperaba de pie un fotógrafo:

—¿También ha traído usted fotógrafo? —me preguntó.

—Este fotógrafo, mi general, no lo he traído yo, ha venido él. Ahora bien: yo tendría un gran honor en poseer una fotografía al lado suyo en un momento tan histórico.

Volvimos a entrar en el despacho y se hizo la fotografía.

En la plaza de Mayo me esperaba Enrique Diosdado. Entramos en un café próximo a la avenida, y me llevó hasta un rincón.

—Es necesario, amigo Cossío, que escriba usted aquí mismo su entrevista con el presidente. Un ciclista vendrá sucesivamente para llevar las cuartillas al periódico. Nos proponemos que en la edición de las siete salgan estas declaraciones.

Yo no tenía cuartillas, y Diosdado, sobre el mármol de la mesa, puso un rimero y una estilográfica. Creo que ha sido éste el *record* periodístico más importante que he ganado en mi vida. Escribí febrilmente, como si el propio general me estuviera dictando. Cuando el ciclista se llevó las últimas cuartillas, sentía un cansancio como no lo he vuelto a sentir en mi vida escribiendo. Eran las seis y media. Tomé un whisky y después otro, y creo que hasta tres. Todo en torno mío me parecía extraño: tan maravillosa se me presentaba la aventura que había corrido. ¿Lo había soñado todo aquello?

A las siete salí paso a paso, sin prisa, pensando llegarme al periódico. Tomé a lo largo de la avenida de Mayo, y apenas había andado cincuenta metros, vi a los vendedores del periódico gritando las primeras declaraciones del presidente. Los transeúntes les hacían círculo, reclamando un número. A mí me costó trabajo conseguir uno entre aquella multitud que desplegaba cientos de periódicos, ávida de conocer lo que Uriburu decía.

Ocupaba la información toda la primera plana, y en el centro aparecía en gran tamaño mi retrato al lado del presidente, que era la auténtica, incluso para mí mismo, de que real y verdaderamente Uriburu había hablado conmigo. Esta entrevista a la que yo di un tono sensacionalista, me dio en Buenos Aires una gran popularidad. Llegué a ser esa cosa tan efímera que se llama el hombre del día.

## 41

Al regresar a España, después de haber pasado una temporada muy intensa de emociones y conocimientos en Buenos Aires, bajaron a despedirme al barco muchos buenos amigos, y confieso que esta despedida tan cariñosa me emocionó, pues aunque prometía mi segundo viaje, algo me decía que no volvería allí nunca, y que aquellos amigos, cuyas palabras y semblantes me eran familiares, posiblemente no los volvería a ver otra vez. Uno de ellos me llamó aparte y me dijo:

—¡Qué buen recuerdo deja usted aquí! Posiblemente es usted el único intelectual europeo que no ha venido a nuestro país buscando plata. Se ha comportado usted como un europeo de los que viajan por Europa. Ha correspondido usted a todas las invitaciones, ha sido galante con las señoras, enviándoles flores, y hasta ha dado usted conferencias gratis, cosa inusitada. Seguramente no se lleva usted de nosotros ni un centavo. Esto aquí se estima.

Y tras una pausa, resumió sus impresiones en una última frase:

—¡Qué bien ha preparado usted su segundo viaje!

No supe qué contestar. En verdad que no estaba en mi ánimo el haber sembrado para recoger los frutos de esta siembra un año después. Lo cierto es que tras este viaje, no he vuelto más a la Argentina, ni a ningún otro país de América del Sur.

A mi regreso tenía que detenerme en el Brasil para dar unas conferencias que había comprometido. Estaría, pues, en Brasil hasta que pasase otro barco con rumbo a España, que fue uno de los *Cap* alemanes.

Una de las novelas que me impresionaron en mi juventud fue *Genio y figura*, de don Juan Valera, cuya acción ocurre en Río de Janeiro. Es muy emotivo pasear por una ciudad desconocida sin tener de ella otro conocimiento que el que nos haya dado una novela. Mas la belleza de Río sobrepasa cuanto puedan exaltar novelistas y poetas. La Naturaleza allí, y la misma estructura de la ciudad, construída en la marina sobre una tierra exuberante, sobrepasa cuanto puedan crear los hombres con la imaginación, incluso apoyándose fielmente en la realidad. Es el color, el perfume, la luz que lo envuelve todo, luchando con los verdes profundos, y solamente así, por esta belleza que sobrepasa a la de cualquier ciudad del mundo, se ha podido crear un recinto de placer y de lujo al que acuden todos los poderosos de la tierra. En el África occidental hay ciudades que se le asemejan, pero no hasta ese punto, y más si tenemos en cuenta que esta ciudad, creada en plena naturaleza, tiene tres millones de habitantes. Además, a los negros les van muy bien estos verdes profundos de los bosques, como les ocurre a los negros de Jamaica, de Angola y del Congo belga. En estos lugares he recordado siempre a Río, juzgándolo superior a ellos en belleza.

Me hospedé en el hotel Copacabana, y en él me encontré con amigos que me hicieron muy grata la vida social, en el Corcovado, en Pan de Azúcar y en las salas del casino. Con mujeres bellísimas y semidesnudas en sus leves vestidos de noche, sobre los que pesaban grandes brillantes amarillos del Brasil. Así, el ministro del Perú, señor Mantua, y el del Ecuador, Francisco Guarderos, y el del Brasil en Chile, señor Rozas.

Mas para mí, quien me proporcionó una excursión en plena naturaleza fue un cónsul que iba a cazar pumas, pequeños tigres,

a una región de la sierra de Itatiaya, entre Río y San Pablo. Íbamos a una estancia de un portugués, un gran productor de caucho con grandes plantaciones de *hebea brasiliensis*. Yo no soy cazador, pero me gusta conocer el mundo, y más este mundo natural que nos da idea de la creación en sus orígenes, sin que haya intervenido en ella el hombre, en la que un árbol se hace gigante en cinco años, y en la que a veces, entre torrentes, vemos bosques milenarios cuyas raíces se pierden en profundidades insospechadas. A través de los campos cultivados, en un esfuerzo de constancia ejemplar para arrancarlos de su destino natural, vimos plantaciones de cacao, café, palo de rosa, algodón, ricino, copai-ba, linaza... y naranjos, la formidable producción de naranjas.

Abandoné el Brasil tan cargado de imágenes naturales y de vida social desenfrenada, atentando a todos los pecados capitales, que me parecía, acodado sobre la borda del transatlántico, en una noche tropical, en la que iba ya a empezar a ver mis estrellas familiares, mi cielo conocido, que todo en Europa me iba a parecer oscuro, desvaído, decadente.

Llegué, al fin, a Valladolid, mi punto de partida, y allí me encontré como perdido, entre un tumulto de pequeñas pasiones. La caída de Primo de Rivera estaba produciendo los efectos de una catástrofe. El Gobierno Berenguer no conseguía apaciguar los ánimos, los componentes de la Unión Patriótica, como era de esperar, estaban dispersos y acobardados, y bien podemos decir que la tendencia general de la mayor parte de las gentes era republicana, extraña paradoja en un país en el que no había más republicanos que unos venerables ancianos con largas barbas que recordaban a Pi y Margall y a Castelar. A Pi y Margall le llamaban Pi y a Castelar, Emilio. Y claro está, quien mirase aquello con una dosis de buen sentido, tenía que llegar a la conclusión de que no podía existir una república sin republicanos, y que lo único que en el país estaba organizado para apoderarse de una república era el socialismo, el sindicalismo y, como fuerzas más peligrosas, el comunismo y el anarquismo. Es decir, que las masas del proletariado español se irían de un modo natural hacia los extremos, y que en estos extremos podía estar el reactivo que lo disolviera todo, como así ocurrió. Mas dejándonos de conje-

turas proyectadas al porvenir, lo único cierto y evidente era que Primo de Rivera, a través de lo bueno y lo malo que había hecho en su época de gobernante omnímodo, no había conseguido dejar en el país ni a un solo amigo. Con la mayor soledad de afectos y agradecimientos se marchó de España, y con esta soledad, no más que con la asistencia de sus hijos murió en París. Yo, que no fui partidario suyo, como no lo he sido de ningún régimen arbitrario, sentía que esto era una injusticia. Mas de esta injusticia no se ha librado ninguno de los dictadores que en el curso de la historia han existido. Las dictaduras pueden aceptarse, como el enfermo en un caso de necesidad acepta una droga desagradable, pero esta droga, lo mismo cuando ha aliviado el dolor que cuando ha empeorado la dolencia, el enfermo la aleja de sí con la mayor repugnancia. Digamos en honor de este dictador simpático, campechano y cordial, que la única virtud que le salva para el juicio de la posteridad es la de su buena intención. No fue ni siquiera el cirujano de hierro que preconizara Costa.

Los viejos partidos de la monarquía produjeron, sin duda, una llaga honda en el cuerpo español, pero Primo de Rivera, sin tener a mano un remedio eficiente, con la mejor voluntad, la taponó con un trapo sucio. Creyó ingenuamente que no viéndola se hallaba curada.

El mismo rey estaba convencido de esto. De vuelta de un viaje a Londres, y pensando que debía buscar el camino de la Constitución que, sin prever las consecuencias, había abandonado, tuvo una entrevista en París con don Santiago Alba. Quiñones de León quiso que este diálogo discurriese en la embajada, mas Alba, no pareciéndole decoroso para él acudir a aquel lugar, en el que se le había negado hasta su condición de español, propuso un lugar neutral en donde por azar hubiese él podido encontrarse con don Alfonso, en un viaje que éste hacía de incógnito, y este lugar fue el hotel donde se hospedaba el rey, el Meurice. El rey trató de forzar a Alba para que formase un Gobierno con las personalidades que creyese más convenientes para salvar la difícil situación, mas el antiguo ministro, aun poniendo su mejor voluntad en el empeño, se creía inoperante en aquella situación. Pudo decirle al rey que en un país en el que se le había

difamado sin reparar por ningún medio la difamación, no podía tener él el prestigio conveniente para que el país le aceptase como primer ministro. Alba no era republicano, pero tampoco podía ponerse frente a quienes propugnaban una solución republicana. Nada de esto dijo, pero su negativa a constituir Gobierno quedó consignada en una nota que dio a los periodistas a la salida para que se publicase al día siguiente.

En *El Norte de Castilla* se hacía entonces una hábil campaña de tendencia monárquica, que quizá fuera grata a una parte de la clase conservadora. Era su director Federico Santander, amigo de don Alfonso, quien lo había nombrado gentilhombre, y siendo un enemigo de la Dictadura, trató siempre de defender al monarca, encontrando bien su actitud aun en los mismos errores. La situación era difícil ante los próximos acontecimientos inevitables, pero yo no traté de modificarla. Estaba desinteresado, con mis dilatadas ausencias, de la política española, y me juzgaba, aún más que como espectador, como pluma en el viento a la que habían de mover, a su capricho, los sucesos que se produjesen en el curso de esta crisis.

El mayor golpe al Gobierno conciliador de Berenguer lo dieron tres políticos monárquicos, en diferentes actos, declarándose republicanos: don Niceto Alcalá Zamora, don José Sánchez Guerra y don Miguel Maura. Es curiosa ver esta posición en un hijo de don Antonio, y, por un juego del destino, fue otro hijo del gran estadista, don Gabriel, quien en el último momento y formando parte del postrer Gobierno de la monarquía, tuvo que redactar la proclama en la que el rey don Alfonso XIII se despedía de sus súbditos. Fue también un gran contratiempo para Berenguer la sublevación de Jaca, que aunque supo contenerla, sus estragos crearon dos figuras representativas que la república había de adoptar como símbolo: Galán y García Hernández.

La posición del Gobierno Berenguer se hace ya insostenible, y como último remedio se constituyó el Gobierno del almirante Aznar. Este Gobierno lo constituían políticos muy respetables, afectos a la monarquía, aun habiendo reconocido alguno de ellos sus errores, mas como este Gobierno se proponía consultar al cuerpo electoral, máquina que, por oxidada en estos años no po-

dría funcionar bien, corrió un grave riesgo de que de las urnas surgiera un descalabro. De la cartera de Gobernación se encargó un palatino, persona respetable, pero bisoño en luchas electorales. La bandera de sinceridad electoral era, además, muy peligrosa, y más teniendo en cuenta que los antiguos partidos políticos estaban desorganizados. Además, como todo apremiaba, del 18 de febrero al 12 de abril era muy poco tiempo para organizar una consulta al país que iba a tener carácter de plebiscito.

Los resultados fueron funestos. El triunfo republicano en las grandes ciudades fue arrollador, y solamente en los distritos rurales triunfó por muchos votos la monarquía. Mas los republicanos, al acecho, consideraron que los pueblos, en este plebiscito, no contaban. Que en España no tenían conciencia política más que las capitalidades. Los “burgos podridos”, como despectivamente los llamó después Azaña, no merecían que se les concediese el derecho a la ciudadanía hasta que se hiciesen republicanos, o algo peor. Sin embargo, a mi entender, los pueblos españoles, los campesinos, tuvieron una visión más clara del porvenir y mayor sentido conservador, más penetrante que las ciudades, no dejándose llevar por la frivolidad de la que Madrid y Barcelona especialmente dieron las muestras más claras. Quizá si las elecciones hubiesen sido a diputados, los resultados en su conjunto se hubiesen considerado de otra manera. El caso es que estas elecciones determinaron la caída irremediable de la monarquía. El mismo general Sanjurjo, director general de la Guardia Civil, no creyó contar con la fuerza de esta institución, que hasta entonces había sido siempre fiel al poder constituido.

El día 12 de abril llegué yo a Madrid, pues tenía que asistir a una reunión de la Federación de Empresas Periodísticas de España, de la que yo era presidente. Me acompañaba mi mujer, y tanto nosotros como otros viajeros percibimos que en aquel tren ocurría algo anormal. Lo que pasaba era que en él viajaban con rumbo a Madrid la Pasionaria y los promotores de las últimas huelgas de Asturias. La llegada del convoy a la estación del Norte fue temerosa. Los andenes estaban totalmente ocupados por una multitud desaforada de los más bajos fondos. Hombres vociferantes, mujeres desgredadas y moradas de tanto gritar enar-



bolando banderas rojas. El signo de la república que se aproximaba se nos ofrecía bien patente en aquel acto de revolución callejera. La república, se veía claro, no podía llegar sino por aquel camino. La república con obispos, orden público, respeto a la propiedad privada y a los principios de una tradición nacional, no pasaba de ser una ilusión, en la que creían don Niceto Alcalá Zamora, en el círculo de la beocia, y don José Ortega y Gasset, en el círculo de la inteligencia más elevada, que aparecían hermanados en aquellos momentos en una misma equivocación.

Tardamos más de media hora en poder salir de la estación, y en la puerta ni había coches, ni mozos, ni servicio alguno para que pudiéramos trasladarnos al hotel.

Aquella noche, los acontecimientos que tuvieron su iniciación al llegar aquel tren, tomaron todo el carácter de un desenfreno. Presencié en la Puerta del Sol el momento de proclamarse la República, y aquello fue imponente. Los tranvías eran asaltados hasta su techo, la multitud funcionaba en la plaza en virtud de una marea, y el griterío tenía ya unos caracteres de uniformidad que me llegó a parecer el ruido normal que pudiese tener una ciudad de locos. Quizá Azaña, como teorizante de la revolución, pensase que aquello era entusiasmo. La República, desde su momento inicial, ya no podría cerrar el chorro de aquel vapor de desenfreno.

Mi mujer y yo, después de cenar, desde el Hotel Capitol, por calles poco concurridas, nos dirigimos a la plaza de Oriente. Estaba poco iluminada, pero en ella pululaba una multitud que se apiñaba frente a la fachada de Palacio y en el patio de la Armería. Una fila de muchachos, con brazaletes que indicaban la primera autoridad que confería la República, cogidos de la mano en cadena, trataban de evitar que las turbas asaltasen Palacio. Aun así, un exaltado rompió aquel cordón humano que reclamaba orden y que hay que reconocer que con suficiente autoridad para evitar mayores desmanes, llegó hasta la puerta e intentó subir hasta el balcón principal. El rey se había marchado aquella tarde, pero allí estaba la reina con sus hijos, apenas sin acompañamiento palaciego, sin escoltas ni guardas, a merced del populacho. Pensamos mi mujer y yo en lo que sería esta dolorosa noche pa-

ra esta majestad que había dejado de serlo, que empezó a reinar salpicada de sangre por una bomba anarquista, primer signo de su triste destino, y dejaba de reinar en medio de gritos subversivos, que llegarían a ella como rumor de tempestad.

A la mañana siguiente doña Victoria, con sus hijos, salieron para tomar el tren que había de conducirlos a la frontera, en El Escorial. En Galapagar se bajó del coche para despedir a un grupo de damas y de servidores que la habían acompañado hasta allí. De esta patética despedida, en la que era ella la única que lloraba, se recuerda la última frase de la reina Victoria en nuestra nación. El día era espléndido, de mucho sol y un intenso cielo azul. La reina, antes de subir al coche, dijo con naturalidad y sin que le temblase la voz:

—Al salir de España me llevo el mejor recuerdo que pueda tener de ella. Este cielo azul y este sol.

La fotografía nos ha dejado también una triste imagen. El conde de Romanones, absolutamente solo y casi derrengado, con un semblante en el que se adivina el drama que está viviendo y el rigor inapelable del sueño tras una noche sin reposo, ante el temor de la posible tragedia y el peso de la responsabilidad histórica que le toca liquidar, como grande de España y ministro del rey, en un banco de la estación de El Escorial, espera el desenlace de esta despedida, en la que una tradición monárquica de siglos se desvanece, y una ola de demagogia se lleva una monarquía secular hacia la frontera de un país extranjero.

Aquel mismo día salía yo para Valladolid. Federico Santander había dimitido su cargo de director, y el Consejo de Administración de la Sociedad creía que ninguna persona mejor que yo podría sustituirle. Yo no había hecho ninguna declaración republicana, siguiendo el ejemplo de don Santiago Alba, pero había sido perseguido por la Dictadura, había vivido exilado en París, había tenido contacto con personalidades muy importantes en el destierro, era amigo de Azaña, quien había de ser, hasta su ocaso, el factor más influyente de la República... En suma, que todos encontrarían natural el tránsito que había de tener el periódico, sin abandonar en ningún caso el tono moderado.

Es natural que a quien elevan a un cargo directivo, diga que le imponen un sacrificio, y es natural que esto no sea verdad. A la mayor parte de las gentes les gusta mandar, y casi todos sienten un disgusto que no pueden disimular cuando las circunstancias les obligan a declinar su mandato. A mí, sin embargo, no por virtud, sino por condiciones especiales de mi carácter, no me ha gustado mandar nunca. Alguien dirá que tampoco me ha gustado obedecer, y le daré la razón. Lo cierto es que ya en el declive de mi vida, y viendo todos los acontecimientos de ella libre de pasión, recuerdo este momento, en el que había de orientar un periódico con un sentido republicano, como uno de los trances más graves que se me han presentado en la vida. Liberal por temperamento, en lo que el liberalismo más puro tiene de respeto a la ley, la tolerancia con las ideas ajenas, cuando estas ideas no sea lícito rechazarlas, como los países más liberales rechazan los abortivos y los estupefacientes, en una venta libre en el mercado, y creyendo que en estos principios se puede encontrar la fórmula más eficiente para la convivencia humana, no soy ni he sido nunca demócrata. Tengo un sentido reverencial a las jerarquías intelectuales, y creo que la masa impulsada por una retórica primaria puede lanzarse a los mayores extravíos y violencias. Un analfabeto solo, y aun acompañado por otro, pueden ser inofensivos. Ya si se reúnen tres, la cosa empieza a tener peligro. Si un gobernante quiere reunirlos en una asamblea, está perdido. Y hay que contar que los analfabetos más peligrosos son los que saben leer. Algunos de ellos han llegado hasta a ser ministros. Bien que se respeten los derechos de cada analfabeto; bien que la ley que se aplique a ellos sea la misma y con las mismas ventajas con que se aplica al sabio; pero cuidado con que se reúnan y hagan discursos. Claro está que sin estos elementos, que en un país como el nuestro forman legión, los audaces de la política no podrían hacer una revolución.

Lo cierto es que empecé aquel mandato con mucho cuidado y temiendo a cada paso excederme. El ambiente republicano me era antipático, y bien pronto tuve a la República enfrente. En París, entre conspiradores que reclamaban mi pluma, no escribí ni una sola línea de política para acrecentar la subversiva propa-

ganda. Ahora, de pronto, me veía obligado a escribir de política republicana cada día.

## 42

El primer Gobierno de la segunda República española fue presidido por don Niceto Alcalá Zamora. Era un tributo que todas las fuerzas que más o menos directamente contribuyeron a instaurarla rindieron a un hombre ingenuo, que procedente de la monarquía, en una actuación no demasiado relevante, pensaba que él podía aunar las ideas, ambiciones e intereses de aquellas fuerzas dispersas que habían constituido un bloque, sin un objetivo común, y que bien pronto habían de sufrir los efectos de la dispersión. Quizá los más extremistas del Gobierno pensasen que don Niceto era un buen señuelo para atraer adeptos ultramontanos al campo de la República. Don Miguel Maura, sobre quien recayó la cartera de Gobernación, parecía también ser, por su tradición familiar, una garantía para las clases conservadoras. Bien pronto hubieron de convencerse éstas que la República fallaba en sus promesas, y los ingenuos del 12 de abril que fueron a las urnas pensando que iban a votar un régimen de legalidad y de respeto a las creencias religiosas, de orden y paz social, bien pronto se convencieron de que aquella institución que apareció con un anuncio en el que se reproducía la sonrisa de don Niceto, iba a acabar en una demagogia sin freno, que terminaría en una dictadura de energúmenos.

Bien pronto se vio que los hombres desbordados por las masas gobernaban en virtud de una delegación irresponsable. Desde la instauración de la República, los gobernantes, de cualquier ideología que fuesen, estuvieron desbordados por las masas. Recuerdo los primeros actos de violencia. El intento de incendio del edificio del *ABC*. La quema de iglesias y conventos. La agresión violenta a un grupo de monárquicos que se habían reunido fiados en las garantías de libertad que prometiera el Gobierno. Tales desmanes y violencias, que culminaron después en el campo, en sucesos tan significativos como los de Castilblanco, me fueron a mí alejando de mi moderada posición primitiva, y des-

de las columnas de mi periódico empecé una campaña contra todo lo que creía arbitrariedad, violencia y desenfreno. Es evidente que esta campaña me produjo no pocos trastornos.

Colaboraba yo entonces en el periódico *El Sol*, de Madrid, que dirigía Manuel Aznar, y hube de renunciar a mi colaboración porque los artículos que escribía no se podían publicar allí. Se publicaron, sin embargo, dos que tuvieron notoria resonancia. Uno en defensa de los jesuitas, cuando el decreto que los expulsaba de España. Otro, en defensa de la Guardia Civil por los sucesos de Castilblanco. Por este artículo recibí tarjetas y telegramas de todas las comandancias de España. En el mismo Parlamento se glosaron frases de este artículo. Pero Aznar se convenció de que aquel tono perjudicaba a su periódico en aquella cuerda floja que le ponía en trance de caer y que consiguió poner tirante el mejicano Martín Guzmán, a quien llamaban el Generalito. Entonces fue cuando inicié mi colaboración en *ABC*.

En el ámbito local, los enemigos más peligrosos con quienes tenía que luchar diariamente eran los socialistas. El socialismo había alcanzado en Valladolid un auge extraordinario. Editaba un periódico titulado *Adelante*, y en él me dedicaban cada semana las más groseras injurias. Claro que yo me defendía, aunque alguien me tache de inmodesto, con más elegancia, y, por ello, con más eficacia. Recibía asimismo anónimos en los que se me amenazaba de muerte, y por la noche, cuando regresaba del periódico a mi casa, más que por mi propio temor, por el que tenían mis compañeros, me acompañaban dos de éstos.

Un día la injuria fue tan directa y procaz, que me creí obligado a presentar una querella criminal. Se hizo responsable de la injuria el socialista señor Quintana, que era entonces alcalde de Valladolid, y el tribunal que había de dictar sentencia en aquel asunto, dictó una sentencia absolutoria por demás pintoresca, pues en un considerando decía que siendo yo una persona tan respetable y conocida por todos, nadie podía dar importancia a aquella frase, ya que mi prestigio moral y social estaba sobre ella. Una de las muchas claudicaciones, y ésta de los magistrados, más justificadas que otras, ya que nos hallábamos en el Gobierno del Frente Popular, y el miedo de los ciudadanos y funcionarios pú-

blicos, incluso los de justicia, era insuperable, y éste daba a su sentencia el carácter de eximente, que el Código Penal reconocía en aquellos delitos realizados en virtud de este miedo.

Por aquellos días regresó de Alemania mi hijo mayor y se enteró de la injuria que me habían dirigido y de la sentencia del tribunal. No hizo el menor comentario, pero salió de casa decidido a abofetear al alcalde. Y así lo hizo, a la salida del Ayuntamiento. Lo derribó en el suelo, y si no se lo quitan de las manos, hubiese dado mala cuenta de él. Ante esta agresión no ocurrió absolutamente nada. Se conoce que los mismos socialistas comprendieron, aún mejor que los magistrados, que la reacción de mi hijo, cuando, por la cobardía de la justicia, un ciudadano quedaba indefenso, era natural y justa.

Lo curioso de estos avatares que contra mí y el periódico me mantenían en un constante peligro, era que el otro periódico de Valladolid, que en sus titulares se llamaba católico, y que entonces apoyaba la política del señor Gil Robles, hacía causa común en los ataques con los socialistas. Éste es el gran confusionismo que se ha producido muchas veces en la política española. La afinidad en lo esencial, lo que debe agruparlos para defender los principios fundamentales que deben unirlos, no significa nada ante las pequeñas pasiones de campanario, de política menuda o de simple competencia comercial. Lo evidente era que *El Norte de Castilla*, en aquellos momentos, con el tono que había dado yo al periódico, había adquirido la máxima tirada y las más nutridas páginas de publicidad. Los gobernantes no suelen tener en cuenta que la difusión de un periódico, en cualquier momento, representa un plebiscito.

Por aquellos días murió el jefe del socialismo de Valladolid, Remigio Cabello, y su entierro constituyó la manifestación de duelo más imponente que yo he presenciado. A ella se sumó gran parte de las fuerzas conservadoras del país. Tras aquellas filas de miles de obreros, apretados entre sí, con caras hoscas y deseos de presentar batalla, se veían rostros tímidos y vergonzantes de gentes conocidas por haber militado en partidos de orden y hasta ultramontanos.

En las elecciones de diputados a Cortes que hizo el Gobierno del señor Lerroux, don Santiago Alba me llamó a Madrid para ofrecirme un acta de diputado, y le produje un gran disgusto al no aceptarla. Mis razones, aparte de mi falta de afición a la política, quizá porque no tenía aptitudes para ella, eran que yo no estaba afiliado a ningún partido republicano, y que dada mi modesta personalidad, yo no me podía presentar como diputado independiente. Iba a formar parte de un bloque que iba a terminar por no entenderse, que mi temperamento era eminentemente conservador, y que me había convencido de que en España no sería posible una república de este tipo. Poco antes de salir yo para Valladolid, Alba acudió a mi hotel para insistir en su propósito, y yo volví a negarme rotundamente, aunque comprendiese que le causaba una contrariedad. Creía yo, además, que a él le podía ser yo más útil en el periódico que siendo diputado. En el tren, de regreso, me encontré con candidatos que iban a su distrito, entre ellos don Antonio Royo Villanova, que iba a presentarse como agrario. Almorcé en el restaurante con él y me guardé de decirle la entrevista que había tenido con Alba, ya que yo, de haber aceptado, me hubiera tenido que presentar en una candidatura enfrente de la suya, y posiblemente apoyada por Gil Robles.

No es cosa de ir relatando el proceso de la República, ya que su instauración y sucesivas evoluciones hasta el desastre son conocidas de mis contemporáneos, y la generación que no las padeciera puede encontrar su relato en las hemerotecas y en las monografías que se han publicado con relación a este período. Me limito aquí a señalar sucesos que, por referirse a mí, no pasarán a la historia, pero que son reveladores de las características de un régimen.

Entre mis recuerdos sí quiero consignar la relación que yo tuve con José Antonio Primo de Rivera y con Onésimo Redondo. Cuando éstos presentaron su candidatura por Valladolid, no encontraban en la Audiencia nadie que quisiese avalar su candidatura, y las firmas para la proclamación no las obtuvieron de quienes pudiesen estar más afines con sus ideas, sino de dos ex diputados alistas, amigos míos, a quienes yo animé a hacerlo. Mis ideas estaban muy alejadas de los principios de la Falange, a la

que en Valladolid le habían dado un gran impulso Onésimo Redondo y Ledesma Ramos, más el ímpetu juvenil que traía en aquellas circunstancias me era simpático, y así se lo demostré en el periódico. Cuando el periódico que regentaban los amigos de Gil Robles se negó a publicar su manifiesto y sus notas electorales, no teniendo, como no tenían los falangistas, periódico en el que dirigirse a la opinión, yo los acogí espontáneamente en *El Norte de Castilla*, pues Onésimo Redondo estaba en la cárcel de Ávila. Y como yo le enviase allí las galeradas de su manifiesto, tachadas íntegramente por la censura, Onésimo Redondo me escribió desde la cárcel una carta en la que me agradecía mi generosidad y se lamentaba del vacío que les había hecho el periódico católico de Valladolid.

El proceso de descomposición de la República, aunque por otros motivos, fue el mismo que el de la monarquía. Cuando el poder moderador entrega sus prerrogativas a la dictadura, el régimen que representa está perdido. Esto les ocurrió a don Niceto Alcalá Zamora y a don Manuel Azaña. El Parlamento, con una irresponsabilidad absoluta, anuló la acción del poder moderador, y éste, en el curso de sucesivos gobiernos, tuvo que resignarse a contemplar los acontecimientos sin poder moderarlos ni dirigirlos. Así pudo llegarse en el año 34 a que Companys proclamase la independencia de Cataluña, realizando un delito de traición a la patria, que Lerroux se vio obligado a indultar. El Gobierno Lerroux, que indultaba a Companys y a un diputado asturiano, González Peña, fusilaba a los sargentos Vázquez y Argüelles, estableciendo con ello una diferencia de jerarquía social para el delito y para la pena, y sacrificando, para dar una impresión al país de autoridad, a los humildes en beneficio de los poderosos.

Yo traté a los tres factores humanos, que más daño hicieron, a mi entender, al proceso normal de una república con un equilibrio conservador. Éstos fueron Azaña, Alcalá Zamora y un personaje más oscuro, pero funesto, que surgió en el prólogo de la liquidación, el señor Portela Valladares, elegido por don Niceto no más que por las razones de amistad que le unían a él. Éste fue el momento en el que el señor Gil Robles era quien tenía la mayor fuerza parlamentaria para asumir la jefatura del Gobierno.



Fue apartado por el jefe del Estado de una función que en aquellos momentos era necesaria: la de imponer la legalidad y el orden. Las elecciones del señor Portela dieron el triunfo a las izquierdas, en el contubernio que se llamó Frente Popular. Estas fuerzas hubieron de destituir de la presidencia a Alcalá Zamora y elevar a la más alta magistratura del Estado a don Manuel Azaña. Las elecciones, pues, que dirigió Portela, fueron las que decidieron el principio del fin. A Azaña, como ya he escrito, lo conocí cuando era funcionario de la Dirección de Registros y empezaba a tener cierta notoriedad como ateneísta. El rasgo más relevante de su carácter era el resentimiento. Su ambición, que más tarde, cuando fue proclamado presidente de la República, puso al descubierto, la encubría recatadamente cuando su existencia se deslizaba en la penumbra. Lo que no podía encubrir era el resentimiento que le salía a flor de labio en frases agrias, descarnadas y frías. Quizá quienes le habían postergado al juzgar sus creaciones literarias no fueron justos con él, ya que yo pienso que era un escritor de singulares dotes, mas él se desquitó bien de estos olvidos cuando en las alturas del poder, gran parte de los intelectuales españoles le cercaron con la más servil adulación. Quienes antes le habían despreciado como escritor, los que habían rechazado sus libros y sus artículos, se acercaron entonces a él reconociéndole como genio. Eran días en que nuestros más caracterizados hombres de letras se esforzaban por ganar fama política y firmaban un manifiesto declarándose amigos de Rusia.

A don Niceto también lo traté, y aún con mayor intimidad. Don Niceto hubiera sido un buen personaje de Pirandello. Carecía de grandeza, pero como los personajes grandes de la historia, sentía en torno suyo los espectros. Era receloso, desconfiado, y estaba poseído por una astucia rural. No carecía de inteligencia, mas esta inteligencia se había viciado en fórmulas y estratagemas de abogacía. Para él, los negocios de Estado eran simplemente pleitos, que había que ganar, cuando no se tenían razones de justicia, con argucias, sofismas y habilidades. No era, como Azaña, un resentido, ya en las alturas, sin tener razón para el resentimiento, pero sí de esos hombres que guardan las cosas, que apuntan los agravios, que no olvidan, y mucho menos perdonan al ene-

migo. Recortaba los artículos de los periódicos que le combatían, y los guardaba en una carpeta, esperando el día de la revancha. Y todo esto con mezquindad de usurero de pueblo. Colocar el dinero en finquitas, hacer ahorros para la vejez, aspirando a ser el primer contribuyente del partido judicial. Caminaba bordeando el precipicio del pecado, pero con temor de caer en el infierno. Tenía la habilidad de ser ladino, de jugar malas pasadas, de halagar a la víctima antes de destrozarla. Y una camarilla de amigos para murmurar, para desollar a sus ministros, para intrigar sobre las soluciones de las crisis políticas... Yo creo que don Niceto no vislumbraba lo que se le venía encima, pero él, frívolamente, iba poniendo en manos del populacho todos los explosivos.

También traté a Portela Valladares. Solía verle en el *hall* del Palace a la hora del café. Conversábamos algunos días los dos de política y de arte. Era hombre de buen gusto, de buenas maneras sociales, que hablaba a media voz, y se obstinaba en parecer gris. Demasiado alto para ser respetable, y el cabello blanco revuelto y agitado como el cabello negro de los tenores. Mas lo que le caracterizaba a Portela era su aspecto de hombre moderado. Para él se había inventado la palabra “centro”. Llegó a creer firmemente que era el hombre centro. Quizá él nunca soñó con ser gobernante, pero el destino le llevó, por la amistad que le unía a don Niceto, a ser el liquidador de la República.

El Gobierno que se formó a consecuencia de las elecciones de Portela Valladares, fue el Gobierno de la violencia. En realidad, los extremistas de la República se veían en situación de asfixia frente a la gran masa de opinión conservadora que se había formado en España. Los sufragios otorgados a Gil Robles, que quizá en la propaganda electoral se excedió cuando anunció que en su partido iba por los trescientos diputados, y la gallardía con que defendió los principios que el país anhelaba, unido en la oposición a Calvo Sotelo, el único político de peso que tuvo Primo de Rivera, siquiera su formación política se debiese a don Antonio Maura, colocaba a aquel Parlamento de energúmenos en una posición difícil para luchar contra todas las fuerzas que arrastraban al conjunto de personas moderadas que, actuando en distin-

tos sectores, veíamos que se marchaba a un trance de disolución. Solamente así se explica que Casares Quiroga, después de amenazarle en las Cortes, fuese público instigador del asesinato de este valiente adalid de la oposición. Este crimen de Estado, sin precedente en la historia política española y más verosímil en tribus primitivas que en un país civilizado, colmó la medida de la violencia del poder público y de la paciente resignación de los ciudadanos.

Un alzamiento militar, que en este caso era distinto a los viejos pronunciamientos que ensangrentaron la segunda mitad del siglo XIX, quiso atajar aquel desenfreno que día a día iba sumiendo a España en una situación anárquica. Este alzamiento que se fue fraguando en la Península, y que había de estallar en nuestro Protectorado de Marruecos, fue una réplica restauradora contra una política desatendida que culminó en el asesinato de la persona más relevante de la oposición. Y este asesinato perpetrado, no por un exaltado solitario, sino por funcionarios del Gobierno que posiblemente cumplían órdenes ministeriales. Tal suceso, culminando los extravíos de la República, había de llevarnos a una cruenta y despiadada guerra civil.

## 43

Mis recuerdos del Alzamiento nacional se circunscriben a lo que yo viví en Valladolid. Vi su preparación, como se prepara un explosivo. No tenía relación alguna con quienes poseían el secreto de la conspiración, pero en las conversaciones de casinos y cafés, en el periódico por la noche, en un jubileo de gentes que pedían ansiosamente noticias, y en mi misma casa, en donde entraban y salían misteriosamente muchachos, descubriendo en su nerviosismo una actitud ofensiva, era señal evidente de que la tensión en Valladolid iba en aumento. La Falange, por la actividad y entusiasmo de Onésimo Redondo, era un ejemplo de valor cívico y de disciplina, y daba ya la forma de lo que iba a representar en el instante del Alzamiento y en los días sucesivos, en que el generoso desprendimiento de la vida había de ser no para la revolución, sino para la guerra.

La noche del 17 de julio nos vimos en el periódico con las comunicaciones telefónicas cortadas. ¿Qué había pasado en España? Solamente había llegado a nosotros el rumor de que se había levantado el ejército de África. El Gobierno de Madrid, por conducto del gobernador, quería imponer su autoridad con notas oficiosas que tendían a desmoralizar y dividir. Ya la noche antes, el Alzamiento en Valladolid parecía inminente. Hasta se fijó la hora, las cinco de la madrugada. Yo estuve tras las vidrieras de mi balcón, esperando, viendo el amanecer más cargado de misterios que he presenciado en mi vida, pues la ciudad, más que dormida, parecía fingir un sueño, para lanzarse a la acción; pues en la Casa del Pueblo había armas, partidas de rojos patrullaban por las calles, cacheando a los transeúntes, y éstos habían de caminar después con las manos arriba.

El 18 por la mañana, Valladolid tenía el aspecto de completa normalidad. ¿Se habían perdido las esperanzas? A las cinco de la tarde, el chispazo inesperado. Los guardias de Seguridad están esperando en su cuartelillo el momento de subir a unas camionetas que los van a conducir a Madrid. Han acudido allí a despedirlos sus mujeres y sus hijos. Se observa en los grupos cierta inquietud. Alguien dice que no llegarán a Madrid, que se trata de alejarlos de la ciudad para que ésta quede indefensa y en manos de la chusma armada, y aún hay quien susurra que los llevan allí para matarlos.

El capitán de Artillería Julián Perelátegui aprovecha estos momentos para insubordinar a los guardias. Es detenido el comandante de Asalto y encarcelado en el mismo cuartelillo, y el Alzamiento con aquel puñado de hombres está en marcha. Como todos los grandes hechos, tiene un origen minúsculo. La chispa prendía en el mejor ambiente. Desde aquel punto, la ciudad entera se volcó en acometividad y entusiasmo. Sin armas, no más que por un acto de presencia. Se abrieron todos los balcones y desde ellos, los viejos, las mujeres y los niños enardecidos, se asociaron a la acción reivindicadora de unos pocos, sin otros instrumentos para la lucha que las manos y la voz. Era como un día de júbilo, desbordantes las aceras, grupos con banderas por

el arrollo, jóvenes con pistolas que no habían ensayado y que luego se comprobó que no disparaban.

¿Dónde estaban los socialistas? Unos cuantos se refugiaron en la Casa del Pueblo, otros en el Ayuntamiento. No existía enemigo, no más que unos gritos lo habían dispersado. A las ocho de la noche el poder íntegro y pleno de la ciudad estaba en manos de los nacionales. Tras de los guardias de Seguridad, los de Asalto, la Guardia Civil... Y en aquellos momentos nadie piensa en el ejército. A las dos de la madrugada sale a la calle un escuadrón de Farnesio, que es aclamado por la multitud, y promulga el estado de guerra.

Entonces se acuerdan las milicias en armas de que hay que tomar los centros oficiales, pues a esas horas no se han incautado sino de la radio. A las doce de la noche llamo por teléfono al Gobierno Civil, y aún está en su despacho el gobernador del Frente Popular, solo con su secretario, sin que nadie se haya cuidado de ir allí. En el Gobierno Civil no quedan ni guardias, ni ordenanzas, ni empleados. ¿Qué espera el gobernador? Llegan a su despacho gritos, vítores y algunos disparos. Allí están los nacionales frente al edificio de Capitanía, donde el general Saliquet, que acaba de llegar, va a hacerse cargo del mando militar. El gobernador comprende que permanecer en su despacho puede ser peligroso, y se decide a salir solo. Y, así, atraviesa la puerta principal del Gobierno, sin encontrar a nadie, se encuentra entre los manifestantes y nadie le reconoce. Pasa junto a los guardias y no parecen conocerle tampoco. Se pierde entre las sombras, en dirección al río. De pronto una voz le da el alto. Unos guardias se aproximan a él.

—¿Quién es usted?

—Soy el gobernador de Valladolid.

Se sonríen los guardias.

—Menos bromas, que no es día de bromas. ¿Quién es usted?

—El gobernador de Valladolid.

—Pues venga usted con nosotros.

Aquella noche en el periódico no tengo sino dos redactores. Yo he redactado un comentario del día y la información de cuanto ha ocurrido en la ciudad. Sospecho que al día siguiente no se

podrá sacar el periódico a la calle, pero hay que escribirlo. Los obreros están en los talleres en torno de una radio, en la que los dirigentes del socialismo incitan a todos los obreros de España a la huelga general. Un ordenanza me lo dice. Yo entonces llamo al regente, al señor Pedro Bedera, muy fiel a la casa, y le digo concretamente:

—Le doy a usted un cuarto de hora para que me diga si los obreros están dispuestos a hacer el periódico. Adviértales que si no hacen el periódico, yo cumpla telefoneando a la Capitanía General.

El señor Pedro sale de mi despacho tembloroso, y antes de diez minutos vuelve, diciéndome que los obreros se han decidido por trabajar, pero que como en la calle hay tiros ruegan que junto a la cristalera de los talleres se pongan bobinas de papel para evitar un posible accidente. Y el periódico se termina, y como no hay vendedores y los quioscos están cerrados, de Capitanía me mandan soldados para que distribuyan paquetes en las esquinas de las calles y recojan ejemplares quienes quieran. A pesar de que la circulación era muy reducida, pues aún no se habían rendido los socialistas, parapetados en la Casa del Pueblo, y que en algunos barrios menudeaban los tiroteos, en poco más de dos horas se agotó una edición de veinte mil ejemplares.

Con estas impresiones de los dos primeros días del Alzamiento nacional en Valladolid, termino mis recuerdos de infancia, juventud y madurez. No quiero enfrentarme con lo demasiado pronto. En la lejanía, nuestro juicio y nuestra sensibilidad funcionan más en reposo, en esa quietud tan cercana al escepticismo que nos lleva a comprenderlo y perdonarlo todo. Hasta aquí he escrito decantando mis recuerdos en una lejanía. Estos últimos años, aunque los juzgo los más interesantes y apasionados de mi existencia, hoy por hoy, no los creo los más lúcidos. No espero que Dios me conceda vida, pues ya son muchos mis años para escribir un segundo volumen en el que también con lejanía y libre de pasión y de celo, rememore todas las conmociones que en la política, en el arte, en la técnica, en las modas y en las costumbres, han aquejado con ritmo vertiginoso, a nuestra patria y al mundo.

De mi acción más o menos directa en el proceso de nuestra guerra civil hay tres libros que, en su momento, tuvieron gran difusión. En ellos, sinceramente, aparece mi pensamiento tal como discurría en aquel crítico período. En el titulado *Hacia una nueva España* recogí una serie de artículos, editoriales publicados en *El Norte de Castilla*. En otro, *Guerra de salvación*, las impresiones de guerras vividas, como cronista, en los cuarteles generales de los frentes de Madrid, Cataluña y Vizcaya. Y, por último, *Manolo*, del que se hicieron entonces cuatro ediciones, y fue traducido al alemán y al francés, fue un libro entrañable, pues me lo inspiró la muerte heroica de mi hijo menor en la ofensiva de Brunete, defendiendo el reducto de Quijorna, y quise exaltar en él el heroísmo de nuestra juventud, que soñando con una España mejor para las generaciones venideras, ofrendó a la patria generosamente su vida.

En el prólogo de ese libro escribí lo siguiente: “Yo he procurado en estas páginas reflejar una época y una tradición familiar en la silueta de un héroe. Manolo, en este caso, no es sino un guión humano para exaltar a tantos muchachos que, como él, dieron voluntariamente su sangre por España, en la más grande conmoción nacional que registra nuestra historia. Sin su entrega voluntaria no hubiese podido consumarse la epopeya, y sirva de ejemplo a los hombres este impulso generoso de los adolescentes. Ellos no sabían apenas nada, inocentes del pasado e ignorantes del porvenir. Los viejos retienen avaros la vida y los jóvenes la dan sin reservas, íntegra y total, en una santa renunciación. Ésa es su obra.

“Yo elijo uno, Manolo, por conocerlo mejor, y porque el egoísta dolor de haberlo perdido, me mueve, con la exaltación más efusiva, hacia la gloria de todos.”

Sirvan estas líneas finales de recuerdo y dedicatoria.

*Tudanca, octubre de 1957.*

## ÍNDICE ONOMÁSTICO

LA CRÍTICA





Acero, Nicolás, 38  
 Acioli, Bonifacio, 109  
 Adamuz, Ana, 146, 178  
 Adulse, Norberto, 183, 184, 185  
 Aia, Sa Mohamed, 236  
 Alarcón, Francisco, 178  
 Alarcón, Pedro Antonio de, 80  
 Alba Bonifaz, César, 301  
 Alba Bonifaz, Santiago, 105, 123, 127, 130, 131, 140, 142, 172, 174, 182, 195, 197, 198, 202, 203, 257, 269, 278, 294-300, 353, 354, 357, 362  
 Alberti, Rafael, 162  
 Alcalá Zamora, Niceto, 354, 356, 359, 363, 364, 365  
 Alfonso XIII, 190, 196, 249, 251, 252, 278, 279, 353, 354  
 Allué, Ricardo, 133, 137, 173  
 Alonso Cortés, Narciso, 92  
 Alonso, Don, 29  
 Altés, Jacinto, 175  
 Álvarez Mendizábal, Juan, 30  
 Álvarez Quintero, Serafín y Joaquín, 74, 75, 308, 309  
 Álvarez Taladrid, Ángel María, 129, 140  
 Álvaro de Luna, 295  
 Alvear, Los, 334  
 Antón, Francisco, 81  
 Antonina, Doña (Ver Antonia Arenal), 38, 39, 40  
 Antonio, 59, 77  
 Antuña, Dimas, 341  
 Añorga, Conde de, 98, 128, 157  
 Añorga, Condesa de, 188  
 Aparicio, 81  
 Arbós, 178  
 Arderius, 177  
 Arenal, Antonia (Ver Antonina), 38  
 Arenal, Concepción, 38  
 Argentino Roca, Julio, 333, 334  
 Argüelles, 363  
 Arintero, Padre, 102  
 Armendia, Señora de, 120  
 Arniches, Carlos, 131  
 Arroyo, Jerónimo, 174  
 Arteaga, Los, 32  
 Azaña Díaz, Manuel, 142, 143, 355, 356, 357, 363, 364  
 Azcárate de Vizcay, 332  
 Aznar, Manuel, 360  
 Azorín, (José Martínez Ruiz), 92, 93, 96  
 Bacarisas, 309  
 Bach, Juan Sebastián, 313  
 Balaguer, 74  
 Balbuena, Antonio, 170  
 Balmes, Jaime, 155  
 Balzac, Honoré de, 77, 184, 279  
 Baroja, Pío, 93  
 Baudelaire, 90  
 Beaumarchais, Pierre, 154  
 Bedera, Pedro, 369  
 Bellogin, Eugenio, 174, 203, 204  
 Benabente, Jacinto, 100, 131, 145, 155, 169, 322  
 Benedicto XV, 105  
 Benito, Luis de, 285, 308, 309  
 Berenguer, Dámaso, 328, 352, 354  
 Beristáin, Padre, 73  
 Bernárdez, Francisco Luis, 341

Bernstein, 322  
 Berruguete, Alonso, 141, 142, 159  
 Berta, Doña, 265  
 Blasco Ibáñez, Vicente, 259, 260, 269, 280-289, 294, 297  
 Bobafux, 175  
 Bombín, 154  
 Bonaparte, Napoleón, 131  
 Bonilla, Los, 32, 34  
 Borbón y Austria-Este, Carlos María de, 42, 43  
 Borbón y Borbón-Parma, Elvira de, 252, 254  
 Borbón y Borbón-Parma, Jaime de, 42, 252-256, 258-261, 263-265, 297  
 Borbón-Parma, Margarita de, 42  
 Borges, Jorge Luis, 341  
 Borrás, Enrique, 75, 94, 116  
 Bourget, 323  
 Braque, 160, 306  
 Bretón de los Herreros, Manuel, 22  
 Bueno, Manuel, 170, 252, 284  
 Bunge, Delfina, 341  
 Burell, 269  
 Caballero, Marqués de, 157  
 Cabello, Remigio, 128, 136, 361  
 Calderón de la Barca, Pedro, 95  
 Calderón, Abilio  
 Calvo Alaguero, 121  
 Calvo Sotelo, José, 199, 365  
 Calvo, Ricardo, 94, 104, 131, 178  
 Cambó, Francisco, 195, 278, 298  
 Campoamor, Ramón de, 75  
 Campomanes Martínez-Fortún, Josefina, 41  
 Campomanes Martínez-Fortún, Rosa, 41  
 Campomanes, Conde de, 41  
 Campomanes, Condesa de, 76  
 Campomanes, Matías, 41  
 Canalejas Méndez, José, 59, 194  
 Cano, Leopoldo, 134  
 Cánovas del Castillo, Antonio, 32, 58, 59  
 Canseco, Laureano, 84, 85, 86, 87, 88  
 Canson, 260, 261, 263, 265  
 Cantalapiedra, Antolín, 43  
 Cantú, César, 19  
 Capus, 322  
 Carlos III, 141  
 Carlos IV, 39  
 Carlos IX, 321  
 Carlos V, 68  
 Carmona, Francisco, 173  
 Carnero, Los, 32  
 Carnicero, 93  
 Carpentier, 279  
 Carreño, Pedro, 173, 177  
 Carreras, 76  
 Carrere y Solana, Emilio, 185  
 Carreros, 72  
 Carretero, José María, 252, 284  
 Carrillo, Enrique, 344  
 Casals, 178  
 Casanueva González, Arturo, 234, 235, 237, 239, 241, 243, 246  
 Casares Quiroga, 366  
 Cascajares, Antonio María, (Cardenal), 104

- Casenave, 131  
 Cassou, Jean, 289, 291  
 Castelar, Emilio, 90, 352  
 Castro Cires, Raimundo, 119  
 Castro Girona, 218, 219  
 Castro, Fabián de, 308, 309  
 Cava, 59  
 Cavia, Mariano de, 175  
 Ceballos, Pedro, 333  
 Cenzano, Los, 32  
 Cernuda, Luis, 162  
 Cervantes, Miguel de, 93, 122, 271, 289, 338  
 Chaliapin, 335, 336  
 Chambord, Conde de, (Jaime de Borbón y Borbón-Parma), 255  
 Chaplin, Charlie, 337, 338  
 Chevalier, Maurice, 309  
 Chicote, Enrique, 178  
 Chirkof, 131  
 Christo, Homem, 284  
 Cisneros, Doctor, 75  
 Clará, 306, 307  
 Clarín, (Leopoldo Alas), 175  
 Clarín, 170  
 Cleopatra, 59  
 Cocho, Agustín, 154, 155, 156  
 Coloma, Luis, (Padre), 80, 100  
 Comillas, Marqués de, 141  
 Companys, Luis, 363  
 Conde de San León, (León Martínez-Fortún), 42  
 Corpus Barga, 269  
 Corral y Arellano, Diego del, 126  
 Corral, Delia, 330  
 Corral, León, 123  
 Corral, Pedro, 330, 331  
 Cossío Corral, Manuel, 370  
 Cossío y Cuesta, Dolores, 37, 46, 56, 64, 75, 77, 117, 125  
 Cossío y Cuesta, Manuel, 37, 46, 53, 76, 115, 117  
 Cossío y Cuesta, Mariano, 30  
 Cossío y Cuesta, Segunda, 37  
 Cossío y Martínez-Fortún, Francisco, 212, 218, 263  
 Cossío y Martínez-Fortún, José María, 27, 39, 50, 117  
 Cossío y Martínez-Fortún, Pepita, 64  
 Cossío y Salinas González de Sepúlveda, Francisco, 29  
 Cossío, 109  
 Cossío, Eladio, (Pito Salces), 53  
 Cossío, Los, 30, 33, 34, 56  
 Cossío, Nicasia, 56  
 Cossío, Segunda, 56  
 Costa, Joaquín, 47, 353  
 Crespo, Pedro, 132  
 Criado, Társila, 145, 178  
 Cristina, Doña, 265  
 Cuesta y Polanco, Dolores de la, 37, 42  
 Cuesta y Velarde, José Patricio, 48  
 Cuesta, Antonio de la, 47, 48, 52, 53, 55, 58, 59  
 Cuesta, Francisco de la, 47, 48  
 Cuesta, Los, 47, 48, 49, 50, 53  
 Cuesta, Manuel de, 38  
 Cuesta, Pedro Juan, 49  
 Cuevas, Domingo, 58  
 Curro, 230, 237, 241  
 Daladier, 300

Dámaso, 54  
 Darío, Rubén, 90, 96, 100, 170  
 Dato, Eduardo, 190, 194  
 Daudet, Alfonso, 314  
 Daudet, León, 312  
 Delia, 331  
 Díaz de Mendoza, Fernando, 81, 131, 132, 133, 185  
 Dickens, 338  
 Diego, Don, 29  
 Diego, Gerardo, 162  
 Diosdado, Enrique, 331, 335, 343, 344, 347, 348, 349  
 Dominique, 206  
 Don Rodrigo, 59  
 Doña Juana la Loca, 159  
 D'Ors, Eugenio, 103, 118, 169, 170  
 Doumontier, Pierre, 321  
 Dreyfus, 283  
 Dumas, 279  
 Duque de Rivas, (Ángel de Saavedra), 95  
 Eceiza, Hermano, 62, 63  
 Echegaray, José, 146, 322  
 Echevarría, 80  
 Eduardo VII, 323  
 Eguren, 178  
 Emilio, 77  
 Enciso, Agustín, 128  
 Enrique IV, 321  
 Errazuri, Matías, 334, 335  
 Escobar, Alberto, 176  
 Escudero, Vicente, 308, 309  
 Espantaleón, 178  
 Espí y Sánchez de Toledo, María, 32, 33, 108  
 Esplá, Carlos, 269, 286  
 Espronceda, José de, 75  
 Estella, Marqués de, (Miguel Primo de Rivera), 256  
 Felipe II, 132  
 Felipe III, 97  
 Felipe IV, 56  
 Felipe V, 49  
 Felisa, 113, 114  
 Fernán González, 29, 109  
 Fernández de Linares y Gómez de la Cotera, 49  
 Fernández de Linares, Pascual, 49, 50, 51, 55, 56  
 Fernández Moratín, Leandro, 154  
 Fernández, José, 44  
 Fernando VII, 202  
 Ferrari, 91, 134  
 Fingerit, Julio, 341  
 Fiornichi, 131  
 Fleuriot, Carlos, 344  
 Ford, Henry, 290, 291  
 France, Anatole, 274, 290  
 Francisco el de La Herrán, 55  
 Franco, 269  
 Francos Rodríguez, José, 171  
 Fray Candil, 175  
 Frías, Duquesa de, 272  
 Frich, 273  
 Fuentes, Arsenio, 220  
 Fuentes, Francisco, 94, 131, 143, 145, 146, 322  
 Fugita, 251  
 Furnier, Heraclio, 148  
 Galán, 354  
 Gallardo, Francisco, 175

- Galván, Felipe, 159  
 Gálvez, Manuel, 341  
 Garay, Juan de, 332  
 García Benito, Eduardo, 119  
 García Conde, 128  
 García de la Cuesta, Gregorio, 39, 51  
 García Guerrero, José, 216, 217  
 García Hernández, 354  
 García Lesmes, Aurelio, 89  
 García Lorca, Federico, 162, 185  
 Gargallo, Pablo, 307  
 Georgette, 292  
 Gide, André, 118, 279  
 Gil Robles, José María, 361, 362, 363, 365  
 Gil, Enrique, 34, 112  
 Gilson, 326  
 Gogol, Nicolai, 81  
 Gómez Carrillo, Señora de, 344  
 Gómez de la Serna, Ismael, 318  
 Gómez de la Serna, Ramón, 169, 185  
 Gómez Orbaneja, Emilio, 161, 162  
 Gómez Orbaneja, Mariano, 161  
 González de Mendoza, Pedro, (Cardenal), 66, 141  
 González de Sepúlveda, Los, 30, 33, 123  
 González de Sepúlveda, Luis, 29, 109  
 González Garrido, Justo, 92  
 González Peña, 363  
 González Romero, Señoras de, 41  
 González, Félix Antonio, 163  
 González, Manuel, 94, 146  
 González, Melitón, (Pablo Perellada), 96  
 Greco, 334  
 Gris, Juan, 251, 306  
 Guadilla, Galo, 34  
 Guadilla, Los, 34  
 Guarderos, Francisco, 351  
 Guardilla, Blas, 108, 109, 111, 113  
 Guardilla, Salvador, 106  
 Guardilla, Santiago, 106  
 Güell, José Antonio, (Conde de Guell), 207, 208, 277, 278, 279  
 Guerrero, María, 131, 132, 185  
 Guillén, Jorge, 161, 162  
 Guillén, Julio, 300, 301  
 Guitry, Lucien, 94, 322, 323, 324  
 Guzmán, Martín, 360  
 Halesenever, 340  
 Hall, Cristóbal, 159, 160, 161, 163, 164, 165, 166  
 Hall, Trinita de, 165  
 Händel, 91  
 Haussmann, 333  
 Heredia, 90  
 Hernández, Mateo, 251, 302, 305, 306, 307, 308, 309  
 Herrero, Manuel, 120, 129  
 Horacio, 43, 61, 243  
 Hugo, Víctor, 260  
 Hugué, Manuel, 251, 306, 308  
 Huidobro, Marqués de, 115  
 Humboldt, Barón de, 328  
 Illera Medina, Zacarías, 91, 92  
 Ipeñarrieta, Antonia de, 126

Irigoyen, Hipólito, 337, 342, 343, 344, 345  
 Irigoyen, José Luis, 344  
 Isabel II, 41, 221  
 Isabel La Católica, 29  
 Isbert, Pepe, 178  
 Iturzaeta, José Francisco de, 55  
 Jackson Veyán, José, 96, 178  
 Jiménez de Asúa, Luis, 231, 234, 235, 239, 241, 244, 246  
 Jiménez, Juan Ramón, 162, 169, 185, 316  
 Jovellanos, Gaspar Melchor de, 94  
 Jover, José, 158  
 Juan II, 29  
 Julia, Doña, 112  
 Justo, 335  
 Kipling, 290, 294  
 Kirmandi, 109  
 Koonen, Alice, 339  
 La Bella Giraldivine, 72  
 La Domus, 74  
 Labiene, 109  
 Lafuente, Modesto, 19  
 Landrove, Federico, 128  
 Lara, Los, 157  
 Larat, Doctor, 261  
 Larbaud, Válerio, 163  
 Largo Caballero, Francisco, 250  
 Larra, 74  
 Larreta, Enrique, 341  
 Leconte de Lisle, 90  
 Ledesma Ramos, Ramiro, 363  
 Lenin, 266  
 León, Mario, 269, 308  
 Lerroux, Alejandro, 362, 363  
 Lewis, 165  
 Liniers, 333  
 Lino el de La lastra, 55  
 Llácer, 131  
 Llanos, 39  
 Lope de Vega y Carpio, Félix, 104  
 Lopetegui, Anita, 100  
 López Dóriga, Los, 46  
 López Heredia, Irene, 199  
 López Otero, Modesto, 77  
 López Pérez, Eduardo, 173  
 Loygorry, José, 119, 120  
 Luca de Tena, Torcuato, 96  
 Luis XI, 320  
 Luis XIV, 325  
 Luisa, 113  
 Machado, Antonio, 119  
 Maciá, Francisco, 271  
 Madrid, Duque de, (Jaime de Borbón y Borbón-Parma), 254  
 Maeztu, Ramiro de, 103  
 Magaz, Marqués de, 203, 300  
 Mallarmé, 90  
 Manteca, 269  
 Mantua, 351  
 María Cristina, 194  
 María de Padilla, 196  
 María, 38, 40  
 Marín, Vicente, 92  
 Mario, Emilio, 132  
 Marquina, Eduardo, 185  
 Martín Fernández, Mariano, 174, 299  
 Martínez Anido, Severiano, 285  
 Martínez Campos, Arsenio, (Marqués de la Viesca), 301

- Martínez de la Rosa, Francisco, 272  
 Martínez de Talavera, Josefina, 42  
 Martínez, 344, 345, 346, 347  
 Martínez, Alberto Julián, 344  
 Martínez, Padre, 61  
 Martínez, Regino, 104, 105  
 Martínez-Fortún, Dolores, 41  
 Martínez-Fortún, Florentina, 41  
 Martínez-Fortún, León, (Conde de San León), 42  
 Martínez-Fortún, Leoncito, (Nieto de León Martínez-Fortún), 42  
 Martínez-Fortún, María, 41  
 Matisse, 251  
 Maupassant, Guy de, 80  
 Maura, Antonio, 194, 195, 199, 283, 298, 301, 365  
 Maura, Gabriel, 354  
 Maura, Miguel, 354, 359  
 Mauriac, François, 151  
 Mazas, Julia, 34  
 Mazas, Los, 32, 34, 112  
 Mazzantini y Eguía, Luis de, 46  
 Melgosa, La, 133  
 Mérida, 126  
 Meller, Raquel, 309  
 Mendoza, Pedro de, 332  
 Mercé, Antonia, 309  
 Mercedes, 331  
 Mesa, Enrique de, 145  
 Miguel Nieto, Anselmo, 119  
 Milá, 120  
 Miralles, Marqués de, 264  
 Miró, Gabriel, 119, 169  
 Moles, Enrique, 328, 329  
 Molière, (Jean Baptiste Poquelin), 95, 169, 323, 324  
 Montalbán, Augusto, 112  
 Montalbán, Casimiro, 34, 113  
 Montalbán, Los, 112  
 Montero, Alejo, 118  
 Montijano, José, 104  
 Morano, 94, 178, 322, 323  
 Moreno, Matilde, 94, 178  
 Moret, Segismundo, 130  
 Moreto, 132  
 Murlane Michelena, Pedro, 89, 92, 101  
 Muñoz Seca, Pedro, 131  
 Muro, José, 168  
 Narváez, Pascual, 54  
 Nitti, 300  
 Noel, Martín, 344  
 Núñez de Arce, 91, 134  
 Olea Pimentel, Álvaro, 102  
 Olivari, Nicolás, 341  
 O'Neil, 340  
 Orejón, 178  
 Ors, José, 221  
 Ortega y Gasset, Eduardo, 208, 250, 251, 269, 284  
 Ortega y Gasset, José, 137, 169, 170, 185, 356  
 Orueta, 143  
 Palacio Valdés, Armando, 283  
 Pantoja, 334  
 Pardini, Profesor, 103  
 Pardo Bazán, Emilia, 170, 172  
 Parma, Duquesa de, 253  
 Pasionaria, (Dolores Ibarruri), 355



Pedro de Castilla, 159  
 Pedrosa, Nicolás, 173  
 Peral, Isaac, 44, 47  
 Pereda, José María de, 53, 54, 56, 58  
 Perelétégui, Julián, 367  
 Perellada, Pablo, (Melitón González), 96, 178  
 Pérez Argote, 131, 132  
 Pérez de Ayala, Ramón, 185  
 Pérez Galdós, Benito, 45, 184  
 Pérez Hickman, Eduardo, 74  
 Pérignoc, Madame de, 125  
 Pérignoc, Marqués de, 125  
 Pi y Margall, 352  
 Picasso, Pablo, 160, 251, 266, 306  
 Pietri, 208  
 Pinheiro da Veiga, 97  
 Pintó, Joaquín, 127, 128  
 Pinto, Manolo, 79  
 Pintó, Pedro, 157  
 Pirandello, Luigi, 94  
 Pisones, Los, 43  
 Pito Salces, (Eladio Cossío), 53  
 Pla, José, 269, 270, 271, 278  
 Placetas, Marqués de, 42  
 Platón, 122  
 Plaza, Los, 34  
 Pleyel, 109  
 Polanco, Los, 46  
 Polanco, Luz, 75  
 Pompón, 251, 307  
 Portela Valladares, Manuel, 363, 364, 365  
 Power, José, 187  
 Power, Los, 188, 189  
 Power, Ricardo, 187  
 Pradera, 121  
 Pradera, Víctor, 263  
 Prado, Loreto, 178  
 Prats, Ignacio, 158  
 Prim y Prats, Juan, 59  
 Primo de Rivera, José Antonio, 362  
 Primo de Rivera, Miguel, 191, 194-203, 205, 211, 218, 219, 241, 248, 250, 258, 267, 271, 277, 282, 285, 286, 297, 299, 301, 327, 352, 353, 365  
 Puertas, 154  
 Puyredón, 333  
 Quintana, 360  
 Quiñones de León, 252, 288, 353  
 Raisuni, Muley Mustafá, 228, 234, 236, 237, 247  
 Ramón, Don, 68, 69  
 Ramos Mejía, Héctor, 344  
 Ravel, 288  
 Redondo, Onésimo, 362, 363, 366  
 Reina Victoria, 357  
 Rembrandt, 306  
 René, 205  
 Restituto, 255  
 Reyes Católicos, 29  
 Ricardos Carrillo de Albornoz, Antonio, 39  
 Río y Ruiz de Jibaja, Serapio del, 32, 33, 106, 108, 109  
 Río, Los del, 32  
 Ríos, Ángel de, (Sordo de Proeño), 56  
 Riquelme, José, 248, 249

- Rivas, Duque de, 272  
 Rivelles, 178  
 Robles, Margarita, 226  
 Rodin, 305, 334  
 Rodríguez Díaz, Carlos, 173  
 Rodríguez Pardo, Gaspar, 128  
 Rodríguez, Aurelio, 78, 79  
 Rodríguez, Emilio, 90  
 Román, 144  
 Romanones, Conde de, 171, 357  
 Romero Robledo, Francisco, 106  
 Ronsard, 321, 322  
 Rosa, Doña, 49, 50, 51  
 Rosas, Manuel, 333  
 Rothschild, Barón de, 301  
 Royo Villanova, Antonio, 106, 173, 174, 362  
 Rozas, 351  
 Ruiz de Arana, 178  
 Ruiz, Conchita, 74  
 Rusiñol, Santiago, 104  
 Sabuccio, Manuel, 343  
 Sacha, 323  
 Sáez Escobar, 128  
 Sagasta, Práxedes Mateo, 174  
 Sagastí, 344  
 Sáinz de la Maza, Regino, 308  
 Sáinz Rodríguez, Pedro, 336, 337  
 Salinas, Los, 30  
 Salinas, Pedro, 162  
 Saliquet, 368  
 Samaniego, Antero, 255  
 Samaniego, Los, 41  
 San Agustín, 326, 327  
 San Buenaventura, 327  
 San Luis Gonzaga, 80  
 San Luis, Conde de, 39  
 San Román y Longa, Camilo, 156  
 San Román, Miguel de, 92  
 Sánchez de Toledo, Los, 32, 112  
 Sánchez de Toledo, Luis, 34, 112  
 Sánchez de Toledo, Valentín, 32, 33  
 Sanchez Guerra, José, 287, 295, 354  
 Sandoval, Manuel de, 92  
 Sanjurjo, 355  
 Santamaría Muro, Santos, 78  
 Santander Ruiz-Jiménez, Federico, 81, 92, 128, 131, 132, 134-136, 161, 206, 354, 357  
 Santarén, Fernando, 174  
 Santarén, Pablo, 174, 175  
 Santiago, Don, 43  
 Santiago, Pepe, 74  
 Santo Domingo, Vizcondesa de, 81  
 Sanz Izquierdo, Mariano, 103  
 Scribe, 340  
 Segunda, 38, 40  
 Senén, Don, 54, 56  
 Serchunoff, 341  
 Serna, La, Los, 113  
 Serrano Domínguez, Francisco, 221, 230  
 Shakespeare, William, 95, 122, 158, 289  
 Silió, César, 155, 172  
 Sobremonte, Marqués de, 333  
 Sojo, Doctor, 331, 348  
 Soriano, Rodrigo, 90, 250  
 Spencer, 155

Stampa, Leopoldo, 127, 128  
 Suárez, 343  
 Suárez, 77  
 Suárez, Nieves, 74  
 Taboada, Luis, 98  
 Tairof, 338, 339  
 Tamayo, 80  
 Tallaví, José, 94, 179, 322  
 Teodomiro el de Salceda, 55  
 Tiquero, Jacobo, 341  
 Toda, 269  
 Tohennes Loupe, 109  
 Toreno, Conde de, 39  
 Torío de la Riva y Herrero,  
 Torcuato, 55  
 Toro, Sinforiano del, 161, 162  
 Torrejón, Andrés, 65  
 Torres Quevedo, Leonardo, 75,  
 122  
 Torres Quevedo, Los, 180  
 Torres, Los, 235, 247  
 Toscanini, 91  
 Tucídides, 19  
 Tuñón, Enrique, 341  
 Ubaldo, 142  
 Ugarte, Los, 41  
 Unamuno y Jugo, Miguel de, 84,  
 103, 118, 169, 170, 172, 190, 191,  
 193, 194, 250, 266, 267, 268, 272,  
 273, 274, 275, 276, 277, 283, 284,  
 285  
 Urbano, 268  
 Uriarte, Padre, 63  
 Uriburu, 334, 347, 348, 350  
 Utrillo, 306  
 Valbuena, Antonio, 175  
 Valderrábano, Padre, 61  
 Valentín, Don, 112  
 Valera, Juan, 23, 90, 96, 170, 351  
 Válerý, Paul, 162, 321  
 Valle-Inclán, Ramón María del,  
 92, 93, 201  
 Valverde, Balbina, 74  
 Vázquez de Mella, Juan, 263  
 Vázquez, 363  
 Vega Inclán, Marqués de la, 196  
 Vega, Ricardo de la, 154  
 Vela, 244  
 Vela, José, 131, 135, 161, 162,  
 173, 178, 179  
 Velázquez, Diego, 126  
 Verdaguer, 206  
 Verdugo, 226, 238, 247  
 Verlaine, Paul, 90, 96  
 Viana, Marqués de, 196, 197  
 Vico, 104  
 Viesca, Marqués de la, 300  
 Vigny, Alfredo de, 325  
 Vila, salvador María, 234, 241,  
 246  
 Villa, Isidoro de la, 128  
 Villaespesa, 185  
 Villagómez, Alfonso, 132, 133,  
 178  
 Villahermosa, Duquesa de, 126  
 Villandrando, Vizcondesa de, 99  
 Villaverde, 296  
 Villegas, Baldomero, 103  
 Virgilio, 43, 243  
 Vix, Genoveva, 131  
 Volpi, Lauri, 131  
 Wagner, 161, 178, 283  
 Wells, 294  
 Wilde, Oscar, 340

Zaconni, 338  
Zamora, 223, 234, 244  
Zárate, Enrique, 344, 345  
Zola, Emilio, 283  
Zorrilla, Francisco, 174  
Zorrilla, José, 38, 77, 80, 134  
Zuloaga, Ignacio, 89, 306, 341  
Zulueta, 188  
Zurbarán, 160

LA CRÍTICA

del río, la tu  
de lo circunv  
Angulo agudo,  
Angulo recto,

---

Poema autógrafa de

entre, y, de la nieve el  
frio.  
y llano roz el centro.  
el golpe y la cizniente,  
el elano y el rio.

---

Francisco de Cosío





**FRANCISCO DE COSSÍO**  
(1887-1975)

Francisco de Cossío y Martínez-Fortún. Liberal, castellano de esencia y español sin vacilaciones. Maestro de periodistas y escritor, es uno de los grandes de la literatura española, que con la calidad y magnitud de su obra barre el polvo de la mediocridad esparcido por nuestro solar durante tantos años.

Treinta libros y más de siete mil artículos repartidos por la prensa avalan la obra de Francisco de Cossío, subdirector de *ABC* y director del *Norte de Castilla* durante muchos años. Secretario de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y director del Museo Nacional de Escultura de Valladolid.

**...Francisco de Cossío fue, antes que nada y después de todo, un espectador. Este oficio, el de espectador, es uno de los más difíciles de aprender y de ejercitar. Se necesita, desde muy niño, haberse educado en tensar ciertos resortes del alma, dejando relajar, al mismo tiempo, la musculatura del espíritu. Los acróbatas de circo, apenas dejan de gatear sobre el serrín de la pista, descoyuntan sus miembros en escorzos inverosímiles, con el fin de que los aplausos del público no lleguen a producirles luxaciones...**

**...En estas *Confesiones*, destiladas sin necesidad de confesionario alguno, y sin esperar absolución por parte de nadie, no podían quedar en el olvido los amigos. Esos amigos que, a lo largo de la vida, fueron apuntalando sus afectos, a sabiendas de que, con lealtades, el tiempo se deja acariciar sin necesidad de tener que cambiar el sentido en las manecillas del reloj...**

**...Contó su vida sin hurtar luces ni sombras y yo, su nieto, ahora que tanto se estila este tipo de parentesco, no oso añadir ni quitar un solo punto o una coma a cuanto quedó dicho cuando tuvo que decirse.**

José María Pérez de Cossío

ISBN 978-84-936505-1-3



9 788493 650513

editorial akrón